

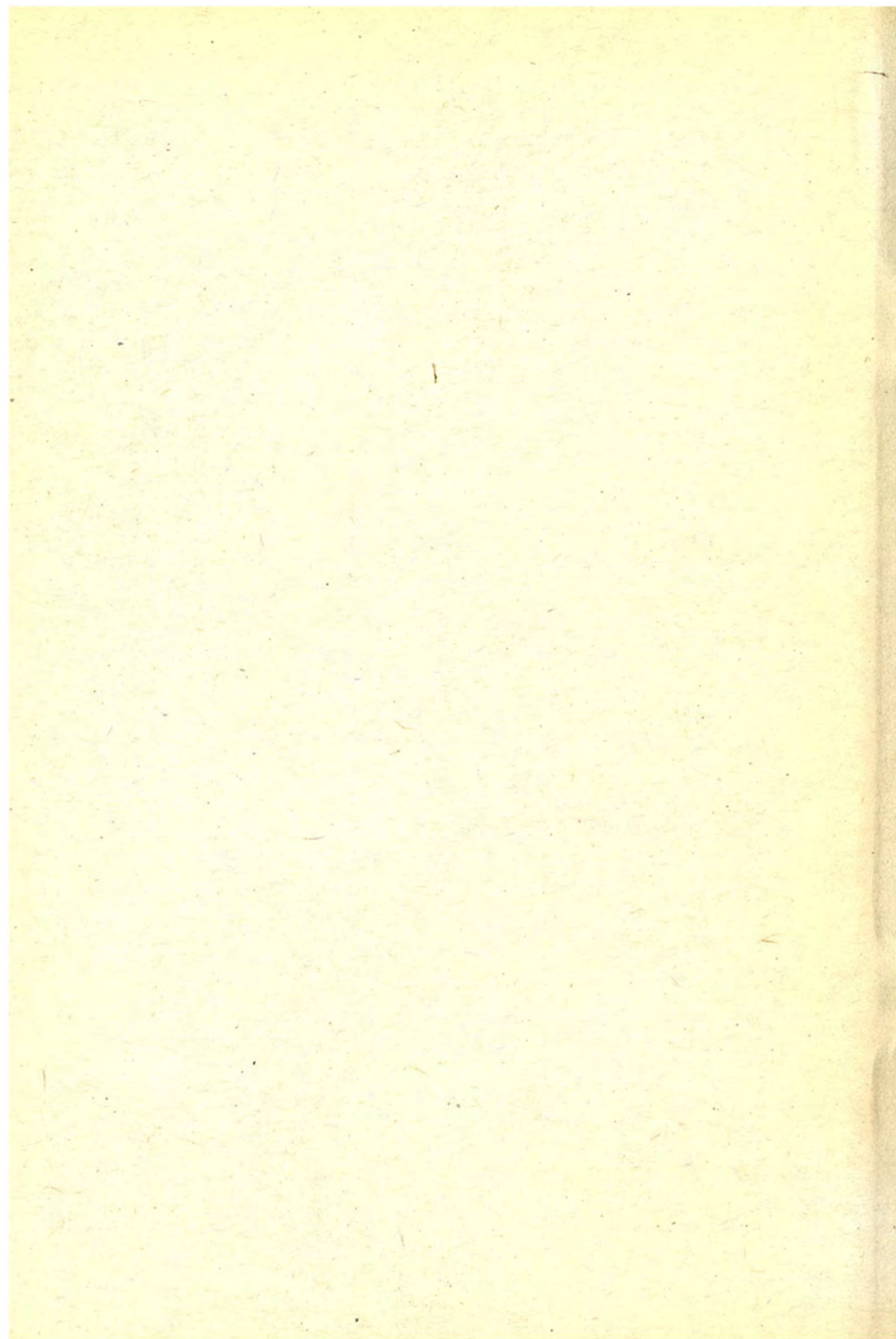
# POPULISMO



Blasco Peñaherrera • Alfredo Castillo  
Alejandro Moreano • Marco Proaño  
Amparo Menéndez-Carrión • Felipe Burbano  
Iván Fernández • Carlos de la Torre E.

PROLOGO: Juan Paz y Miño C.





# POPULISMO









# POPULISMO

Blasco Peñaherrera Padilla  
Alfredo Castillo  
Alejandro Moreano  
Marco Proaño Maya  
Amparo Menéndez—Carrión  
Felipe Burbano de Lara  
Iván Fernández Espinosa  
Carlos de la Torre Espinosa

## PROLOGO

Juan J. Paz y Miño



Quito, 1992

Es una publicación del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, ILDIS, Fundación Friedrich Ebert

ISBN—9978—94—047—2      Serie: **Realidad Nacional**  
ISBN—9978—94—004—0      **Populismo**

Depósito Legal N° 00379  
Derechos de autor N° 096142

© **ILDIS, EL DUENDE, ABYA—YALA 1992**

Elaboración: Felipe Burbano de Lara, Alfredo Castillo, Iván Fernández Espinosa, Amparo Menéndez—Carrión, Alejandro Moreano, Blasco Peñaherrera Padilla, Marco Proaño Maya, Carlos de la Torre Espinosa.

Prólogo: Juan J. Paz y Miño

Cubierta: Gisela Calderón, Magenta Diseño Gráfico, teléfono 233-757, Quito

Diseño y Diagramación: Rodrigo Carvajal A. Ediciones Nueva.

**Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, ILDIS**  
Calama 354 entre Juan León Mera y Reina Victoria  
Casilla 17—03—367, Télex 2539 ILDIS—ED, Fax 504-337,  
teléfono 562-103, Quito — Ecuador

**El Duende**

Tamayo 1339 y Av. Colón, teléfono 238-681, Quito

**ABYA—YALA**

Av. 12 de Octubre 1430, teléfono 562-633, Quito

Las opiniones vertidas por los autores en el presente texto son de su exclusiva responsabilidad y no comprometen el criterio institucional del ILDIS.



## **CONTENIDO**

**PRESENTACION / 9**

**PROLOGO**

**LOS MESIAS DEL SUBDESARROLLO**

Juan J. Paz y Miño / 11

**DEMAGOGIA, IRRACIONALIDAD, UTILITARISMO  
O PROTESTA**

Carlos de la Torre Espinosa / 41

**EVOLUCION Y CARACTERISTICAS DEL  
POPULISMO EN EL ECUADOR:**

**El Velasquismo**

Blasco Peñaherrera Padilla / 73

**LAS DIVERSAS LECTURAS DEL POPULISMO  
Y SU FUNCION POLITICA**

Alejandro Moreano / 101

**POPULISMO, DEMOCRACIA Y POLITICA:  
el caso de Abdalá Bucaram**

Felipe Burbano de Lara / 119



**LOS RESULTADOS ELECTORALES DE JUNIO DE 1990:**  
**Triunfo de la oposición política**  
Marco Proaño Maya / 141

**EL POPULISMO EN LA ULTIMA DECADA DEL XX**  
Alfredo Castillo / 155

**LOS CONTENIDOS SOCIOLOGICOS DEL POPULISMO**  
Iván Fernández Espinosa / 179

**EL POPULISMO EN EL ECUADOR.**  
**TIENE SENTIDO SEGUIRLO "DESCUBRIENDO"?**  
Amparo Menéndez—Carrión / 197

## **PRESENTACION**

El fenómeno del populismo en el Ecuador constituye el tema central de este libro colectivo y pluralista que incorpora solventes y agudos análisis tanto de conocidos dirigentes políticos como de destacados investigadores sociales.

El tema —conforme es dominio de nuestros lectores— no es nuevo en la literatura sociológica ecuatoriana; más aún, podría decirse que comporta uno de los ámbitos de mayor recurrencia y debate en las dos últimas décadas. Condición que, a nuestro juicio, se mantendrá en un futuro previsible:

¿A dónde localizar el encanto académico del populismo?

Al parecer tal característica derivaría de su sustrato polémico entre racionalidad e irracionalidad política.

A riesgo de incurrir en un exagerado esquematismo podría anotarse que la discusión, al menos la que aparece en este volumen, se polariza entre quienes encuentran en el discurso y en la práctica del populismo una auténtica representación teatral y una catarsis que opera para la unificación del caudillo y la muchedumbre (propias —según ese planteamiento— de sociedades que, como la ecuatoriana, no habrían accedido a una universalización



real sino únicamente formal de las relaciones de producción capitalistas), lo cual, por cierto, no excluye la funcionalidad del fenómeno a los intereses de los tradicionales o nuevos grupos hegemónicos; y quienes, por otro lado, desde sus propios criterios de objetividad, consideran que el llamado populismo comporta en puridad una fórmula de legítimo liderazgo antes que una expresión aberrante e irracional en la conducción política.

Desde nuestra condición de entidades coeditoras, aspiramos a que esta nueva publicación que da continuidad a la línea de discernimiento sobre temas y problemas cardinales del Ecuador contemporáneo, contribuya al fortalecimiento de la cultura sociológica y política del país, y, por ese medio, a la afirmación de ideales genuinamente democráticos.

ILDIS

EL DUENDE

ABYA-YALA



## **LOS MESIAS DEL SUBDESARROLLO.**

### **Estudio introductorio sobre el "populismo" ecuatoriano**

**Juan J. Paz y Miño Cepeda [•]**

#### **I. INTRODUCCION**

El tema del "populismo" es ya viejo en la investigación social latinoamericana y tampoco es nuevo en la ecuatoriana<sup>(1)</sup>. Se trata de un tema persistente y que otra vez cobra actualidad en Ecuador porque se avecina el proceso electoral de 1992 y los partidos se preparan a las campañas en la búsqueda del voto popular. En estas circunstancias se intuye que algunas candidaturas desplegarán los "conocidos" mecanismos efectistas para captar votantes entre las masas.

Sin embargo, si bien "todos" han incorporado al lenguaje habitual de las conversaciones sobre política las más diversas

---

[•] Presidente de la Asociación de Historiadores Ecuatorianos — ADHIEC

(1) Una clara exposición de los planteamientos originarios se encuentra en Aldo E. Solari, et. al., **Teoría, acción social y desarrollo en América Latina**, Siglo Veintiuno Editores, S. A., pág. 543 y sig. Para el caso ecuatoriano y la información rápida puede consultarse la antología de textos presentada por Felipe Burbano y Carlos de la Torre E., **El populismo en el Ecuador**, ILDIS, 1989.

opiniones acerca del "populismo", el fenómeno sigue mereciendo análisis y esclarecimiento por parte de los estudiosos.

Si se trata de comprender la realidad social desde la perspectiva de las fuerzas, clases o fracciones sociales que emplean ciertas formas de hacer política para atraer a las masas, la investigación se preocupa, ante todo, por identificar esos grupos sociales, ubicarlos en el conjunto de la estructura de clases y determinar el tipo de intereses y proyectos políticos que su accionar expresa. Hasta cierto punto las "masas" vienen a ser un elemento pasivo, al servicio de fuerzas, clases o fracciones que las requieren bajo circunstancias específicas y para la orientación del poder en determinada dirección.

Desde otro ángulo, puede investigarse el papel de esas "masas" aparentemente pasivas, lo cual conduce a tratar de identificar los sectores sociales que la integran y, desde luego, los intereses y perspectivas que inducen a que den respuestas positivas a la movilización que sobre ellas inician y ejercen otros sectores. Resulta, en consecuencia, que esas "masas" carecen de pasividad absoluta y son también actoras efectivas de una compleja trama de relaciones entre fuerzas, clases o fracciones que la investigación tiene que descubrir.

El "populismo" adquiere así la dimensión de un verdadero fenómeno "externo" al juego de intereses, proyectos y perspectivas políticas "internos" en que se han involucrado grupos sociales específicos. O mejor dicho, resulta un "epifenómeno" bajo el cual lo que importa es dilucidar una cierta confrontación política entre "actores sociales" enraizados en estructuras históricas precisas y en torno al establecimiento de determinada hegemonía.

Otra perspectiva de análisis centra la investigación sobre ese "epifenómeno" que representa el populismo. Entonces adquieren significación una serie de "mecanismos" políticos como son la presencia del caudillo, el estilo de campaña electoral, el discurso y el lenguaje que se emplea, las redes de movilización y clientelismo que se constituyen en torno a la figura del líder, las formas del reclutamiento de masas, etc. Naturalmente tales mecanismos no son independientes de los intereses personales del caudillo y de los grupos humanos que lo respaldan. Entenderlos



y descifrarlos es parte de la tarea investigativa que luego ha de conducir a la identificación de los "actores sociales" que están involucrados en esa cautivante trama del quehacer político.

Además, al "populismo" puede seguirse a través de otros síntomas y expresiones. En este campo la investigación o no ha comenzado o es precaria. Así por ejemplo, bien puede plantearse la tarea de hacer un seguimiento de lo que la prensa ha dicho, caricaturizado y entendido sobre el "populismo". También cabría realizar un estudio comparativo acerca de los caudillos populistas, para establecer su formación personal, la cultura y valores que cada uno posee, su carrera social, la práctica política, la red íntima de sus allegados, etc. Cabe estudiar sólo las acciones de gobierno local, seccional, regional o nacional que han desarrollado caudillos y movimientos considerados "populistas". En fin, entre otras y muchas "variables" y problemas de investigación puede plantearse la significación teórica de tales estudios y aún preguntarse, pese al riesgo de contradecir a "todos", si el populismo realmente existe, si con su análisis no estaremos más bien caracterizando situaciones y procesos sociales que no merecen ser calificados de esa manera o si el tratar con caudillos, con mecanismos políticos y estilos discursivos o gestos y propagandas nos está conduciendo a soslayar otros problemas de fondo.

En el campo de las posibilidades de la investigación científica de la sociedad también hay que plantearse como desafío la posibilidad de abandonar al propio término "populismo" y a sus supuestos teóricos y metodológicos. En tal situación, resulta que el tema "populismo" desaparece como pre-supuesto para el análisis de la realidad, y por consiguiente, ésta pasa a someterse a otro tipo de indagaciones intelectuales <sup>(2)</sup>.

Sin embargo, el abandono de cualquier conceptualización o formulación admitidas como verdades inamovibles es más difícil de lo que puede creerse. Las producciones de los investigadores

---

(2) En el V Encuentro de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe, realizado en Sao Paulo en octubre de 1990, en el panel "Populismo y autoritarismo" las discusiones sobre el tema precisamente mostraron que la polémica subsiste, aunque muchos investigadores sostuvieron el declive definitivo del "populismo" en América Latina.

tienen un valor y un peso tan fuertes que también crean hábitos, costumbres intelectuales, modas, "paradigmas", modelos científicos, teorías y metodologías generalizadas e influyentes. Pero en las ciencias sociales cabe siempre replantear lo que se ha sostenido, criticar lo que se ha asimilado, poner en duda los conocimientos adquiridos, tanto para asegurarlos como para progresar y superar aquello que se demuestra obsoleto e inexacto.

En este mismo libro pudo haberse formulado la pregunta ¿existe el populismo? y presentar, en consecuencia, otros análisis. En Ecuador, país que según "todos" el populismo sigue siendo una fuerza y para muchos quizás conduzca al triunfo electoral de quienes lo practican, negar la vigencia del "populismo" o hablar de su no—valor en el análisis científico posiblemente suene a "herejía". Y, sin embargo, bien valdría cometer tal herejía.

Pero éste no es un libro que vaya por los caminos de la herejía intelectual. Si en la política nacional, desde los políticos profesionales hasta los conversadores caseros hablan de "populismo", bien vale actualizar el tema sobre lo que "la gente" quiere entender.

Este libro, en consecuencia, recoge estudios sobre el "populismo". Admite el fenómeno como una realidad política. Para juzgarlo se ha invitado a un grupo de personas destacadas: el Dr. Blasco Peñaherrera Padilla, ex—vicepresidente de la República bajo el gobierno del Ing. León Febres Cordero (1984—1988); el Dr. Marco Proaño Maya, diputado al Congreso Nacional y militante actual de un partido considerado "populista" (PRE); Carlos de la Torre Espinoza, politólogo; Alfredo Castillo, político y pensador entre las filas de la izquierda; Alejandro Moreano, investigador y literato; Iván Fernández, sociólogo; y Felipe Burbano de Lara, investigador vinculado al periodismo.

Todos ellos tienen algo que decir y lo hacen desde distintas posiciones. Este libro ejercita el pluralismo. Otras opiniones no han podido incorporarse. El espacio de esta publicación y su oportunidad en el tiempo apenas nos permiten recobrar las polémicas y nuevamente iniciarlas. Los lectores sabrán juzgar si los estudios aquí contenidos han cumplido con dar luces y despertar mayores inquietudes.



Permítaseme que acompañe a los analistas invitados para este libro y que en las siguientes páginas resalte lo esencial de sus estudios, polemice con ellos en alguna parte y, al mismo tiempo, formule mis propias apreciaciones sobre el tema que a "todos" nos interesa.

## II. ¿QUE ENTENDER POR "POPULISMO"?

De entrada el término populismo ofrece ya dificultad. ¿A qué mismo califica? ¿Qué fenómenos sociales de la vida política son "populistas"? La actual herencia intelectual no tiene acuerdo preciso. El "populismo", como categoría para el estudio, es ambiguo. A veces se lo define por las características del movimiento al que califica. Otras veces se prefiere no entrar en definiciones. Además, en unos casos se refiere a fenómenos históricos ajenos a la realidad latinoamericana. En otros, sólo es aceptable para identificar liderazgos latinoamericanos bien concretos y poco numerosos. En Ecuador, ¿qué es el "populismo"?

Blasco Peñaherrera, en la monografía que aquí presenta, ha logrado referir esa dimensión contradictoria de la categoría "populismo", al hacer un ligero balance de los criterios que otros autores mantienen sobre los "narodnikis" rusos, el vigoroso liderazgo que caracterizó a Pericles, Tiberio y Cayo Graco, Mario, Espartaco, Catilina y Julio César en la antigüedad, Pedro el Ermitaño en la edad media, los comuneros de Castilla en la edad moderna, los "sansculottes" en la Francia revolucionaria, Bonaparte y otros conductores de los siglos pasado y presente, hasta llegar a los grandes líderes contemporáneos tanto en Europa como en América Latina ("peronismo", "varguismo", "gaitañismo", "velasquismo", etc.), todos identificados como "populismos".

Alejandro Moreano, reconociendo la ambigüedad conceptual del "populismo", admite que su uso se ha impuesto en la lucha política del Ecuador actual, aunque las reflexiones de su estudio le llevan a concluir que dicho término "no define ninguna cualidad esencial de movimientos políticos orgánicos que caractericen la evolución política de América Latina. No representan un nuevo proyecto de poder ni la instauración de una nueva voluntad

hegemónica. Más aún, una vez convertidos en gobierno... devienen en la expresión normal de los intereses hegemónicos del momento."

Las dos posiciones argumentales que se ha resaltado nos permiten fijar un punto de partida que puede resultar paradójico: la supuesta universalidad del fenómeno, fácilmente admitida dentro del término "populismo", no es admisible, en cambio, a la hora de realizar el balance del contenido histórico específico que tuvo cada uno de los movimientos que la tradición política—y aún sociológica— ha identificado como "populistas". Es que se hace preciso contar claramente con las diferencias de tiempo y lugar, con las fuerzas sociales que cada uno movilizó, los propósitos en los que se inscribió el liderazgo, las circunstancias desencadenantes y el sistema cultural, económico y político al que respondieron, para advertir la inconveniencia y la inexactitud de una homologación genérica. Para la mayoría de autores cuyos estudios recoge esta edición está claro que no puede asumirse esa supuesta universalidad del "populismo", pero buscan entender, con el uso de dicho término, las particulares características de expresión política de movimientos caudillistas que inscriben su acción en un tipo especial de adhesión popular ligada a los procesos electorales contemporáneos, a pesar de las referencias y similitudes que lleguen a notarse con respecto a otros "populismos" latinoamericanos.

### **III. CAUDILLISMOS Y POPULISMOS**

Si en la perspectiva histórica de larga duración se toma en cuenta que los cambios experimentados por el Ecuador durante el siglo XX se asentaron sobre tradiciones culturales y políticas que la expansión de las formas capitalistas no podía superar, porque continuaron situaciones de pobreza y atraso debidas tanto a la herencia estructural de anteriores épocas como también a los efectos desintegrantes y contradictorios de las nuevas formas económicas, es posible comprender que el fenómeno del "caudillismo político", con el que se inauguró la vida republicana del país, se proyecta como telón de fondo del quehacer político con-



temporáneo y, sin duda, del "populismo". Con mucha perspicacia, cuarenta años atrás, George I. Blanksten, en un libro poco conocido en nuestro medio <sup>(3)</sup>, tomó en cuenta que, una vez proclamada la "democracia" frente a los antiguos principios monárquicos, el "caudillismo" apareció caóticamente como mecanismo espontáneo de selección de líderes al interior de las nuevas clases dirigentes, entre cuyos componentes primaron las rivalidades personales, el regionalismo y elementales diferencias doctrinales o ideológicas, que abonaron la inestabilidad política característica del país. Sin duda el caudillismo proyectó, con mayores alcances y dimensión social, aquel fenómeno del "caciquismo" que Alfredo Espinosa Tamayo —a quien Arturo Andrés Roig considera "uno de los iniciadores o tal vez el iniciador de la sociología ecuatoriana"— describió lúcidamente en 1918, vinculándolo a aquellos propietarios que se elevaron sobre los demás, adquiriendo grandes fortunas y latifundios y ejerciendo así preponderancia económica, social y política, no contrarrestada por ningún otro poder, sobre todo en las pequeñas poblaciones <sup>(4)</sup>.

Así, pues, en la historia del país los caudilles -civiles o militares- asumieron un papel providencial, considerándose hombres indispensables, capaces de imponer autoridad incluso por encima de la constitución y las leyes. El caudillo se revistió de republicano y demócrata, en una sociedad que conservó inalterada la condición indígena, que sistemáticamente excluyó a las mayorías nacionales de la ciudadanía y que, por tanto, afincó el ejercicio político directo en una minoría dominante identificada con la cultura de los "blancos". Sobre esta "tradición" y "cultura política", que ha perdurado en la historia del Ecuador, se erigió, en el siglo XX, una nueva forma de caudillismo que es el liderazgo "populista", conforme fue creciendo la presencia popular -visible ante todo por los efectos del proceso urbano- y cuando se hizo necesario encontrar soluciones inmediatas no sólo para atender a las

---

(3) George I. Blanksten, **Ecuador: constitutions and caudillos**, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1951.

(4) Alfredo Espinoza Tamayo, **Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano**, Biblioteca Básica del pensamiento ecuatoriano, Banco Central del Ecuador—Corporación Editora Nacional, Quito, 1979.

"necesidades del pueblo", sino también para lograr la efectiva incorporación de las crecientes masas a la "vida democrática" del país.

El ambiente histórico propicio para la actualización del "caudillismo populista" bien puede advertirse en la época de la Revolución Juliana (1925), cuando la reacción contra el dominio de la "plutocracia" reivindica al "hombre proletario" y los gobernantes ejecutan un programa inusitado en la historia nacional, al procurar, desde el estado, intervenir para las soluciones económicas y el mejoramiento de las condiciones de vida de la población. De uno u otro modo los gobiernos sucesivos vierten sus preocupaciones por el "pueblo", bien sea al calor de los "principios julianos", sensibilizados con criterios "nacionalistas", afirmados en los valores del liberalismo y la democracia "auténticos", deseosos de renovación social o incluso influidos por rudimentarios postulados socializantes o reformistas, inspirados por el ascenso de masas que ocurre en Europa, motivados por la Revolución Rusa y hasta por emulación con respecto al papel que empiezan a jugar los Partidos Socialista (1926) y Comunista (1931) que aparecen en el Ecuador. En un ambiente cargado de referentes nacionales e internacionales que apela a "las masas", se erigen en el País banderas de lucha contra la oligarquía, se reacciona contra la hegemonía mantenida por el bipartidismo liberal—conservador y, en consecuencia, pierden vigencia los mecanismos de control político terrateniente y entra en crisis la hegemonía de la clase dirigente tradicional. En tales circunstancias es que apareció un caudillo de "masas", que canalizó la frustración electoral de las mismas y planteó su promoción humana con un nuevo estilo de "hacer—política". Tal caudillo se llamó José María Velasco Ibarra y con él apareció en Ecuador la primera expresión de ese fenómeno que recién en la década de los setenta sería usualmente identificado como "populismo" <sup>(5)</sup>.

---

(5) Hay que reconocer en nuestro país el gran mérito de Agustín Cueva, que fue pionero en abrir las discusiones en este campo con su libro "El proceso de dominación política en el Ecuador", en cuya segunda parte se realiza la interpretación del Velasquismo. Consúltense (entre muchas otras) la edición corregida y actualizada, publicada por Editorial Planeta—Letraviva, Quito, 1988.



Con una campaña innovadora, Velasco reivindicó la libertad de sufragio, captó la sensibilidad popular y, con apoyo de la derecha política del país, obtuvo su primer triunfo presidencial en 1933.

#### IV. ELECCIONES Y POPULISMO

En una investigación publicada hace una década, pero que ha influido decididamente en los ambientes académicos del Ecuador, Rafael Quintero, su autor, defiende la idea de no creer que la campaña electoral de 1933 fuera, por sí misma, causa del triunfo de José María Velasco Ibarra, "a pesar de haber esa campaña marcado sí un corte en las formas de aglutinamiento tradicionales de una determinada masa electoral". Agrega: "El corte del cual hablamos no es otro que la línea divisoria entre un estilo electoral caracterizado por la autosuficiencia autoritaria del gamonalismo (caso de Bonifaz) y un estilo electoral caracterizado por el profesionalismo de un aparato partidista (caso de la llamada "maquinaria velasquista)". Quintero reconoce que Velasco visitó sierra y costa, ciudades, parroquias y cantones en las seis semanas de campaña, y en todos los lugares dio o intentó dar discursos "para arengar a los electores a quienes prometía realizaciones de diversa índole en su inadulterada demagogia". Además, que "Velasco recorría el país inculcando la aceptación del sufragio como mecanismo más importante de consenso de la clase dominante"; que "La campaña electoral pro—Velasco Ibarra, en la cual el mismo candidato participó activamente, se convirtió entonces en un nuevo elemento integrado al mecanismo de creación de un consenso para el Estado burgués—terrateniente"; y que la campaña del año 33 "jugó un papel importante en la creación de ese consenso ya referido, en el contexto de una modernización del Estado ecuatoriano" (6).

Por su parte, el historiador Alfredo Pareja D., al referirse a esa misma campaña y al triunfo de Velasco, lo atribuye al apoyo

(6) Rafael Quintero, *El mito del populismo en el Ecuador*, FLACSO, Quito, 1980, págs. 303—305

de los compactados de derecha, la ayuda liberal, de sectores de independientes y del afecto popular, principalmente de las simpatías del pueblo guayaquileño, concluyendo: "La verdad es que el pueblo había escuchado un nuevo lenguaje y contemplado un nuevo método de propaganda política, dinámico, callejero, exaltado. Gustó de la promesa de acabar con los privilegios, con las trincas, con los estancos del tabaco y el alcohol, con todos los vicios de la República"<sup>(7)</sup>.

El propio Velasco Ibarra confiesa que en diciembre de 1933 obtuvo un triunfo rotundo con 50.000 votos (representaba el 80% del total de sufragios). "En rigor, votación escasa, pero numerosa, dada la psicología del pueblo ecuatoriano", afirma, "Mi fuerza estuvo en el fervor del país entero, en los verdaderos plebiscitos que en cada ciudad ratificaban mi elección. En Quito, Riobamba, Cuenca, Guayaquil, Ambato, Ibarra, verdaderas olas humanas me acogían frenéticas, y aclamaban la restauración de la República, la soberanía popular, la libertad de las conciencias"<sup>(8)</sup>.

A pesar de las diferencias interpretativas reseñadas, se impone una afirmación central: Velasco Ibarra es quien inaugura una campaña presidencial inédita en la historia del país y que caracteriza el **estilo político electoral del populismo**. En éste se conjugan el caudillo, el **discurso**, y la **recepción de masas**.

De uno u otro modo los trabajos que recoge la presente edición coinciden en atribuir al "caudillo populista" una serie de cualidades con las que quiere fundamentar su prestancia entre las "masas". Así lo expone Alfredo Castillo. Por su parte, Alejandro Moreano da luces sobre el lenguaje del líder y su capacidad mesiánica puesta en escena para representar un verdadero teatro que logra la catarsis final. Felipe Burbano encuentra convincente el discurso, el gesto, la ritualidad conducidos por ese "showman" llamado Abdalá Bucaram, líder del Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE). El Dr. Blasco Peñaherrera no duda en resaltar la vigo-

(7) Alfredo Pareja Diezcanseco, **Ecuador, La República de 1830 a nuestros días**, Editorial Universitaria, Universidad Central, Quito, 1979, págs. 371—372.

(8) J. M. Velasco Ibarra, **Conciencia o Barbarie**, Editora Moderna, Quito, 1937, pág. 61.



rosa y recia personalidad de Velasco Ibarra. Para Carlos de la Torre el estilo personalista de liderazgo, el "carisma", es una de las características propias de los populismos. Iván Fernández insiste en igual análisis. Marco Proaño Maya afirma que los pueblos requieren líderes carismáticos. Se reconoce, en consecuencia, que el "caudillo populista" se convierte en el catalizador natural de las esperanzas, frustraciones y necesidades colectivas y que se impone como intermediario político.

La coincidencia sobre la importancia del liderazgo personal en el fenómeno populista está ligada, en consecuencia, a esa inculcable tradición histórica del País en la que el "caudillo" matizó las luchas políticas con su estilo e influencia personales, contando con la adhesión de sectores cuyos intereses sociales y económicos veíanse por él representados. Esa forma de representación apenas fue alterada con el surgimiento de los "partidos políticos" y continúa vigente en la actualidad <sup>(9)</sup>.

Pero lo que se vuelve necesario comprender más allá de la figura del caudillo y con el propósito de explicar su presencia y los procesos históricos desarrollados, que no están sujetos a sus "cualidades personales" —procedimiento que impone la subjetividad en el análisis— es, precisamente, ese conjunto concreto de fuerzas sociales que le impulsan y sirven de apoyo. Porque la captación electoral de las masas, que es el fundamento de la movilización populista, es la condición necesaria para el triunfo, pero no completa todos los "propósitos políticos" que inspiran al líder y que desean impulsar quienes directamente forman ese "respaldo oculto" de intereses económicos y sociales que tienen los financistas, promotores, clientes, y adherentes del "salvador del pueblo".

El **discurso** del caudillo populista es el instrumento personalísimo de la acción ante las masas. Allí se conjugan el hombre

---

(9) Jorge Montaña señala al "personalismo" como una de las características propias de los partidos latinoamericanos contemporáneos. Incluso aquellos partidos que han rebasado la etapa personalista, no han logrado crear organización bien articulada y permanente, pues tras la efervescencia electoral, sólo un grupo reducido mantiene la actividad transformando el aparato político a su antojo. En: **Partidos y política en América Latina**, UNAM, Instituto de Investigaciones Jurídicas, México, 1975, págs. 14—15.

y la palabra, la personalidad y su visión de las cosas. Nuevamente es Velasco Ibarra quien inaugura y resume ese **estilo** de discurso que cautivó masas. "Dadme un balcón y seré Presidente" vino a ser la fórmula para sus triunfos electorales.

Hay también coincidencias entre los autores de esta edición acerca del papel que cumple el discurso. Para Iván Fernández es elemento del populismo. Carlos de la Torre subraya los efectos dramáticos del mismo, la retórica, el moralismo, la religiosidad, las simbologías, el ataque antioligárquico, la contrastación entre bueno y malo, los insultos, palabras clave, modismos, ritualidad del acto de comunicación con las masas. Alejandro Moreano advierte el traslado de las representaciones de la calle a las instituciones, el traslado del "mercado" a la política (el "crimen" populista, la denigración de la "majestad" del sistema), la significación de la informalidad del discurso frente a la formalidad del partido "moderno", el lenguaje que oculta la visión contrapuesta entre barbarie y civilización. Parecidas son las reflexiones de Alfredo Castillo, expuestas incluso en un lenguaje que llega a ser poético. Felipe Burbano se detiene a comprender el discurso populista y la ritualidad creada a través de este instrumento del caudillo. Analiza cómo el discurso populista —y en este caso específico el que ha instaurado Abdalá Bucaram— se contrapone al discurso manejado por otros líderes partidistas. Coincide con Moreano en subrayar esa especie de perversión e irracionalidad política que encierra el mundo del "showman" —otra vez Bucaram— juzgado por la moralidad de los políticos y partidos "modernos". Desde su explicable posición partidista, el Dr. Marco Proaño Maya llega a valorar esas políticas de informalidad con las que las masas cuestionan al sistema en su conjunto y parece poner en jaque esa supuesta cultura de la razón que esconde las situaciones de miseria popular.

Sin duda, el discurso apela al sentimiento de masas. Pero obra en contextos históricos precisos. Las condiciones del subdesarrollo, la miseria social, la dependencia y el dominio oligárquico—burgués, en tanto se mantienen hasta el presente, continúan —y continuarán— otorgando al discurso del caudillo populista la fuente inagotable de sus cuestionamientos, ataques y reivindicaciones.



ciones en favor "del pueblo". Variará la forma argumental y la presentación: Velasco Ibarra es el prototipo del intelectual; en el otro extremo, Abdalá Bucaram es prototipo del lenguaje "populachero" (término que usa Iván Fernández). En algún lugar impreciso entra la palabra del "vocero y líder más destacado de la derecha ecuatoriana", el ingeniero León Febres Cordero, quien "pretende ser la síntesis de la grandeza, la hombría y la gallardía, como ningún otro de los próceres que ha tenido la historia", según expresa Ramiro Rivera <sup>(10)</sup>. En otro lugar el "teléfono—ladrón" del discurso de Raúl Patiño, militante socialista, que condujo una campaña "populista" en Guayaquil. En todos hay necesidad de un elemento provocador: la demagogia <sup>(11)</sup>.

Pero más que encontrar características del discurso populista en sí mismo, interesa, por tanto, descubrir su sentido histórico preciso dentro de una coyuntura determinada. Así, se recordará que Velasco Ibarra no dudó en "acabar" con el entonces Presidente de la República Juan de Dios Martínez Mera, refiriéndose a su fraude electoral, la ruina de pequeños propietarios por las medidas gubernamentales en favor de la Compañía Nacional de Estancos del Litoral y aún las disputas sobre la posesión territorial de Leticia. Fueron éstos los contenidos a partir de los que logró edificar la campaña de 1933. La investigación debe penetrar ese sentido histórico en otras épocas (lo que ha dado en denominarse "interpelaciones constitutivas del discurso") y esta tarea aún está por hacerse.

Cabe resaltar, a modo de ejemplo, lo que ha evidenciado el análisis del investigador Rafael Guerrero, quien encuentra en el

---

(10) Ramiro Rivera, *El pensamiento de León Febres Cordero*, Ediciones Culturales UNP, Quito, 1986.

(11) Ejemplos de esta identidad populismo—demagogia también son comprendidos en el exterior. El periódico "Tribuna Alemana" (Año XXVII, N° 1023, Hamburgo, 5 de diciembre de 1990, pág. 2) publicó el comentario de Franz K. Drewer, según el cual Lech Walesa y Stanislaw Tyminski, con sus promesas y discursos triunfales demostraban que "En Polonia circula el peligroso fantasma del populismo, consistente en una adaptación excesivamente solícita con una supuesta opinión pública y, con frecuencia, estrechamente relacionada con una política demagógica con el objeto de obtener el favor de las masas por medio de la dramatización de la situación".

actual discurso populista en la ciudad de Guayaquil—sea éste del PSC (Partido Social Cristiano), del PRE (Partido Roldosista Ecuatoriano) o del PSE (Partido Socialista Ecuatoriano)—, la constante referencia a la crisis de la ciudad, y, sobre todo, que “lo que caracteriza al discurso populista actual, es el hecho de vertebrar un nuevo sistema de oposiciones sociales, cuyo eje es la oposición pueblo/Estado”, en contraste a la oposición pueblo/oligarquía de hace 10—15 años atrás. Ahora se interpela al guayaquileño en calidad de “ciudadano”, sin identidad clasista, utilizando incluso el regionalismo y aprovechando el fracaso del estado—benefactor, en lo que el discurso populista de la derecha encuentra la viabilidad del éxito<sup>(12)</sup>.

## V. INSTITUCIONALIZACION ELECTORAL DEL “POPULISMO”

Si Velasco Ibarra origina el “estilo político electoral del populismo”, con la fundación de Concentración de Fuerzas Populares —CFP— en 1949, tal “estilo” se **institucionaliza** junto a la articulación de los **MECANISMOS POPULISTAS de organización, movilización y reclutamiento de las masas**.

Los autores de las monografías recogidas por esta edición no se detienen en el análisis del “populismo cefepista”. La mayoría se ha interesado en la presencia actual del caudillismo Bucaramista vinculado al PRE. Sin embargo, CFP fue, en su época inicial, un partido no sólo promotor sino también conductor de masas y que demuestra rasgos por demás importantes<sup>(13)</sup>.

(12) Rafael Guerrero, “La crisis de Guayaquil y los nuevos populismos”, en *Ecuador Debate*. Quito, Ecuador, Octubre de 1990, N.º 21, pág. 16 y sig.

(13) El “populismo cefepista” actual está muy lejos del vibrante partido cefepista de sus inicios. En aquella época y bajo el liderazgo del “capitán del pueblo”, Carlos Guevara Moreno, el partido fue promotor y conductor de masas bajo fórmulas realmente innovadoras en el País. Otra cosa es que se pueda o no estar de acuerdo con ellas o que se las juzgue de la manera que se quiera. Pero lo cierto es que CFP llegó a ser—a su manera—un partido que ocupaba la atención nacional incluso por el deseo de combatirlo. Su historia es de las más interesantes. Y, sin embargo, es apenas conocida en la actualidad y hasta juzgada con una mezcla de inexactitud y visión peyorativa, en la que pesan más los bochornos y escándalos episódicos protagonizados por algunos militantes y dirigentes cefepistas del presente.



En efecto, CFP definió claramente el papel de las masas, conforme puede advertirse en esta extensa cita: "El pueblo, para lograr sus aspiraciones, realizar sus propósitos y satisfacer sus necesidades, tiene que influir directamente en la organización del Estado y controlar el Poder, por medio de sus legítimos representantes o personeros". "CFP, desde su nacimiento hasta hoy, ha engrosado sus filas con humildes hombres de trabajo, con obreros del taller y de la fábrica, con campesinos, con pequeños comerciantes, con maestros, con grupos juveniles de estudio, con profesionales honestos de la clase media y con mujeres sensibles a la emoción cívica, es decir, con todo contingente humano que integre la entraña misma del conglomerado social que llamamos pueblo... CFP, al tiempo de su formación, no ha recibido influencia doctrinaria o política venida de fuera del País. Sus puntos de vista, en cuanto a los anhelos, las reivindicaciones humanas y programas de acción, brotan de la angustiosa realidad del pueblo ecuatoriano, oprimido salvajemente por las trincas opulentas". "Distinguiéndose Concentración de Fuerzas Populares, desde su origen, como un movimiento político de masas que intervienen activamente en la vida pública, en todo momento ha dado preferencia a la acción directa, siendo los comicios electorales el campo preferido de sus luchas cívicas. Pero que el campo preferido de CFP haya sido y siga siendo la acción cívica de las masas, no quiere decir que haya dejado de considerar todos los demás problemas de contenido social y político en íntima relación con las condiciones y circunstancias del ambiente nacional". "Ha hecho y hace falta la toma del Poder por las fuerzas auténticamente populares, mediante la aplicación del sufragio libre, de modo que estas fuerzas confíen las tareas de gobierno a personas o ciudadanos que sean la genuina expresión de sus condiciones, de sus anhelos y sus necesidades". "La marcha de la transformación social del pueblo ecuatoriano, por la acción directa de las masas, tiene un camino preferido: el sufragio absolutamente libre. Ganar las urnas e imponer la legítima representación del pueblo por el voto mayoritario, es el recurso normal que propugna CFP. Pero no descarta tampoco el Partido Cefepista la insurgencia armada del pueblo, si las oligarquías o los despotismos personalistas adueñados del po-



der, suprimen la vigencia de la ley y tratan de imponerse por métodos violentos. A la tiranía del Poder CFP tiene que oponer la resistencia organizada y la supresión de los gobernantes que desvirtuaron el mandato popular. De este modo, CFP es un Partido esencialmente combativo en el plano de la legalidad o de los hechos, según sean las armas que manejen los adversarios de las masas populares" (14).

En un primer momento, Carlos Guevara Moreno, entonces Ministro de Gobierno de Velasco Ibarra en 1944, logró captar las fuerzas de la "Unión Popular Republicana" (los "uperra", como despectivamente eran llamados esos sectores de la población suburbana) que Rafael Mendoza Avilés creó en Guayaquil en apoyo al Gobierno Velasquista. Luego, el fundador de CFP impuso una rígida disciplina partidista organizada jerárquicamente bajo su mandato y que "desde arriba" fue ampliando y creando una base popular estructurada mediante la formación de "comandos" y "comités" en barrios y manzanas del suburbio (que por entonces empieza a formarse) y en las zonas rurales de la provincia del Guayas. Esa **organización** de "masas" fue distinta a la que promovió la izquierda marxista, interesada, ante todo, en la organización "clasista" de los trabajadores, que arribó a la creación de la CTE (Confederación de Trabajadores Ecuatorianos) en 1945 y bajo las perspectivas del protagonismo histórico—revolucionario del proletariado. También resultó distinta a las organizaciones del "sindicalismo católico" impulsado por la iglesia y los promotores conservadores (15) que condujeron a la creación de la CEDOC (Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos) en 1938.

Privilegiados los objetivos electorales, sobre la estructura organizativa creada por CFP se articularon los mecanismos de **movilización** directa de las masas mediante concentraciones públicas, desfiles y marchas que incluían fuerzas de choque, profusión de símbolos, slogans, pancartas, himnos, antorchas, parlan-

---

(14) **A dónde va CFP? Ideología y Táctica Cefepistas**, Publicaciones del Departamento de Prensa de CFP, Guayaquil, Ecuador, 1958.

(15) Confer. Juan Pazy Miño, **La CEDOC en la historia del movimiento obrero ecuatoriano**, CONUEP—IDIS—ADHIEC, Editorial Voluntad, Quito, 1988.



tes, banderas y propaganda de todo tipo, nunca antes vistos en el país. Al propio tiempo, CFP consolidó un sistema de **reclutamiento** de pobladores basado en diversas formas de "clientelismo" político, para lograr el apoyo en las urnas a cambio de la consecución de favores, bienes y servicios inmediatos, demandados por las masas en condiciones de "precariedad estructural". Hasta hoy, el único estudio a profundidad de esas "redes clientelares informales" y las "máquinas políticas" que las articulan en los procesos electorales regionalmente investigados en Guayaquil es el que realizó Amparo Menéndez—Carrión <sup>(16)</sup>.

Constituido un buen equipo "cefepista" alrededor de Carlos Guevara Moreno, al grito de "pueblo contra trincas", el "Partido del Pueblo Ecuatoriano" enfrentó a los gobiernos de Galo Plaza y Velasco Ibarra, escenificando marchas espectaculares disueltas a bala y gas lacrimógeno, en las que mueren simpatizantes y son apresados dirigentes. En 1951 Guevara Moreno gana la Alcaldía de Guayaquil, desde la que trata de dar atención a los sectores marginados. Si bien Guevara pierde las elecciones presidenciales en 1956, era evidente el control cefepista de Guayaquil con lo cual el partido logró nuevamente la Alcaldía de la ciudad en 1957 y en favor de Luis Robles Plaza, cuya desastrosa administración <sup>(17)</sup>, junto a las pugnas partidistas y sus fraccionamientos caudillistas, desarticulan la estructura de CFP. La figura de Guevara declina, el partido pierde la Alcaldía en 1959 y es derrotado en las elecciones presidenciales de 1960, tras lo cual Guevara renuncia a la dirección del partido y se exilia.

Entre 1960 y 1978, aprovechando la ausencia del "capitán" Guevara, la caída de jefes cefepistas como Mendoza Avilés, Coello

---

(16) Amparo Menéndez—Carrión, **La conquista del voto. De Velasco a Roldós**, Corporación Editora Nacional, Quito, 1986.

(17) La revista *Vistazo* se lamentaba, en uno de sus editoriales, de la dolorosa situación "en la cual se encuentra nuestro Municipio en la hora presente" y añade: "No se trata, únicamente, de la denominada crisis económica—muy grave por sí sola—que sufre el Concejo; no es sólo una cuestión de falta de dinero, de verdadera quiebra de las finanzas de nuestro Ayuntamiento; es la otra, la **CRISIS MORAL**, la **CRISIS DE LOS VALORES HUMANOS**, la que torna desesperada, como nunca, la situación de la Municipalidad de Guayaquil". Año II, N° 18, Guayaquil, noviembre de 1958.

Serrano, Arenas Coello, Dillon, Valdez, Trujillo Moulis o el propio Robles Plaza -a quien los cefepistas veían como sucesor de Guevara Moreno- y mediante la purga de muchos otros "tenientes" del partido, la reactivación del cefepismo es lograda por Asaad Bucaram E., que se convierte en el nuevo caudillo populista y asciende desde su puesto de "sargento" para conquistar la Alcaldía de Guayaquil en 1962 y luego la diputación en la Asamblea Constituyente de 1966, que le designa su Vicepresidente. En 1967 otra vez alcanza la Alcaldía de Guayaquil y en 1970 la Prefectura del Guayas. Era un seguro triunfador para la Presidencia en 1972, pero la irrupción de la dictadura militar "Nacionalista y Revolucionaria" (1972-1975) liquidó el proceso electoral.

Una vez que el nuevo Triunvirato Militar (1976-1979) instaura el "plan de retorno al orden constitucional" y se excluye la posibilidad de que Asaad Bucaram reaparezca en el escenario como candidato presidencial<sup>(18)</sup>, CFP propuso la candidatura a la Presidencia del Abogado Jaime Roldós Aguilera, sobrino de "Don Buca", quien, en binomio con el Dr. Osvaldo Hurtado, (prestigioso político democristiano y académico investigador) candidatizado a la vicepresidencia, triunfa en las dos vueltas electorales y asciende al gobierno de la República en 1979. Para la campaña, CFP impuso la fórmula "Roldós al gobierno, Bucaram al poder", que Roldós la reimpulsaría con el slogan "la fuerza del cambio", motivando las primeras discrepancias con su tío. El declive del "bucaramismo" y una inconveniente pugna conducida por Don Asaad en el Congreso y en contra del Ejecutivo, fortalecieron el liderazgo de Roldós. Otra vez C F P fue víctima de purgas y rupturas. La trágica muerte del Presidente Jaime Roldós (24 de mayo de 1981) y pocos meses más tarde la de Asaad Bucaram, concluyeron con sus respectivos liderazgos. CFP pasó a una nueva fase, sujeta tanto a las rigideces del clan familiar heredero de Don Asaad, como

---

(18) El 15 de enero de 1978 se realizó un referéndum para escoger entre dos proyectos constitucionales. Sin embargo, una vez aprobada la "Nueva Constitución", el Tribunal Supremo Electoral reformó la Ley de Elecciones, estableciendo el requisito de ser hijo de padre y madre ecuatorianos para optar a la Presidencia de la República, con lo que se eliminó la candidatura de Asaad Bucaram, descendiente de padres libaneses.



a las fórmulas más variadas de los arreglos, acuerdos y conveniencias políticas y partidistas.

## VI. LA UTILIDAD DEL "POPULISMO"

La experiencia del **estilo político** y de los **métodos políticos** de organización, movilización y reclutamiento de masas, desarrollados originalmente por el "Velasquismo" y por el "Cefepismo", se han venido incorporando a la cultura y práctica políticas de las clases dirigentes y de los sectores populares en el Ecuador. Ello ha sido posible porque las bases del caudillismo persisten en un País en el que el "personalismo" caracteriza la política nacional, las "fracciones de clase" aún no están delimitadas con rigor y se mantienen las condiciones de "precariedad estructural" entre las masas. Pero, sobre todo, porque tales estilo y métodos se han impuesto como otras tantas fórmulas legitimadoras de consensos electorales, que facilitan la acción de los "salvadores" y "profetas" del pueblo. En consecuencia diversos partidos y movimientos de las más distintas orientaciones, han recurrido a las fórmulas "populistas", a pesar de que en muchos casos las cuestionan. Han resultado, así, ampliamente utilitarias para la "clase política".

Cabe recordar como el impactante caudillaje de Velasco Ibarra ya despertó las más contradictorias pasiones políticas y fue un factor aglutinante para los más diversos acuerdos y alianzas, con la idea de aprovechar el voto de la "chusma" velasquista o de beneficiarse con la aquiescencia del líder (como ocurrió con Camilo Ponce en 1956). Tras Velasco estuvieron los conservadores en 1933 y los cefepistas en 1951. En "La Gloriosa" de 1944, -caso excepcional incluso por la ausencia de un proceso electoral-, fue unánime la convergencia partidista en torno a Velasco, trátase de la "derecha", el "centro" o la "izquierda". En 1960, la clase media, los grupos plutócratas costeños, el gran comercio de Guayaquil, la naciente industria nacional, estimaron que un nuevo triunfo de Velasco (apoyado por poderosos núcleos económicos del mismo Puerto) sería ruinoso para el País. A ese pensamiento -según refiere la revista VISTAZO- se unieron "El Telégrafo", "El Comercio" y "El Universo", el diarismo menor, las revistas y otras publicacio-

nes, así como el 90% de la radiodifusión nacional. Víctima de ataques y provocaciones los tres grandes periódicos nombrados cerraron las páginas a la propaganda pagada del candidato Velasco Ibarra. En una Pastoral, la Iglesia prohibió a los católicos votar por candidatos no cristianos, pretendiendo favorecer a Gonzalo Cordero. Era claro que Antonio Parra, candidatizado por la izquierda, no tenía opciones. Se vaticinaba el triunfo de Galo Plaza —acusado por Velasco como agente del imperialismo yanqui—, seguido estrechamente por Cordero y luego por Velasco <sup>(19)</sup>.

Sin embargo, frente a panorama tan adverso, el velasquismo obtuvo un espectacular triunfo con 373.585 votos, el Frente Democrático Nacional (liberales, un sector socialista, independientes) 175.076 votos, Acción Demócrata Cristiana (conservadores, ARNE y socialcristianos) 172.690 votos y Unidad Democrática Anticonservadora (comunistas, socialistas, cefepistas), 46.173 votos. Ocho años más tarde nuevamente Velasco Ibarra alcanzó la presidencia, aunque era evidente su declive como figura política. Blasco Peñaherrera resume, en el estudio que aquí presenta, ese liderazgo que siempre arrastró “masas” a pesar de que por cuatro ocasiones Velasco Ibarra fuera derrocado.

También CFP ha sido protagonista de acuerdos y alianzas en los que sus líderes han buscado beneficios electorales y sus aliados de coyuntura oportunidad para aprovechar de las “masas” y lograr acceso a esferas de gobierno. En sus primeros tiempos, CFP logró el control absoluto del Municipio de Guayaquil y su fuerza se extendió a otras provincias de la costa y cantones de la sierra, hasta lograr captar algunos escaños legislativos. Pero en 1956, Carlos Guevara Moreno, mediante el famoso “Pacto de los Caciques” (con el cual CFP quiso asegurar el triunfo en Esmeraldas, Manabí y Los Ríos) consolidó las alianzas políticas utilitarias, llegando incluso a ofrecerse la candidatura a la Vicepresidencia de la República a Ruperto Alarcón Falconí, prominente dirigente del Partido Conservador <sup>(20)</sup>. No es necesario resaltar otras “alian-

(19) VISTAZO, Año IV, N° 37, Guayaquil, junio 1960.

(20) VISTAZO, Año II, N° 19, Guayaquil, diciembre de 1958, pág. 107.



zas" con el "cefepismo", pero cabe recordar aquellas ocurridas en la reciente década, como la que protagonizó la Democracia Popular—Unión Demócrata Cristiana (DP) a través del binomio Jaime Roldós—Oswaldo Hurtado en torno a los "21 puntos programáticos" o los acuerdos políticos cefepistas en apoyo a León Febres Cordero <sup>(21)</sup>.

Por otra parte, de las propias escisiones "cefepistas" surgieron otros movimientos que heredaron, con distinto éxito, el estilo y los métodos del partido de origen. Así, reivindicando los postulados de Carlos Guevara M., en 1970 se constituyó "Acción Popular Revolucionaria Ecuatoriana" (APRE); en 1980, intentando constituirse en partido de gobierno y en apoyo a Jaime Roldós A., se fundó "Pueblo, Cambio y Democracia" (PCD); y, tras una nueva escisión al interior del PCD, en 1983 se constituyó el "Partido Roldosista Ecuatoriano" (PRE), bajo el claro "caudillismo populista" de Abdalá Bucaram, sobre cuya figura se tejen muchas de las menudencias políticas del Ecuador actual. El carácter utilitario del "populismo" del PRE también fue provechosos para la Izquierda Democrática durante la campaña electoral de 1984 <sup>(22)</sup>.

Moreano, De la Torre, Fernández y Burbano analizan, precisamente, ese pintoresco "caudillismo populista" representado

---

(21) En la dimensión del análisis del "populismo" realizado en el libro "El poder político en el Ecuador" resulta explicable que su autor, el Dr. Oswaldo Hurtado, fuera candidato vicepresidente del Abogado Jaime Roldós (por encima de la circunstancial necesidad de afiliación personal del Dr. Hurtado a CFP una vez que la DP no fuera aceptada en los registros electorales), puesto que se acertaba en intentar fundamentos político—ideológicos para la conducción de masas que se imponían como realidad presente del País y que merecía alguna respuesta coherente. Por otra parte, el libro (editado por primera vez en 1977) advirtió cierta tendencia declinante del "populismo", que sólo años más tarde su autor reconocerá otra vez vigente o aún multiplicada (en el Epílogo "Primeras reflexiones sobre el ejercicio del poder" de la edición de 1988). Véase, Oswaldo Hurtado, **El poder político en el Ecuador**, Ediciones de la Universidad Católica, Quito, 1977, pág. 191 y sig.

(22) El Dr. Rodrigo Borja, actual Presidente del Ecuador (1988—1992), en su artículo titulado "Democracia y Populismo", considera que con el urbanismo creció conflictiva la presencia de masas, que, en condiciones precarias, son muy sensibles a la prédica redentorista, siguen fácilmente el señuelo demagógico y esperan soluciones mágicas del caudillo populista. Sostiene que con más epítetos y consignas que ideas o programas, el caudillo se demuestra incapaz, y el gobierno víctima de su propia prédica demagógica e irresponsable. Concluye afirmando: "El populismo no es un movimiento ideológico sino una desordenada movilización de masas, sin brújula doctrinal. Es la antidemocracia, en cierto sentido..."

por Abdalá Bucaram. En contraste, Marco Proaño Maya subraya el "triunfo" del PRE en las elecciones de junio de 1990, como reflejo de la oposición al gobierno convergente de la ID—DP; juzga el fracaso del gobierno del Dr. Rodrigo Borja, advierte la oposición pueblo/Estado, define los principios que animan al PRE, concluye que la victoria de Abdalá Bucaram se impuso como realidad incontrastable de la vida política nacional y sugiere, en consecuencia, su futuro triunfo presidencial.

Durante la década de los años 60 y 70 surgen otras agrupaciones que, en mayor o menor grado, se inclinan por la utilización de fórmulas populistas en cuanto resultan oportunas. Así ocurre con la estructuración (1966) del Partido Nacionalista Revolucionario (PNR) alrededor de la figura del ex—presidente Carlos Julio Arosemena Monroy, que en otra época había dirigido una de las campañas de Velasco Ibarra. En 1968, cuando aparece el Partido Patriótico Popular, de tendencia conservadora. Como fruto de las escisiones del liberalismo, que en 1972 dieron origen al "Frente Radical Alfارista" y cuando tras las elecciones de 1978 surgió el "Partido Demócrata". Para las elecciones de 1984, y alrededor de León Febres Cordero, se reactualiza el antiguo "Partido Social Cristiano". Incluso el maoísta "Partido Comunista Marxista—Leninista del Ecuador" (PCML) patrocinó, en los años 70, la integración del "Comité del Pueblo" con pobladores quiteños esperanzados en obtener vivienda barata. En fin, hasta en las últimas elecciones para el Congreso (1990), un candidato socialista (Raúl Patiño) realizó una campaña de tipo populista para conseguir la diputación por la provincia del Guayas. La coincidencia de fórmulas "populistas" en el comportamiento de las agrupaciones

---

En: Revista "Nueva Sociedad", N° 65, marzo—abril 1983, pág. 126 y sig. Sin embargo, en una entrevista posterior, el Dr. Borja opinó: "Respecto a nuestra alianza con el líder del PRE, no la considero desatinada. Creo mas bien que Abdalá Bucaram fue un aliado real de nuestra candidatura". Revista VISTAZO, Guayaquil, mayo 25 de 1984, N° 402, pág. 33. Durante la semana final de su campaña, el Frente de Reconstrucción Nacional (en apoyo a León Febres Cordero) hizo público un video en el que Abdalá Bucaram, ex—alcalde de Guayaquil, se pronunciaba con su característico estilo agresivo y peyorativo, en contra de la Izquierda Democrática allá en 1980.



políticas ecuatorianas es también claramente visible para Alfredo Castillo en la monografía contenida en la presente edición.

Naturalmente, no todas las agrupaciones pueden ser catalogadas como "populistas". Los partidos que reúnen esa calidad ofrecen programas reivindicatorios para las masas en los términos de sus necesidades concretas y apelando a sus sentimientos. Son incapaces de formular un proyecto coherente y la "ideología" depende más de las veleidades doctrinarias del caudillo. Por eso su conducta puede resultar impredecible, aunque sea lógico que se establezcan las alianzas políticas más contradictorias, porque el triunfo electoral es prioritario y sólo con él se hace posible cumplir clientelarmente con los allegados, simpatizantes y compañeros.

Como se ha observado a raíz del retorno constitucional, desde comienzos de la década de los 80, los medios de comunicación han permitido la consagración de nuevos métodos populistas. Sobre todo, a través de la radio y principalmente la TV, (que son los medios más efectivos con respecto a la prensa) se promueven los candidatos o se benefician de la transmisión de programas e informaciones. De este modo impresionan a gran parte del electorado y logran convencerlo, si se considera que el nivel de educación y cultura en el país impide que amplios sectores poblacionales diferencien y evalúen con suficiente criterio —peor con "conciencia de clase"— los argumentos y programas, ya que obran con una conciencia pragmática inmediateista. En distintas ciudades del Ecuador algunos propietarios de radiodifusoras, preferidas por una audiencia "de masas", se presentaron como candidatos "del pueblo", alcanzando votaciones o puestos relevantes en las instituciones del Estado. En 1984 el éxito "populista" del ingeniero León Febres Cordero, tuvo mucho que ver con el papel que en su favor jugaron los principales canales de TV, además de los grandes periódicos.

## **VII. "POPULISMO", GOBIERNO Y PODER**

En el análisis del "populismo", llegó a considerarse que éste expresó una fase necesaria del desarrollo capitalista de América

Latina, en la cual las "masas" e incluso sectores sindicales organizados, fueron movilizadas por burguesías en ascenso, confrontadas abiertamente con oligarquías tradicionales, interesadas en mantener la dominación agraria—terrateniente. Sin embargo, a pesar de que la investigación sobre las fuerzas sociales que impulsan, dan respaldo o se benefician del "populismo" es aún precaria en el Ecuador, es posible asegurar que ningún caudillo o partido considerado populista ha creado una base sindical de respaldo y que, a pesar de las proclamas antioligárquicas — que pueden infundir cierto temor entre las clases dominantes—, tales caudillos o movimientos no han sido aliados de "burguesías modernizantes".

Según todos los autores que de uno u otro modo han tratado o se han referido al tema, el "populismo" en Ecuador se inicia con José María Velasco Ibarra, se continúa con los diferentes caudillos de CFP y perdura hasta la actualidad entre diversas fuerzas políticas. Los estudios recogidos por este libro mantienen esa idea.

Ahora bien, aunque en el primer triunfo electoral del caudillo Velasco Ibarra todavía predomina el electorado rural sobre el urbano y una buena votación serrana con respecto a la costeña (23), el "populismo" ecuatoriano respondió, en sus orígenes, a una época histórica en la cual la presencia popular y, ante todo de masas urbanas marginadas o "subproletarias", paulatinamente se impuso con demandas propias y crecientes, relativas a sus condiciones de vida inmediata. Con tales "masas" se facilitaron los mecanismos de reclutamiento, movilización y organización anteriormente analizados. Pero el "populismo" llegó también a captar determinados sectores campesinos, capas medias y aún grupos dominantes interesados en aprovecharlo en su beneficio. En este sentido el "populismo" devino en un movimiento pluriclasista y heterogéneo.

Pero el "populismo" es un fenómeno eminentemente **electoral**, al que caracterizan, como ya se ha señalado, cierto **estilo cau-**

---

(23) Así lo prueba Rafael Quintero en *El mito del populismo en el Ecuador*, ob. cit.



**dillista** y ciertos **mecanismos** de organización, movilización y reclutamiento de "masas". No se trata de una fase necesaria para el desarrollo capitalista ecuatoriano, si bien expresa un fenómeno político que, iniciado en un momento histórico específico, se inscribe como una modalidad más para la construcción de la esfera de la participación política ciudadana.

El "populismo" ha contribuido, en consecuencia, a la necesidad de romper los límites impuestos a la participación política de amplio sectores populares. Y, guste o no admitirlo, el "populismo" encarnó la fuerza electoral de "masas", las ha incorporado a la vida política, les ha otorgado cierta conciencia de su situación y de las necesidades que les agobian, logra expresarlas en sus sentimientos, ansias, pasiones, angustias, esperanzas, vehemencias y aún odios y resentimientos sociales. Incluso es, hasta cierto límite, el intento de expresión del "alma popular" y hasta de una "conciencia nacional" (24).

Bajo las condiciones actuales, el "populismo" asume incluso una expresión regional, ya que sus bastiones electorales se localizan principalmente en la costa y, ante todo, en Guayaquil, ciudad que concentra enormes masas "subproletarias", de marginados e "informales" urbanos (25). Conquistar el voto de los poblado-

(24) Es por demás elocuente el siguiente texto del Dr. Velasco Ibarra: "Lo grande en el Ecuador es el pueblo ecuatoriano. Difícil una definición dialéctica de lo que entiendo por pueblo ecuatoriano. Pero todo el mundo sabe que es el pueblo frente a los politicastros de cualquier denominación, el artesano, el hombre medio, el que trabaja modestamente para ganarse el pan, las clases humildes, la familia respetuosa del honor: todos estos elementos forman el pueblo ecuatoriano. El obrero, sobre todo el obrero humilde, que sólo pide que se le deje trabajar en paz y que se practique la justicia. El pueblo ecuatoriano es el más intuitivo y sensible de los americanos... Pueblo heroico, se deja matar, se deja asesinar, combatiendo días enteros por abrirse paso hacia el ideal democrático. Busca sus hombres, busca sus valores representativos, colocándolos con afanes inauditos en los elevados cargos y les pide sólo que realicen la justicia para todos... Sin guía, sin maestro, sin jefes de partido, viene el pueblo ecuatoriano luchando incansable por encontrar el equilibrio de la razón y de la armonía. Aplaudiva lo bueno apenas se presenta, y con una malicia genial divisa a la distancia el acto de felonía, el acto de traición." **Conciencia o barbarie**, ob. cit. págs. 50-51.

(25) El electorado costeño (5 provincias) representa prácticamente la mitad del electorado nacional (16 provincias); el de la provincia del Guayas un tercio del total y sólo el de Guayaquil dos tercios del electorado provincial. Confer. Tribunal Supremo Electoral, **El proceso electoral ecuatoriano**, Corporación Editora Nacional, Quito, 1989, N°. 1. Consultese, además, el interesante ensayo de Galtán Villavicencio, "Diferencias regionales y

res del suburbio guayaquileño se ha transformado en necesidad política para caudillos, partidos y movimientos de todo género. Sus prácticas son proyectadas a nivel del País, para procurarse la "clientela" en otras ciudades, pueblos y aldeas. El éxito de las fórmulas "populistas" ronda la vida política nacional. Para unos constituye la gran amenaza de las futuras campañas y candidaturas; para otros, la garantía del posible triunfo.

Desde luego, el "populismo" es una forma de movilización electoral entre otras posibles. Tampoco es, en consecuencia, la forma de expresión política de los sectores populares. En una sociedad como la ecuatoriana, subdesarrollada, pobre y dependiente, en la cual la "modernización" es un mito, los partidos políticos ideológicos y orgánicamente estructurados (inspirados, por ejemplo, en la socialdemocracia, la democracia—cristiana, el liberalismo moderno e incluso el marxismo) no logran cumplir totalmente con el papel que sus líderes quieren asignarle o se imaginan que cumplen. Estos partidos apenas tienen éxito en los propósitos de consolidar un tipo de quehacer político preocupado por temas fundamentales y expresado en términos de racionalidad discursiva, organización democrática de la ciudadanía y modernidad política y programática. Pesan más los personalismos, la problemática coyuntural y temas políticos modestos. En tales circunstancias resulta lógico que el "populismo" encuentre mejores oportunidades para el éxito.

Sin embargo, el carácter eminentemente electoral del "populismo" ecuatoriano fija también sus propios límites. Como ha podido observarse en la última década, la movilización de "masas" se canaliza en reacción discursiva contra el Estado y al mismo tiempo en conjunción con el Estado. Esto es posible porque subsisten raíces del autoritarismo, el paternalismo, el asistencialismo y la falta de democracia. El Estado se convierte en

---

evolución político-electoral en el Ecuador: aproximación comparativa, 1978-1989", Tribunal Supremo Electoral, **Análisis de los procesos electorales**, Corporación Editora Nacional, Quito, 1990, p. 99 y sig. Un estudio sugestivo de la trayectoria y formación de la "clase política" que llega al Congreso se encuentra en el reciente libro de Simón Pachano, **Los Diputados. Una élite política**, Corporación Editora Nacional, Quito, 1991.



instrumento para alcanzar los bienes y servicios que los pobladores necesitan. De allí que una de las formas más eficaces de la acción política populista sea la beligerante reacción contra los gobiernos de turno y contra las instituciones públicas, que, en definitiva, "no atienden al pueblo". El caudillo puede aparecer, entonces, como opositor o como víctima. Y como buena parte de la población nacional se ha acostumbrado a esperar "todo" del Estado y de sus instituciones, las demandas colectivas son aprovechadas para reclamar atención "al pueblo" y sobrepasar las posibilidades de cualquier gobierno. También queda abierto el camino para coincidir con los intereses de la oligarquía, ya que ésta reclama contra el intervencionismo estatal pero con el propósito de preservar una "libertad de empresa" que va de acuerdo con el estilo y nivel poco competitivo de sus negocios, aspirando, en cambio, a beneficiarse de los recursos públicos, las exoneraciones tributarias y las garantías a las condiciones monopolistas en que la oligarquía se sustenta.

De esta manera el "populismo" alimenta la falta de creatividad y de "modernización política" de las masas. Restringe las posibilidades de "independencia" de la "sociedad civil" frente al Estado, porque impide superar al Estado como ente dadivoso, ya que así es como se lo necesita. Además, preserva la "indemocratización", ya que las masas se habitúan a conseguir, bien sea por los mecanismos clientelares o por la acción directa de la clase política —es decir, por intermediarios políticos— los medios de vida requeridos.

El "populismo" ofrece, en otra perspectiva, un espacio de promoción para cierto tipo de políticos que, por otros méritos, no podrían acceder a puestos de importancia en las instituciones del Estado <sup>(26)</sup>. Y sirve de oportunidad para que algunos "elementos populares" encuentren trabajo en oficinas y departamentos públicos, con los cuales los caudillos pagan la fidelidad política.

---

(26) Precisamente a través de los partidos populistas lograron promoverse diversos personajes provenientes de la inmigración árabe al Ecuador. Este fenómeno coincide con el que Mario Bunge analiza en el caso del populismo argentino, en un artículo que, bajo el título "Para entender el populismo", publicó la revista "15 Días", N°. 3, Quito, febrero 28, 1990.

La conquista de "la troncha" (como se ha dado en denominar en Ecuador a la búsqueda de cargos y prebendas públicas) se vuelve esencial y con ello la reproducción de todo un sistema de palanqueos, presiones, amistades, compadrazgos y "sub—clientes" que afectan a la administración estatal y aún llegan a extenderse como fórmulas de relación en muchos aspectos de la vida cotidiana.

Desde el Estado, el gobierno de estilo populista no puede ejecutar un programa "revolucionario", pero su efectividad es apreciada por la apariencia de cumplimiento que las masas recuerdan y que sirve para revivir su apoyo, a pesar de temporales desilusiones. Cabe siempre la posibilidad de movilizar a las "masas" de un modo utilitario al gobierno central o al gobierno seccional (municipio o consejo provincial) conquistado, bien sea para demostrar el respaldo "del pueblo" o bien para enfrentarlo contra los opositores y fuerzas políticas adversas. Además, sobre la base del apoyo electoral logrado, puede justificarse cualquier medida que se tome, esté o no sujeta a la Constitución y las leyes. En consecuencia, el "populismo" encierra un peligro evidente: el de aprovechar los ánimos contenidos de las masas y su explosiva reacción contra la miseria, para lanzarlas vehementemente contra otros sectores e incluso para respaldar políticas abiertamente autoritarias y represivas. Finalmente, no existe un "modelo" económico gubernamental del "populismo" <sup>(27)</sup>. Tampoco planes o programas de gobierno coherentes, porque el "proyecto político" es circunstancial y casuístico, dependiente del nivel de fondos públicos, del caudillo y de las fuerzas sociales que a través de él se expresan y benefician directamente. En apoyo de lo dicho, de-

---

(27) Resulta sorprendente que llegue a identificarse una "macroeconomía del populismo" y que se lo haga sobre la base de encontrar "fuertes semejanzas" entre las experiencias de Chile durante la Unidad Popular de Salvador Allende y del Perú con Alan García. Para hacerlo, los autores de tal idea entienden como "populismo" un "enfoque al análisis económico que hace hincapié en el crecimiento y la redistribución del ingreso, y minimiza los riesgos de la inflación y el financiamiento deficitario, las restricciones externas y la reacción de los agentes económicos ante las políticas "agresivas" que operan fuera del mercado". Véase: Rudiger Dornbusch y Sebastián Edwards, "La macroeconomía del populismo en la América Latina", Revista *El trimestre económico*, Fondo de Cultura Económica, Vol. LVII (1), N° 225, México, enero—marzo de 1990, pág. 121 y sig.



ben recordarse los distintos "velasquismos" o la caótica situación de ciertos gobiernos seccionales como el que ha caracterizado a la ciudad de Guayaquil en las últimas décadas.

De lo examinado puede concluirse que el "populismo" tiene perspectivas en cuanto subsistan las condiciones del subdesarrollo, de la precariedad estructural de las masas y de su marginación del bienestar y la democracia. El mayor atraso ofrece, en directa relación, mayores posibilidades de éxito demagógico del populismo. Pero el tema ha de continuar creando polémica. Por eso, los autores de los estudios que acoge este libro tienen, a continuación, la palabra.

## **POST SCRIPTUM**

El trabajo de Amparo Menéndez—Carrión se incorporó a esta edición después de haber escrito mi estudio introductorio, por lo que requiere al menos de una pequeña reflexión posterior. Amparo resume muy bien la trayectoria de la discusión sobre el tema del "populismo" en Ecuador. Pero su inquietud central está en reconocer que carece de sentido continuar "descubriendo" rasgos de un fenómeno sobre el cual se han agotado las posibilidades analíticas. Propone avanzar en el tema de la "cultura política", indagando "la resistencia a las inercias del presente", que conduzcan al análisis de los "liderazgos alternativos", de las "resistencias" y los "procesos de ciudadanización". Estoy absolutamente convencido, junto a Amparo Menéndez, que colocar al "populismo" como punto de partida teórico y metodológico, bloquea opciones de investigación mucho más fructíferas. Por eso, en mi propia introducción sostengo que valdría cometer la "herejía" de superar aquella categorización. El trabajo de Amparo invita, desde ya, a reflexionar con nuevas opciones y por ello cierra adecuadamente los estudios incorporados en esta obra.

Juan J. Paz y Miño Cepeda.  
Quito, noviembre, 1991





## **DEMAGOGIA, IRRACIONALIDAD, UTILITARISMO O PROTESTA:**

**¿Cuál es la seducción de los líderes populistas? <sup>(1)</sup>**

**Carlos de la Torre Espinosa <sup>(2)</sup>**

### **I. INTRODUCCION**

El domingo 7 de octubre de 1990, una multitud de varios miles de personas esperaba a Abdalá Bucaram en una explanada del suburbio de Guayaquil. El PRE (Partido Roldosista Ecuatoriano) había preparado el terreno. La ciudad estaba empapelada de propaganda y pintadas de bienvenida al líder:

(1) Este artículo forma parte de una investigación para FLACSO—Ecuador y el New School for Social Research sobre los diferentes significados del velasquismo en el Ecuador de los años treinta y cuarenta. La primera sección es una versión abreviada de un artículo co-escrito con Kim Clark (1990).

(2) Sociólogo e Investigador.

“Abdalá el Ecuador te extraña”

“Abdalá sácanos de la miseria”

“Abdalá volverá”.

En el sector de la 29 y Oriente gente de toda condición social y étnica, esperaban a Abdalá. Se había colocado una tarima para los discursos. Un buen sistema de sonido transmitía música del PRE y consignas pro Abdalá. En el centro de la explanada se había construido una pista de aterrizaje para el helicóptero. Comités del PRE de varias regiones del país y de Guayaquil llenaban la explanada y marchaban con pitos, camisetas y pancartas que identificaban su procedencia. Otros más recatados se contentaban con lucir camisetas de Batman, símbolo de Abdalá. A pesar de que la mayoría de los símbolos fueron diseñados por los directivos del partido, no dejaron de verse las expresiones espontáneas: carros alegóricos, gente pintada y disfrazada, danzantes de la Sierra a los que se unían entusiastas que bailaban y gozaban de la fiesta, del carnaval en honor de Abdalá.

La expectativa por la llegada del helicóptero fue inmensa. Las muchedumbres se exaltaron al ver a lo lejos el helicóptero de Abdalá. Y aún más, al ver su brazo saludándoles desde la ventanilla. Luego de dar varias vueltas alrededor, Abdalá descendió. La euforia de la gente que gritaba: “Viva Abdalá!”, “Abdalá presidente!” seguía creciendo conforme Abdalá recorría varias cuadras desde el lugar donde descendió hasta el podio de los discursos. La gente quería tocarlo, por lo que sus guardaespaldas con pistolas de electricidad nerviosamente mantuvieron alejados del líder a sus seguidores.

Luego de que Abdalá trabajosamente llegó a la tarima, empezaron los discursos cortos de los líderes roldosistas. El anunciador identificó como verdaderos ecuatorianos y demócratas a los tres personajes que hablaron por muy pocos minutos. Estos se refirieron a Abdalá en tonos mesiánicos y religiosos. Abdalá es el redentor, “el enviado de Dios para salvar este país”, la solución a todas las miserias e injusticias provocadas por las oligarquías egoístas e injustas de las que son víctimas tanto el líder, como sus seguidores. El terreno quedó preparado para el “mesías”, para el “presidente de los pobres y humildes”.



Abdalá vestido de pantalón negro y camisa blanca, empezó su oración. Formó un doble diálogo —consigo mismo y con el público—. Fustigó con gritos, manotazos y palabras fuertes a la oligarquía. Se refirió al pueblo con un tono suave, dulce y melancólico. Se manifestaron las dos facetas de Abdalá. El castigador de los malos e injustos oligarcas contrastaba con el buen Abdalá, el Abdalá que sufre, que fue perseguido por luchar por los pobres, a quien las oligarquías quieren destruir pero que ha vuelto para por fin dar la felicidad y la justicia que merece el pueblo. Es así que en tono lloroso Abdalá preguntó que quién le recompensará por sus sacrificios y penas en el exilio, por los sufrimientos de “vivir lejos de su patria adorada”, por las bestialidades policiales que tuvieron que presenciar sus hijos y en tono fúrico prometió terminar con el dominio de los malos gobernantes de la oligarquía. “Abdalá es el látigo popular para castigar al gobierno nacional, para castigar al gobierno hambreador del pueblo.”

Abdalá entabló un diálogo con su audiencia. Antes de su discurso se oía la canción de José Luis Perales “Y volverá...” Abdalá interrumpió la canción gritando “¡paren esa música no ven que ya volví!, ¡ya estoy aquí!”. Preguntó a la audiencia tienen pan, arroz, yuca, huevos, leche a lo que la muchedumbre respondía no!, cuando Abdalá preguntó que qué tienen respondieron naaada!, haambre! El dominio de Abdalá sobre las muchedumbres también se manifestó cuando éste les pidió silencio y preguntó “bueno, o habla el loco o hablan ustedes, que prefieren?”. La respuesta fue “el loco, el loco”. Luego preguntó a alguien “tú que tienes que decir”, a lo que ésta persona respondió “bajar al Borja” “para que quieres bajarlo?” dijo Abdalá, “para que suba el loco” “loco de corazón no de cabeza” respondió Abdalá. El aire de familiaridad entre el líder y la audiencia en parte venía por el uso de un lenguaje popular. Empezó su discurso diciendo “vengo a hablar con los bolsillos virados por que el pueblo está chiro”. Comparó el sufrimiento popular al de “Pablo Pueblo” en clara alusión a la letra de la salsa de Blades y Colón: “lo que hay es hambre popular... Pablo Pueblo, tú tienes que levantarte a coger el carro a las seis de la mañana para llegar a tú trabajo a las ocho y tú patrón te desprecia”. Hizo chistes burlándose de sus opositores cuando manifestó que la diferen-

cia entre Abdalá y los otros políticos es que mientras estos van al "Club de La Unión", al "Tenis Club", al "no se que club", al "club club club", Abdalá va al suburbio. La gente le interrumpía pidiéndole que salte sobre la muchedumbre como en la ocasión anterior. Abdalá se negó pues dijo que por eso lo habían criticado.

Abdalá realzó las virtudes de los habitantes del suburbio, de "la chusma", como verdaderos y auténticos ecuatorianos. Manifestó "me siento profundamente feliz de ver a mi querida ciudad y de llegar a este lugar donde están las lavanderas, albañiles, el pueblo y la chusma". Su oratoria dignificó a los que tienen poco, a los oprimidos. Se refirió al sufrimiento del negro. A los derechos de los indígenas a preservar su identidad nacional con dignidad (punto que lo recalcó al tener en el podio principal a un grupo de indígenas). "Vengo a redimir al indio de la patria, al campesino, al negro, al cholo ecuatoriano, para decirle que mañana podrás caminar sin temor ni desconfianza, pues esta es la hora del gran cambio nacional. Abdalá vuelve para decirte que hoy se inicia la segunda gran revolución del pueblo ecuatoriano".

¿Cómo explicar este evento que para muchos es una payasada, un acto indigno de la política ecuatoriana, para otros, tal vez una esperanza?

Hay un consenso en los medios de comunicación social y en el discurso de los llamados partidos políticos ideológicos y modernos en reducir el populismo de Abdalá, y el populismo en general, a la ignorancia e irracionalidad de las masas y a los poderes manipulativos de líderes demagógicos<sup>(3)</sup>. Se asocia el suburbio con la irracionalidad de seres humanos explotados y que no tienen nada, menos cultura. El líder viene a ser en palabras del Dr Rodrigo Borja (1982) un "hechicero del siglo XX" que engatusa con falsas promesas a sus seguidores.

Para ir más allá de esta visión elitista y falsa, es necesario estudiar los mecanismos que explican el apelativo de los líderes para

(3) Esta visión también está presente entre historiadores y científicos sociales. Por ejemplo, consúltese los trabajos de Iván Fernández y Gonzalo Ortiz, Osvaldo Hurtado y Alfredo Pareja Diezcanseco en Burbabo y de la Torre (1989).



los seguidores. ¿Por qué el discurso de ciertos líderes aparece como verdadero y conforme con la realidad?, ¿Qué mecanismos explican el éxito de líderes populistas si se constata que tanto los partidos políticos llamados modernos, como los populistas usan estrategias clientelistas en la conquista del voto?. También se tienen que reconstruir las expectativas autónomas de las bases. Si se rechazan las visiones elitistas y falsas que los consideran irracionales, así como visiones que tratan de explicar todo a partir de conceptos de racionalidad utilitaria, ¿cuál es su racionalidad al seguir a los llamados líderes populistas?.

Sin estudios profundos sobre los diferentes velasquismos, del CFP en las épocas de Guevara Moreno y Asaad Bucaram, y del populismo de Abdalá Bucaram, es apresurado llegar a conclusiones sobre los populismos ecuatorianos. Por lo tanto, este artículo presenta una propuesta teórica metodológica para estudiar los significados ambiguos de las experiencias populistas en el Ecuador, contextualizándolas dentro de la región latinoamericana. A través de la discusión de trabajos históricos recientes sobre el gaitanismo, el velasquismo, el peronismo, el sanchezcerrismo y el aprismo, se presenta una nueva aproximación para el estudio de los populismos latinoamericanos enfatizando el análisis de los mecanismos que explican, por un lado el apelativo de los líderes populistas y, por otro, las expectativas y acciones autónomas de los seguidores. Los diferentes estudios de caso se utilizarán como ejemplos para ilustrar aspectos del populismo, así como referentes para reflexiones metodológicas y propuestas para futuras investigaciones.

Pero antes de presentar una nueva aproximación para el estudio de los populismos latinoamericanos, se señalarán las críticas a la noción, para luego defenderla.

Por los múltiples usos que se han hecho del concepto de populismo y por la gran variedad de experiencias históricas al que se refiere, algunos autores como Ian Roxborough (1984) y Rafael Quintero (1980) han propuesto descartarlo del vocabulario de las ciencias sociales. Basan su argumento en trabajos históricos que han desechado las interpretaciones del populismo como una etapa del desarrollo latinoamericano ligada al proceso de sustitución



de importaciones (Collier, 1979; Roxborough, 1984). Además, plantean que visiones que privilegian los conceptos de líder carismático y masas anémicas y disponibles han sido descartados por interpretaciones ya sea de la naturaleza racional utilitaria del comportamiento político de los sectores populares (Drake, 1982: 221; Menéndez-Carrión, 1986) o por interpretaciones basadas en el análisis de las alianzas de clases de las diversas coaliciones populistas (Quintero, 1980; Roxborough, 1984). Por último, cuestionan la validez teórica de éste concepto que se refiere por igual a regímenes políticos civiles y militares que se han dado en los últimos sesenta años de la historia de la región, que tienen, pero no necesariamente, ideología antiimperialista, y que en algunos casos promueven políticas económicas redistributivas y en otros políticas que concentran el poder económico.

A pesar de los abusos y malos usos de la palabra populismo, es necesario preservar y redefinir este término de las ciencias sociales. Los fenómenos que han sido designados como populistas tienen rasgos en común que pueden ser identificados y comparados a través del uso de esta noción (Stein, 1980:9). Además, como lo señaló Laclau (1977), el populismo no es sólo un concepto de las ciencias sociales sino un dato de la experiencia de amplios sectores de la población que definieron y definen de esta manera sus identidades colectivas. Por último, los autores que abandonan la noción de populismo usan categorías objetivistas de análisis de la realidad social que por su naturaleza no pueden dar cuenta de esferas de las experiencias populistas como la formación de identidades colectivas, los rituales, los mitos y las ambigüedades de los significados de los populismos para los actores.

## **II. HACIA UNA NUEVA CONCEPTUALIZACION DE LOS POPULISMOS LATINOAMERICANOS**

Una conceptualización adecuada de los populismos tiene que responder las siguientes preguntas: ¿Bajo qué condiciones surgen los populismos?, ¿Cuáles son las características o rasgos de estos fenómenos?, y por último, ¿Cuáles son las consecuencias de los populismos?.



## 2.1. ¿Bajo qué condiciones surgen los populismos?

Estudios recientes han demostrado que los populismos latinoamericanos se asocian con el desarrollo del capitalismo dependiente y la activación política de sectores populares que buscan la expansión de sistemas políticos cerrados (Collier 1979:376, Drake 1982). En esta sección, primero se discutirán las condiciones sociales que permitieron que surjan el sanchezcerrismo y el aprismo en el Perú de los años veinte y treinta, el gaitanismo en Colombia a mediados de los cuarenta y el velasquismo en el Ecuador en los años treinta. Luego se señalarán las características estructurales que hacen que el populismo no sea sólo un fenómeno del pasado de la región, sino una posibilidad permanente.

El orden social oligárquico se caracterizaba por la combinación de "constituciones de inspiración liberal (división de los tres poderes, elecciones, etc) con las prácticas y valores de tipo patrimonial polarizadas en torno al cacique, patrón, gamonal, coronel o caudillo" (Ianni, 1975:79). Estas sociedades estamentales excluyen a la mayoría de la población de las decisiones políticas y tienen relaciones de dominación/subordinación caracterizadas por la reciprocidad desigual entre patrones y criados o peones. El análisis de Tocqueville (1961) sobre como en las sociedades tradicionales la diferenciación socio—económica entre ricos y pobres se presentaba como relaciones naturales de desigualdad entre señores y criados es pertinente. Señala Tocqueville que se constituye un orden fijo y jerárquico en el que

*las generaciones se suceden sin que cambien las posiciones. Son dos sociedades superpuestas una a la otra, siempre distintas, pero regidas por principios análogos [...] Se originan entre ellos ciertas nociones permanentes de lo justo y lo injusto [...] Reconocen reglas fijas y, a falta de una ley, hay un prejuicio común que los dirige; reinan pues, entre ellos ciertos hábitos determinados, una moralidad (Tocqueville, 1961: 152).*

Steve Stein (1980) en su estudio sobre las elecciones peruanas de 1931 en las que el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) fue derrotado por el movimiento populista de Sánchez Cerro, analiza los cambios en la estructura socioeconómica y polí-

tica ocurridos en el Perú en los años veinte y treinta que terminan con la llamada "República Aristocrática". Una mayor integración al mercado mundial a través del incremento de las exportaciones minera y agrícola —azúcar sobre todo—, unida a la mayor presencia de inversionistas norteamericanos modificaron la estructura de clases. El Estado se modernizó. El número de empleados públicos pasa de 975 en 1920 a 6.285 en 1931, un incremento del 554.6% (Stein, 1980: 39). Además, la migración campo ciudad y procesos de urbanización se manifestaron en cambios en la estructura socio—económica de Lima que experimentó un gran incremento de las clases medias y trabajadoras. A estas últimas Stein los diferencia entre lumpenproletariat —vendedores ambulantes, cargadores, vendedores del mercado, camareros, jardineros y trabajadores manuales descalificados en general—, artesanos y obreros (ibid.: 69-71). Como esta enumeración de los distintos sectores sociales pone de manifiesto, Stein no analiza las especificidades y diferencias de estos sectores sociales a los que clasifica dentro de las categorías indiferenciadas de lumpenproletariat, artesanos y obreros. Esta falta de estudio de quienes fueron el pueblo en los años veinte y treinta se manifiesta en la inhabilidad del autor de comprender los significados de las acciones colectivas de las clases subalternas y en la imposibilidad de explicar por qué en las elecciones de 1931 los obreros y la clase media votaron por el APRA, mientras que lo que él denomina el lumpen lo hizo por Sánchez Cerro.

Stein también analiza las presiones de incorporación política de éstos sectores sociales que buscaban "un cambio en la política de estilo de gobierno familiar liderada por aristócratas y basadas en una participación política muy limitada, hacia una populista que buscaba incrementar la participación en el poder de los sectores sociales bajos" (ibid.: 49) <sup>(4)</sup>. Lo que Stein deja de lado es el análisis de la visión del mundo, de la cultura y del discurso en la "República Aristocrática", que será el marco de fondo para poder explicar las irrupciones populistas del APRA y del Sánchezcerro.

---

(4) Las traducciones del inglés son del autor



mo. Precisamente, ese es uno de los aportes del trabajo de Herbert Braun (1985) sobre Gaitán, que analiza las creencias, cultura y acciones de las figuras públicas colombianas entre los años treinta y cincuenta, a la vez que la racionalidad de las acciones de las muchedumbres en el "bogotazo".

Braun estudia la cultura política y la ideología de los líderes de la Convivencia colombiana -período que se inicia con la administración de Olaya Herrera en 1930 y que termina con el asesinato de Gaitán en 1948. Los ideales de la Convivencia de lo político se basaban en un ethos precapitalista más moral que económico. Del Catolicismo tomaban "una visión orgánica y jerárquica de la sociedad que definía a los individuos de acuerdo a sus rangos y obligaciones" (ibid.: 22). Diferenciaban claramente entre la vida pública y la privada. A la vida pública de los líderes políticos se la veía como una vida de acción. Estos se autoentendían como "jefes" o "jefes naturales" (ibid.: 24). Su misión a través de la oratoria en el Congreso o la plaza pública la entendían como la promoción de "virtudes morales y pensamientos nobles" en sus seguidores para de esta manera crear una nueva comunidad política (ibid.: 25). Gobernar "lo percibían como la moldeación de las vidas anárquicas de los seguidores, el estímulo de comportamientos civilizados y levantar a las masas sobre las necesidades de la vida cotidiana para así facilitar su integración a la sociedad" (ibid.: 22). Los líderes políticos se referían a todos aquellos fuera de la vida pública como el pueblo. Esta categoría indiferenciada, el pueblo, "era vista más como plebe que como populos, más como trabajadores que como el alma de la nación" (ibid.: 28).

Procesos socio-económicos tales como un mayor desarrollo del capitalismo dependiente, la urbanización, el crecimiento del aparato estatal se traducen en cambios en la estructura social que producen nuevos grupos que presionan por su incorporación a la comunidad política, cuestionando las visiones de la Convivencia sobre la política. Es en este análisis de la cultura política, del discurso y la visión de los líderes políticos de la época, donde está la gran ventaja del trabajo de Braun sobre el de Stein. Pues al estudiar los parámetros culturales a través de los cuales las élites entendían la política, la crisis del orden oligárquico se presenta en to-

da su complejidad: económica-social, política, cultural y del discurso<sup>(5)</sup>. Pero el gran problema del trabajo de Braun es que analiza a los líderes políticos de la época, a los hombres públicos, sin tomar en cuenta las presiones, limitaciones y oportunidades que a éstos ofrecieron las acciones de las clases subalternas. Braun sólo en los últimos capítulos de su libro analiza la racionalidad de la acción colectiva de las muchedumbres en el "bogotazo". Pero antes de estas páginas, el pueblo aparece de la misma manera en que lo ven las élites, como ente indiferenciado.

El velasquismo ha sido el fenómeno político más importante de la historia ecuatoriana y por eso el más estudiado<sup>(6)</sup>. En torno a sus orígenes y significados se ha desarrollado una importante polémica. Para Agustín Cueva (1988) el velasquismo fue un nuevo mecanismo de dominación/manipulación que lo describe como caudillismo o populismo sin definir ninguna de estas categorías. La crisis socioeconómica de los años treinta, señala para Cueva, el fin de las tres formas previas de dominación política: el liberalismo que representó los intereses de la burguesía agroexportadora costeña, el conservadorismo que representó los intereses de los hacendados serranos y el reformismo pequeño burgués de la Revolución Juliana. Esta crisis también marcó la entrada de nuevos actores políticos: el subproletariado. De acuerdo a Cueva, el subproletariado, cuyo comportamiento político podía ser un reto a las clases dirigentes, fue manipulado y engañado por la retórica del caudillo, convirtiéndose en la base social y electoral del velasquismo. Es por esto que el velasquismo es interpretado como un movimiento sociopolítico funcional a los intereses de las clases dominantes, y Velasco como mediador de los intereses de la burguesía agroexportadora de la costa y de los terratenientes serranos. Pero el velasquismo, de acuerdo a Cueva, fue también un nuevo fenómeno sociopolítico que articuló las demandas subproletarias de incorporación a la comunidad política y de ser parte del sistema.

---

(5) Otro aporte de Braun (1985), que es necesario incorporar en otros estudios de caso, es el estudio de la biografía y de la obra de Baítán.

(6) El Dr. José María Velasco Ibarra fue Presidente del Ecuador en cinco ocasiones (1934—1935, 1944—1947), 1952—1956, 1960—1961 y 1968—1972).



Rafael Quintero (1980) cuestiona la interpretación de Cueva. Para Quintero, Cueva es el responsable de introducir un serie de mitos sobre el populismo ecuatoriano. Demuestra las inconsistencias empíricas y la falta de rigor teórico de Cueva. Desde una perspectiva marxista ortodoxa y a través del análisis riguroso de las elecciones presidenciales de 1931 y 1933, Quintero demuestra que debido al reducido tamaño de las ciudades ecuatorianas (Guayaquil tenía 126.717 habitantes en 1933 y Quito 107.192) y con un electorado de sólo el 3.1% de la población, es absurdo dar preeminencia al subproletariado en los orígenes del fenómeno velasquista. Al contrario, para Quintero las primeras elecciones de Velasco representaron el triunfo del Partido Conservador y la consolidación de la "vía junker" de desarrollo capitalista. Además, Quintero niega cualquier tipo de valor explicativo al concepto de populismo, proponiendo en su lugar el análisis de las relaciones y alianzas de clases de los diversos velasquismos.

Los errores empíricos de Cueva al explicar los orígenes del velasquismo por sus bases subproletarias y su falta de rigurosidad conceptual al definir al velasquismo a veces como populismo, otras como caudillismo, no necesariamente invalidan toda su interpretación que ve en el velasquismo un fenómeno sociopolítico nuevo. Quintero arbitrariamente proyecta los resultados de la primera elección de Velasco a un fenómeno que dura cuarenta años y al no desagregar a nivel local quien votó por Velasco desconoce que los pocos marginales que votaron en Guayaquil tal vez lo hicieron por Velasco (Menéndez-Carrión, 1986: 123-124; 453). Además, Quintero no diferencia el velasquismo como movimiento electoral, del velasquismo como movimiento político más amplio, pues como Maiguashca y North (en prensa) lo han anotado, a partir de la campaña electoral de 1933 Velasco recorrió todo el país atrayendo a grandes muchedumbres muchos de los cuales no eran votantes.

Maiguashca y North (en prensa) interpretan al velasquismo como un fenómeno político e ideológico que cuestiona la modernización capitalista del país desde una perspectiva moral. Aplicando el concepto de E.P. Thompson (1971) "economía moral de la multitud" estos autores presentan la hipótesis de que el velasquismo es una forma de protesta tradicional de artesanos, la pequeña bur-

guesía rural, las clases medias y sectores subproletarios, a las dislocaciones sociales producidas por la modernización.

Este debate sobre los orígenes del velasquismo ha generado muchas preguntas. Todavía no queda claro: ¿Cuáles son las nuevas formas de hacer política, si es que se inventan nuevas formas, que se inician con el velasquismo?, ¿Qué representa y significa Velasco para estas muchedumbre que por primera vez son tomadas en cuenta en el quehacer político?, ¿Cuáles son las características del velasquismo como nuevo mecanismo de dominación y resistencia? y por último, ¿Es el velasquismo un populismo?.

A falta de estudios sobre los diferentes velasquismo es apresurado hacer generalizaciones<sup>(7)</sup>. En todo caso se deben resaltar sus significados ambiguos. A diferencia de Cueva y Quintero que ven en el velasquismo sólo formas de dominación y manipulación y por lo tanto lo interpretan como un fenómeno político funcional al sistema, es necesario recalcar también los aspectos contestatarios. Precisamente este es el interés de Maiguashca y North al introducir el concepto de "economía moral de la multitud". Desafortunadamente, los autores no realizan el análisis thompsoniano del velasquismo que prometen, por lo que no se puede evaluar su interpretación. Además, es necesario señalar algunos reparos al uso de esta categoría tan popular entre antropólogos e historiadores sociales. La categoría "economía moral" se refiere a las percepciones que tienen del pasado grupos subalternos a través de las cuales interpretan y se oponen a las dislocaciones de la modernización capitalista. Pero como lo señala Roseberry (1989), los autores que usan la categoría economía moral tienden a presentar al pasado precapitalista como indiferenciado y homogéneo, sin tomar en consideración las relaciones de poder dentro de la comunidad y por lo tanto no pueden captar las múltiples y contradictorias imágenes y valores que diferentes actores tienen del pasado. Por lo tanto, esta categoría no puede dar cuenta del cambio de sociedades precapitalistas heterogéneas a sociedades capitalistas también heterogéneas.

---

(7) Estoy trabajando sobre los orígenes y diversos significados del velasquismo en los años treinta y cuarenta



El análisis de experiencias históricas populistas, no debe llevarnos al error común de ver en el populismo sólo un fenómeno del pasado. Más bien, luego de los éxitos electorales de líderes populistas a partir del último proceso de transición a la democracia en la región, es necesario explicar por qué perduran los populismos?, ¿Qué factores estructurales permiten su continua efervescencia?

Factores estructurales como la inseguridad económica provocada por una modalidad de desarrollo capitalista dependiente, la poca representatividad del sistema partidista y la falta de arraigo emocional e identificación colectiva con el sistema, **lo proponemos como hipótesis**, han permitido y permiten que surjan los populismos.

El desarrollo capitalista dependiente de latinoamérica se caracteriza por la subsunción formal del trabajo al capital en el sentido en que el salario no cubre las necesidades de reproducción de la fuerza de trabajo y que se manifiesta en condiciones de precariedad e inseguridad socioeconómica para los actores. Términos descriptivos como marginalidad, estrategias familiares de sobrevivencia y empleo múltiple ilustran la diversidad de condiciones de inseguridad económica en que vive la mayoría de la población.

Las relaciones tradicionales de dominación política no se transformaron como en Europa Occidental en formas democráticas representativas. El sistema político democrático representativo y los partidos políticos son débiles en la región. Hay que tener en cuenta que la crisis del sistema oligárquico fue también la crisis de una versión del liberalismo y de una versión restringida de la democracia. En la actualidad se observan el peso fuerte de prácticas corporatistas de los sectores organizados de la sociedad y el clientelismo de la mayoría de la población. Esta falta de representatividad del sistema político unida a las condiciones de inseguridad económica hacen que el sistema no brinde condiciones de arraigo emocional y pertenencia colectiva a la mayoría de la población (Lechner, 1984: 28).

### III. CARACTERÍSTICAS DE LOS POPULISMOS

A pesar de los diferentes contextos sociohistóricos en que

han surgido los diferentes populismos en la región, y de las diversas políticas económicas que han aplicado una vez en el poder, se pueden señalar las siguientes características de los populismos, para explicar las relaciones líder-bases: 1) estilo personalista de liderazgo carismático, 2) discurso político maniqueísta, 3) mecanismos clientelistas y de patronazgo, 4) análisis sociohistórico de los populismos, 5) importancia de los mítines políticos.

### 3.1. Liderazgo populista

Esta sección discutirá los elementos del concepto de liderazgo carismático que aplican como término descriptivo a las experiencias populistas.

El líder populista se identifica con la totalidad completa de la patria, la nación o el pueblo en su lucha contra la oligarquía. El líder debido a su "honestidad y fuerza de voluntad garantiza el cumplimiento de los deseos populares" (Torres Ballesteros, 1987: 171). El vínculo que une al líder con sus seguidores es místico. El líder es la "proyección simbólica de un ideal... Se le atribuyen a menudo cualidades que no posee, pero con las cuales es poco a poco investido por el rito social de la veneración" (Martín Arranz, 1987: 84).

El haber realizado algún acto extraordinario o fuera de lo común es uno de los elementos que genera la relación de liderazgo carismático (Willner, 1984)<sup>(8)</sup>. Ejemplos de como actos de los líderes son **percibidos** como grandiosos por los seguidores son las acciones de Haya de la Torre en 1919 como paladín de los obreros en la lucha por la jornada de ocho horas, sus esfuerzos en la creación de la Universidad Popular y su liderazgo en la lucha contra Leguía en 1923 (Stein, 1980, 1982). Los obstáculos para tener éxito, el sacrificio y desinterés personal del líder, los riesgos y la importancia de la acción para los seguidores son elementos que generaron esta relación de liderazgo carismática. Otros ejemplos, son el

(8) En su estudio comparativo de Gandhi, Sukarno, Khomeini, Hitler, Mussolini, Castro y Roosevelt, Ann Ruth Willner (1984) señala los siguientes factores como los más relevantes en la constitución del liderazgo carismático. El haber realizado un acto extraordinario, los atributos personales del líder, la innovación de mitos de su cultura y su retórica.



rol de Sánchez Cerro en dar por terminada la dictadura de Leguía y las acciones de Gaitán en defensa de los obreros de las bananeras de la United Fruit masacrados en 1929.

Las percepciones de los atributos personales del líder por los seguidores según Willner (1984), son el segundo elemento del liderazgo carismático. La apariencia física del líder, en los casos de Gaitán y Sánchez Cerro su complexión oscura que señalaba un origen mestizo en sociedades racistas en que las élites se vanaglorian de su blancura, en sí, representaba un reto a las relaciones de castas sociales. Es así como los insultos del APRA al mestizaje de Sánchez Cerro en la campaña electoral de 1930-31, fueron tiros que les salieron por la culata, pues para el "pueblo" la imagen física de uno de ellos que triunfa fue muy importante. Sánchez Cerro cultivó la imagen de caudillo militar, fuerte, valiente, con los pantalones bien puestos, pero también la imagen paterna de patrón y padre protector (Stein, 1980: 101-128). Por su parte, Gaitán resaltó su imagen física como oposición a las normas de lo político creadas durante la Convivencia. Sus dientes símbolos de agresión animal, su tez oscura que representaba la temida y despreciada "malicia indígena", en fin la imagen del "negro Gaitán" estaba presente en afiches electorales, en caricaturas y comentarios de la prensa como un reto, una amenaza a la gente de "buena sociedad". Además, Gaitán rompió con las normas de presentación del cuerpo de la Convivencia. En lugar de la pulcritud y serenidad de sus contrincantes, Gaitán en sus discursos sudaba, gritaba y gruñía promoviendo un aire de intimidación con sus seguidores (Braun, 1985: 82-103).

Los líderes carismáticos invocan mitos. A través de la metáfora son asimilados a iconos de su cultura (Willner, 1984: 62-88). En latinoamérica, los ejemplos de Evita -la Madre Dolorosa-, de Velasco Ibarra y Haya de la Torre -como Cristos- ilustran el predominio de lo religioso. Marysa Navarro (1982: 62) caracteriza el mito de Eva Perón en los siguientes términos.

Rubia, pálida y hermosa, Evita era la encarnación de la Mediadora, una figura como la Virgen María que a pesar de su origen social, por su proximidad compartía la perfección del Padre. Su misión fue amar infinitamente, darse a los otros y "consumir su vi-

da" por los demás, punto que se hizo dramáticamente literal cuando se enfermó de cáncer y rehusó interrumpir sus actividades. Fue la Madre Bendita, escogida por Dios para estar cerca del "líder del nuevo mundo: Perón". Fue la madre sin hijos que se convirtió en la Madre de todos los descamisados, la Madre Dolorosa que "sacrificó" su vida para que los pobres, los viejos y los oprimidos puedan alcanzar algo de felicidad.

Agustín Cueva (1988: 152) recapitula en los siguientes términos sus recuerdos sobre el arribo triunfal de Velasco Ibarra desde su exilio en Colombia al Ecuador en mayo de 1944.

"Magro y ascético, el caudillo elevaba sus brazos, como queriendo alcanzar igual altura que la de las campanas que lo recibían. Y en el momento culminante de la ceremonia, ya en el éxtasis, su rostro también, y sus ojos, su voz misma, apuntaban al cielo. Su tensión corporal tenía algo de crucifixión y todo el rito evocaba una pasión, en la que tanto las palabras como la **mise en scene** destacaban un sentido dramático, si es que no trágico de la existencia. Comprendimos, entonces, que esas concentraciones populares eran verdaderas ceremonias mágico-religiosas y que el velasquismo, hasta cierto punto, era un fenómeno ideológico que desbordaba el campo estrictamente político".

Lo que ni Marysa Navarro ni Agustín Cueva analizan es cómo se generaron estos mitos. Para explicar el proceso de construcción mitológica de figuras como Evita o Velasco es imprescindible el estudio de las percepciones populares sobre el fenómeno. Estas imágenes, interpretaciones y significados son contradictorias. Por un lado liberadoras, por otro basados en la aceptación acrítica de los líderes. Además, las visiones e interpretaciones de las clases subalternas han sido transformadas por el discurso oficial. Es por esto, que si bien es necesario estudiar los mitos del populismo, se deben tener en consideración que sus significados no son unívocos sino múltiples y que la memoria oficial constituye el marco de referencia a partir del cual los sectores populares interpretan sus experiencias (Popular Memory Group, 1982).

### **3.2. Discurso Maniqueísta: el Pueblo vs. la Oligarquía**

En esta sección se analizarán las características del discur-



so populista como categoría especial del discurso político a través de la discusión de los discursos de Luis Sánchez Cerro, Víctor Raúl Haya de la Torre, Jorge Eliecer Gaitán, Evita Perón y Juan Domingo Perón <sup>(9)</sup>.

El discurso y la retórica populista **radicalizan** el elemento emocional de todo discurso político. Como lo anota Álvarez Junco (1987: 220), el discurso político "no quiere notificar ni explicar sino persuadir, conformar actitudes... responde a inquietudes y problemas, da seguridades". Es así que Braun (1985: 100) sostiene que "buscar una línea clara de argumentación en los discursos políticos de Gaitán es no entenderlos. Los discursos fueron hechos para tener un efecto dramático, no consistencia intelectual". Aún Haya de la Torre, cuyos discursos políticos tenían un mayor contenido, pide a sus seguidores que cuando no entiendan sus discursos los sientan (Stein, 1980: 164).

El discurso y retórica populista divide maniqueístamente a la sociedad en dos campos políticos antagónicos: pueblo **vs.** oligarquía <sup>(10)</sup>. El pueblo debido a su privación es el depositario de lo auténtico, lo bueno, lo justo y lo moral. El pueblo se enfrenta al antipueblo o la oligarquía que representa lo inauténtico, lo extranjero, lo malo, injusto e inmoral. Lo político se transforma en lo moral y aún en lo religioso. Por lo tanto, el enfrentamiento político es total. No hay posibilidades ni de compromiso ni de diálogo. El moralismo, religiosidad e intransigencia característicos de los discursos populistas se ilustrarán con las campañas electorales del APRA y Sánchez Cerro en 1930-31 <sup>(11)</sup>.

El aprismo era entendido como una cruzada moral-religiosa para la regeneración del hombre peruano. Los mítines políticos

---

(9) Desafortunadamente, no existen análisis rigurosos de los discursos de José María Velasco Ibarra, razón por la cual no los incluimos en esta discusión.

(10) Los términos pueblo y oligarquía son tremendamente ambiguos, por lo que es imprescindible el estudio de cuál es su significado, a quienes se incluye y se excluye, en las diferentes experiencias populistas.

(11) Como Álvarez Junco (1987) lo señala, el maniqueísmo, el moralismo y los elementos reductores no son propiedad exclusiva de los populismos, sino que caracterizan a una gran diversidad de movimientos sociopolíticos a través de la historia tales como los liberalismos, los nacionalismos y los socialismos.

apristas siempre incluían el canto de la marsellesa aprista que contenía la siguiente estrofa:

*"Peruanos abrazad la nueva religión*

**LA ALIANZA POPULAR**

*conquistará la ansiada redención"* (en Stein, 1980: 175)

No sólo en los mítines se identificaba al APRA como un movimiento religioso, sino que también cada vez que dos apristas se encontraban, se saludaban con la frase mesiánica "sólo el Aprismo salvará al Perú", consigna que estaba impresa en los afiches electorales (ibid.). Debido a su abnegación y la persecución de que fuera objeto, la figura de Haya adquirió el aura de mártir y santo. Además, Haya reforzaba la religiosidad del APRA en sus discursos a través del uso de un lenguaje bíblico extraído del Nuevo Testamento. Identificó su acción política con un llamado al sacerdocio. Para Haya, la comunicación de un sentimiento místico era absolutamente necesario para el éxito político. Tal fue la mística generada por el APRA, que una canción de la campaña electoral compara el sufrimiento y la persecución a los apristas, con la de los primeros cristianos:

*"Hombres que sufren*

*cruento dolor*

*a formar*

*del APRA la legión.*

*Marchar! Marchar!*

*hermanos todos del dolor!*

*Luchar! Luchar!*

*con la bandera del amor*

*con fe y unión"* (en Stein, 1980: 177)

Por su parte Sánchez Cerro, comunicaba a sus seguidores que lo que el buscaba era la regeneración moral y económica del Perú. Cuando un periodista extranjero le pidió que elaborara sus planes, Sánchez Cerro respondió que sólo él los conocía (ibid.: 110). La mística inspirada por este movimiento se refleja en esta canción popular:

*Cuando suba Sánchez Cerro*

*no vamos a trabajá*

*pue nos va a llové todito*

*como del cielo el maná* (en Stein, 1980: 105)



Como sus rivales políticos los Sanchezcerristas también hicieron uso de simbologías y lenguajes religiosos como el Credo Cerrista.

"Creo en el Cerrismo, todopoderoso, creador de todas las libertades y de todas las demandas de las masas populares; en Luis M. Sánchez Cerro, nuestro héroe e invencible paladín, concebido por la gracia del espíritu del patriotismo. Como un verdadero peruano el nació en la Santa Democracia y en los ideales nacionalistas, sufrió bajo el poder rastrero del "oncenio"; fue perseguido, amenazado y exilado y porque nos dio la libertad vertió su sangre en su sacrificio; descendió triunfante de las alturas de Misti (Arequipa) para darnos libertad y enseñarnos con su patriotismo, levantándose al poder, glorioso y triunfante" (en Stein, 1980: 108-109).

La intransigencia del APRA y de los sanchezcerristas se expresa en los insultos tanto personales como los que identifican al opositor con la oligarquía —fuente de todo mal—. Por ejemplo, los sanchezcerristas acusaron a los apristas de ser anticatólicos, antimilitares, antinacionales y por lo tanto la negación de los valores de la peruanidad, por supuesto, encarnados en Sánchez Cerro. Por su parte, los apristas se referían a su rival como inculto, analfabeto, vano, apestoso, cobarde, homosexual, retardado mental y epiléptico, como medio casta Indio-Negro cuyo comportamiento primitivo y posturas simiescas sugerían que sus orígenes se debían buscar en los gorilas (Stein, 1980: 113-114; 165-166).

A través del discurso líderes populistas otorgan nuevos sentidos a palabras clave <sup>(12)</sup> de la cultura política de su época. Gaitán, por ejemplo, otorga la dignidad de seres humanos a sus seguidores cuando transforma a la "chusma" temida, en la "chusma heroica" y a la despreciada "gleba" en la "gleba gloriosa". O cuando Perón cambia radicalmente el significado de palabras usadas para denigrar a las clases subalternas, como "descamisados" en la Argentina, que adquieren el significado opuesto, convirtiéndose en el baluarte de la verdadera argentinidad (James, 1988a: 31). Perón,

---

(12) Key words en el sentido que los da Raymond Williams (1976).

además, amplió el significado de los términos claves de su época: democracia, industrialismo y clase obrera. "Perón cuestionó explícitamente la legitimidad de la noción de democracia que se limitaba a la participación política formal y extendió su significado para incluir la participación en la vida económica y social de la nación" (ibid.: 16). El significado de la palabra industrialismo o industrialización cambió al situarse dentro de parámetros sociales y políticos (ibid.: 20), mientras que los obreros dejan de ser individuos para ser nombrados como clase. A diferencia del uso retórico de los términos el pueblo vs. la oligarquía, con Perón éstas palabras adquieren significados concretos. Por ejemplo, el pueblo se convierte en el pueblo trabajador. Además, el nacionalismo implícito en la noción de pueblo como lo argentino se hace manifiesto en hechos concretos, recordemos el slogan de la primera campaña electoral peronista: Braden o Perón <sup>(13)</sup>.

Los líderes populistas incorporaron en su discurso modismos del lenguaje y otros elementos de la cultura popular. Por ejemplo, Perón incorporó en sus discursos los modismos del lunfardo, estrofas de Martín Fierro y la estructura trágico-sentimental del tango. Evita usó un lenguaje de radionovelas, y transformó a la política en dramas dominados por el amor (Navarro, 1982: 58). Sus escenarios y sus caracteres eran los mismos. "Perón era siempre 'glorioso', el pueblo 'maravilloso', la oligarquía 'egoísta y vendepatria'... y ella una mujer 'humilde' o 'débil', 'consumiendo su vida por ellos' para conquistar la justicia social, 'cueste lo que cueste y caiga quien caiga'" (ibid.: 59). Gaitán a través de su estilo oratorio fuerte con los gritos de "Pueebloo aa laa caargaa", rompió con el estilo melódico, calmado y lírico de la retórica de sus rivales (Braun, 1985: 100).

También los líderes populistas hicieron un uso creativo de los medios masivos de comunicación como la radio. Incorporando la música popular -el porro-, Gaitán a través de sus cuñas radiales y discursos retransmitidos logró penetrar en los hogares de sus seguidores.

(13) Braden fue el Embajador norteamericano que tomó parte activa en la campaña electoral de 1945-1946 y comparó a Perón con líderes fascistas.



Los eventos discursivos populistas se caracterizan por la repetición de una serie de rituales. Por ejemplo, Gaitán terminaba sus discursos con el siguiente diálogo ritual con sus seguidores. Gritaba "pueblo" y las muchedumbres respondían "a la carga", "pueblo" "por la reestructuración moral y democrática de la república", "pueblo" "a la victoria", "pueblo" "contra la oligarquía" (Braun, 1985: 103).

### **3.3. Mecanismos clientelistas y de patronazgo**

Estudios que privilegian el concepto de carisma, no estudian los mecanismos concretos de articulación electoral y por lo tanto otorgan todo el peso explicativo a la figura y discurso del líder. Por supuesto, y como lo han señalado varios autores (Menéndez-Carrión, 1986; Quintero 1980), esta interpretación es posible porque las bases populares son entendidas como masas anémicas e irracionales.

Estudios que usan el concepto de clientelismo político han descartado los presupuestos de la irracionalidad de los sectores marginados, demostrando, al contrario, su racionalidad y la importancia de las organizaciones políticas en la conquista del voto (Menéndez—Carrión, 1986). La utilidad de esta perspectiva se ilustra en el caso ecuatoriano en el debate entre Martz (1980) y Menéndez—Carrión (1986) sobre la primera etapa del CFP (Concentración de Fuerzas Populares) entre 1948-1960 en Guayaquil bajo el liderazgo de Carlos Guevara Moreno. Martz privilegia el concepto de líder carismático y demuestra el éxito de Guevara Moreno en la construcción del CFP. Pero lo que Martz no puede explicar, más allá del chisme político, es por qué Guevara Moreno pierde el control de su agrupación política. Precisamente, Menéndez—Carrión explicará tanto el éxito como el fracaso de Guevara Moreno, a través del concepto de clientelismo político. La maquinaria política cefepista organizada desde el nivel barrial al nacional articula el intercambio de votos por la obtención de bienes y servicios. De acuerdo a Menéndez—Carrión serán estas redes clientelares las que explicarán el éxito electoral de los diferentes políticos. Por lo tanto, el liderazgo es contingente de lo que el líder pueda ofrecer, no de lo que dice sino de lo que hace. La acción de las

bases, lejos de ser irracionales, son una respuesta racional a las condiciones de precariedad estructural -pobreza y sistemas políticos pocos receptivos- en los que viven.

La importancia del clientelismo en la captura del voto popular, también es ilustrada por Stein (1980) en las elecciones peruanas de 1931. Según Stein, para los líderes el cambio de votos por bienes y servicios representó la posibilidad de éxito electoral. Mientras que para los seguidores, es una opción realista y racional de mejorar sus niveles de vida o de simplemente bregar en un ambiente adverso.

La superioridad del concepto de clientelismo sobre el de carisma para explicar la conquista del voto, no debe traducirse en el uso de dicho concepto como marco de referencia único para explicar el apelativo populista. Por privilegiar criterios de racionalidad formal, el concepto de clientelismo no puede entender la generación de identidades colectivas en los movimientos populistas. Como en diversos estudios de casos se pone de manifiesto, las estructuras organizativas populistas hacían más que intercambiar votos por bienes y servicios. Estas otorgaban un sentido de pertenencia al movimiento, una identidad basada en aportes simbólicos como el sucre cefepista en el Ecuador, o carnets, lenguajes y saludos en el APRA. Por esto, Braun (1985: 89) anota que si bien el clientelismo fue importante en el movimiento gaitanista, este jugó un papel menos importante que en los partidos tradicionales, y que la **Mística**, el creer en Gaitán, fue más importante.

Se deben diferenciar analíticamente a los fenómenos populistas como movimientos electorales y como movimientos sociales más amplios, pues no todos los que participan en las campañas políticas populistas son votantes (Maiguashca y North, en prensa). Igualmente hay que tener en consideración que los líderes populistas interpellaron a votantes y no votantes a través de sus mítines, slogans, posters. En fin su mensaje trascendió al reducido número de electores. Por lo que, en conclusión, tal vez la manera de resolver este falso dilema: carisma vs. clientelismo sea analizando los procesos políticos en que se juntan estos dos fenómenos analíticamente distintos. El líder articula valores, reivindicaciones y crea nuevos lenguajes. Por su parte, la organización política articula



estrategias tanto para la captura del voto, como la creación de mecanismos de solidaridad e identidades colectivas. Estas dos formas de acción política diferentes se complementan en procesos políticos concretos <sup>(14)</sup>.

### **3.4. Historia social de los populismos**

La mayoría de trabajos sobre el tema se contentan con enumerar las bases sociales populares y las élites que conforman las alianzas interclasistas populistas. Pero si bien estas categorizaciones sociológicas prometen ir más allá de las visiones del pueblo como masas anémicas, comparten con esta perspectiva el no tomar en consideración los valores, ideologías, conciencia y acciones de los actores de carne y hueso. Es en el estudio de quienes son, qué piensan, qué sienten y cómo interpretaron sus acciones colectivas, donde las herramientas de los historiadores sociales dan resultados muy interesantes. Como ejemplo, se resumirán los trabajos de James (1988a, 1988b) sobre el peronismo.

A diferencia de trabajos que no elaboran la historia social de los movimientos políticos que analizan, Daniel James (1988a, 1988b) estudia la historia social de la clase obrera argentina entre 1946 y 1976, demostrando como el peronismo formó y fue formado por los obreros. El trabajo de James es un esfuerzo serio de usar las herramientas de historiadores sociales: el análisis de los patrones de la acción colectiva explica los significados de la acción (Desan, 1989: 56) y la historia oral discierne los múltiples y contradictorias interpretaciones de los eventos para los actores (James, 1988b, Popular Memory Group, 1982).

James reconoce la superioridad de los análisis que resaltan la racionalidad instrumental de los obreros frente a las interpretaciones que destacan su irracionalidad <sup>(15)</sup>. Pero cuestiona la validez de esta visión economicista de la historia. Si bien el peronismo respondió a las necesidades reprimidas de la clase obrera, todavía se

(14) Estas ideas se las debo a Ricardo Muratorio.

(15) Por ejemplo la persistencia de las críticas de Murmis y Portantiero (1971) a Germani (1971).

tiene que analizar por qué se las solucionó dentro del peronismo y no de otras corrientes políticas que tenían a los obreros como los destinatarios de sus discursos. "Lo que tenemos que entender", dice James (1988a: 14), "es el éxito del peronismo, su distintividad, por qué su apelativo político aparecía como más creíble para los trabajadores -que áreas tocó que otros no lo hicieron. Para esto necesitamos tomar en serio el apelativo ideológico y político de Perón y examinar la naturaleza de su retórica y compararla con la de sus rivales". Análisis que va de la mano del estudio de la conciencia, ideología y experiencias de los trabajadores para poder entender por qué el peronismo tuvo éxito.

A pesar de que la cultura obrera militante siguió presente en algunos sectores obreros, la década infame (1930-1943) fue interpretada y vivida "como una época de frustración y humillación individual y colectiva" (ibid.: 25). Esta fue una época de disciplina dura en la fábrica en que el fantasma del desempleo y la consiguiente degradación estaban siempre presentes. Las percepciones de humillación o de cinismo de los trabajadores se manifiestan en las letras de los tangos de la época. James (1988a: 26-27) señala que si bien los temas tradicionales del tango, la traición amorosa, la nostalgia por el pasado y la valoración del coraje siguen presentes, en esta época se dan dentro de un nuevo contexto social. Las letras recomiendan la adopción de los valores dominantes de la época: el egoísmo y la inmoralidad. Se llega aún a proponer que frente a la resignación al orden social injusto, la alternativa es **la mala vida**: la prostitución y el crimen. Además, James analiza como las degradaciones de los obreros de la época se expresan en silencios, vivencias personales que no podían verbalizarse y manifestarse en la arena pública. Explica el éxito de Perón, en su habilidad de recoger las experiencias privadas de los trabajadores y volverlas públicas, por su capacidad de tomar la conciencia obrera, sus estilos de vida y valores como estaban y afirmar su valor (ibid.:22).

Las movilizaciones populares que van desde el 17 de Octubre de 1945 hasta la victoria de Febrero de 1946 son eventos privilegiados en el análisis de James (1988a: 32-33; 1988b) para entender los significados contradictorios del peronismo. El 9 de Oc-



tubre de 1945 el General Perón renunció a sus puestos de Vice Presidente y de Secretario del Trabajo. El 13 fue arrestado. Para el 17 y 18 los obreros de la capital y otras ciudades de provincia realizaron grandes movilizaciones exigiendo su liberación.

El espíritu festivo y carnavalesco <sup>(16)</sup> de estos eventos contrastaba con las movilizaciones obreras del 1ro de Mayo organizadas por comunistas y socialistas. En lugar del desfile ordenado, sobrio y solemne, los obreros en el 17 y 18 de Octubre cantaban tonos populares, usaron grandes tambores, bailaban en las calles, se disfrazaron con ropas tradicionales de gauchos e inscribieron con tiza el nombre de Perón en las paredes de la ciudad. Tal fue la sorpresa de la prensa de izquierda que no se los reconoció como obreros, sino como marginados y lumpen. Por ejemplo, la prensa comunista los caracterizó como "clanes con aspecto de murga" liderados por elementos del "hampa" tipificados en la figura del "compadrito" (James, 1988b: 451).

Los obreros atacaron instituciones que simbolizaban y transmitían las relaciones de subordinación social. Sus principales blancos fueron los cafés, bares y clubes de la élite. También lanzaron piedras y quemaron ejemplares de periódicos antiperonistas. Uno de sus objetivos favoritos, fueron los estudiantes. Con el grito de "alpargatas sí, libros no" varios estudiantes, sobre todo los niños bien engominados, fueron objeto de la burla y a veces de la violencia obrera. Gritando "menos cultura y más trabajo" lanzaron piedras a las universidades. En Rosario la columna central de manifestantes iba presidida por un burro que tenía colgada una pancarta que decía "ofensivo a profesores universitarios y a ciertos periódicos". En La Plata, el 18 de Octubre, los obreros se apoderaron de un ataúd con el cual marcharon por los barrios de la clase alta con una pancarta que leía "hostil a estudiantes y periódicos". Además, muchachos hicieron gestos obscenos y enseñaron el trasero a señoras de clase alta. Los monumentos a los próceres, considerados como sagrados, aparecieron llenos de slogans peronistas.

---

(16) En el sentido que da Bakhtin (1984) al carnaval como el mundo al revés.

¿Cómo explicar estas acciones obreras que parecieron tanto a las élites como a la izquierda, actos del barbarismo del lumpen del interior del país? James demuestra como las acciones obreras tenían una racionalidad. Atacaron los símbolos que marcaban su exclusión de la esfera pública: universidades y estudiantes, así como clubes sociales y la prensa. Además, sus acciones constituyeron una forma de "contra-teatro" a través del cual se ridiculizó y abusó de los símbolos de autoridad y pretensión de las élites argentinas, así como se afirmó el orgullo de ser obreros. Los obreros, excluidos de la esfera pública, intentaron, en resumen, "imponer su poder simbólico y la legitimidad de sus demandas de representación y reconocimiento, de la relevancia social de su experiencia como obreros, de sus valores y organización en la esfera pública" (James, 1988b: 454).

Los obreros marcharon desde los suburbios hasta las plazas. Su presencia fue vista por las élites y clases medias como la irrupción de la barbarie, de los "cabecitas negras", en lugares consagrados sólo para la "gente de bien". Los habitantes de la ciudad, se autoentendían como el pueblo, como los ciudadanos que tenían derechos y obligaciones en la esfera pública representada por la plaza. El desafío a la jerarquía espacial, la invasión al centro, a la plaza, donde reside el poder político, fue una afirmación de los derechos de los obreros a la ciudadanía, a ser parte de la esfera pública.

### **3.5. Análisis de los mítines políticos: el carnaval populista.**

La sociología durkheimniana ha interpretado los actos políticos masivos como "rituales que actualizan el sentimiento de colectividad" (Lechner, 1982: 47). En los mítines populistas los elementos de identidad de los seguidores y del líder son activados y reordenados. Los seguidores se reconocen en el líder y proyectan en él la solución de sus demandas y aspiraciones. Pero además, en los mítines populistas los seguidores se identifican entre sí. Como en el carnaval analizado por Bakhtin (1984), los mítines populistas no son espectáculos que se observan, son espectáculos en los que todos participan. Esta participación "celebra la liberación temporal de la verdad prevaleciente y del orden establecido; marca la



suspensión de todas las jerarquías de rango, privilegio, normas y prohibiciones" (ibid.: 10). Por eso permite que se cree un nuevo lenguaje entre los participantes.

El análisis de los mítines populistas como eventos discursivos, es una propuesta metodológica para analizar la generación de identidades colectivas. Toma en consideración la oratoria del líder y los rituales, símbolos y acciones que ejecuta en el escenario, así como también las expectativas de los seguidores, sus slogans, pancartas y gritos, que hacen de los eventos discursivos verdaderos diálogos<sup>(17)</sup>.

A pesar de que no se han estudiado los eventos populistas, a manera de ejemplo, se resume el análisis de Braun (1985: 93-99) de uno de los mítines gaitanistas más importantes. El 23 de septiembre de 1945 los gaitanistas se reunieron en el Circo de Santamaría en Bogotá. Luego de venir de cuatro lugares estratégicos de la ciudad, alrededor de cuarenta o cincuenta mil personas esperaron a Gaitán. El caudillo estaba impecablemente vestido y acompañado de su esposa y de su padre. En el líder el pueblo vio a uno de ellos, al "negro Gaitán" que había empezado en lo bajo y ahora se disputaba la Presidencia de la República. El tono sereno de Gaitán contrastó con la euforia de los espectadores. El líder estableció un diálogo sereno y calmado con sus seguidores. Explicó puntos básicos de su ideario político: la visión de la sociedad como un organismo, la base moral de lo social, la necesidad de regenerar los valores nacionales y la importancia de la meritocracia. Gaitán se refirió a la lucha del pueblo depositario de lo justo y bueno con la oligarquía. Situó al pueblo en el centro de la historia, como categoría que trasciende a los partidos políticos. Y él, Gaitán, como la persona, el líder que puede entender y comprender sus sentimientos. Los efectos del discurso se vieron en los gritos de la multitud al abandonar el evento: "en el Circo de Santamaría murió la oligarquía" y "guste o no le guste, cuadre o no le cuadre, Gaitán será su padre".

---

(17) Consúltese la crítica teórica y metodológica de Pickering (1986) a Stedman Jones (1982) por no considerar los aspectos dialogísticos de los discursos políticos.

#### **IV. CONCLUSIONES: LOS SIGNIFICADOS AMBIGUOS DEL POPULISMO**

A lo largo del ensayo se ha enfatizado la necesidad de estudiar los significados ambiguos y contradictorios de las experiencias populistas. Se ha propuesto el análisis histórico social de la acción colectiva que generaron estos movimientos, así como de los discursos políticos de la época a través del análisis de los eventos discursivos. Esta propuesta de estudio del populismo toma en consideración tanto los discursos y acciones del líder, como las respuestas y expectativas autónomas de los seguidores. Además, presta atención a los mecanismos concretos de articulación electoral, contextualizándolas dentro de las culturas políticas. En resumen, propone la incorporación de la historia social, del análisis del discurso, de los mecanismos a través de los que se conquistan los votos y de los estilos de liderazgo. A modo de conclusión se señalan algunas consecuencias de los populismos.

Tal vez el principal efecto del populismo fue el acceso a la dignidad simbólica de ser alguien, de ser seres humanos para grandes grupos sociales en sociedades excluyentes y racistas. La "chusma" de Gaitán y Velasco, "los descamisados" de los Perón, se transformaron en el baluarte de la verdadera nación en su lucha con la antinación oligárquica. Esta búsqueda de legitimación y apoyo de las élites en el pueblo, de poner en el centro de la política a sectores que antes se consideraban "indignos" o simplemente "niños no preparados para la vida pública", es en cierta forma irreversible. Como las últimas experiencias de dictadura y democratización en el Cono Sur han puesto de manifiesto, una vez que el pueblo se activa, no se lo puede desactivar permanentemente.

La presencia política de sectores excluidos que se da con el populismo tiene efectos ambiguos y contradictorios para las democracias de la región. Por un lado al incorporarlos, ya sea a través de la expansión del voto, o a través de su presencia en el ámbito público, en las plazas, el populismo es democratizante. Pero, a la vez esta incorporación y activación popular se da a través de movimientos heterónomos que se identifican acríticamente con líderes carismáticos que en muchos casos son autoritarios. Además,



el discurso maniqueísta populista que divide a la sociedad en dos campos antagónicos no permite el reconocimiento del otro. Este último punto, señala una de las grandes dificultades de afianzar la democracia en la región. En lugar de reconocer al adversario, de aceptar la diversidad y de proponer el diálogo que en sí incluye el conflicto mas no la destrucción del otro, los populismos a través de su discurso buscan acabar con el adversario e imponer su visión autoritaria de la "verdadera" comunidad nacional <sup>(18)</sup>.

---

(18) Por supuesto que los regímenes populistas no son los únicos que no reconocen los derechos del otro. No sólo las dictaduras, sino también los regímenes electos bajo el sufragio electoral han reprimido, silenciado y, a veces, asesinado a sus adversarios.

## REFERENCIAS

- ALVAREZ JUNCO, JOSE**, 1987 "Magia y ética en la retórica política", en *Populismo, Caudillaje y Discurso Demagógico*, editado por José Alvarez Junco, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- BAKHTIN, MIKHAIL**, 1984 *Rabelais and his World*, Bloomington: Indiana University Press.
- BORJA, RODRIGO**, 1982 *Populismo y Democracia*, Ponencia presentada en el Seminario Política, Democracia y Desarrollo de América Latina en los Años 80, Guayaquil.
- BURBANO, FELIPE y DE LA TORRE, CARLOS (eds.)**, 1989 *El Populismo en el Ecuador. Antología de Textos*, Quito: ILDIS.
- BRAUN, HERBERT**, 1985 *The Assassination of Gaitán. Public Life and Urban Violence in Colombia*, Madison: University of Wisconsin Press.
- COLLIER, DAVID**, 1979 "The Bureaucratic - Authoritarian Model: Synthesis and Priorities for Future Research", en David Collier, ed., *The New Authoritarianism in Latin América*, Princeton: Princeton University Press.
- CLARK, KIM y DE LA TORRE CARLOS**, 1990 "¡Paren esa música! ¿No ven que ya volví?", en *Hoy, Ecuador*, Domingo 14 de Octubre de 1990, página 3c.
- CUEVA, AGUSTIN**, 1988 *El Proceso de Dominación Política en el Ecuador*, Quito: Editorial Planeta.
- DE LA TORRE, CARLOS**, 1990 "El Populismo y los Partidos Políticos en el Ecuador", en *Elecciones y Democracia en el Ecuador*, Vol. IV: Análisis de los Procesos Electorales, Quito: Tribunal Supremo Electoral y Corporación Editora Nacional.
- DESAN, SUZANNE**, 1989 "Crowds, Community, and Ritual in the Work of E.P. Thompson and Natalie Davis", en Lynn Hunt, ed., *The New Cultural History*, Berkeley: University of California Press.
- DE TOCQUEVILLE, ALEXIS**, 1961 *La Democracia en América*, Vol II, Madrid: Alianza Editorial.
- DRAKE, PAUL**, 1982 "Conclusion: Requiem for Populism?", en Michael L. Conniff, ed., *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque: University of New Mexico Press.



**IANNI, OCTAVIO**, 1975 *La Formación del Estado Populista en América Latina*, México: Editorial ERA.

**JAMES, DANIEL**, 1988a *Resistance and Integration: Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*, Cambridge: Cambridge University Press.

1988b "October 17th and 18th, 1945: Mass Protest, Peronism and the Argentine Working Class", *Journal of Social History*, Spring.

**LACLAU, ERNESTO**, 1977 *Politics and Ideology in Marxist Theory*, London: Verso.

**LECHNER, NORBERT**, 1984 "Cultura Política y Democratización", *David y Goliath*, año XIV, N 46

**MAIGUASHCA, JUAN and NORTH, LISA**, "Los Orígenes y el Significado del Velasquismo: Una Contribución al Debate Cueva—Quintero", Rafael Quintero (ed.), *Representación Política y Región en Ecuador*, Quito: Corporación Editora Nacional. (En Prensa).

**MARTIN ARRANZ, RAUL**, 1987 "El liderazgo carismático en el contexto del estudio del liderazgo", en *Populismo, Caudillaje y Discurso Demagógico*, editado por José Alvarez Junco, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

**MARTZ, JOHN**, 1980 "The Regionalist Expression of Populism: Guayaquil and the CFP, 1948-1960", *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, Vol 22, N 3.

**MENENDEZ-CARRION, AMPARO**, 1986 *La Conquista del Voto en el Ecuador: de Velasco a Roldós*, Quito: Corporación Editora Nacional.

**MURMIS MIGUEL Y PORTANTIERO JUAN CARLOS**, 1971 *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires: Siglo XXI.

**NAVARRO, MARYSA**, 1982 "Evitas's Charismatic Leadership", en Michael L. Conniff, ed, *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque: New Mexico University Press.

**PICKERING, PAUL**, 1986 "Class Without Words: Symbolic Communication in the Chartist Movement", *Past and Present*, N 112.

**POPULAR MEMORY GROUP**, 1982 "Popular Memory: theory, politics, method", en Richard Johnson, Greg McLennan, Bill Schwarz, and David Sutton, (eds.), *Making Histories*, Minneapolis: University of Minnesota Press.

**QUINTERO, RAFAEL**, 1980 *El Mito del Populismo en el Ecuador*, Quito: FLACSO.

**ROSEBERRY, WILLIAM**, 1989 *Antropologies and Histories*, New Brunswick: Rutgers University Press.

**ROXBOROUGH, IAN**, 1984 "Unity and Diversity in Latin American History", *Journal of Latin American Studies*, N 16.

**STEDMAN JONES, GARETH**, 1982 "The Language of Chartism", en James Epstein y Dorothy Thompson, eds, *The Chartist Experience: Studies in Working-Class Radicalism and Culture, 1830-60*, London.

**STEIN, STEVE**, 1980 *Populism in Perú*, University of Wisconsin Press.

1982 "Populism in Perú: APRA, the Formative Years", en Michael L. Conniff, ed., *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque: University of New Mexico Press.

**THOMPSON, E.P.**, 1971 "The Moral Economy of the Crowd in the Eighteenth Century", *Past and Present* 50.

**TORRES BALLESTEROS, SAGRARIO**, 1987 "El Populismo un Concepto Ecurridizo" en José Alvarez Junco (ed.), *Populismo, Caudillaje y Discurso Demagógico*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

**WILLNER, ANN RUTH**, 1984 *The Spellbinders. Charismatic Political Leadership*, New Haven: Yale University Press.

**WILLIAMS, RAYMOND**, 1976 *Key Words*, New York: Oxford University Press.



## **EVOLUCION Y CARACTERISTICAS DEL POPULISMO EN EL ECUADOR: EL VELASQUISMO**

**Blasco Peñaherrera Padilla (•)**

### **I. APUNTES PARA UNA DEFINICION DEL POPULISMO**

La mayor parte de los autores que se han ocupado del tema coinciden en afirmar que el vocablo "populismo—populista" fue usado por vez primera para denominar al movimiento político y cultural "narodnitchestvo" que surgiera en Rusia en el último tercio del siglo XIX, en procura de reivindicaciones democráticas contra el despotismo zarista y por la implantación de una especie de socialismo agrario de contornos difusos, para imponer el cual sus militantes (casi todos intelectuales jóvenes inspirados en las ideas de Selgunov, Gavrilovich, Herzen, Bakunin y otros), tuvieron la

---

(•) Ex-Vicepresidente de la República

ocurrencia de convivir con los campesinos para "asimilar sus virtudes" (propias de su "estado de naturaleza") y conquistarles para su causa. El fracaso de su empeño (fueron ferozmente perseguidos por la policía y denunciados por sus propios anfitriones) les indujo a una radicalización progresiva que acabó por identificarles con el anarquismo y las tácticas terroristas, con lo que terminaron por extinguirse poco antes de la revolución menchevique. La denominación con la que se les motejara obedeció pues, al acento apasionadamente popular de sus propuestas y estrategias. Convencidos de que "la regeneración de la sociedad" únicamente podía lograrse mediante una especie de "rousseauiano" retorno a la "pureza austera de la vida campesina", hicieron de la exaltación de estos valores y de la revitalización del "mir" (comunidad agraria de la rusia ancestral) el "leitmotiv" de sus discursos y proclamas. El movimiento, por ende, fue acertadamente bautizado como "populista" puesto que fue una de *"aquellas fórmulas políticas por las cuales el pueblo, considerado como conjunto social homogéneo y como depositario exclusivo de valores positivos, específicos y permanentes, es fuente principal de inspiración y objeto constante de referencia"*, según definición de Ludovico Pistone \*«Diccionario de Política, Norberto Bobbio y Nicola Matteuci, Siglo XXI Editores, 1.982, pág. 1280».

Los "narodnikis", empero, no fueron, en rigor, los primeros "populistas" en la historia. Jorge Salvador Lara, en erudito estudio sobre el tema (El populismo en el Ecuador) incluido en el cuarto tomo de la serie "Elecciones y Democracia" publicada por el Tribunal Supremo Electoral \*«Corporación Editora Nacional 1.990, pág. 175», sostiene que **"la participación de poderosos núcleos populares en torno a un vigoroso líder para conseguir reivindicaciones socio—político—económicas, ahora denominado con ese vocablo (populista), no es fenómeno nuevo en la historia"**, y cita como ejemplos los casos de Pericles en Atenas, Los Gracos, Mario, Espartaco, Catilina y Julio César en Roma, Pedro El Ermitaño en la Edad Media, los Comuneros de Castilla en la Edad Moderna, los "sansculottes" en la Francia revolucionaria, Bonaparte luego y así, hasta los grandes manejadores de multitudes del siglo pasado y el actual.



Coincide en este criterio con Carlos de la Torre Espinosa, joven politólogo autor de varios excelentes estudios en esta materia quien, sin remontar la referencia a épocas tan distantes, demuestra empero como **“el término populismo ha sido usado para entender fenómenos sociopolíticos tan variados en forma, contenido y especificidad histórica y geográfica como: el peronismo, el varguismo, el velasquismo, el gaitanismo, los narodniks rusos y los farmers estadounidenses de la segunda mitad del siglo XIX”** \*El populismo y los partidos políticos en el Ecuador, Análisis de los Procesos Electorales, Tribunal Supremo Electoral—Corporación Editora Nacional, 1.990, pág. 162». Ernesto Laclau \*Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, Fascismo y Populismo. Madrid, Siglo XXI, 1978; en Diccionario de Política ob. cit. pág. 1293» añade a estos ejemplos los fascismo italiano y alemán, el nasserismo, el APRA, el poujadismo francés e incluso el partido comunista italiano actual. Ludovico Incisa \*ob. cit. pág. 1286» agrupa los movimientos populistas en tres categorías: nacional—populistas, populistas revolucionarios y populistas democráticos o pluralistas. Incluye entre los primeros a todos los movimientos de tipo fascista: el nacional—socialismo alemán, la Guardia de Hierro rumana, el peronismo y varios movimientos militaristas afines, en particular el nasserismo. Entre los segundos considera como prototipos al estalinismo y el castrismo, y entre los democrático—pluralistas, con la Jacksonian Democracy como prototipo (pluralismo en el interior, expansionismo y sentido de la misión nacional en el exterior), engloba al sistema democrático israelita e hindú (tanto el gandhismo como el nehruismo). Como variantes intermedias entre las categorías indicadas cita a los socialismos africanos y asiáticos, el nacional—comunismo yugoeslavo y el rumano (Tito y Ceaucescu), el partido Baas iraquí, el PRI mexicano e inclusive el sistema albanés recientemente derrocado y el “maoísmo” que perdura.

Queda en claro así que el concepto que nos ocupa, de factura relativamente reciente, denomina a una peculiar forma de organización y acción política casi tan antigua como la propia civilización, que además, como es obvio, no ha tenido “carta de naturalización” específica puesto que ha surgido y tenido vigencia lo mis-



mo en Europa que en Asia, África y América, tanto del norte como del sur. Lo que quiere decir: igualmente entre sajones, germanos, latinos, semitas, mongólicos, negros, malayos y mestizos. De otro lado, es evidente que el populismo no es únicamente un *"síndrome del capitalismo subdesarrollado"* o un *"movimiento social y político aberrante de las masas populares que se da en situaciones tales que estas no han podido desarrollar una ideología y una organización autónoma de clase"*, como lo cree, entre otros, Gino Germani \*«Política y sociedad en una época de transición, Buenos Aires, Paidós, 1.965». La recurrencia del fenómeno en países de industrialización avanzada y su identificación indiscutible en regímenes llamados socialistas o de economías centralmente planificadas, basta para demostrar lo falso —por dogmático— de estas apreciaciones.

Pero entonces ¿qué es el populismo y cuáles son las causas de su génesis y de la diversidad y persistencia de sus manifestaciones? El análisis comparativo de los casos enumerados, permite deducir ciertas características que pueden estimarse como notaciones esenciales y genéricas del fenómeno. Estas son: una **"movilización popular"**, casi siempre policlasista, que se produce en torno o **detrás de un líder o un núcleo dirigente** de muy vigorosa presencia, en procura de **objetivos de contornos imprecisos pero intensamente apetecibles** como la reivindicación, la transformación o la reconquista. Estos "objetivos" devienen o están en relación directa con ciertas **causas profundas** las cuales, en una infinita variedad específica, consisten, esencialmente, en desajustes, cambios, traumas o crisis de orden social, económico o político. La agudización de las tensiones inter—étnicas o de los contrastes en los niveles de bienestar y de distribución de la riqueza entre individuos, sectores sociales o regiones; los conflictos de transición de la economía agraria al industrialismo incipiente; la explosión demográfica y la migración del campo a las ciudades; las derrotas o humillaciones internacionales; el derrocamiento de regímenes autocráticos y la liberación del colonialismo; las tensiones entre países atrasados y desarrollados; la exaltación de la religiosidad o los sentimientos nacionalistas; la instauración del sufragio efectivo y, el descrédito de las organizaciones partidistas tra-



dicionales han sido, entre otras, esas **causas profundas** que provocan esa *"rápida movilización de vastos sectores sociales a una politización intensiva fuera de los canales institucionales existentes"*, al conjuro del mito popular —el más funcional en la lucha por el poder político— que *"está latente aún en la sociedad más articulada y compleja, más allá del orden pluralista, para materializarse repentinamente en los momentos de crisis"*, como lo expresa Ludovico Incisa \*ob. cit. pág. 1287.

Lo dicho significa que, si teóricamente se efectúa una especie de corte transversal al fenómeno populista, se puede apreciar **"en la superficie"**, si cabe decirlo así, **un populismo en acto** (para decirlo con términos de la metafísica tomista) que consiste en *el hecho mismo de la movilización popular y sus objetivos aparentes*, y por debajo, **un populismo en potencia**: *la crisis socioeconómica, el cambio institucional, el desajuste sociológico, la frustración nacional*, etc. que, a modo de la magma telúrica en las erupciones volcánicas, es la energía que impulsa y se libera en el fenómeno político.

Esta correlación entre el **populismo** en su **estado latente o potencial** y su **realización fáctica** no tiene, por cierto, un carácter matemático o mecánico. No es, la segunda, un simple resultado de la agregación de factores del primero. Como todo proceso sociológico y político, su forma final depende —y en grado sumo— de la incidencia de elementos de orden subjetivo como la actuación de los líderes o conductores, o de esos acontecimientos imponderables o imprevisibles que no pocas veces han alterado el curso de la historia.

Esta peculiar dinámica del populismo pone de relieve, además de la **función catalizadora y detonante del liderazgo**, algo que resulta como *"la cara oculta de la luna"* (por no ser directamente perceptible) en la apreciación del fenómeno populista. Me refiero a esa arquitectura interior de la movilización de masas que es **la organización de cuadros y la captación de adeptos** que, si bien similar en todas las formas de organización política, en la populista tiene características muy particulares. Amparo Menéndez-Carrión, en el estudio más serio y original que se haya realizado en el Ecuador sobre este aspecto \**La conquista del voto*. De Velasco



a Roldós. Corporación Editora Nacional/FLACSO, Quito, 1.986, describe la mecánica de conformación del **"clientelismo"**, como urdimbre esencial de esta maquinaria electoral y de su eficaz desempeño.

Pero el populismo no es solamente una movilización imbatible en procura del poder político; es (por igual o ante todo, según quiera verse) **una manera sui géneris de ejercer el poder; un estilo peculiar del arte de gobernar; un modo característico de concebir la relación pueblo—gobierno; un método y una estrategia típicos para atender y satisfacer las necesidades populares.** Dada la relación aparentemente sin intermediarios (por la inexistencia de la estructura partidista tradicional) entre el líder—gobernante y el partidario—pueblo, éste tiene la sensación de una cercanía, de una casi—intimidad y una total identificación, que aquel procura acentuar con el gesto, con la palabra, con el comportamiento y con la acción. La concesión de "audiencias" amplias y frecuentes, los "recorridos de obras" y aún las visitas familiares, la realización de mítines y concentraciones o el uso (en la actualidad) persistente de los medios audiovisuales, los grandes retratos, los slogans y las banderas, conducen a crear y robustecer esta sensación. De otro lado, como **el gobernante—populista concibe el ejercicio del gobierno, primordialmente, como un medio para consolidarse en el poder o para evitar el triunfo de los adversarios** (los extremistas, los infieles, los imperialistas), su gestión se dirige a este fin con preferencia o con exclusión de cualquier otro. Las obras faraónicas (grandes autopistas, suntuosas avenidas, estadios, coliseos, teatros, etc.), el militarismo y el armamentismo, el obsequio dispendioso de los dineros públicos (latisueldos, subsidios y granjerías) y la realización ipso facto de cuánta obra menuda se le requiere, son los modos más socorridos para lograr este propósito. Es que, además, **el líder—gobernante (devenido en demagogo)** llega muy fácilmente a convencerse de su propia patraña: Ya **no es simplemente el conductor de su pueblo sino su propia encarnación;** y como el poder es del pueblo, el poder es suyo. Y el erario también. Y quienes se oponen a sus designios y hasta a sus delirios no son sus opositores sino traidores, enemigos del pueblo, de la revolución, de la fe.



Naturalmente, como semejante manera de gobernar contradice la lógica administrativa más elemental, puesto que en ella no cabe el concepto de planificación ni las estimaciones de costo y beneficio ni el señalamiento de prioridades, los resultados son ineludiblemente catastróficos. Y lo son (los ejemplos abundan y se repiten en todas las latitudes) especialmente en los países subdesarrollados en los que la escasez de recursos se encuentra en dramática contradicción con el crecimiento exponencial de las necesidades y los apetitos.

Esta doble faz del populismo: en cuanto proceso hacia el poder y en cuanto ejercicio del mismo, no constituye necesariamente una secuencia o una marcha en dos etapas. En no pocas ocasiones gobernantes y movimientos que ascendieron al poder al impulso de una eclosión típicamente populista, lo ejercieron con austeridad y severa sujeción a los dictados de la técnica, la honradez, la seriedad. Y a la inversa, gobernantes y partidos que proclamaron su fidelidad a una ideología y un programa, que ostentaron abundante disponibilidad de cuadros administrativos y profesaron su rechazo frontal al providencialismo y al paternalismo, una vez en el ejercicio del poder y seducidos por sus múltiples halagos, cambiaron diametralmente de rumbo e incurrieron en los mismos defectos que habían censurado. Esta duplicidad en el comportamiento —que tan gravemente deteriora la imagen de los políticos y aún del propio sistema democrático— suele explicarse como una suerte de concesión inevitable ante las presiones del ambiente. Se dice que en la mayor parte de los países del mundo y en la totalidad de los subdesarrollados, existe una suerte de predisposición idiosincrásica favorable para el estilo populista de gobierno, que resulta muy difícil contrariar. Con lo cual se explica la persistencia y vitalidad de los movimientos de este género y, en gran medida también, las transgresiones y transacciones de los que, no siéndolo, gobiernan como si lo fueran.

Lo dicho no implica ciertamente un juicio de valor acerca del populismo "in totus et in géneris". Si este peculiar estilo del quehacer político tiene la doble faz o dimensión que antes ha quedado descrita, es decir, *en cuanto movimiento hacia el poder y en cuanto*

*ejercicio del mismo*, lo fundamental resulta lo segundo y, por ende, toda calificación tiene que ser específica y debidamente sustentada en los resultados de dicho ejercicio del poder y no en apreciaciones a priori o referidas al modo de acceso al mismo. Marguerite Yourcenar pone en boca del emperador Adriano esta sapiente afirmación: **"lo esencial es que el hombre llegado al poder haya probado luego que merecía ejercerlo"** \*«Memorias de Adriano, Sudamericana / Planeta, 1984, pág.78» y esta es una verdad que no puede ser rebatida. Como lo es la inversa, respecto de los que, con sus actos como gobernantes, frustran las esperanzas populares y traicionan sus propias convicciones. Lo antedicho, por cierto, tampoco implica sustentar la vieja tesis de que "el fin justifica los medios". Si el acceso al poder se logra merced a la exaltación irresponsable de las pasiones y al empleo de recursos indebidos o nefandos, de nada sirven luego las aptitudes personales y las buenas intenciones. La marejada de los rencores y el acoso de los intereses creados resultan indetenibles.

Por fortuna, los duros tiempos del empobrecimiento global y progresivo que vivimos desde hace más de una década, han dejado algo de positivo: *la lección fundamental de que las facturas de la improvisación, el dispendio y el desorden, se pagan al contado*, por lo que resulta prácticamente imposible que los liderzuelos jacarandosos y facundos, que seguramente seguirán ganando las elecciones, puedan repetir —una vez en el poder— la cínica frase del célebre Luis XV: **"Après de moi, le déluge"**; puesto que si lo hacen, su destino será el mismo de ese extraño, misterioso, celestial y demoníaco personaje creado por Patrick Süskind \*«El perfume», Seix Barral / Planeta, 1988); ese **Jean—Baptiste Grenouille** que, al ungirse con **el mágico perfume del amor supremo**, "un arma que le confiere un poder mayor que el poder del dinero o el poder del terror o el poder de la muerte: **el insuperable poder de inspirar amor en los seres humanos**", provoca tal delirio en la canalla congregada en torno suyo, que termina siendo devorado hasta la última fibra por aquellos que querían "tener algo de él".



## II. EL POPULISMO EN EL ECUADOR

### 2.1 Los antecedentes

Entendido de este modo el fenómeno populista, se colige como lógica su tardía aparición en el escenario de la política nacional. Se calcula, con aceptable fundamento, \*«Población y Cambios Sociales, CONADE/UNFPA, Corporación Editora Nacional, pág. 15 y sigs.» que al constituirse la República del Ecuador la población total alcanzaba a seiscientos mil habitantes, distribuidos predominantemente en el área rural, y que las ciudades mayores (Quito, Cuenca y Guayaquil, en ese orden), albergaban entre 20 y 40 mil personas. (El capitán de la marina sueca Carlos Augusto Gosselman, que llegó al Ecuador —como a otros países de Sudamérica— en exploración de oportunidades de inversión y comercio para la Corona sueca y sus empresas, coincide con la cifra total pero estima la población de Quito en 60.000 habitantes, lo que, a juzgar por otros datos concurrentes, parece algo exagerado). Durante los primeros treinta años de vida independiente, las exportaciones de cacao (las únicas con alguna significación) oscilaron entre 5.000 y 7.000 toneladas y los ingresos del Fisco alrededor del equivalente a dos millones de gramos de oro \*«René Benalcázar: Análisis del Desarrollo Económico del Ecuador, Banco Central, 1990, págs. 186/188», lo que significaba el nivel más bajo en el continente americano. En estas condiciones resulta explicable que, hasta mediados del siglo XIX —salvo la insurrección nacionalista del 6 de marzo de 1.845 y el breve pero fecundo e ilustrado paréntesis gubernativo de **don Vicente Rocafuerte**— todo parezca justificar la frase lapidaria que una mano ignota escribió en las paredes de Quito al día siguiente de la gloriosa jornada del 24 mayo de 1.822: **“Último día del despotismo y primero de lo mismo”**. Es que, además del predominio de la casta militar (extranjera primero, nacional después) sobre una población casi totalmente ignara y mayoritariamente sometida a la coyunda poco menos que medieval del fraile y el terrateniente, el país en su conjunto vegetaba aislado de las corrientes del progreso y de la influencia renovadora de las ideas. Mientras tanto, en Europa y Norteamérica se había iniciado la fase culminante de la Revolución Industrial y en las sociedades

los profundos cambios determinados por las demandas de sufragio universal (los "cartistas" ingleses), justicia social (socialistas utópicos y marxistas, en Francia y Alemania) y "democracia efectiva" (el "jacksonismo" norteamericano).

Al término de este lapso (1.830—1.850), un personaje controvertido pero de auténtica valía: el general **José María Urbina**, señala un nuevo hito en este lento proceso hacia la democracia: **"La manumisión de los esclavos"**. Esta significativa decisión, el carácter jovial y campechano y el dinámico desempeño del gobernante, le hacen acreedor a las primeras manifestaciones de adhesión auténticamente populares: Los célebres "tauras", en su mayor parte esclavos manumisos, le profesan verdadera devoción y constituyen algo más que una simple "guardia pretoriana" pero, sus innegables excesos y la furibunda animadversión de los enemigos del Presidente, extinguen pronto su innegable popularidad. Su ocaso coincide con el agudo proceso de disolución de los años 1.859—1.860, del que emerge la formidable figura del doctor **Gabriel García Moreno**. La rigidez de su personalidad y lo áspero y austero de su talante no le ganan ciertamente fáciles simpatías. En cambio su identificación como gran adalid de la fe católica y de los intereses de las altas jerarquías de la Iglesia (íntimamente vinculados con el poderoso sector del latifundismo serrano), le permiten conquistar el respaldo fervoroso de vastos sectores de la población, con el cual y en mérito a una gestión infatigable y creadora en todos los ámbitos y los aspectos, se convierte en el caudillo indisputado que señorea la vida nacional hasta que (el 6 de agosto de 1.875) cae victimado y el pueblo retorna a su indiferente contemplación de los doctores y generales que se suceden como efímeros ocupantes del Palacio de Carondelet. (Entre ellos, talvez uno: el general Ignacio de Veintimilla, merced al dispendio de sus favores —que llevan al país al borde de la quiebra— se torna, transitoriamente, en figura popular; los demás, pasan al olvido sin haber llegado a la notoriedad).

Llegan de este modo los últimos años del siglo. La exportación de la que empieza a llamarse "pepa de oro" ha superado las 18.000 toneladas y los ingresos del gobierno varían ya en torno a los seis millones de onzas de oro. El país tiene apenas un millón



de habitantes, casi con idéntico porcentaje de distribución urbano—rural pero, con un importante crecimiento de Guayaquil (al segundo rango por su población pero al primero por la intensidad de sus actividades mercantiles), lo mismo que de las poblaciones vinculadas con la exportación cacaotera (Vinces, Daule, Pueblo Viejo, Babahoyo) y de los principales centros urbanos manabitas (Portoviejo, Montecristi, Manta, Bahía de Caráquez, Jipijapa), preferentemente sustentados en la manufactura y el comercio de sombreros de paja toquilla.

Concomitantemente con este bullente "despertar" de las actividades económicas en la costa (especialmente en Guayaquil), culmina la insurgencia liberal que madura desde los albores mismos de la Independencia. Su líder indiscutible es el general **Eloy Alfaro**. Figura de leyenda y nombradía; amado, temido, odiado; ejerce sobre sus soldados y sus amigos esa mágica influencia que únicamente proviene de las individualidades superiores. Empero, llega al poder prematuramente envejecido y ello, si bien no es óbice para la realización de una obra administrativa verdaderamente formidable, lo propio que para la implantación de reformas institucionales que reorientan el destino del país, le impide sí mantener un contacto cercano con su partidarios, ejercer el debido control sobre sus capitanes y percibir con claridad las veleidosas variaciones del favor popular. Tal situación conduce, por obra y para beneficio de los solapados enemigos de la "alfareada", a la nefanda pero glorificante culminación de su luminosa trayectoria, la que deja trunca, en apreciable medida, la épica tarea de instaurar la libertad y la justicia y de consolidar la marcha hacia el progreso.

La gestión cumplida (tanto bajo la dirección del propio caudillo cuanto de quien fuera su lugarteniente, luego su émulo y por fin su rencoroso antagonista: el general **Leonidas Plaza Gutiérrez**), tuvo, todo caso, una trascendencia definitiva. Las exportaciones de cacao llegaron en 1.912 a más de 40.000 toneladas; los ingresos fiscales se incrementaron a 16 millones de onzas de oro, y en proporciones similares, todos los indicadores positivos del desarrollo. El impulso creciente de estas actividades y el efecto multiplicador de las mismas en el campo mercantil, financiero y artesanal, determinó una acelerada variación de las condiciones de vi-



da. La construcción del Ferrocarril Trasandino, aparte de su decisivo efecto de integración geográfica, estimuló el crecimiento de las poblaciones y ciudades medianas del trayecto, en todas las cuales la economía, si bien mantuvo su relación de dependencia respecto de las actividades agropecuarias destinadas al consumo interno, experimentó también cambios importantes que se reflejaron en la expansión paulatina de los estratos sociales intermedios. Esta tendencia fue estimulada en forma decisiva por los cambios políticos y administrativos puesto que, al haberse restringido el inmenso poder de la clerecía, que sustentaba y legitimaba el predominio absorbente de la aristocracia conservadora, se permitió un acceso menos discriminado de los sectores sociales emergentes a los beneficios de la educación y los privilegios del ejercicio del poder. La apertura del Canal de Panamá, que liberó al Ecuador de un enclaustramiento de siglos, intensificó notablemente esta evolución de la sociedad. A ello contribuyó también —no cabe duda— la sucesión no interrumpida de gobiernos de idéntica orientación partidista que, pese a sus defectos de origen (ciertamente poco democrático y aún inocultablemente fraudulento) y a su innegable relación con los grandes intereses de la banca y el comercio exportador, se caracterizaron por lo pulcro y eficaz de su desempeño.

Lamentablemente, a poco de haberse configurado perspectivas tan halagüeñas, la destrucción de buena parte de las plantaciones cacaoteras (por la plaga que el vulgo denominó "la escoba de la bruja") y las secuelas de la Primera Guerra Mundial (considerable reducción de la demanda para nuestros productos y escasez o encarecimiento de los bienes de importación indispensable), ocasionaron una aguda contracción de la economía. Los ingresos del Fisco se redujeron del equivalente a 16 millones de onzas de oro (promedio entre 1.912 y 1.914) a menos de 7 millones (en 1.920). Las exportaciones de cacao descendieron de 40.595 toneladas (promedio entre 1.915 y 1.919) a 23.882 (entre 1.920 y 1.924); el sucre se devaluó en un 130%: de 2,12 sucres por dólar a 5 sucres por dólar. Las repercusiones sociales de semejante caída no se hicieron esperar. Y lo mismo las de carácter político que, precisamente por el mejor nivel de vida que habían alcanzado los estratos medios de la población (lo que les permitía una participación efec-



tiva y no meramente gregaria en la vida pública), tuvieron una intensidad inusitada. Un hecho luctuoso: la masacre del 15 de noviembre de 1.922, fue el primer síntoma (y a la vez un tremendo acicate) de estos profundos cambios que se habían producido en la trama y la dinámica de la sociedad ecuatoriana, los que ocasionarían, de modo inmediato (el 9 de julio de 1.925), el derrocamiento de los llamados "gobiernos de la plutocracia" \*Alfredo Pareja Diezcanseco, Historia del Ecuador, Salvat, 1.982, volumen 7, pág. 39», y luego, la germinación simultánea del **"socialismo científico"** (en sus varias versiones) y de la materia prima sicosocial del **populismo** como tendencia dominante de las futuras estrategias hacia el poder.

Es que, además, el Ecuador no era ni mucho menos la única "isla de conflictos". El mundo entero se debatía en el trance de reajustes y reordenamientos derivados de la conflagración que durante cuatro años asolara al viejo continente y alterara por completo la evolución de la humanidad, mientras los esquemas políticos tradicionales eran remecidos por el embate de las corrientes doctrinarias y políticas provocadas por el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia, el incremento de las tensiones sociales en Europa y Norteamérica y el estallido de las demandas de independencia en el mundo colonial. Este clima efervescente de la política a escala virtualmente planetaria se manifiesta, en el primer quinquenio de los años veinte, con acontecimientos como la proclamación de la República de Turquía por el legendario Mustafá Kemal Atatürk, el inicio de la "resistencia pacífica" del Mahatma Gandhi, la "marcha" de Mussolini sobre Roma, el indetenible avance del nazismo hitleriano, la proclamación de Primo de Rivera como dictador de España y la consolidación de Stalin en el poder soviético total. Y en América Latina, con la "institucionalización" de la revolución mexicana, la gestión renovadora del gran adalid del radicalismo argentino Hipólito Irigoyen y la del formidable tribuno chileno Arturo Alessandri, la fundación del APRA por el joven pero ya incontrastable líder peruano Víctor Raúl Haya de la Torre y el inicio de la brillante trayectoria del caudillo colombiano Jorge Eliecer Gaitán.



## 2.2 El proceso de gestación

En una situación interna como la descrita y con semejante entorno internacional, no sorprende que en el recóndito Ecuador, que durante tantos años vegetara anclado en el pasado, se hubieran comenzado a producir acontecimientos insólitos como el surgir de núcleos progresistas en la oficialidad joven del ejército, la formación de los partidos comunista y socialista, la reforma programática y organizativa del partido liberal y la aparición de brigadas auténticamente populares en el partido conservador. Es que, como dice Pareja Diezcanseco, *"desde 1.922, el hombre de la calle participa activamente en la vida pública"*, por lo cual, *"pocos años después será imposible el fraude electoral y todo profesional de la política —de centro, de derecha o de izquierda— invocará las reformas sociales como piedra angular de su discurso de promesas"* \*ob. cit. pág. 54\*.

Fue así como la "transformación" del 9 de julio de 1.925, resultó enteramente distinta de las habituales cuarteladas militares. Sus objetivos, si bien algo difusos y hasta contradictorios, tuvieron una médula concreta, elaborada por mentalidades lúcidas y bien formadas como las de Luis Napoleón Dillon y Julio E. Moreno, que más allá del combate a la llamada "bancocracia guayaquileña", supieron percibir la imperiosa necesidad de una reestructuración total del Estado para orientar su funcionamiento en relación con los nuevos problemas que planteaba la variación de las condiciones de vida en la sociedad nacional. Este conjunto de reformas jurídico—administrativas tuvo como antecedente el **"Programa de Principios y de Acción del Partido Liberal Ecuatoriano"**, aprobado por la Asamblea de dicho partido, reunida en el mes de junio de 1.923. Dicho programa contiene, explícitamente, **todas y cada una de las innovaciones necesarias y positivas que se han instaurado hasta la fecha en el campo del derecho social, laboral, tributario, electoral y constitucional**, y muchas otras que debieran ponerse en práctica para enfrentar los múltiples problemas y conflictos todavía no resueltos (La excepcional calidad del referido documento se explica por la nómina de sus autores, los concurrentes a la indicada asamblea, entre quienes se encontraron nada menos que: Pío Jaramillo Alvarado, Manuel Ra-



món Balarezo, Manuel Benjamín Carrión, Andrés F. Córdova, Luis Napoleón Dillon, Abelardo Moncayo Andrade, Julio E. Moreno, Ismael Pérez Pazmiño, José María Pérez Echanique y Homero Viteri Lafronte). Lamentablemente, el espíritu renovador de la asamblea liberal no trascendió a la militancia ni el contenido del documento aprobado se convirtió en instrumento clave para la acción proselitista ni peor aún para el ejercicio del poder. La "trinca" dominante persistió en el mantenimiento de sus privilegios y ello convirtió al partido de Alfaro en una estructura macrocéfala carente de sustentación, y a sus huestes, en fácil presa para los aventureros de la política. Entretanto, los pioneros del socialismo, seducidos por los apotegmas y recetas de Marx—Engels—Lenin y Stalin, decidieron formar un partido que se propusiera alcanzar sus postulados mediante **"la dictadura de los obreros, campesinos y soldados que verifique la completa extinción del dominio capitalista"** (Manifiesto del Consejo Central del Partido Socialista Ecuatoriano, aprobado en la primera Asamblea Nacional realizada del 16 al 23 de mayo de 1.926). Semejante planteamiento, en un país paupérrimo que a duras penas emergía del feudalismo colonial, puso en evidencia el virus del sectarismo dogmático que, sumado al "personalismo" propio de la composición de sus cuadros directivos (jóvenes profesionales, intelectuales y escritores de típica extracción "pequeño—burguesa"), serían causa de la fragmentación del socialismo en sucesivas "alas": radicales y moderadas, colaboracionistas y opositoras, y de la frustración de todas sus opciones para el ejercicio del poder (La primera escisión se produjo en 1.931. El sector que propiciaba la afiliación del socialismo a la llamada "Tercera Internacional", o sea al COMINTER soviético formado por Stalin para convertir a todos los partidos marxistas en dependencia e instrumento de la URSS, adoptó el nombre de Partido Comunista Ecuatoriano). En el Partido Conservador, en cambio, un grupo de jóvenes dirigentes (Jacinto Jijón y Caamaño, Manuel Sotomayor y Luna, Manuel Elicio Flor y Julio Tobar Donoso) logró estimular un vigoroso resurgimiento de la militancia utilizando, además de las motivaciones religiosas de antaño, la doctrina y los preceptos de la encíclica "Rerum Novarum", dictada por el Papa León XIII veinte años atrás. El beneficiario de este resurgimiento fue, en



primera instancia, un aristócrata y banquero de áspera personalidad pero de muy altos merecimientos: el señor Neptalí Bonifaz Ascázubi, quien, como candidato conservador (y de muchos independientes y disidentes liberales) a la Presidencia de la República, obtuvo la victoria en una elección auténticamente libre (octubre de 1.931). Producida su ulterior descalificación, con el epílogo de la sangrienta guerra civil llamada "de los cuatro días" (agosto—septiembre de 1.932) y tras la renuncia del nuevo gobernante (Juan de Dios Martínez Mera), llegó al pináculo de la popularidad —en el que perduraría durante medio siglo— el doctor **José María Velasco Ibarra**, quien, como diputado, había defendido ardorosamente a Bonifaz, haciéndose acreedor a la gratitud de sus seguidores (especialmente de los feroces "compactados", artesanos y obreros de fanática militancia conservadora), y luego, como Presidente de la Cámara de Baja, había liderado el enfrentamiento con el gobierno del señor Juan de Dios Martínez Mera (fraudulentamente impuesto luego de la descalificación de Bonifaz).

## 2.3 El Velasquismo:

### 2.3.1 Las cinco jornadas

La meteórica ascensión de Velasco, desde su curul al solio presidencial, se produjo pues merced a una conjunción de circunstancias políticas y al ambiente de frustración e incertidumbre que se prolongaba desde hace más de una década y que había llegado, precisamente en esos años, a extremos verdaderamente insoportables (El deterioro de la economía entre los años 1.932 y 1934 se refleja en la abrupta caída de los ingresos fiscales del equivalente a 20 millones de gramos de oro a **menos de seis**, y de las exportaciones cacaoteras, al nivel que tenían **25 años antes**). En tal contexto y escenario sus excepcionales dotes como tribuno y la extraña fascinación de su personalidad, causaron un impacto decisivo en los sectores populares y de clase media que, desde aquel instante, le identificaron como el conductor y el guía (el "apóstol", como más tarde fuera bautizado), en la ardua lucha por conseguir que se respetara su dignidad como ciudadanos, identificada con un símbolo: **el sufragio libre, la soberanía popular**. De este modo



se dio esa conjunción de **un estado de ánimo colectivo** y una **vigorosa capacidad de liderazgo**, que ha sido la matriz de los movimientos populistas en todos los tiempos y en casi todos los lugares. Sin embargo, el "primer velasquismo" estuvo a punto de ser el postrero. Lo centellante de su desenlace (Velasco fue derribado apenas a los 11 meses de haberse posesionado) pareció que abortaría su porvenir (más aún puesto que tal desenlace significó el ascenso del gran antagonista de Velasco Ibarra: el líder del liberalismo tradicional **Carlos Alberto Arroyo del Río**). Empero, nuevamente la imprevisible y misteriosa confluencia de los hechos y los acontecimientos decidió lo contrario. La artera invasión peruana de 1.941 y la mutilación territorial consagrada en el Protocolo de Río de Janeiro (1.942), más los defectos temperamentales del doctor Arroyo (que echaron por la borda los grandes logros del gobierno en el campo de la economía y las finanzas públicas) fueron el combustible y el detonante de la sublevación militar y el estallido popular del 28 de mayo de 1.944. Su beneficiario fue, naturalmente, Velasco Ibarra, quien había sido candidatizado a la Presidencia de la República por una coalición de toda la gama de las militancias políticas denominada "Alianza Democrática Ecuatoriana", para las elecciones que debían haberse realizado pocos días después del levantamiento, y en las que seguramente habría sido derrotado debido al expedito sistema de perpetuación del liberalismo oficial. De este modo el doctor Velasco Ibarra retornó al poder; y esta vez, con la aureola definitiva del caudillo incontrastable.

Quienquiera que recuerde la delirante recepción que el pueblo ecuatoriano, en todas las latitudes de la patria, tributó al "**gran ausente**" y la virtual unanimidad de su consagración como Presidente de la República con poderes supremos, debe convenir en el señalamiento del **28 de mayo de 1.944**, como la auténtica fecha bautismal del "**velasquismo**" como el **primer movimiento populista en la historia del Ecuador**. Desde entonces y durante el siguiente cuarto de siglo, el movimiento (más bien dicho: **el doctor Velasco Ibarra**) sería la fuerza política clave en el devenir histórico nacional. A este efecto nada significó su temprano enfrentamiento con el sector izquierdista que fuera la columna vertebral de ADE (la heterogénea organización que le llevara al poder) ni la consi-



guiente ruptura del orden constitucional el 30 de marzo de 1.946 ni tampoco el que fuera derrocado por segunda vez (el 23 de agosto de 1.947) por un golpe militar. Cinco años más tarde, contra todos los cálculos y los pronósticos, triunfó de nuevo; esta vez, como el candidato que significaba "el mal menor" para los sectores del centro y la derecha, frente a la candidatura del doctor Ruperto Alarcón Falconí, radicalmente derechista pero desvinculada del conservadurismo linajudo, y a la evidente debilidad de los candidatos centro izquierdistas (José Ricardo Chiriboga Villagómez y Modesto Larrea Jijón). En esta ocasión Velasco contó con el respaldo del *primer movimiento populista orgánicamente estructurado en la historia de la política nacional* y con una gran fuerza electoral en la ciudad de Guayaquil y su provincia: la flamante **"Concentración de Fuerzas Populares"** (CFP), liderada por su ex—ministro de gobierno Carlos Guevara Moreno, quien, suponiendo que Velasco "ya estaba viejo" (Amparo Menéndez—Carrión, ob. cit.), cometió el error de pretender "cobrarle la factura electoral". El resultado del enfrentamiento le significó a Guevara Moreno el ser defenestrado de la Alcaldía de Guayaquil (mediante un "minigolpe" de estado que tuvo general aceptación) y desvalijado de las bases partidistas que tan tesoneramente había forjado. Es que el caudillo velasquista, con el apoyo irrestricto de los grupos dominantes de la economía agroexportadora, logró afianzarse en el poder con solidez inconmovible, mediante una alianza franca con los partidos de la llamada "derecha política" y con el liberalismo que respaldara al doctor Chiriboga Villagómez (Designó como Ministro de Gobierno al fundador del Partido Socialcristiano, que ya era el líder emergente de la derecha, y como embajadores, a los doctores Alarcón Falconí y Chiriboga Villagómez). Esta situación le permitió concluir sin tropiezos su período presidencial y ejecutar la administración más eficiente y fecunda de esta segunda mitad del siglo (Únicamente el Plan Vial, que integró al país las provincias de Loja y El Oro y entre sí la costa y la región interandina, significó una auténtica transformación socio—económica, al propiciar la colonización espontánea de vastas zonas de gran feracidad en las que se sustenta, hasta la fecha, la economía nacional). Al término de este mandato, con un crecimiento del producto interno bruto a la impresionante tasa del



6,2% y una ampliación del empleo nunca antes experimentada, la popularidad del líder velasquista llegó a tan altos niveles que, de los cuatro candidatos que compitieron por sucederle, tres (Camilo Ponce Enríquez, Carlos Guevara Moreno y José R. Chiriboga Villagómez), se identificaron como "gobiernistas" y la suma de sus votos fue dos y media veces mayor a la que alcanzara el único opositor: Raúl Clemente Huerta, límpido y vigoroso abanderado del Frente Democrático Nacional, coalición integral del centroizquierda, desde el "placismo" y el Partido Liberal Radical hasta el Partido Comunista.

Se llegó así al término de una década de expansión de la economía (el incremento promedio del PIB fue del 4,6%) y de transformación de la sociedad. Mientras en los cincuenta años anteriores la población había pasado de un millón a tres millones, entre 1.950 y 1.960 llegó a cuatro. La ciudad de Guayaquil y las poblaciones ubicadas en las zonas de desarrollo bananero, crecieron espasmódicamente y, en igual proporción, la demanda de empleo y de servicios y, por ende, las tensiones sociales. En este contexto, los múltiples cambios en la geopolítica mundial motivados por el incremento del poderío soviético (más aparente que real, como lo habríamos de saber años más tarde), la marejada democrática y libertaria que arrasó de la geografía iberoamericana las crueles y concupiscentes dictaduras de Gustavo Rojas Pinilla, Rafael Leonidas Trujillo, Marcos Pérez Jiménez y Fulgencio Batista, el inicio de la poderosa influencia cultural y política que ejercería la revolución cubana y el evidente fracaso de la llamada "Alianza para el Progreso" (programa de asistencia técnica y financiera con el que el gobierno norteamericano trató de neutralizar la radicalización izquierdista del continente), todo ello acentuó la toma de conciencia de los sectores marginales de la sociedad respecto de su propia fuerza y su capacidad operativa. En este ambiente —complejo, dinámico, tenso y contradictorio— cerca de que finalizara su gestión austera y pulcra pero grandemente impopular el doctor Camilo Ponce Enríquez, se anunció la cuarta candidatura del doctor Velasco Ibarra con la fuerza de un torrente irresistible. Y así fue. Pese a todos los manejos y maniobras en su contra, la votación con la que se impuso (nada menos que al ex—presidente Galo Plaza La-



so, a un nuevo y magnífico líder conservador: el doctor Gonzalo Cordero Crespo y a los ilustres intelectuales Antonio Parra Velasco y Benjamín Carrión, candidatos de una curiosa alianza de la CFP y los partidos de extrema izquierda) fue verdaderamente apabullante: 377.377 votos válidos, frente a 175.655 de Plaza, 172.665 de Cordero y 44.401 de Antonio Parra Velasco. Lo rotundo de la victoria velasquista (que implicó la captación de la mayoría absoluta en el Congreso y en los organismos seccionales), paradójicamente, le resultó contraproducente porque desorbitó a su dirigencia (y al propio caudillo) induciéndole a cometer errores y abusos que, lógicamente, fueron magnificados por una oposición enconada e intransigente (con indudable complicidad de la célebre Agencia Central de Inteligencia del gobierno norteamericano, al que molestaba la posición internacional de Velasco en momentos en que llegaba a su clímax la pugna frontal con el gobierno castrista), hasta el extremo de provocar una serie de paros e insurrecciones en varias provincias, que concluyeron, apenas a los quince meses de la apoteosis electoral, con un nuevo derrocamiento del caudillo.

El cuarto velasquismo puso de relieve dos características del **populismo ecuatoriano** en esta fase de su conformación. En primer lugar, **la relación monogámica de las bases populares, organizadas o no, afiliadas o no a otras organizaciones políticas (sobre todo, al CFP), con Velasco Ibarra como el hombre—símbolo, como el líder indiscutible.** Esto, que ya se había puesto de manifiesto en las elecciones de 1952 (cuando Guevara Moreno no pudo “torcer la corriente” de simpatía para “el gran ausente” y debió resignarse a brindarle el apoyo cefepista), en 1.960 tuvo el cariz de una virtual insurrección puesto que el binomio Antonio Parra y Benjamín Carrión, del Frente de la Izquierda Revolucionaria, que integró oficialmente el CFP por decisión de su Director Supremo, obtuvo 17.575 votos en la ciudad de Guayaquil, Velasco Ibarra alcanzó la cifra tope de 59.605. Semejante fiasco provocó, poco tiempo después, el ocaso definitivo de Guevara Moreno como “capitán de las masas”.

En segundo lugar, el imprevisible y abrupto desenlace del cuarto velasquismo (como los de 1.935, 1.947 y 1.972) remarcó **el carácter puramente electoral de la adhesión del pueblo a su**



**caudillo.** Defenestrado éste, la estructura partidaria se deshizo (como igual sucedió con Guevara Moreno en 1.953 y como sucedería con Asaad Bucaram en 1.970 y con Abdalá Bucaram en 1.985 y 1988) y pareció desaparecer sin ofrecer la menor resistencia. Esta fragilidad aparente de la estructura populista, no implica deslealtad o ingratitud con el líder o el caudillo puesto que, más allá de la voluble naturaleza de los afectos humanos, el vínculo se mantiene y se manifiesta con mayor fortaleza cuando la situación de "fuerza mayor" desaparece, pero —esto es lo fundamental— **únicamente ante el incentivo de una nueva convocatoria a la única forma de lucha que la estructura populista conoce: la electoral.**

En el caso del doctor Velasco Ibarra, este renacimiento del fervor popular se dio una vez más, aunque con mengua notoria, en su última campaña: la de 1.968. Es que, además de la inocultable huella de los años en la formidable personalidad del hombre, en el lapso intermedio se habían operado apreciables modificaciones en el tenor de la sociedad nacional. La estrategia del desarrollo industrial inducido mediante la "sustitución de importaciones" y una apreciable ampliación de la esfera de influencia del Estado, puestos en práctica por la Junta Militar que gobernó el país entre 1.963 y 1.966, habían determinado un cierto desplazamiento del poder económico (y por ende, político) de su centro de gravitación fundamental en la ciudad de Guayaquil, hacia la región interandina (especialmente a Quito y Cuenca) y una importante expansión de los sectores de clase media de la población. Con esto y el crecimiento demográfico (dos millones más que en 1.960, el 40% menores de 25 años) y la migración a las ciudades, era lógico que se dieran importantes variaciones en las percepciones políticas y las tendencias electorales. Entre los jóvenes cobraba fuerza el rechazo a la "democracia formal" y la propuesta de la "insurrección armada" como la única vía legítima y viable para alcanzar los "cambios estructurales" que el país requería. En los estratos estables de la clase media en expansión, en cambio, se tendía a encontrar una solución de equilibrio que preservara la Libertad y procurara la Justicia, como valores fundamentales para una mejor organización de la sociedad. Una y otra corrientes coincidían, por supues-



to, en la repulsa al populismo en sí, porque lo consideraban sinónimo de todos los males y defectos de la política y la administración del Estado.

En este escenario el doctor Velasco Ibarra tuvo que competir con una coalición de la derecha económica y política casi totalmente consolidada en torno a la gran figura del doctor Camilo Ponce Enríquez, y con un personaje del liberalismo tradicional pero dotado de un talento político fuera de lo común: el doctor Andrés F. Córdova, candidato de un gran frente (de Izquierda Democrática, se lo llamó) constituido por el Partido Liberal Radical, el Socialista Democrático y Concentración de Fuerzas Populares, ésta, bajo la rienda firme de su nuevo "capitán": Asaad Bucaram Emhalín. El triunfo de Velasco fue así sumamente estrecho (obtuvo en la ciudad de Guayaquil 60.055 votos, apenas mil más que en 1.960, mientras Córdova llegó a 41.862 y Ponce a 32.470) y por añadidura, precario ya que implicó la división del Congreso en tres bloques casi iguales: velasquismo, poncismo y cordovismo, lo que, en el absurdo esquema de la Constitución de 1.967, hacía imposible el mínimo de estabilidad que requería el Presidente de la República para gobernar con el vigor indispensable un país bullente y conflictivo, como comenzaba a ser el Ecuador a finales de los sesentas.

Con estos antecedentes y ante el fracaso de los esfuerzos que se hicieron para estructurar una coalición tácita entre el velasquismo y el Frente de la Izquierda Democrática, el Presidente debió encarar la más dura de las tareas que había asumido desde 1935 porque, a más de la situación política, la económica y fiscal era verdaderamente calamitosa. Con un PIB per cápita de menos de doscientos dólares y un total de exportaciones inferior a los 200 millones de dólares, los ingresos fiscales ascendían a 3.500 millones de sucres, con un déficit crónico de casi el 30%. En semejante situación, luego de bregar con verdadero denuedo con una agresiva orquestación opositora (que arreció desde el inicio del gobierno a causa de la tónica antioligárquica y reformista de los pronunciamientos del Presidente y de algunos de sus ministros) y en vista de los adversos resultados de las elecciones de renovación de la Cámara de Diputados, el caudillo optó por intentar, el 20 de junio de 1.970, la solución de facto de 1.935. El éxito inicial, en cuanto a que



las Fuerzas Armadas le respaldaron plenamente confiriéndole los poderes supremos, no fue muy duradero porque la reacción adversa del país político convirtió a Asaad Bucaram (que fue destituido de la Alcaldía de Guayaquil y exiliado en Panamá) en candidato invencible para los comicios que debían realizarse en 1972 (por la irreductible renuencia del Presidente a permanecer en el poder más allá de su mandato popular) y ello fue el pretexto que los militares esperaban para reproducir en el Ecuador la aventura del "velascoalvaradismo" peruano (puesta "de moda" y exaltada como la "fórmula perfecta de la revolución latinoamericana" por el izquierdismo continental), que tentaba con tanta fuerza a los "mesiánicos", como el "**olor a petróleo**" a los "pragmáticos". Concluyó así, con más pena que gloria, la quinta y última administración del doctor **José María Velasco Ibarra**, con cuya desaparición del escenario tomó el "populismo", como corriente y tendencia dominante en la política ecuatoriana, un sesgo diametralmente diferente.

### 2.3.2 El estereotipo y la verdad de los hechos

Pese a que el testimonio de los hechos cuenta mucho más que el presunto valor de las teorías o la fuerza de los argumentos, salvo contadas excepciones, la generalidad de los "estudiosos" y "analistas" de la historia nacional y la evolución política republicana, han creado o admitido el **estereotipo** de **Velasco Ibarra** como el **demagogo por antonomasia** y tienden a considerar al **fenómeno populista** como un **proceso lineal** que se inicia con el velasquismo, prosigue con el cefepismo guevarista, se transforma en el cefepismo bucaramista y llega al febrescorderismo y el bucaramismo abdalacista, como una especie de **corriente política diferenciada de las demás**, sobre todo de las que se sustentan en ideologías o doctrinas de valor universal. Se incurre así en un doble error; por una parte, en el de identificar al populismo únicamente por sus características como "**movimiento hacia el poder**" y no como un "**estilo peculiar de su ejercicio**"; y por otra, en el de ignorar la aristotélica verdad de que "*los gobiernos no nacen de las rocas sino del espíritu de los pueblos*", por lo que, en rigor histórico, adicionalmente a los brotes epidémicos o marginales que se han producido casi en todos los lugares pero especialmente en Guaya-



quil y Quito (chiriboguismo, alarconismo, menendismo, roldosismo, emepedismo, etc.), **casi no hay partido ni candidato ni gobernante que no haya utilizado los recursos que se consideran propios del populismo para conquistar el poder y, más aún, que al ejercerlo, no haya incurrido en las aberraciones y dislates que se atribuyen exclusivamente a los gobiernos populistas.**

En cuanto a lo primero, esto es, al **estereotipo Velasco—demagogo—populista**, es obvio que deviene más de los prejuicios que de los hechos, puesto que se sustenta en una apreciación meramente superficial de la flamígera y parabólica retórica del caudillo antes que en el análisis de su comportamiento como candidato y gobernante. En efecto, si bien fue cierta su recurrente costumbre de efectuar pequeñas donaciones y asistir a la inauguración de obras menudas, así como su aversión a los “planificadores formalistas” y a los “teorizantes librescos”, también lo fue el hecho de haber sido el primer gobernante que trató de poner en ejecución un plan integral de desarrollo (el llamado “Plan Estrada”, por el nombre de su autor, el prestante banquero y reconocida autoridad en materia económica Víctor Emilio Estrada), y quien posteriormente, en el único período en el que tuvo la posibilidad de hacerlo (el tercero), ejecutó auténticos planes de vialidad, regadío, salubridad y construcciones escolares que transformaron la realidad nacional, y no meras obras de relumbrón con propósitos mezquinamente electorales, como lo han hecho tanto los considerados propiamente populistas cuanto los que han proclamado no serlo.

Así mismo, nada pudo ser más rotundamente anti—populista y menos propio de un demagogo que la indiscutible seriedad y sensatez que demostró el caudillo en los momentos cruciales de su trayectoria política, en los que puso en juego su popularidad y la propia permanencia en el poder, en guarda de principios fundamentales o intereses trascendentes del país. Tal fue el caso, en 1.960, de su gallarda defensa al gobierno de Fidel Castro, no en modo alguno porque comulgara políticamente con él sino en resguardo de sus convicciones claves como internacionalista: el principio de no intervención de los estados y el respeto a la libre autodeterminación de los pueblos. Lo propio y con mayor razón puede de-



cirse de su histórico enfrentamiento con la Asamblea Constituyente de 1945 y las beligerantes huestes de la izquierda marxista que pretendieron convertir al Ecuador en **"la primera república socialista del continente americano"**. ¿Porqué lo hizo? ¿Porque era "el caudillo de la oligarquía"? Desde luego que no. Lo hizo porque percibió con claridad lo absurdo y descabellado del proyecto. Solo imaginar que un país que en ese momento tenía un ingreso fiscal **igual al que tuviera en 1.910**, con el más bajo promedio de exportaciones por habitante y con la renta per cápita más baja en América Latina \*Porcentaje de exportaciones por habitante: Venezuela 178,2, Cuba 112,5, Argentina 77,7, Uruguay 70, Chile 47,9, Bolivia 23,2, Colombia 22,4, Paraguay 21,1, Brasil 20,1, Perú 17,6, Guatemala, 16,4, **Ecuador 13,1**.—El Desarrollo Económico del Ecuador. CEPAL, 1953, pág. 22», hubiera podido abolir la propiedad privada y convertirse en una economía centralmente planificada para alcanzar en tal forma el bienestar y la prosperidad, es algo tan absolutamente iluso que no requiere de argumento adicional alguno para ser demostrado. Así lo entendió Velasco \*—"Si en el Ecuador se hubiera pretendido establecer un comunismo (en 1.944), caíamos en la miseria más grande desde el primer momento; y el Ejército se iba contra mí y venía el caos más espantoso". Respuesta del doctor Velasco Ibarra a Pablo Cuví.—"Velasco Ibarra: El último caudillo de la oligarquía".—Instituto de Investigaciones Económicas.— 1977.— pág. 105», y no vaciló en oponerse al dislate con toda la entereza de su ánimo, a sabiendas de que, al hacerlo, se enfrentaría a una oposición intransigente y feroz y a un sector (la intelectualidad de izquierda) sumamente influyente que lo señalaría, desde entonces, como **"reaccionario y traidor de la gloriosa revolución popular del 28 de mayo"**.

Esta clara percepción de los grandes objetivos nacionales al margen de las rigideces conceptuales de los teóricos y los dogmáticos y por sobre las nimiedades de la politiquería, le hizo también mantener un criterio invariable respecto de la ineludible **relación entre la estabilidad y el orden social con la prosperidad y la justicia**. Su firme determinación por garantizar la propiedad privada y la inversión no obedeció a las motivaciones usuales de los cancheros de toga o charreteras de que ha estado plagada la historia



del continente: es decir, a la defensa de intereses creados y en procura del beneficio personal. Un ser humano tan totalmente ajeno a esta clase de preocupaciones, no podía actuar de esa manera. Su punto de vista y su política no tuvieron otro móvil que su personal percepción del auténtico interés general, del verdadero bien común ("Si por cambiar estructuras entiende usted quitar la hacienda al propietario para dársela a que la maneje un equipo de funcionarios, eso parece que ha fracasado en el mundo entero", le dijo a Cuvi, ob. cit. pág. 31). Y precisamente por eso su conducta fue radicalmente distinta del paternalismo munificente que ha caracterizado al común de los demagogos latinoamericanos (sobre todo los de la segunda mitad del siglo), que han pretendido oficiar de taumaturgos "del cambio social" en países cuya postración obedece a muy complejas causas y circunstancias y cuyo desarrollo solo puede alcanzarse merced al sacrificio y el esfuerzo persistentes, en un clima de estabilidad, de orden y de paz, y no, de ninguna manera, mediante el despojo injusto y el obsequio inmerecido, la algarabía y el bochinche, el odio y el enfrentamiento de clases y de gentes.

Por fin, en otro aspecto esencial que resulta el denominador común de la caracterización populista: el de la **escasa o ninguna pulcritud en el manejo de los dineros públicos**, Velasco Ibarra se yergue como una **excepción indiscutible**. Al cabo de medio siglo de presencia cimera en la política nacional, de cinco períodos de gobierno y más de nueve años de ejercicio del poder, la pobreza casi monacal de su hogar de siempre y el conmovedor desenlace de la existencia de su maravillosa compañera y la suya propia, constituyen un pedestal sin parangón para su grandeza. Esto, que durante su vida le fuera negado por sus obcecados adversarios, tiene que serle reconocido ahora sin reservas. Empero, subsiste aún la leyenda de "los negociados y latrocinios del velasquismo", sobre la base de evidentes abusos e incorrecciones que cometieron muchos de los colaboradores de sus cinco gobiernos. En una sociedad que no se caracteriza ciertamente por el sentido innato de la honorabilidad sino por la predisposición contraria, esta clase de problemas son casi inevitables. Por ello, lo que cuenta es que nadie, jamás, con el mínimo fundamento, pudo sostener que tales ac-



tos se cometieron con la tolerancia o bajo el amparo del Presidente de la República. Y aquí radica la sustancial diferencia entre lo acontecido entonces y lo que ha sucedido después.

Pero esa no es la única diferencia. Hay otra igualmente importante. Velasco (como Irigoyen, como Alessandri, como Haya de la Torre, como Vasconcelos, como Gaitán, como Paz Estensoro) fue sustancialmente un **"intelectual político"**, un hombre de superior jerarquía espiritual, que elevó a las masas hasta su nivel; no vulgarizó el "mensaje", no degradó la relación. Y tampoco —lo que es más importante aún— no exacerbó las pasiones y los morbos hacia los objetivos del odio, la envidia y la revancha. Con esto hay más que razones de sobra para reescribir la historia reciente, en cuyas páginas suele encontrarse, más que la imagen del caudillo la caricatura cruel que dibujó el rencor político; la que, de todos modos, compite con ventaja con lo que nos ha sobrevenido y con lo que está por venir.





## **LAS DIVERSAS LECTURAS DEL POPULISMO Y SU FUNCION POLITICA**

**Alejandro Moreano (•)**

### **I. INTRODUCCION**

¿ Los resultados de las elecciones de 1.990 fueron un triunfo del populismo? ¿Presagian el triunfo de esa misma tendencia en las elecciones presidenciales de 1.992?. Tales los interrogantes preocupan tanto a dirigentes políticos, cientistas sociales, periodistas, intelectuales cuanto a vastos sectores de la sociedad ecuatoriana.

Más aún, cada vez es más evidente que el proceso electoral de 1.992 se va a desarrollar no en torno a los proyectos históricos de las diferentes corrientes políticas o las distintas fuerzas sociales sino en relación al llamado "populismo" y las imágenes ideológicas que brotan en su torno.

---

(•) Sociólogo, investigador y catedrático

El análisis de los resultados electorales del llamado "populismo" en el 90 y de sus perspectivas para el 92, choca con un límite insuperable: la ambigüedad fundamental del término y que se expresa sobre todo en el ámbito de aquello que designa. Los distintos analistas políticos que han examinado los procesos electorales tienen enormes dificultades en la clasificación de los partidos y los candidatos. A la tradicional ordenación ideológica —derecha, centro e izquierda— se ha incorporado el término populista en una taxonomía que recuerda, sin gracia, la célebre de una enciclopedia china, narrada por Borges. La interpretación se complica al establecer, con la excepción del PRE, cuáles son los partidos o movimientos "populistas": el FRA?, el MPD?, el APRE?. ¿El actual partido cefepista es el mismo de la época de Don Buca?. Los problemas son aun mayores cuando se clasifica a los candidatos. En efecto, si bien se acepta que el Partido Social Cristiano pertenece a la derecha, las figuras del Ingeniero León Febres Cordero o del Abogado Jaime Nebot Saadi son caracterizadas como populistas, no así la del Arquitecto Sixto Durán Ballén. A la vez, se ha llegado a caracterizar al MPD como populista al igual que la figura del Abogado Raúl Patiño, sin que esa marca sea propia de su partido, el socialista. Habría pues un "populismo" de derecha y otro de izquierda; y habría una segmentación regional del referente: el populismo sería propio de la Costa. Para triunfar, en las elecciones del 92, el abogado Abdalá Bucaram, por ejemplo, debería definir una estrategia populista para la Costa y otra distinta para la Sierra.

El término populismo es mágico: inabarcable, incesante, ubicuo, múltiple, diverso, polisémico, infinito, ambidextro, transpolítico, proliferante. Al final, sin embargo, no nos dice nada. Y, sin embargo, es el término que gobierna la lucha política en el Ecuador actual. ¿Cómo entender el problema?

## I.-

El término populismo ha sido sin lugar a dudas el gran hallazgo de las ciencias sociales. Vehículo de su transformación política y de su tránsito de la academia y la investigación empírica hacia el sentido común de las gentes, es uno de los poquísimos términos sociológicos que se ha incorporado al lenguaje cotidiano, al argot político.



El término es una joya semiológica, un signo polisémico. A su conjuro estallan múltiples y contradictorias imágenes: la irrupción anárquica de los "informales"; el momento límite en que la vida cotidiana estalla en la feria, el circo, el carnaval; tumulto, multitud, la plaza y la calle en las que el pulular de las gentes deviene en ritual político; rostros grotescos dotados de una gestualidad estridente que escenifican las pasiones desatadas de las masas; montaje del drama de la redención del pueblo; discurso, representación, mecánica electoral....

Las interpretaciones del fenómeno son todavía mas diversificadas y contradictorias. ¿Forma peculiar pero orgánica de la historia de América Latina o mera efervescencia ideológica de los tiempos de crisis? ¿Fenómeno lingüístico -el poder del discurso más que el discurso del poder- o un mecanismo de control social, la forma urbana del viejo clientelismo? ¿Barbarie latinoamericana o insuficiencia de la expansión de la civilización occidental? ¿Expresión de un proyecto de poder o simple recurso electoral? ¿Discurso simbólico o discurso mítico?

Incluso el nivel en que sitúa su objeto ha sido problemático. En su primera aparición, sirvió para caracterizar el tránsito del Estado oligárquico al Estado demoburgués en algunos países de América Latina: la emergencia de las masas populares a la vida política <sup>(1)</sup>. Tres nombres y tres procesos simbolizaron ese tránsito: Juan Domingo Perón, Lázaro Cárdenas, Getulio Vargas. Es decir, una modalidad suigéneris de la revolución burguesa, propia de los países de mayor desarrollo capitalista del área y en los cuales se había formado una poderosa burguesía emergente, de fuerte componente industrial, capaz de conducir la transición y liderar a la clase obrera y al campesinado. En otros países, esa burguesía no existía: la transición estuvo marcada por un violento y épico—trágico enfrentamiento entre el viejo régimen y las masas populares. El "populismo peronista" fue el equivalente argentino del sandinista-

---

(1) El término se inscribió en el seno de cierta corriente sociológica —Cardoso y Faletto, Sunkel, etc.— de acuerdo a la cual, la historia de América Latina es la de la progresiva extensión de la democracia: régimen oligárquico, incorporación de las capas medias con movimientos como el radicalismo argentino o el batllismo uruguayo, incorporación de las masas populares a través de procesos como el Peronismo..., etc.



mo o del proceso guatemalteco en el período de Jacobo Arbenz.

El contenido, sin embargo, se diluyó en la forma. Y el término "populismo" dejó de designar el hecho histórico del tránsito de una época histórica a otra para significar solo la modalidad política del mismo: la irrupción política de sectores populares. Pronto, en la interpretación política, la "escena" se separó de la historia y la representación de las determinaciones estructurales: las masas ya no emergían a la historia sino a la escena electoral. Al perder —en el pensamiento sociológico— su importancia como fuerzas históricas para devenir conjuntos de votantes, esas masas perdieron su identidad social: daba lo mismo que sea el movimiento obrero argentino o el subproletariado ecuatoriano. El proceso de desestructuración teórica del término prosiguió su avance incontenible. Desapareció su significación como proyecto histórico: el "peronismo" se convirtió en un populismo eterno, siempre él mismo, sea en el período de las reformas nacionalistas de posguerra o en el período actual de plena integración a la estrategia del capital transnacional. El velasquismo devino también en eterno, a pesar de que ningún gobierno de Velasco Ibarra fue igual a otro en los contenidos estratégicos.

Desde el punto de vista de la comprensión de los procesos históricos, el término ha perdido toda su importancia. No permite captar el sentido de los mismos menos aún sus leyes y regularidades.

Mas, devaluado como concepto estratégico: ¿el término quizá nos permita comprender la singularidad de ciertos movimientos políticos latinoamericanos?. Pero, ¿acaso Abdalá Bucaram o Fujimori expresan movimientos políticos permanentes a la manera del peronismo? ¿Qué cualidad fundamental los especifica: la expresión de una nueva hegemonía o un proyecto de organización de la sociedad y el poder? Y, esa supuesta esencia común: ¿en qué los diferencia cualitativamente de Alan García o de Carlos Andrés Pérez?

El término populismo no define ninguna cualidad esencial de movimientos políticos orgánicos que caractericen la evolución política de América Latina. No representan un nuevo proyecto de poder ni la instauración de una nueva voluntad hegemónica. Más



aún, una vez convertido en Gobierno, tal el caso Fujimori, devienen en la expresión normal de los intereses hegemónicos del momento. ¿Qué es entonces lo que dicho término, en fin de cuentas, designa?. Pues nada más que un fenómeno recurrente y que se agota en la mecánica electoral.

Pero, incluso en ese limitado terreno, no está claro cual es el contenido único que especifica tal fenómeno electoral. ¿Un tipo de discurso y de convocatoria que articula los instintos y las emociones y no las ideas? ¿La base social que aglutina y los mecanismos y la forma de ese aglutinamiento?. De hecho, toda la discusión en el Ecuador en torno al término populismo se ha situado en este nivel. El juego de formas simbólicas que se cristalizan en la figura esperpéntica de Velasco Ibarra, signo y fetiche, según Agustín Cueva<sup>(2)</sup>. Una mecánica de control clientelar, en el juicio de Amparo Menéndez. Para Daniel Gutiérrez, en cambio, es sobre todo un discurso que tiene capacidad de conferir una legitimidad simbólica a las necesidades—demandas de sus receptores.

Teóricamente, el término populismo ha tenido una aventura catastrófica. Comenzó con las pretensiones de un concepto estratégico que daba cuenta de la específica manera de surgimiento del Estado moderno latinoamericano. Más aún, dejaba abierta la puerta para captar el proyecto —fracasado— de construir una voluntad nacional—popular en los procesos históricos que caracterizaron esa época: el cardenismo, la revolución brasileña de los 30 y el ascenso de Getulio Vargas, el peronismo de postguerra. Progresivamente fue perdiendo toda significación histórica para devenir en el ambiguo término que designa una realidad también ambigua: los éxitos electorales de ciertos candidatos.

En el terreno político—público ha seguido, en cambio, la trayectoria inversa, una marcha progresiva hasta el estrellato. En la actualidad, y en el momento de su máxima desconstrucción teórica, es el único término acuñado en el reino de las "ciencias socia-

(2) Cueva tuvo el cuidado de dejar establecido que el nivel de sus análisis de Velasco Ibarra no se localizaba en el ámbito estructural y estratégico sino en el de los contenidos simbólicos e ideológicos que se expresaban en la figura de Velasco Ibarra. Una descripción de formas ideológicas, en suma. Sin embargo, no logró establecer la relación entre uno y otro nivel; pasar de la descripción de las formas simbólicas a la crítica histórica.

les" que ha ingresado en la arena pública y en el sentido común y en torno al cual se libran las principales batallas de la escena política. Más aún, hoy por hoy, el corte fundamental de la política ecuatoriana no pasa por los términos de derecha, centro e izquierda ni menos aún por el de la representación de clases o de la nación. Las elecciones del 92 se van a librar a favor o en contra de los "populismos".

Esa paradoja —catástrofe teórica y éxito político— es muy sintomática. Expresa una época en que el problema no radica en la conservación o transformación de la sociedad ni siquiera en la lucha por el poder y la hegemonía entre las distintas fracciones dominantes. En el Ecuador, esos problemas están resueltos por la marcha inexorable de la economía mundial. La lucha política se libra exclusivamente por la representación en la escena política y en el terreno de la legitimidad del poder.

Ahora bien, esa lucha se realiza sobre todo en la dinámica del discurso; es decir, en el nivel en el que los signos de la escenografía "populista" <sup>(3)</sup> se convierten en una suerte de lenguaje objeto que se ofrece a la lectura política. El código de esa lectura constituye el terreno en la cual se libran las batallas electorales del actual Ecuador.

## II

Los signos de la representación "populista" son más bien escasos: el "líder" se sitúa arriba, la tarima o el balcón, o desciende del cielo —Velasco Ibarra en la metáfora de la transfiguración, Bucaram en la versión moderna del Descendimiento: Batman en helicóptero—, el cuerpo vibra agitado por pasiones intensas —sufrimiento, ira, alegría—, los gestos, imprecatorios o apocalípticos. Se trata sin duda de una representación. Una escenografía mas bien desnuda y parca que sin embargo está cargada de tensión teatral —si con Velasco Ibarra imperaba una suerte de misticismo tragicómico, con Abdalá Bucaram se respira un aire de farsa o comitragedia—. El escenario se llena con la coreografía; los movi-

(3) Emplearé el término "populista" en tanto describe una cierta dinámica político-electoral que permite el desmontaje de las formas de la lucha política del Ecuador actual. Es obvio que estoy en contra de sus pretensiones teóricas.



mientos y los gestos saturan el vacío en un movimiento de expansión y condensación. El "líder" se ofrece a la muchedumbre y a la vez la absorbe y la encarna.

Una representación, sin duda. Pero, los signos de la misma configuran el lenguaje primero de la estructura del discurso "populista". Esas imágenes escasas se transforman en el significante de un lenguaje segundo en que se constituye su nuevo sentido. Ahora bien, el proceso de la nueva significación ha devenido en el terreno privilegiado en que se libran las luchas políticas del Ecuador actual. De hecho, se ha desarrollado una doble lectura; dos procesos de significación distintos, opuestos.

La lectura de las fuerzas opuestas al "populismo" actual —encarnados en Abdalá Bucaram o Jaime Nebot Saadi— inscriben esos signos—significantes en un código dominado por un juego de oposiciones en el cual representan la barbarie, la irracionalidad y el desorden frente a la civilización, la razón y el orden. Montajes televisivos han extremado y caricaturizado la gesticulación, la tensión corporal y el tono del habla para reafirmar esas significaciones.

Ahora bien, esas oposiciones no entran a jugar de manera inmediata, en tanto son abstracciones teóricas. Actúan a través de una lectura que rompe la lógica teatral y trasladan la representación "populista" de su escenario natural a uno distinto en el cual se vuelve incongruente.

Esa representación tiene su escenario natural: la calle, la plaza, el mercado. El reino de la algarabía, la confusión, el incesante ir y venir de las gentes, la vocinglería, donde el pulular de las gentes deviene en circo, feria, carnaval. Allí la barbarie y el caos reinan a sus anchas sin peligro alguno. Allí el charlatán de feria traza su círculo de tiza y fascina y engaña a la muchedumbre sin poner en cuestión la paz social.

La trampa de la interpretación de la "oposición" radica en trasladar esa representación a otro escenario: el tablado oficial, la escena pública, el entramado de la institucionalidad. En ese escenario sagrado y solemne, la actuación del "líder" cambia totalmente de sentido. Se vuelve brutal, procaz, torpe, vulgar, ridícula. La gestualidad deviene en excesiva, estridente, chirriante, grotesca,



caricatural. La escenificación de la canción "El Loco" —y la locura no es sólo lo distinto y marginal a la normalidad sino una representación sin escenario— de Bucaram <sup>(4)</sup>, útil en el juego de la representación callejera, se transforma, en la solemne escena estatal, en un acto vergonzante e indigno <sup>(5)</sup>. Es sintomático que los ataques proferidos por parte del Dr. Rodrigo Borja y otros dirigentes políticos se refieran al llamado "lenguaje de verduleros o de mercado o de comisaría —es decir, los lugares en donde bulle la vida social—" utilizado por los líderes "populistas".

Convertir la "sagrada" escena oficial en mercado: he allí uno de los crímenes del populismo, según sus opositores. Para esa corriente, no se trata, por supuesto, solo de la defensa de las formas de la "majestad" del poder sino de la defensa de la escena pública misma y en particular, del sistema político que se construyó en el país en el denominado "proceso de reestructuración jurídica del Estado", convocado por la Junta Militar del periodo 1.976—79, para promover la transición, ordenada y controlada por el poder, al régimen constitucional representativo.

Pero, ¿qué es la escena política?. Hemos señalado ya en otra parte el carácter de la misma <sup>(6)</sup>. La escena política es uno de los contenidos fundamentales —junto con el campo cultural, la formación de la opinión pública, la multiplicación de órganos privados de existencia político—ideológica de los sectores populares, el despliegue del espesor urbano de la vida privada— de la organización de la sociedad (civil) <sup>(7)</sup>. Está conformada fundamentalmente

(4) En las elecciones presidenciales del 88, Abdalá Bucaram se presentaba como cantante, escenificando la canción, "El Loco", preparada expresamente para el proceso electoral.

(5) Las acciones y palabras violentas de Nebot Saadi, que provocaron la quiebra de su imagen electoral, adquirieron su tinte siniestro y a la vez ridículo, en tanto ocurrieron en la "majestad" de las salas del Congreso Nacional y no en la calle o el mercado.

(6) En especial en el texto "El proceso de formación del nuevo régimen político", Ediciones CEDIS, 1.981.

(7) Una de las grandes trampas de la tergiversación "social democrata" del pensamiento de Antonio Gramsci es la confusión e identificación entre sociedad y sociedad civil. El concepto de "sociedad civil" en Gramsci significa el momento de la hegemonía y el consenso, el terreno en el que la burguesía establece su dirección espiritual de la sociedad. Perteneció al dominio de la superestructura y es, en rigor, parte del Estado. Esa tergiversación lleva a consecuencias políticas extremas: la formación y desarrollo de la "sociedad civil" que complementa la coerción de la "sociedad política" y que no es más que el perfeccionamiento de la dominación de la burguesía, es interpretado como un proceso de liberación de la sociedad frente al Estado.



por el sistema Parlamento—Partidos, y es esencia la organización política de la sociedad por el poder, la instancia en que se canaliza, regula y desagua políticamente la conflictividad social, el conjunto de instituciones y mecanismos que legitiman el poder. La escena pública es el espejo y la tautología del Estado, el escenario del despliegue de su “majestad”.

Comprendemos entonces la crítica del “populismo” por el nuevo y moderno pensamiento democrático de la burguesía. El “populismo”, en dicha concepción, es un fenómeno que tiende a anarquizar la solidez de la escena política, a disgregar la estabilidad del nuevo sistema institucional que surgiera de la reforma política de finales de la década del 70. De allí que simbolice el caos, la irracionalidad y la barbarie.

La escena oficial odia la calle y el mercado y tiende a suprimirlos. Se parapeta en los salones de las instituciones, en la opinión pública<sup>(8)</sup> fabricada por los medios de comunicación colectiva, en la gestualidad neutra de los hombres de Estado.

Surge la inquietud empero: ¿Por qué la actual escena política no puede integrar el discurso y la representación “populista”? ¿Por qué no puede interiorizar la calle, la plaza y el mercado como escenarios políticos?. En la época anterior, uno de los ejes del juego político era la separación entre el griterío del periodo electoral—lugar de la movilización política, la agitación, la propaganda, el desate de las pasiones y las ilusiones— y el silencio social del periodo gubernamental; la mojiganga electoral de la sociedad y la solemnidad ritual del estado. Antes, en las elecciones de alguna manera hablaba el pueblo, en el gobierno solo hablaba el Estado. Ahora, en cambio, la propia dinámica electoral se ha convertido cada vez más en publicidad que movimiento político y social. Ha abandonado los balcones y las tarimas por la pantalla televisiva, la plaza pública por el hogar privado. La burguesía amaba antes la pla-

(8) La opinión pública es otra tautología: no es la expresión libre de la sociedad sino la organización de la información, la preocupación y la comprensión política de la sociedad por el propio poder. El Estado entrega a la sociedad su propia imagen e incluso su propia crítica para verse reflejado, y garantizado, en ella. Es una imagen, sino bella, poderosa: una suerte de narcisismo machista.



za, la muchedumbre, las manifestaciones, el griterío, la "oratoria sagrada". ¿Por qué hoy las odia?

### III

La figura del "líder" se crispa, el dedo o el puño se disparan para acusar y fustigar. Es la fase de la imprecación y del apóstrofe: Cristo que expulsa a los mercaderes del templo. En momentos siguientes, en cambio, la tensión corporal representa la figura del cordero que encarna los pecados del mundo. Culpa, pecado, castigo.... son los diversos momentos de un solo proceso de redención. El "líder" pretende encarnar la figura mítica del Mesías, el Redentor o el Salvador. El "populismo" es la versión urbana de los movimientos mesiánicos que se han desarrollado a lo largo de Latinoamérica, especialmente en Brasil, sobre todo en los momentos de crisis.

Una versión moderada, por supuesto, y cada vez más laica y a la vez tosca: la figura gótica —un largo Cristo de hueso— de Velasco Ibarra ha sido sustituida por la imagen grotesca de Bucaram y su voz apocalíptica —el tronar de huesos y el crujir de dientes— por el tono entre afeminado y chirriante de Nebot Saadi. El paso de lo sagrado a lo profano ha vulgarizado sin duda los signos.

En la interpretación de la "oposición", la figura del Redentor se trueca en la del demagogo, el Mesías en charlatán. Los arreglos televisivos transforman al "líder" en una suerte de papagayo infatigable, un torrente de ruidos verbales sin fin. El mecanismo de esa transformación es el mismo: la voz y la gesticulación del "líder" es trasladada de la calle a la escena oficial, en la cual se vuelve incongruente y chirriante. El mercado está lleno de ruidos, los salones oficiales son solemnes y silenciosos. El paso de la feria callejera a la sala presidencial produce el vaciamiento del sentido.

La cantaleta, la letanía. Es decir, el significante sin significado, la "imagen acústica" sin el concepto. El estadista piensa sin hablar, es pura idea, concepto, significado puro; Bucaram habla sin pensar: es puro ruido, palabrería hueca, significante ritualizado.

Tal la imagen del demagogo: un altoparlante a todo volumen que llena de ruidos la cabeza de las muchedumbres para impedirles pensar.



La transformación de la imagen del redentor en la del demagogo es una de las piezas claves de la mitología "opositora". En la actualidad es quizá el eje clave de toda la movilización en contra del "populismo". ¿Por qué? ¿Por qué la burguesía no puede integrar en su práctica, la recurrencia cuatrienal a la invocación del paraíso imaginario?. Uno de los ejes del juego político de la democracia representativa ha sido siempre precisamente la separación entre la época electoral —lugar de las promesas y las ilusiones— y la del gobierno: la abundancia y la sequía, el paraíso y el desierto. ¿Por qué ese terror ahora? ¿Por qué esa voluntad de despojar a los procesos electorales de toda aureola mesiánica y reducirlos a un evento mecánico y sin importancia que se desarrolla en los poros de la sociedad. De hecho, las "ofertas demagógicas" de antaño han sido sustituidas por las técnicas subliminales de la publicidad. ¿Por qué?. Tratemos de explicarnos.

La figura mítica del redentor tenía su correlato material: la promesa de una decidida intervención del Estado para mejorar los ingresos y entregar servicios. Ahora bien, la "oferta demagógica" estaba dotada de una posibilidad real. En efecto, en las décadas pasadas, el Estado ecuatoriano y latinoamericano promovió una política de dotación de servicios y de una relativa redistribución del ingreso. Asumió la promesa del Estado benefactor. La fuerza material de los movimientos llamados populistas no radicaba obviamente solo en el poder del discurso. Se fundaba también en el control de la red de relaciones entre los aparatos del Estado y la sociedad en el marco de esa política distributiva. La laicización de la figura del Mesías —el Hijo— no fue otra que el Estado Benefactor —el Padre—. El "líder" se postulaba como el Hijo que intermediaba entre los hombres y Dios, el mediador entre la sociedad y el Estado.

La crisis, sin embargo, puso fin a esa política. Y no sólo a la política distributiva sino al Estado benefactor mismo. El proceso rebasó la mera exigencia de conjurar o administrar la crisis. De hecho, la reorganización de la economía y de la política mundiales están llevando a cabo la liquidación del Estado benefactor y la plena liberalización del mercado como el único regulador de las inversiones, la distribución de recursos entre los distintos sectores y ramas de la economía, las ganancias, y por supuesto, los ingresos y



el empleo. Toda la ideología dominante en la actualidad —de signo neoliberal o socialdemócrata— se orienta a privilegiar la iniciativa de la sociedad (civil) <sup>(9)</sup> sobre el Estado.

En esas condiciones, la figura de la redención —demagogia populista— se ha ido convirtiendo en disfuncional y aun peligrosa<sup>(10)</sup>. En los momentos iniciales de la crisis, cuando las clases dominantes aún no alcanzaban a vislumbrar los alcances y profundidad de la misma ni ponían en cuestión la política distributiva del Estado, las “tácticas populistas” se vieron notablemente fortalecidas. El descontento popular se reorientó en contra del aparato estatal que vio disminuir sensiblemente su capacidad distributiva. Ese descontento, sirvió a la derecha que utilizó la mecánica del “populismo” reorientándolo en contra de la política del Estado. El juego era paradójal: la derecha atacaba al Estado en tanto su carácter intervencionista limitaba la dinámica de la empresa privada. Y el pueblo rechazaba al Estado en tanto la crisis hacía fracasar su política distributiva. Esa extraña coincidencia de sentidos opuestos permitió a la derecha manipular el descontento popular. Pero, cayó en su propia trampa y se vio obligada a mantener el estilo de la “oferta demagógica” <sup>(11)</sup>.

Mas, en la actualidad, cuando la dinámica de la economía y del poder mundial se orientan en dirección contraria, ese “estilo” de hacer política se vuelve peligroso, en tanto mantiene viva la vieja imagen del Estado benefactor, crea expectativas falsas e impide que la conciencia social se adapte a la preeminencia de la sociedad (civil). Hoy, por el contrario, la ideología oficial promueve las imágenes de la autogestión, el trabajo y esfuerzo propios, la iniciativa privada.

La gran contradicción actual del poder radica en que las condiciones para el éxito del juego “populista” nunca han sido tan

(9) La “empresa privada” en la óptica de la derecha, los movimientos sociales en la concepción de la social-democracia.

(10) El Dr. Rodrigo Borja, cuando era candidato presidencial en la campaña de 1.988, acusaba al “populismo”, de crear expectativas en el pueblo que al no ser cumplidas por el Gobierno instalan una bomba de tiempo.

(11) La oferta de “pan, techo y empleo” de León Febres Cordero; el escándalo del agua potable para Guayaquil de Nebot Saadi.



grandes como ahora, precisamente en el momento en que las tendencias del capital mundial exigen una drástica modificación de la organización del poder y de las relaciones entre el aparato estatal y la sociedad (civil) que niega totalmente la vigencia de las prácticas clientelares en que se funda el populismo.

#### IV

El discurso y el ritual "populista" pretenden ser una representación popular y a la vez la expresión de los impulsos más profundos del pueblo. El acto mismo intenta ser una fiesta colectiva. Petardos, bullicios, colorido, bullanga, ir y venir de las gentes. Lo político y lo social parecen volver a reconciliarse y la feria o el mercado devenir, directamente y sin mediación o distancia alguna, en acto político.

La plaza, no la calle: el populismo rechaza la manifestación, la movilización callejera como también la concentración política. En la marcha o la concentración, la masa tiende a densificarse y a cobrar una intensidad creciente. Se constituye una verdadera fuerza colectiva. En el acto "populista" no hay masa sino muchedumbre que en vez de condensarse tiende a la disgregación, al desorden continuo, al caos festivo. Es el reino de la entropía, la confusión, la mezcla, la tendencia al grado cero. En la manifestación, la masa avanza, se dirige obsesivamente a algún lugar, de manera que cuando pierde el objetivo, se disgrega; aquí, la muchedumbre, gira y gira sin centro, o mejor dicho excentrada: es el centro el que se desplaza enloquecido mientras la circunferencia permanece inmóvil.

En la manifestación, el individuo, atravesado por la voluntad colectiva, alcanza su máxima plenitud; aquí, pierde el rostro y la identidad, intercambiable, pulsátil, discontinuo.

La fiesta es un momento de ruptura, la disgregación momentánea del orden social y ético —el vertiginoso intercambio de máscaras en que todo está permitido—, necesaria para su restablecimiento ulterior. Pero, el acto populista es un acto falso, una fiesta a medias: los participantes asisten sin mayor euforia, a medias desganados, buena parte con la actitud del curioso, con las manos en los bolsillos. Hay bullanga, gritos, petardos, ciertamente. Pero,

a poco se descubre que no son espontáneos, el desbordamiento festivo de la expresividad vital de los cuerpos, la erupción política de los músculos. Son bandas y grupos "contratados", es decir, impuestos. Esa actitud aumenta la segregación, la imposibilidad de cualquier condensación. No hay ninguna transformación de lo privado en público: la vida cotidiana no deviene en movimiento político.

Los movimientos político—sociales auténticos —los procesos revolucionarios por ejemplo— tienden a restablecer la politicidad inmediata de la vida social, a recuperar para la sociedad la dirección de su propia vida histórica. El acto "populista" es una aberrante deformación de ese proceso. A poco de comenzado se va produciendo la diferenciación. La "fiesta" —es, decir, toda la armazón organizada y contratada por los dirigentes— se separa y toma distancia del pueblo que torna a convertirse en espectador, las manos en los bolsillos, la eterna actitud del "curioso". El momento decisivo de ese develamiento se produce cuando comienzan los discursos. La fiesta deviene en espectáculo; es decir, un hecho aparatoso y grandilocuente que se ofrece a los sentidos fascinados de los espectadores. Se reproduce la lógica de la dominación: el espectáculo como un objeto de poder situado por encima del pueblo que se congrega —o se disgrega— abajo. El espectáculo es, desde luego, lo contrario de la fiesta. En ésta, la energía surge de un destape del bullir de la sangre, una suerte de efervescencia libidinal, de fanfarria fálica u ovárica. En el espectáculo, es un determinado poder el que organiza las emociones y las sensaciones: una típica manipulación política de la libido <sup>(12)</sup>.

Al develarse el espectáculo cuando comienzan los discursos, se descubre también el sentido de la fase anterior: un proceso de calentamiento, necesario para la catarsis ulterior. Pero, el calenta-

---

(12) Igual ocurre con las "fiestas cívicas". A diferencia de lo que dice Felipe Burbano, las festividades de Quito no son la ocasión en que el pueblo se toma las calles y las plazas, y la vida social se transforma en pública. Es el Municipio y las empresas licoreras las que se toman las calles y las plazas y congregan a la gente, en calidad de espectadores, a una suerte de "escenificación erótica" del poder. El carnaval de Río, es otra cosa. Esa sí es una auténtica fiesta colectiva surgida de las profundidades de la vida social.



miento prosigue. Los discursos iniciales son aburridos, histriónicos: los oradores se desgañitan, nadie los oye, la bullanga de la plaza sigue. En un momento dado, sin embargo, se produce el silencio y toda la "fiesta" se traslada de la plaza a la tarima.

Ha llegado el momento estelar del espectáculo: el discurso del "líder". Se trata, sin duda, de una representación: un actor, un escenario, un público. Y dentro de la representación, uno de los momentos centrales es precisamente la escena de la transfiguración: El orador—actor llega al clímax de la crispación corporal para escenificar allí, en el cuerpo —Cristo, después de todo, es cuerpo y sangre—, la ira, el sufrimiento, la esperanza del pueblo. El orador es el actor de Stanilawsky, el sacerdote de Grotowsky que disuelve al actor en el personaje que se vuelve absoluto.

La anulación de la diferencia vida—representación, actor—personaje, escena—mundo es una de las claves de la ilusión o el engaño teatral cuyo objetivo es producir la catarsis. Sin duda, el mito construido sobre el escenario populista es el del mesías—redentor. Hay una secuencia que lo construye: el orador lleva la encarnación de la angustia, la furia y el sufrimiento del pueblo hasta el paroxismo en que se constituye la imagen del Cristo. Pero, ese proceso emocional es, a la vez, el de la identificación entre la escena y el público que vive en carne propia la representación. Hay un ir y venir de la transubstanciación: el orador asume en su carne y sangre las emociones del pueblo; en el clímax, el público encarna la furia y el sufrimiento del líder. La promesa de la redención produce entonces la catarsis. Al final, los espectadores se sienten aliviados, llenos de gracia.

La catarsis no es el exorcismo. En el "poseso", el mal trasciende el yo: el demonio se ha instalado allí a la fuerza, en contra de la voluntad humana. Tampoco es igual al arrepentimiento que es un proceso consciente para liberarse de una culpa también consciente. La catarsis es un proceso inconsciente e involuntario que libera al pecador de una culpa voluntaria. La catarsis es, finalmente, un proceso de liberación de toda responsabilidad. La catarsis del acto "populista" libera al pueblo de su propia responsabilidad política.

Los actos "populistas" son la permanente expropiación de la

energía y la creatividad sociales del pueblo, mediante su falsa constitución en sujeto político. A la vez, el "populismo" como proceso político global es la expropiación continua de la fuerza y la creatividad históricas del pueblo. Uno de los contenidos centrales de la historia política del Ecuador contemporáneo ha sido, precisamente, la continua transformación o deformación "populista" del nacionalismo revolucionario latente en el suelo vivo de la sociedad ecuatoriana.

El "nacionalismo revolucionario" ha sido la constante de la historia latinoamericana, la vía radical y jacobina de las transformaciones burguesas<sup>(13)</sup>. En el Ecuador, sin embargo, nunca ha llegado a cuajar. Hay una cierta geología freudiana de la historia ecuatoriana. El "nacionalismo revolucionario" ha permanecido latente, reprimido en el inconsciente histórico. A veces, fugaz y resallante, ha ascendido a la conciencia, a la superficie histórica. Pero, pronto, ha sido represado de nuevo.

En la llamada revolución popular del 44, por ejemplo. Las masas se tomaron las plazas y calles de Quito y Guayaquil, organizaron grupos armados, montaron barricadas, destruyeron el cuartel de los carabineros, incorporaron a amplios sectores militares. La coyuntura internacional era, además, favorable: América Latina, vivía una marejada revolucionaria, cuyas expresiones más altas eran el proceso guatemalteco durante el Gobierno de Jacobo Arbenz y la revolución boliviana del 52. Sin embargo, pronto la gran energía social desplegada terminó diluyéndose en la institucionalización gremial y reabsorbida en la figura espectral de Velasco Ibarra. Los contenidos agrarios y nacionales se disolvieron en la conquista de ciertas libertades políticas.

Posteriormente, una intensa y constante presión sobre la superficie social, y a veces pequeñas filtraciones, fugas del vapor social. En la subepidermis política, en el subconsciente histórico:

---

(13) En México, surge con la revolución campesina dirigida por Villa y Zapata, reaparece con el cardenismo y ahora vuelve a emerger en el seno del movimiento dirigido por Cuauhtémoc Cárdenas. En el Brasil con el movimiento "tenentista", la columna Prestes y ahora con el Partido de los Trabajadores. El sandinismo, el castrismo, el FMLN son otras tantas manifestaciones de esa tendencia histórica de América Latina.



la lucha campesina por la tierra, el ascenso del movimiento obrero, el desarrollo de la conciencia nacional, los proyectos insurreccionales. Ese contenido latente presionaba con tal fuerza que incluso llegó a filtrarse en corrientes no populares como el "arosemenismo", acciones y sectores del Gobierno del General Rodríguez Lara y del Abogado Jaime Roldós, el proceso surgido en torno a la insurrección de Taura.

Sin embargo, aquellas no era mas que escenas ilusorias, representaciones episódicas. Detrás de bastidores, el poder mantenía rígidos los mecanismos de censura e impedía el pleno ascenso de esa pulsión histórica.

El "populismo" ha jugado un papel decisivo en la represión de las fuerzas creadoras del inconsciente histórico. Una suerte de "desviación neurótica o represiva". El ascenso de lo latente bajo formas falsas y alienadas.

Útil, extremadamente útil para el poder, es, sin embargo, un mecanismo recurrente y no estable, altamente conflictivo, incluso explosivo y que mantiene latente esa presión de las profundidades sociales.

Por eso, el poder prefiere ahora estabilizar un sólido sistema político, un poderoso y permanente mecanismo de censura, que contenga definitivamente esa poderosa pulsión histórica.

## V

¿Ha llegado el fin del llamado "populismo"? ¿Bucaram o Nebot Saadi serán derrotados en las elecciones del 92?

El "populismo" como proyecto de poder no existe, desde luego. Pero, incluso su vieja mecánica electoral tiene pocas perspectivas. De hecho, la imagen del Mesías—Redentor y su base material, la oferta distributiva, están liquidadas a la vez que seriamente debilitados los mecanismos clientelares.

Puede, sin duda, preservarse el juego escénico pero con símbolos distintos. El ejemplo de Fujimori es sintomático: el "chinito" expresa a una figura social que ha crecido en nuestros días: el pequeño productor o comerciante que se desinteresa totalmente del

Estado pues sólo confía en su propio esfuerzo<sup>(14)</sup>. Una nueva mitología del discurso político está, sin duda, en construcción.

La disfuncionalidad del "populismo" respecto al sistema político tenderá a resolverse a favor de este último, sin duda<sup>(15)</sup>. Pero, ese proceso puede recorrer caminos especiales. De hecho, en rigor teórico, los partidos definidos mal como "populistas" son, en todo caso, movimientos inorgánicos que no representan proyectos de poder ni una relación orgánica con los centros económicos y políticos del capital internacional. Su única perspectiva es articularse a los partidos que representan esa relación orgánica<sup>(16)</sup>.

En todo caso, las perspectivas del poder se orientan hacia el debilitamiento de toda forma de movilización política en que participe el pueblo<sup>(17)</sup>. El poder ya no necesita de ninguna manifestación, aún alienada y desplazada —una suerte de "desviación neu-rótica"—, de las pulsiones creadoras del inconsciente histórico de nuestros pueblos.

---

(14) En "La Tigra", el cuento de Joaquín Gallegos Lara, el narrador dice del Ternero, uno de los personajes: "En Colimes había tenido una tienda de su propiedad. Pero, lo arruinaron los chinos. Los chinos, claro: ¿quienes otros?. Como ellos no gastan en nada: no comen, no beben, no usan mujer."

(15) Múltiples fuerzas políticas lo consideran el principal enemigo de la estabilidad democrática y están decididas a dar una frontal batalla en su contra, contradiciendo incluso sus propios principios ideológicos. Sectores del llamado "centro izquierda", por ejemplo, están dispuestos a apoyar la candidatura de derecha del Arquitecto Durán Ballén y a vulnerar contenidos fundamentales de su propia concepción de la democracia: el voto universal y obligatorio y la necesaria pertenencia de los candidatos a los partidos políticos. En un seminario sobre dicha temática, el ex-Presidente, Dr. Oswaldo Hurtado expuso la necesidad de realizar reformas constitucionales con esos objetivos. Es decir, modificar los contenidos políticos que el Dr. Oswaldo Hurtado había impulsado en 1978 cuando participara decisivamente en la elaboración de la Nueva Constitución y de la Ley de Partidos. La necesidad de eliminar el "populismo" fue el argumento central del ex-Presidente.

(16) Es decir, una eventual reedición de la alianza que generó las candidaturas de Jaime Rol-dós y Oswaldo Hurtado. Pero, esa no sería sino otra vía para el mismo objetivo: la "despopulización", perdónese el horrendo término, de Abdalá Bucaram y de la política ecuatoriana.

(17) De allí la insistencia en acortar el período electoral, suprimir el voto obligatorio, confinar la campaña electora a los mecanismos publicitarios modernos.



## **POPULISMO, DEMOCRACIA Y POLÍTICA: el caso de Abdalá Bucaram**

**Felipe Burbano de Lara (•)**

### **I. INTRODUCCION**

Este artículo se divide en cinco partes. En la primera se intenta demostrar la tozudez de algunos analistas y políticos, quienes, a pesar de las evidencias casi cotidianas, repiten errores interpretativos del proceso ecuatoriano y en particular del populismo.

La segunda parte intenta presentar a Abdalá Bucaram: ¿Quién es Abdalá Bucaram? ¿cómo se mira a sí mismo? ¿cómo entiende la política y cómo interpreta el proceso de los últimos años?

En la tercera parte se quiere desarrollar una idea: la forma cómo el populismo concibe la política se vuelve un obstáculo y una amenaza para la democracia. Es decir, el populismo es incompatible con un proceso democratizador de la sociedad, aunque impugne el status quo.

(•) Sociólogo, investigador y editorialista del diario "HOY"

En la cuarta y quinta partes se desarrollan dos aspectos del populismo que considero fundamentales: el discurso -la especificidad del discurso populista frente al moderno- y la ritualidad que acompañan a sus actos públicos.

Este es un artículo concebido y escrito de manera periodística. Es decir, se aparta —y eso me alegra mucho— de las rigurosidades —a veces falsas y presuntuosas— que demandan los escritos científicos para demostrar lo que afirman, muchas veces solo puntos de vista. No se pretende, ni de lejos, demostrar nada. Solamente se quiere presentar ideas y reflexiones que ojalá contribuyan a comprender mejor algunos rasgos del populismo, y más específicamente del populismo bucaramista, como un caso particular.

En el fondo, de lo que se trata es de problematizar el tema de “lo político” en el Ecuador. Reflexionar su complejidad y descubrir aquellos rasgos que lo apartan de esquemas rígidos e inflexibles como el “capitalista” o el “moderno”. La continua vigencia del populismo en el Ecuador muestra esa complejidad y su reflexión permite, por lo tanto, descubrir los límites de todo enfoque estereotipado.

## **II. LA REPETICION DE UN ERROR INTERPRETATIVO**

El triunfo de Rodrigo Borja en las elecciones de mayo de 1988 fue calificado por Iván Fernández y Gonzalo Ortiz (“La agonía del populismo”, 1988) como un triunfo “histórico”. Y lo fue, según estos autores, por dos razones: en primer lugar, porque era “la primera ocasión en la historia ecuatoriana en que una candidatura populista era derrotada” (pág. 122); y en segundo lugar, porque “por primera vez en la peripecia del país, un partido político moderno, con organización nacional y estructura permanente, accede al poder por las elecciones” (pág. 123).

Aparte de ser un hecho histórico, el triunfo de Borja, según Ortiz y Fernández, demostraba que en el Ecuador “es posible ganar con razones, frente a un candidato (Abdalá Bucaram, en este caso) que utiliza básicamente emociones; que es posible que un candidato frío, cerebral, intelectual, triunfe en una contienda en que el



otro lado utiliza el calor, el corazón, el sentimiento populachero" (pág. 124).

El triunfo de Borja expresaba, además, la "consolidación de nuevas clases o grupos sociales emergentes, producto del avance del capitalismo ecuatoriano. Su triunfo expresa una recomposición del bloque en el poder, un cambio en la correlación de fuerzas políticas y sociales de la nación y el inicio de un nuevo ciclo histórico en la vida política del Ecuador". (pág. 135, el subrayado es nuestro).

La interpretación de Ortiz y Fernández sobre el triunfo de Borja recuerdan frases del ex presidente Osvaldo Hurtado respecto de su estilo político. En el último de sus diálogos con la prensa, el 4 de agosto de 1984, Hurtado se sentía seguro para afirmar "que uno de los cambios importantes que se introdujo... en estos tres años es el de elevar el debate político hacia contenidos racionales, técnicos y concretos. Discutir sobre la base de hechos, usando los argumentos de la lógica y la razón, dejando en un segundo o tercer planos la literatura y la retórica y utilizando el lenguaje que corresponde a una sociedad moderna como ya es el Ecuador". Hurtado estaba convencido -así lo había manifestado en su primer diálogo con la prensa, el 4 de octubre de 1981- que su estilo se inscribía dentro de un proceso de transición de la sociedad ecuatoriana, "de una etapa política en la cual jugaron mucho las emociones, los alardes verbales, (se) está pasando a una etapa en la cual cada vez cuentan más los hechos, las razones y la argumentación". Hurtado llegaría incluso a sostener que cuando se analicen los tres años de su gobierno, se llegará a la conclusión de que marcan la ruptura de dos etapas históricas. En sus propias palabras: "De la misma manera que el petróleo (...) separa dos etapas históricas en lo económico, estos tres años marcan dos etapas históricas en lo político".

Entre la explicación de Ortiz y Fernández y las certezas de Hurtado hay una continuidad interpretativa del proceso ecuatoriano, caracterizada por un afán de encontrar, a como dé lugar, el punto de ruptura con el pasado tradicional; el quiebre "histórico" a partir del cual se pueda hablar de una sociedad moderna, de una nueva forma de hacer política en el Ecuador y del imperio de la



razón y la ley en la gestión estatal.

En otro trabajo (*El populismo en el Ecuador*) hemos señalado el sesgo teleológico de estas interpretaciones, para las cuales el proceso de modernización económica necesariamente se traducirá en la esfera política y social en nuevas formas de dominación. La estabilización del centro—izquierda como fuerza dominante del escenario político marca el fin de las formas tradicionales—oligárquicas— de hacer política.

Pero desde que Hurtado dejó el gobierno hasta el triunfo de Borja transcurrieron cuatro largos años de desilusiones y "retornos al pasado" difíciles de creer y aceptar, como nostálgicamente lo señalan Ortiz y Fernández. Para ellos, el triunfo de Febres Cordero en las elecciones de 1984 "representaba el retorno de la oligarquía al poder, cuando se pensaba que ésta ya no tendría oportunidad en el Ecuador post petrolero" (pág. 63). Ortiz y Fernández ven en Abdalá Bucaram un engendro de la "propia oligarquía y, curiosamente, su posibilidad de supervivencia" (pág. 62). Bucaram resultaba así "otra obra de León" porque, entre otras razones, "al recargar el peso de la crisis sobre los sectores populares, Febres Cordero había creado las condiciones sociales para que el populismo se enraizara en los grupos más desposeídos de la sociedad, cada vez más angustiados y más indignados, cada vez más necesitados de soluciones mágicas" (pág. 76).

Había pues que explicar las razones de este regreso al pasado. Y si a inicios de los años ochenta se había declarado muerto al populismo, su reaparición a finales de la misma década tenía que ser minimizado y rápidamente declararlo agónico.

Pero el triunfo de Febres Cordero no solo fue inesperado para el pensamiento modernizante. Lo fue también para el pensamiento marxista que tenía interpretaciones coincidentes con las de Hurtado y las de Ortiz y Fernández. Alejandro Moreano (*"La tautología del poder"*, 1983), uno de los ideólogos más reconocidos de la izquierda, sostenía que con la reestructuración jurídica del Estado en 1978, habían quedado debilitadas "la fuerza electoral del caudillismo, los poderes locales y los viejos partidos", y se estaba asegurando con ello "el triunfo permanente de los partidos llamados de centro" (pág. 167). Los partidos de centro son para Moreano



partidos de la burguesía, creados para legitimar su poder, con gran fuerza electoral y una extrema debilidad social<sup>(1)</sup>.

La interpretación de los últimos 30 años de la historia ecuatoriana ha tenido un consenso: se creyó que gracias a las transformaciones de los años 60 y luego con el apareamiento del petróleo, el Ecuador se fue constituyendo, lentamente en la primera etapa, y muy rápidamente en la segunda, en una sociedad "moderna". Desde el punto de vista económico y social, casi todos establecen el punto de ruptura, el corte histórico entre el pasado tradicional y oligárquico y el presente moderno y capitalista, en los primeros años de la década de los 60. Y desde el punto de vista político, el corte se lo fija en 1978, con el proceso que desencadena la reforma del Estado y el retorno a un proceso democrático.

Por eso, el triunfo de Febres Cordero fue una especie de baño de agua fría, una dolorosa derrota política de estos sueños modernizantes, pero que de ninguna manera sirvió para rectificar los errores interpretativos del pasado. Al contrario, estos errores se reiteran —como muestra el libro reciente de Ortiz y Fernández— y se encuentran justificaciones para entender lo que sería el retorno del populismo a la escena política nacional, con Abdalá Bucaram.

El error de estas interpretaciones deriva, como lo ha sugerido Julio Echeverría (Nariz del Diablo, agosto de 1988), de una utilización "acrítica" del concepto de capitalismo, que llevaría a "aceptar que dado que se ha producido ya una consolidación del modo de producción capitalista, las formas culturales, entendidas como superestructura, han sufrido modificaciones iguales en ese sentido...". Se esperaba institucionalizar un sistema de partidos políticos modernos que mediaticen las demandas de la sociedad

---

(1) Véase, por ejemplo, la siguiente afirmación de Alejandro Moreano: "En estas dos décadas (60 y 70), el rostro económico social del país cambió sustancialmente y la vieja República de los curas, gamonales y los oligarcas fue sustituida por el nuevo Ecuador de los jóvenes capitanes de la industria, la banca, la tierra, cuyos exponentes políticos e ideológicos son los tecnócratas y los militares" ("El discurso y la cantaleta", pág. 194 en "Viva la Patria") Ese proceso lejos de tener un sentido unívoco y claro, ya sea hacia el capitalismo o la modernidad, ha generado una gran diferenciación y heterogeneidad social, con ritmos y tiempos diversos, débilmente estructurados..

civil con el Estado y que superen las prácticas demagógicas de los movimientos populistas. Nuestros políticos siguen esperando e ilusionándose con el momento de esa correspondencia de lo político con los cambios económicos de las últimas décadas.

En el mismo artículo, Echeverría propone utilizar el concepto de "modernización socio-cultural" para entender el proceso de los últimos años, y en particular para problematizar "la relación entre la estructura socio económica de una sociedad y su cultura". Y yo agregaría: más que su cultura, que resulta a veces general y ambiguo, su cultura política.

No hay que olvidar, por otro lado, que una de las razones que explica la continuidad del populismo en América Latina —y en el Ecuador, por su puesto— es que la cultura "democrático—burguesa" dejó de ser una compañera indisoluble del desarrollo capitalista, aunque su ausencia como factor de articulación social y política no haya creado problemas y obligado, por ejemplo, a sobredimensionar el rol del Estado. El populismo llenó esos vacíos "ideológicos" del capitalismo latinoamericano y sirvió como mecanismo sustituto de incorporación de las masas a la política, en sociedades con sistemas políticos cerrados y oligárquicos.

### **III. EL MUNDO PUESTO AL REVES:**

#### **La versión de Abdalá**

Abdalá Bucaram obviamente no comparte la interpretación de Ortiz y Fernández sobre el triunfo de Borja como un hecho "histórico", que marcaría el inicio de un nuevo ciclo político en la vida nacional. En primer lugar, para Bucaram en la elección de mayo de 1988 no hubo dos contendientes sino uno solo. "El pueblo ecuatoriano no votó por Borja. El pueblo ecuatoriano votó por Bucaram y contra Bucaram, porque la gran masa de votos que tuvo Borja en la Sierra no fueron producto de la simpatía que generaba... Era producto de la antipatía que generaba el abogado Abdalá Bucaram en la Sierra ecuatoriana, producto de la personalidad que había pintado la prensa de la Sierra y la oligarquía ecuatoriana" (pág. 52). Bucaram relativiza el triunfo de Borja, y lo interpreta como un hecho casi circunstancial antes que histórico. Su afirmación trae



a la mente aquel graffiti que apareció en la ciudad de Quito unas semanas antes de la segunda vuelta electoral, y que decía: "Abdalá, te odio porque me obligas a votar por Borja".

Pero tampoco el triunfo de Borja es un triunfo histórico porque su gobierno ha sido uno más, "ni más ni menos que el gobierno del Ing. León Febres Cordero, que el gobierno del Dr. Osvaldo Hurtado, que el gobierno de la dictadura militar, que los gobiernos velasquistas, que el gobierno de Camilo Ponce, que el gobierno de Galo Plaza, que el gobierno de Ignacio de Veintimilla, que el gobierno de Isidro Ayora".

Detrás de esta sorprendente afirmación hay no solo una muy singular interpretación de la historia ecuatoriana, sino una intención clara de presentar al PRE como el único partido antioligárquico y antiimperialista y, por eso mismo, como la posibilidad de una "segunda independencia nacional", de "un nuevo 10 de agosto". Bucaram pretende representar a su partido y a su candidatura como una propuesta radical de cambio. En el discurso del 7 de octubre, el día de su segundo retorno a Guayaquil, lo volvió a plantear en un tono mesiánico: "Vengo a redimir al indio de la patria, al campesino, al negro, al cholo ecuatoriano, para decirte que el día de mañana podrás caminar sin temor ni desconfianza, pues esta es la hora del gran cambio nacional. Abdalá vuelve para decirte que el día de hoy se inicia la segunda gran revolución del pueblo ecuatoriano".

Su propuesta de cambio está dirigida hacia quienes aparecen en la escena política como oprimidos y humillados por el poder.

Bucaram plantea la política en términos de una ruptura con todo lo que ha sido el pasado, encarnado en un "sistema oligárquico", y al que define como "un ente amorfo, un sistema insensible, explotador, un sistema anticristiano. El sistema y el hombre se engloban en una personalidad asquerosa, repudiable, donde más importante que una vida son las normas, la aparente conducta" (pág. 24)

Pero aún más, son las características de este adversario —personificado por las "mafias" de la Iglesia, la empresa privada, el Estado y las Fuerzas Armadas— las que crean un contexto po-



lítico de violencia. "Creo (que la oligarquía) es la raíz donde se origina el fraccionamiento de los pueblos, del odio y el revanchismo. Con el arma que tiene, tan hipócrita, de hablar de paz mientras más nos conduce a la guerra. De hablar de grandes empresas y riquezas mientras más aumenta el sur de la miseria. Habla de un norte de bondad y está en un sur de maldades" (24)

Una lucha que, a su juicio, justifica su estilo informal de hacer política. Para él, las formalidades de los políticos —su seriedad, su cordura, su "cultura", sus comportamientos— expresan su condición de "domesticados", es decir, su "sometimiento a todo tipo de intereses, concesiones al elemento uniformado, concesiones a la Iglesia, concesiones al poder monopólico de los Estados Unidos, concesiones a los poderes empresariales de la producción, concesiones a los poderes empresariales del comercio, concesiones a los poderes oligárquicos de la Costa".

En ese desafío a lo formal, en ese sentimiento de "no domesticado", Bucaram encuentra una identificación con el pueblo y una crítica al poder. "A mí me perseguían esos señores (de la jerarquía eclesiástica), querían encerrarme en la Conferencia Episcopal. 'Señor Bucaram, le exigimos cultura'. Cultura de qué señores. Yo les mandé para el carajo. ¿A quién exigen cultura? ¿A un profesional del derecho? ¿A un líder popular? Por qué no se quitan la sotana y el título de cardenal y van, carajo, a gritar misa a los pueblos sucios y olvidados. Ustedes son los que erigen grandes monumentos olvidándose de los sectores populares, olvidándose del pueblo". (pág. 17)

En la entrevista con el diario español *El País*, Bucaram fue más explícito en identificar su estilo político con el pueblo. Allí afirmó que el pueblo "quiere ver a Abdalá, porque para ellos Abdalá es un espectáculo, es un show, yo qué sé. Ellos ríen, lloran, sus pasiones las descubren en Abdalá, ahí está el espectáculo (...) Yo creo ser el pueblo, yo creo ser el indio, el cholo, el negro. Yo los conozco, yo me compenetro con ellos".

Ahora bien, esta lucha antioligárquica —"en la práctica el PRE es el único partido que siempre combatió la oligarquía y la sigue combatiendo" (pág. 54)— que cuestiona las formas de la política, lejos de proponerse modernizar el país, en los términos que están



pensando las llamadas fuerzas de centro izquierda, quiere afirmar una identidad nacional. Para Bucaram, en efecto, "el progreso es el cultivo de los valores tradicionales de nuestra patria, el rescate de esa cultura autóctona y soberana que tuvimos, el progreso es Atahualpa, el progreso es Eugenio Espejo, Alfaro, Roldós" (pág. 26). Luego describe la cultura contra la cual hay que oponerse: aquella que nos hace "llenarnos de más colas, de hot dogs, de hamburguesas, de quesitos importados, de ser afiliados del club, del country club, del club del club. Cuando la labor del hombre debe ser preocuparse de esos seres desvalidos, preocuparse por esos seres marginados, ver cómo esos hombres pueden adquirir el bien común... Se ha perdido la indentidad nacional, es decir, los valores de la auténtica ecuatorianidad".

#### **IV. POPULISMO Y DEMOCRACIA: Guerra vs. Pluralismo**

Si Bucaram puede mandar "al carajo" a la jerarquía eclesiástica es en virtud de una autovaloración de sí mismo que lo ubica, en términos morales, por encima de los demás. Cuando se le pregunta cómo piensa frenar los intereses oligárquicos, su respuesta es simple: "Muy sencillo, la clave es la palabra moral" (pág. 25).

Tan seguro de sí mismo y de su condición moral se siente Abdalá Bucaram que puede criticar incluso a Jesucristo. "Sin embargo, quiero decirle que siendo un hombre que practica el cristianismo, soy de los (...) que piensan que lo único que le condena a Cristo es no haber muerto peleando, soy de los hombres que prefieren ver a Cristo sacando a fuetazo limpio a los mercaderes del templo antes que verlo a merced de sus enemigos, crucificado" (pág. 17) <sup>(2)</sup>.

Durante la campaña electoral de 1988, Abdalá Bucaram se presentó como el "látigo de Cristo" y planteó la segunda vuelta contra Borja como una disputa "entre el diablo y el hijo de Cristo", una

---

(2) Al recordar momentos de su infancia, Bucaram dice en la misma entrevista: "Cuando llegaba a la casa mi padre me pegaba sus dos o tres consabidos latigazos para que no ande por las calles solo, en estas aventuras de futbolista y lustrabotas" (pág. 11)

afirmación que no dejaba de escandalizar a los sectores más conservadores del país, y por su puesto a la Iglesia. En una concentración en Cuenca, los partidarios de Bucaram llegaron incluso a recibir a la caravana de Borja con crucifijos, como queriendo estigmatizarle frente al pueblo como la encarnación del demonio.

Esta instrumentalización de la religión hacia la política obedece a esa característica del populismo de dividir maniqueamente a la sociedad en dos bandos irreconciliables. En un artículo reciente ("El populismo y los partidos políticos en el Ecuador", "Análisis de los procesos electorales"), Carlos de Torre Espinosa sostiene que en el populismo "el pueblo, debido a su privación, es el depositario de las virtudes de lo auténtico, lo bueno, lo justo y lo moral. El pueblo se enfrenta al antipueblo o la oligarquía, que representa lo inauténtico o extranjero, lo malo, injusto y moral. Lo político se transforma en lo moral. Por lo tanto, el enfrentamiento pueblo/oligarquía es total. No hay posibilidades ni de compromiso ni de diálogo. Por lo tanto, el populismo es anti status quo, pero también antidemocrático" (pág. 9) <sup>(3)</sup>.

Al sentirse la personificación del pueblo y entender al pueblo como el depositario de lo moral, Abdalá Bucaram puede experimentar satisfacción del orden que impone con su estilo autoritario. Al recordar algunos momentos de su gestión como Alcalde de Guayaquil —"hice una alcaldía realmente maravillosa" (pág. 37) — el líder del PRE comenta: "La verdad es que mi pueblo era organizado. Cuando decía nadie toma, pues nadie tomaba. Cuando decía ley seca, ley seca. Nadie se orina. Yo salía con unas tijeras a las calles haciendo matar de la risa, pero nadie se orinaba. Cuando veían a Abdalá, los dueños de casa se encerraban donde podían y creían que llegaba el diablo". (pág. 48). La organización del pueblo es entendida como obediencia a las órdenes del líder, y su imagen de terror como expresión de una férrea autoridad.

El carácter antidemocrático del populismo estriba en que al

---

(3) Agustín Cueva destaca, por ejemplo, que el discurso de Velasco Ibarra se asienta sobre valores morales y religiosos que le impiden enfocar los problemas del país en términos socio-políticos.



dividir a la sociedad en dos bandos irreconciliables, niega la política como un juego plural. Opone al pluralismo la lógica de la guerra, con lo cual bloquea la posibilidad democrática de crear un "orden de todos" (la expresión es de Norbert Lechner), que reconozca y afirme como necesaria la existencia de intereses e identidades diferentes en la sociedad.

Pero aún más, un enfoque político que prioriza la lógica de la guerra, el aniquilamiento del adversario, se basa en la búsqueda o creencia en algún principio de validez universal —verdadero— sobre el cual organizar todas las vidas. Un proyecto así lleva, como es fácil intuir, a un modelo de coerción y represión, pues en él la política se vuelve sacrificio, una cruzada contra el mal, un acto heroico para salvar de una vez por todas a los oprimidos. "Quien se cree portador de la verdad siempre estará tentado de erigir un despotismo ilustrado y obligarnos a la felicidad. Haríamos bien en desconfiar 'de los profetas y de los que están dispuestos a morir por la verdad, porque suelen provocar también la muerte de muchos otros, a menudo antes que la propia, y a veces en lugar de la propia'. ('La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado', Norbert Lechner, 158-159) <sup>(4)</sup>.

De lo anterior se desprende que una práctica democrática supone confrontar a la "lógica de la guerra" la "lógica de la política". "Interpretando las divisiones sociales como antagonismos excluyentes (...) las relaciones quedan reducidas a un solo límite clasificatorio: amigo o enemigo. La lógica de la política no apunta al aniquilamiento del adversario, sino, por el contrario, al reconocimiento recíproco de los sujetos entre sí". ("De la revolución a la democracia", Norbert Lechner, pág. 33). Más aún, "al enfocar la política como la producción unilateral de un actor, se ignora la libertad del

(4) El papel de mártir que asume Bucaram es evidente en la siguiente cita: "Créame una cosa. Yo le decía que en la política hay dos caminos, un camino de rosas por donde transitó siempre Febres Cordero (...) Y hay una política de espinas. En la política de espinas se transita siempre por un camino escabroso. Hay como una serie de misterios que no se pueden entender, porque las buenas causas tienen que pasar por un proceso de sufrimientos, sacrificios y tragedias increíbles..." (pág. 97) Las citas de Lechner que aparecen en este texto son reflexiones de este autor frente a la dictadura chilena, pero resultan absolutamente pertinentes y válidas para el populismo, como se irá apreciando, sobre todo cuando se tiene en mente un proyecto democrático.



otro y, por lo tanto, la compleja construcción de las relaciones entre ellos" (Lechner, pág. 12.)

Pero la manera cómo está planteado lo político en el populismo no afecta solo a la sociedad, sino al mismo "pueblo", su principal protagonista, como lo sostienen de Ipola y Portantiero: "el populismo constituye al pueblo como sujeto sobre la base de premisas organicistas que lo reifican en el Estado y que niegan su despliegue pluralista, transformando en oposición frontal las diferencias que existen en su seno, escindiendo el campo popular en base a la distinción entre 'amigo' y 'enemigo' " ("Lo nacional y lo popular", en "Los nuevos procesos sociales y la teoría política contemporánea", pág. 284.). Contra este proyecto, estos dos autores reivindican la "democracia socialista", a la que definen "como ligada de manera indisoluble con el pluralismo, esto es, como una práctica política y cultural que no enarbola, como supremos, los valores de la unanimidad y la semejanza... Más moderadamente nos inclinamos por la existencia de un consenso elaborado de manera pluralista, que reconoce la legitimidad de los conflictos y que organiza la posibilidad de resolverlos".

Frente al populismo, la democracia reivindica la diferencia, la pluralidad —que es el reconocimiento del otro—, el conflicto, el disenso y la crítica; y crea un orden en el cual esos valores son reconocidos y afirmados. La democracia excluye toda concentración de poder que pretenda organizar la vida según un plano unitario. Allí radica su fecundidad; expresa un desencanto —y un temor— frente a cualquier discurso omnicomprensivo, que se afirme en una supuesta validez universal. Elogia la existencia de diversas racionalidades y la diferenciación que acompaña a todo proceso de secularización.

Pero sería injusto concluir esta reflexión sin antes precisar dos cosas: que la democracia de la que estamos hablando es un proyecto a construirse, y nada tiene que ver con la democracia tal como se la vive y practica hoy en el país, asociada más a la defensa de un orden constitucional. Lo otro es una gran paradoja: frente a este proyecto democrático, el populismo es un obstáculo, pero frente al sistema político actual, el buccarismo sirve como medio para incorporar a vastos sectores sociales a la política (a aquellos



sectores que escapan al influjo del discurso oficial y de las ideologías dominantes). Los incorpora y replantea la política desde su perspectiva, desde su marginalidad. Allí estriba su carácter contestatario. Desde esta perspectiva, el populismo es un elemento democratizador en sociedades donde el sistema político sigue siendo excluyente, gracias al juego de élites oligárquicas -en las que se incluyen a las cúpulas partidistas- que ejercen un control sobre el Estado y los principales sectores de la economía del país.

## **V. DISCURSO MODERNO Y DISCURSO POPULISTA:**

### **Los motivos de un desacuerdo**

El populismo fue identificado siempre por sus detractores como una "manipulación" de las masas y su discurso fue descalificado por considerársele una cháchara a la que no podía ni debía tomarse en serio.

Desde que el país volvió a la democracia, todo esfuerzo por "racionalizar" la política y elevar su contenido y debate, se enfrentó con el desafío de un discurso que ponía el mundo al revés, que tenía otras formas de articulación y expresión, que hacía una lectura radicalmente distinta de la realidad, y que, a los ojos del discurso racional, se presentaba como una locura, como pura subjetividad.

Abdalá Bucaram, el principal protagonista de este mundo al revés, ha entendido perfectamente este sentido de la crítica a su discurso, y ha empezado a jugar con la idea de locura, mediante una elaboración intelectual que lo presenta como un hombre excepcional y enfrentado al poder. "Cuando el pueblo comienza a cuestionarle a usted, comienza a injuriarle a Ud. hay que preocuparse. Cuando el pueblo le aplaude, cuando el pueblo le dice: loco, carajo, viva Abdalá. Fuera de aquí, Abdalá es todo carajo, ahí hay que sentirse bien porque significa que hay una actitud positiva" (5)

(5) Véase esta otra declaración: "(...) y llegamos a tener el calificativo de locos." A San Pablo le dijeron loco y se jactaba de que le dijeran loco, a Salomón le decían loco y se jactaba de que le dijeran loco, a Erasmo de Rotterdam le decían loco y hasta escribió un libro, *Elogio de la Locura*, para demostrar que la locura era el origen de todos los bienes de la humanidad, demostrar que muchas veces los locos, los necios, eran los que realmente culminaban grandes obras" (pág. 15)



Para entender la importancia del discurso en la construcción de la realidad y de las identidades sociales, son necesarias algunas conceptualizaciones. Con Ernesto Laclau diremos que "El discurso,...., no es ni una superestructura ni un campo social específico, sino la forma misma de constitución de lo social" (pág. 35). No hay, según Laclau, una realidad social transparente y objetiva que exista con independencia del discurso. Por eso, el discurso nunca será, como pretende cierto cientificismo, un puro reflejo del movimiento objetivo de lo real. En otras palabras, es el discurso el que establece las relaciones de sentido en lo social; no es que las descubre y las expresa, sino que las produce. No hay realidad social fuera del discurso.

Si se lleva esta noción al plano de la política, se tiene que la política se produce porque existen fuerzas antagónicas que tienen una diversa elaboración discursiva de lo social. Se trata de una disputa por dar sentido a lo social. "En primer lugar", dice Laclau, "resulta claro que el problema de la política no puede plantearse como el de una instancia o lugar específico en la sociedad, ya que es un modo de ser de lo social, que está presente siempre que existen fuerzas antagónicas que intentan articular (por medio de su discurso) diferencialmente un campo de objetos" (pág. 39, el subrayado es nuestro).

Si el discurso de Abdalá Bucaram aparece como una pura elaboración subjetiva y como una interpretación irracional de la realidad, ello se debe no solo a que el discurso elabora el sentido de lo social, sino también a que el discurso populista expresa una crisis de identidad colectiva, que deja abierto el campo de lo imaginario (ver Laclau Ernesto, 1986). Mientras más profunda es esa crisis de identidad, más "arbitraria" puede ser la elaboración discursiva. Abdalá lo entiende así y por eso se burla de la jerarquía eclesiástica, de la cultura y del aspecto formal de la política en el Ecuador.

Con Bucaram se pone de manifiesto una dimensión de la política: ser un juego permanente de formación y disolución de identidades. Las identidades no se forman, como creía el marxismo, en las estructuras, ni tienen tampoco una vigencia tan permanente —existirían mientras prevalezca una estructura. De este equívoco



deriva la idea marxista de que el único discurso verdadero es aquel que refleja las identidades constituidas objetivamente en la estructura económica, y el calificativo de ideología a todo aquel que no lo haga, que las encubra. Solo si se desligan las identidades de la estructura tiene sentido hablar del discurso como creador de identidades.

Ahora bien, esta crisis de identidad lo que revela es la existencia de muchas culturas políticas en el país y la ausencia de referentes comunes que las unifiquen en una sola cultura dominante. La prevalencia de esta pluralidad de culturas no solo hace posible discursos diferentes, sino también modos distintos de hacer política; la ausencia, por eso mismo, de reglas y procedimientos compartidos.

Dos aspectos del bucaramismo llaman poderosamente la atención: su capacidad para desafiar a la autoridad —ridiculizarla frente a ciertos públicos<sup>(6)</sup>—y su fascinación por el escándalo. Parecería como que detrás de ese comportamiento hay un intento por dar dimensión política a los ilegalismos populares que se crean y legitiman en la pérdida de universalidad de la ley, en la percepción popular de que la ley es el discurso de una clase en contra de otra. La ley expresa un orden constituido y se la ejerce para consagrar en la práctica ese orden, para reinscribirlo incesantemente en las instituciones, en los espacios sociales y políticos, e incluso en el lenguaje. Es frente a ese orden que describe la ley, que el sistema crea su propia marginalidad y con ello las condiciones para un discurso de la ilegalidad. El carácter político que adquiere así la ley se evidencia en la rigurosidad con que se la aplica en contra de los débiles y la indulgencia que muestra con quienes tienen poder.

Es en el mundo de la ilegalidad donde el discurso oficial crea también la figura del delincuente con el fin de neutralizar las de-

---

(6) Ese ha sido el comportamiento de Elsa Bucaram en la alcaldía de Guayaquil. No ha tenido límites para criticar de todo y en toda forma al gobierno de Borja. Recuerdo, también, el día en que Elsa y su hermano Santiago insultaron en su propio despacho a los presidentes de las salas de la Corte Superior de Justicia de Guayaquil, por algún trámite en el juicio contra Abdalá Bucaram, que ellos juzgaban injusto. Fue una bofetada a la justicia en su propio recinto.

rivaciones políticas que pueden surgir a partir de él. Eso explicaría por qué Bucaram ha sido tratado por los distintos gobiernos casi como un delincuente. La intención ha sido tratar de estigmatizarlo para reducir su influencia sobre quienes ven en él su representante<sup>(7)</sup>.

Frente al estilo bucaramista de hacer política, nos encontramos con el estilo de Borja, al que Ortiz y Fernández definen como "frío, cerebral e intelectual". Una manera, como habíamos hecho notar al inicio, muy parecida a la utilizada por Hurtado para describirse a sí mismo: racional, técnico, concreto y desprovisto de alardes retóricos. Borja y Hurtado se sienten —y a su manera lo son— los políticos del Ecuador moderno.

En una definición lapidaria, Max Weber describía a la dominación burocrática, propia de la modernidad, como impersonal, "sin odio y sin pasión, o sea sin 'amor' y sin 'entusiasmo' ". (Economía y sociedad, tomo 1 página 179) <sup>(8)</sup>. El político moderno actúa racionalmente por un convencimiento de que la autoridad descansa en la ley. El ejercicio del poder en un marco de legalidad es el mejor antídoto contra el autoritarismo. La importancia de la ley, y más que nada su carácter general, que impide en la teoría los privilegios y las discriminaciones, radica, para este pensamiento, justamente en el hecho de "no tener pasiones".

Pero también, como lo ha hecho notar Norberto Bobbio, "la primacía de la ley se basa en el presupuesto de que los gobernantes son en su mayoría malos, en el sentido de que tienden a usar el poder para sus propios fines". ("El futuro de la democracia", pág. 200). Hay, por lo tanto, una desconfianza a pensar en los gobernantes como seres "excepcionales" o "sabios", en cuya voluntad puede confiar el pueblo y cuyo criterio ha de servir para establecer lo justo y lo injusto. Para este pensamiento, tan o más importante es el cómo se gobierna que el para qué se gobierna.

(7) Este tema merece ser analizado y desarrollado ampliamente. El enfoque presentado en este trabajo nace de la lectura de un capítulo de "Vigilar y Castigar", de Michele Foucault: Legalismos y delincuencia, (261-299)

(8) Esta característica de los políticos modernos fue la que le llevó a Bucaram a decir de Borja lo siguiente: "no despierta pasiones, alegrías o tristezas. Es un hombre tóbico, tiene un esperma aguada, es un hombre que no tiene fortaleza, ánimo, espíritu..."



Borja y Hurtado siempre expresan la legalidad, o intentan hacerlo, lo cual les coloca frente al buccaramismo —y a la derecha febreoscorderista— en una situación antagónica. También frente al populismo, el centro izquierda plantea la política en términos de guerra, de exclusión, de sanción moral. Son las fuerzas "civilizatorias" que se enfrentan a la barbarie.

Sin embargo, la tolerancia de los regímenes "legalistas" tiene un límite a partir del cual actúan también en términos estrictamente políticos. Así ocurrió, por ejemplo, con la destitución de Averroes Bucaram. La agresión de tres diputados y la sistemática violación de los reglamentos y normas parlamentarias, llevó al gobierno a actuar al margen de la ley; desbordó su propio marco y planteó el conflicto en términos políticos. Para los regímenes legalistas, el ejercicio del poder al margen de la ley es también una guerra y una arbitrariedad, pero con derivaciones negativas, pues erosiona la legitimidad de la autoridad. Por eso, es necesario evitarlo. La política fuera de la ley se vuelve peligrosa arbitrariedad.

Pero el pensamiento racional moderno elabora su discurso sobre otra premisa: cree en la existencia de una realidad objetiva y que su lenguaje, por lo tanto, debe expresar el movimiento de lo real. Su comportamiento es asumido como "responsable": hacen aquello que es "objetivamente posible", aquello que la ciencia y la técnica aconsejan dentro de un contexto de posibilidades determinadas empíricamente.

No es casual, por eso mismo, que hayan sido los partidos modernizantes los mayores defensores del discurso ideológico. Para ellos, pasar del discurso retórico al ideológico entraña un proyecto social, cuyo modelo es el de los países industrializados. La ideología, en el sentido moderno y no marxista del término, "implicó la aparición de un nuevo modo de discurso político, discurso que buscaba la acción, pero no invocando la autoridad o la tradición, o mediante una retórica emocional solamente. Era un discurso inspirado por la idea de fundar la acción política en una teoría secular y racional" ("La dialéctica de la ideología y la tecnología", Alvin Gouldner, pág. 55).

Desde esta perspectiva, las ideologías solo se legitiman como discurso allí donde los valores tradicionales han perdido su vigen-



cia, y donde las interpretaciones religiosa y mítica del mundo sucumben ante la crítica racional. Es evidente que en el Ecuador los valores tradicionales —al menos aquellos que legitimaron una forma de poder y de jerarquización social— entraron en crisis hace muchos años, pero ese mundo descompuesto está lejos de haber sido reorganizado a partir del discurso racional y técnico. Al contrario, esa reorganización de la sociedad está hoy en disputa, y tiene como protagonistas al discurso modernizante y al populista.

Si alguna debilidad ha tenido y tiene el discurso ideológico de los llamados partidos modernos, ha sido justamente no tomar en cuenta aquellas vivencias que llenan la vida cotidiana. Se han olvidado que “se hace política con la cabeza, pero no solamente con la cabeza. Hay cálculo, pero también pasiones y convicciones. Hay agresividad y tabúes. ¿Cómo desconocer todas aquellas experiencias de confianza o deslealtad, de aprecio o de humillación, que aprendemos en la vida cotidiana? ¿Cómo reflexionar la práctica política al margen de los lazos de arraigo colectivo y de pertenencia afectiva que desarrollamos todos día a día?...” (La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado, Lechner, 14).

Bucaram, en cambio, vincula la política con ese lado emocional y afectivo presente —aunque a veces no verbalizado— en la vida cotidiana. Elabora un discurso desde las frustraciones cotidianas. “Abdalá es diferente, es un hombre que despierta pasiones, no hay términos medios” (entrevista al País). “Ellos ríen, ellos lloran, sus pasiones las descubren en Abdalá cuando está en una tarima”. (entrevista a El País).

Pero tampoco vaya a creerse que la elaboración discursiva de Bucaram es una pura arbitrariedad emocional, una manipulación de los sentimientos de frustración de la gente. Hay una construcción discursiva a partir de las situaciones concretas de la gente y a partir de su propio lenguaje.

Para ser más precisos, el discurso populista se diferencia del moderno al inscribir la política dentro de lo que sería la “cultura política” de los sectores “marginados”, es decir, toma en cuenta la percepción que ellos tienen no solo de los “acontecimientos políticos”, sino —y mucho más importante— de las “creencias sobre los valores y metas que deben ser alcanzados y las dimensiones ex-



presivas y emocionales de estas creencias". ("El populismo en el Ecuador, pág. 25).

Habría que considerar, como lo ha señalado Daniel Gutiérrez (Nariz del Diablo #15, "Hacia una semiótica del discurso político"), que la efectividad de todo discurso político —su "eficacia simbólica"— se encuentra directamente relacionada con la capacidad para operar creativamente con los valores codificados y las representaciones de aquellos a quienes se dirige.

Es imposible que el discurso tenga capacidad interpelativa, es decir, que cree interlocutores y forme identidades, si prescinde de la trama cultural en la que transcurre la vida social. La crisis de identidad colectiva deja abierto el campo para un trabajo creativo del discurso, pero no es una hoja en blanco sobre la cual se puede escribir lo que quiera. Más bien, esa condición creativa del discurso está dada por su capacidad para reagrupar y dar un sentido político a esos valores y códigos dispersos y dislocados en el mundo —en el caso bucaramista— de los oprimidos.

## **VI. LA IMPORTANCIA DE LO RITUAL EN LA PRACTICA BUCARAMISTA**

En el libro "Ritual, política y poder", David Kertzer atribuye a Trosky haber dicho que en política la aproximación "racionalista" a las masas no es suficiente, pues existe en el hombre una inclinación hacia lo teatral que expresa su fuerte y legítima necesidad de exteriorizar las emociones (pág. 14).

El límite de los enfoques "racionalistas" para entender el populismo está dado, en unos casos, por su tendencia a concebir la práctica política como un juego de intercambios —doy y recibo— guiado solo por el interés de los actores. En otros casos, ese límite está dado porque se entiende la política como la expresión de intereses de clase constituidos a nivel de la estructura económica.

Kertzer sostiene que los estudios modernos sobre política han dado siempre poca importancia al papel de lo simbólico. Ello se debe —según él— a que los métodos empiristas que utilizan consideran poco importante todo aquello que no puede ser cuantificado, y al hecho de que finalmente conciben la política como deter-

minada siempre por la acción racional. Prima un enfoque utilitario e instrumentalista de la política.

Para el caso del Ecuador, solo Agustín Cueva ha puesto cierto énfasis en la dimensión simbólica del velasquismo, por ejemplo. Lamentablemente, Cueva interpreta lo "simbólico" a través del concepto marxista de ideología, es decir, como una manipulación —consciente o inconsciente— de valores para distorsionar la realidad —crear una falsa conciencia— y resolver así la contradicción entre orden y emergencia de nuevos sectores sociales, que se plantea con el populismo.

Además, lo simbólico es vinculado en Cueva a una dimensión "mágico—religiosa" de la realidad, y por tanto a un nivel no estrictamente político, ya que para él, la única política real es aquella asociada a la defensa y promoción de intereses de clase.

Contra estos dos enfoques, Kertzer opone la idea de que la política también se expresa a través de lo simbólico. "Para entender los procesos políticos, es necesario entender cómo lo simbólico entra en la política, cómo los actores políticos consciente e inconscientemente manipulan símbolos, y cómo esta dimensión simbólica se relaciona con la base material del poder político".

Lejos de ser un elemento residual de la política, es una parte constitutiva de ella. A través de lo simbólico, la política construye espacios comunicativos y forma identidades; organiza el material disperso y caótico de la experiencia cotidiana.

Quien se detenga un momento a examinar la forma de hacer política de Abdalá Bucaram, varios aspectos: su fuerza expresiva, una relación dramatizada con las masas, y su capacidad para lograr que las masas exterioricen sus emociones. Si eso es posible, es gracias a que Bucaram da forma y delimita esas manifestaciones en un espacio de expresión simbólica, por medio del cual ofrece claves para entenderse a sí mismos e interpretar su realidad.

¿Cómo lo hace? Una de sus maneras preferidas es el ritual, si se le despoja al término de toda connotación mágica o religiosa, se lo deja de asociar con las sociedades primitivas, y se lo entiende como un tipo de acción simbólica, "como un importante medio para canalizar emociones, guiar el conocimiento y organizar grupos sociales". A través del ritual —término que destaca fuertemente la



importancia de la actuación teatral del líder en el populismo, incluidos sus escenarios— la experiencia individual interactúa con las fuerzas sociales y define un tipo de relación entre el individuo y la sociedad.

El discurso moderno siempre mostró un cierto desprecio por estas formas de acción, a las que minimiza dada la particular forma de entender su relación con los actores políticos. En el Ecuador, los políticos modernos se relacionan con las masas a través del "mejor argumento", de la "mejor propuesta viable"; en términos de seriedad y responsabilidad ("no hace alardes demagógicos", como dice Hurtado).

Abdalá logra identificarse con las masas a través de sus actuaciones, y de la repetición de algunos de sus contenidos. Sus retornos de Panamá, sus videos publicitarios, sus cantos, sus juegos de fútbol con la camiseta de Barcelona y el uso del lenguaje, apuntan en esa dirección. A través de ellos no solo organiza experiencias y sentimientos cotidianos de la gente, sino que al mismo tiempo les da dimensión política. Los saca de su anonimato. Los hace interlocutores de la política.

A través de las actuaciones, en las que interactúan el líder y la masa, la población excluida del sistema político expresa su condición y situación social, y la experiencia subjetiva ligada a ella. Con sus actuaciones, Bucaram crea un espacio simbólico en el cual esas experiencias pueden exteriorizarse, comunicarse y darse forma. En el populismo toda esa ritualidad está orientada a la constitución de la masa como pueblo, como sujeto de lo político. Pero tiene una connotación particular: ese pueblo siempre está referido al poder. Bucaram moviliza vivencias sociales en contra del poder. Afirma la vida del marginado, frente a una estructura de poder que excluye.

Si en el Ecuador la práctica de Abdalá tiene fuerza simbólica es por la debilidad de los otros protagonistas. A través de la ideología también se podrían canalizar emociones. En realidad los partidos políticos modernos, allí donde han sido fuertes, existen gracias a una conducción ideológica de las emociones. El problema en nuestro país está, sin embargo, en que las emociones son dejadas de lado por el discurso ideológico, en la medida en que consideran



al Ecuador como un país moderno y por lo tanto reconocen la acción social solo desde su lado instrumental. Aquí ha de encontrarse la razón fundamental por la cual el discurso moderno no logra penetrar en Guayaquil. En ese espacio carece de total legitimidad, es incapaz de suscitar y provocar adhesiones políticas.

Por último, hay un aspecto que debe ser mencionado para poder dimensionar correctamente la importancia del populismo en la escena política. Me refiero a la necesidad de reconocer una cierta autonomía de las masas con relación al líder, aún cuando el líder sea importante —y a veces decisivo— en la gestación del movimiento populista. Dicho en otras palabras: el problema del buccaramismo no puede ser planteado en términos morales: si Abdalá es o no sincero frente a las masas. Lo que interesa es saber por qué las masas creen en Abdalá y lo siguen. ¿Por qué se identifican con su estilo político?

Habría que ver en Abdalá un actor solo en la medida en que reconoce la importancia de lo ritual como un poderoso vehículo en la formación del universo simbólico, más aún en sectores sociales donde la falta de arraigo emocional al sistema plantea fuertes condicionamientos a la política.

No habría que olvidar, además, que Bucaram es producto de una ciudad, como Guayaquil, donde se han sucedido una serie de liderazgos populistas desde hace más de 40 años. Se enfrenta, pues, a una cultura política donde el populismo ha creado sus propios referentes simbólicos de interacción con el pueblo. Son esos referentes los que escapan al discurso y a las prácticas modernos, que de esa manera parecen colocarse por encima de la política tal y como se la ha entendido y practicado en Guayaquil —y en el país, habría que decirlo, en reconocimiento a Velasco Ibarra.

Mucho tiempo se ha querido exorcizar al populismo de la escena nacional a través de una satanización del líder. Se ha puesto demasiado énfasis en la figura del líder y se ha olvidado el fenómeno social y político que está detrás. Los partidos modernos quisieron surgir sepultándolo íntegramente, para lo cual lo asociaron con el pasado histórico. Pese a ello, el populismo en el Ecuador conserva su vitalidad, a despecho de quienes lo declararon muerto a finales de los años setenta y agónico hace apenas dos años.



## **LOS RESULTADOS ELECTORALES DE JUNIO DE 1990: Triunfo de la Oposición Política**

**Marco Proaño Maya (•)**

### **I. INTRODUCCION**

En las elecciones de Junio de 1990 triunfó la oposición política, cuya expresión orgánica e ideológica, fundamentalmente se encuentra en el Partido Roldosista Ecuatoriano, PRE.

La oposición al Gobierno de la Izquierda Democrática y de su principal aliado la Democracia Popular.

El pueblo se decidió por la oposición en contra del desastre económico que ha empobrecido a la clase media y está empujando a las mayorías pobres a la miseria.

La oposición a un Gobierno que ha multiplicado el hambre en lo económico y el miedo en lo político, dentro de un sistema que continúa concentrando la riqueza y radicalizando la pobreza; donde se implanta el sistema nacional de la desigualdad y del fetichismo.

---

(•) Diputado nacional del PRE.

mo de la mercancía como símbolo del poder; en donde la existencia humana se reduce a simples, pero impuestas relaciones de competencia y consumo.

La presencia política del PRE fue una constante referencia a la crisis que soporta el país. Son los nuestros, tiempos de rebeldía y de cambio.

A pesar de nuestra angustia vital como Partido Político que nos condujo a emplear toda la energía institucional a alcanzar la amnistía política para nuestro líder el Abogado Abdalá Bucaram Ortiz, la campaña electoral fue enriquecida con el aliento popular. El PRE se sustenta en el pueblo.

Las elecciones de 1990 demostraron el resquebrajamiento de la ideología burguesa. Partidos Políticos como la Izquierda Democrática y la Democracia Popular que no han logrado definir su posición frente a los problemas contemporáneos de la economía, la discriminación, la intervención del capital financiero internacional.

Esta conducta traducida a mensaje para el pueblo en la campaña electoral, obviamente, los condujo a un rotundo fracaso electoral, que no significa el hundimiento de estos Partidos Políticos sino una crisis de liderazgo que ha motivado que surjan nuevas propuestas que pretenden expresarse en el campo legal para captar la conducción partidista.

La Izquierda Democrática en 1988 alcanzó constituirse en el eje y centro de la gestión gubernamental y política, ejerciendo su poder en la Función Ejecutiva, en la Legislativa, en la Función Judicial, en los organismos de control, inclusive en las mayorías de las Prefecturas Provinciales, Alcaldías, Consejos Provinciales y Concejos Municipales del país. Nada escapó a su influencia e injerencia; históricamente nunca un Partido Político tuvo tanta concentración de poder Nacional y Seccional; aún más algunos Partidos Políticos dejando archivados en las sedes de sus respectivos partidos sus ideologías, planes de gobierno, y sus ofertas electorales, se aliaron al Partido gobernante; y más aún la Iglesia a través de determinados obispos, lo mismo que algunos medios de comunicación colectiva, se prestaron para consolidar el poder político de la ID.



La opinión pública se convenció que con esta circunstancia resultaba difícil, por no decir inconcebible, la posibilidad de un fracaso del Gobierno de la ID. Cuando ha comenzado la retirada, la ID se ha definido, privilegiando su gestión a favor de los grupos hegemónicos de siempre, sin entender que los intereses de los ricos no son los mismos intereses que de los pobres, que los intereses de los explotadores y banqueros no son los mismos intereses que de los campesinos y marginados; que los intereses del pueblo no son los mismos que los intereses de la oligarquía. EL Gobierno se ha limitado a una mala administración de la crisis, mientras las estructuras de dominación persisten en el país, y permanecerán intocadas, quedando para el futuro la gran tarea de la reivindicación social y de la liberación nacional a la que el PRE está comprometido históricamente.

## II. LA HISTORIA RESPETA LA REALIDAD

Cuando se habla de los Partidos Políticos siempre es posible la pregunta de que si existen por su propia fuerza histórica o por la simple fuerza de los acontecimientos.

Cuando un Partido Político es histórico funciona democráticamente, cuando un Partido Político es circunstancia funciona burocráticamente.

Un Partido Político, con militancia, dirigencia y con ideología está orientado a luchar por ser poder y ser Gobierno. Su representatividad, su fuerza de organización, su fuerza de decisión, deben conducir al Partido Político al poder. Quienes no entienden esta verdad consustancial a la política sufren la misma desviación de aquellos que confunden la belleza con la pornografía.

Partidos que se definen como socialistas democráticos pero actúan como conservadores históricos.

Los Partidos cogobernantes han sufrido las consecuencias de los peligros que deben advertir los partidos políticos:

a) **La separación entre el Partido Político y el pueblo.**- Partidos que nunca han sentido los problemas reales del pueblo porque nunca han tenido contacto físico y espiritual con las masas populares. Partidos retóricos, vacíos en el discurso, vacíos en el compromiso.

b) **Irrespeto a la identidad del partido por ausencia de convicción.**- Militantes y dirigentes que renunciaron a expresar y defender las ideas de sus partidos. Militantes y dirigentes que han aprovechado el prestigio de su partido, para consolidar posiciones burocráticas. Presidente y Ministros de Estado que en la conducta demostraron absurdas contradicciones con los principios y programas de su partido.

En el Ecuador una mayoría no está integrada a la realidad política. La política es una indefinición nacional. Tal vez solo el propio político comprende su identidad. Resulta lo que ya denominó Ortega y Gasset: "Ser uno para uno mismo, con la urgencia de ser más para los demás". A esta indefinición se une la opinión genérica y muchas veces contradictoria de los analistas políticos en la idea de que "la prensa es la máquina más dinámica para construir y destruir dioses políticos" como lo afirma Carlos Revoledo.

Fundamentalmente el factor sustancial de la política es el poder y el ejercicio de la representatividad y decisión.

La soberanía por ejemplo, si existe en cada pueblo, sólo es tal cuando es capaz de trascender por su poder de representatividad. La soberanía en proporción no a las declaraciones sino en proporción al poder que tiene cada país para hacer respetar su soberanía. En teoría todos los países son iguales, es lo que llama Klausen "Estructura mental para el consuelo".

Los Partidos Políticos para actuar deben dirigirse por principios e ideales. Pero para ser juzgados han de regirnos los resultados.

En política la historia sólo respeta la realidad, que al decir de un pensador latinoamericano, termina siendo la única verdad.

### **III. OPOSICION DE LOS CONTRARIOS**

Las grandes crisis políticas, las visibles desapariciones de distintos partidos políticos, suponen siempre como consecuencia una crisis de la moral pública, en la fe de los ciudadanos. Es imposible física y moralmente una situación sostenida de violencia, de injusticia, de desorientación política, en una sociedad en la cual todo el pueblo o una gran mayoría está animada de dignidad, de



conciencia, de eficacia, de convicción.

Nuestra opinión política genera identidades colectivas profundas; especifica la oposición de los contrarios: pueblo vs. Estado.

La crisis internacional, —generada fundamentalmente por estrategias conseguidas del capitalismo como la deuda externa; y la baja de los precios del petróleo, del café, del cacao y el alza desmesurada de los productos industriales: gasolina, plásticos, hierro— ha hecho que el Estado, los Municipios, los Consejos Provinciales, ya no puedan cumplir a cabalidad con el rol que les tocaba desempeñar. El Estado intervencionista vigente en gran parte de la actividad nacional, se desarrolló por oposición al libre mercado, o por lo menos, para corregir las desigualdades sociales por él producidas. En el ámbito privilegiado de desarrollo de una racionalidad formal suponía a todos los sujetos iguales como propietarios de mercancías. Por oposición, el Estado Intervencionista asumía como finalidad el bienestar del pueblo; pero éste adquiriría entonces una mera categoría política: era el beneficiario "exclusivo" de una categoría sistematizada de deberes y derechos políticos. El Estado como tal escapaba al discurso ideológico y se constituía por grupos mínimos privilegiados y mayorías oprimidas. Transformando el discurso liberal tradicional en un nuevo sistema de diferencias sociales, los privilegios hasta entonces de una categoría social determinada —la oligarquía política— pasaron a ser una reivindicación económico—social de las clases hasta entonces oprimidas. El Estado se comprometió con esta clase popular para generar servicios estatales; los servicios públicos se suponían, debían ser el vínculo natural entre el Estado, el Municipio, el Consejo Provincial y el ciudadano. La vida social y económica, individualmente considerada, quedó mediatizada por la empresa pública.

Pero el Estado y sus brazos administrativos han sido incapaces de cumplir ese compromiso: por la mala calidad de los servicios públicos, por su pésima cobertura. El Estado no ha sido capaz de asumir el rol que le correspondía; casi lo ha abandonado y al suceder así, afecta los derechos de quienes lo componen, frustra las expectativas ciudadanas, violenta las reglas que rigen la vida social.

Como una lógica y esperada reacción ciudadana nace un sis-



tema de oposición social; la oposición de los contrarios pueblo vs Estado que en América Latina surge como una lucha ideológica política nueva, real y evidente desde hace 15 o 20 años. Es la oposición de estos contrarios lo que identifica la ideología del PRE, es el germen capaz de generar identidades colectivas profundas y poderosas. El pobre ciudadano víctima inclemente de las prácticas arbitrarias del Estado, entiende nuestro discurso que lo interpela: se suma a esa construcción partidista que lo identifica cotidianamente en la dura experiencia de lo que es y lo que ha significado la empresa pública, y lo convierte en un combatiente contra ese orden convencional que en gran parte, lo único que ha hecho es definir privilegios y obligaciones sociales.

Todo discurso ideológico posee un instrumento de análisis: su principio organizador, su unidad y coherencia lógica. Desarrolla, descubre y capitaliza una función simbólica; es capaz de interpelar lo económico como lo político, lo lucrativo del discurso con sus connotaciones más evidentes.

El PRE ha superado cualquier límite de las estructuras de clase; forma un partido popular que trasciende cualquier límite u organización clasista. Se adelanta al triunfo y a los designios imponderables de partidos políticos fracasados, con gloria y rimeros de libros que huelen a papel quemado.

El pueblo al entender esas posiciones contradictorias, comprende que se ha vuelto un ciudadano, sin libertad y sin derechos; comprende que solo le queda una patria a la que hay que defender, una tarea que emprender, y un destino que conquistar, que es urgente imponer el acceso político y económico de las masas populares que la era de la tecnocracia y de los cientistas han cedido lugar a la presencia de líderes carismáticos que representan un pueblo esperanzado, y sustentan su pensamiento doctrinario.

#### IV. LA URGENCIA DEL CAMBIO

América Latina nace como un solo espacio en la imaginación y en la esperanza de nuestros libertadores; pero nace rota de antemano por las deformaciones básicas del sistema colonial, edificado sobre la destrucción de los estamentos sociales y primigenios



de nuestras tribus aborígenes y de la teocracia del Incario.

Dos hechos caracterizan los últimos diez quinquenios de este siglo; la creciente adquisición de poder político de las masas populares marginadas y la ascensión por la importancia del trabajo concientizado de quienes la lideran.

Para las ideologías caducas, el hombre que hereda o acopia una gran fortuna, de posición señorial, de abolengo ilustre, gozaba de las prerrogativas de las dinastías para acceder al poder político.

Hoy, el pueblo, sus clases marginadas, desdeñan títulos y herencias, empujan al ostracismo a "nobles y distinguidos". El pueblo se lanza a la conquista política y no quiere aceptar otro gobernante si no es capaz de ser un servidor eficaz con vocación de cambio. La importancia de esta posición es un hecho dominante, contra el cual nada puede la tradición. Esta es la sangre del Ecuador que dará la espalda con desprecio a la hegemonía de quienes la explotaron y la endeudaron con pretextos políticos, a esa clase arribista e ineficaz que hasta ayer se enriqueció monopolizando el poder con trampas y violencia.

Este avance del pueblo que cada día crece, invade, trastorna, que destruye esquemas preconcebidos, refinamientos, matices y elegancias es visto con alarma, inquietud y temor por los políticos de "ideologías selectas", por los cientistas de medianía leporina. Claman que con lo que ellos llaman el "populismo" sólo habrá groserías, retroceso y miseria; que ha llegado el "final de los hombres egregios para que gobiernen los pueblos vulgares". Pero la presencia democrática e igualitaria se impone, como se impone el mar que arroja desechos a la orilla, como se impone la luz, que es vida. Quiérase o no, estos últimos años del siglo son eminentemente prácticos. Se busca el bienestar material solidario, pan, educación, vivienda, servicios comunales. Y como todo esto es para todos sin excepción, sin distinguos, miramientos o marginación se exige la participación unitaria y solidaria del maestro de escuela y del obrero fabril, del campesino que cultiva la tierra, del artista que descubre verdades, del moralista que aquietta los espíritus, del empresario que sirve, que pone a disposición del sector productivo sus economías, sus ganancias, sus ahorros.

El PRE lucha por una gran transformación de los valores sociales y de su conceptualización; exige un cambio profundo. Economistas, Sociólogos, Cientistas, Pedagogos, Sacerdotes, Pastores, hablan en bien o en mal, de esta necesidad real-presente. Nos enfrentamos a las desigualdades injustas y a los privilegios de siempre; quienes lo militan no le temen ni se alarman, saben que la vida es conquista, avance, creación; que es orden interno, disciplina consciente. Ha adquirido ascendiente en el pueblo y éste le ha dado su confianza.

La Respuesta del pueblo a favor del PRE, surge como reacción frente a una realidad que se vuelve insoportable, respuesta política que acoge todo el conjunto de diversidades regionales, históricas, productivas y culturales en nuestro pueblo, discurso ideológico multidimensional, capaz de interpretar las enmiendas de una sociedad con necesidades concretas y aspiraciones reales.

## **V. EL HOMBRE: SIEMPRE**

El Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE), es un Partido Humanista. Así lo define su ideario, y así lo ha entendido el pueblo que milita en el Partido.

Para el militante Roldosista el humanismo consiste en dar al hombre un valor en sí mismo, como individuo y como persona. Porque el hombre tiene un inminente valor y una importancia insustituible.

El Roldosismo enseña la doctrina de la solidaridad, por la que el hombre es poseedor de derechos por su condición trascendente.

La Democracia Popular, el Social Cristianismo y la Izquierda Democrática, que ya han tenido la oportunidad de gobernar y poner a prueba sus respectivos planes de gobierno, han demostrado en la práctica que han administrado al país con una misma tendencia política, con un mismo Plan de Gobierno, con una misma ideología, lo cual ha determinado que privilegien permanentemente a los mismos sectores dominantes en nuestra sociedad, obviamente, en desmedro de los intereses de nuestro Pueblo, aunque demagógicamente y sin lograr convencer, prediquen estos Parti-



dos Políticos tener sustanciales diferencias entre sí.

Para esta trilogía de Partidos Políticos, la problemática Nacional ha sido interpretada como eminentemente económica y por esta vía, estos Partidos y sus Gobiernos se han apropiado de las recetas adquiridas en el exterior, tratando de resolver los problemas que aquejan a la Sociedad y a la Patria Ecuatoriana.

En cambio, para el PRE, la problemática nacional es eminentemente **social** antes que económica; esto significa que se torna imperiosa la necesidad de realizar cambios fundamentales en las estructuras imperantes en el país caracterizadas por ser agobiantes, caducas y discriminatorias, por otras estructuras a nivel históricamente superior a las actuales.

## **VI. PLANTEAMIENTOS PARA UN PROGRAMA DE GOBIERNO**

Es en este contexto, que el PRE propone al pueblo ecuatoriano, un gobierno diametralmente opuesto al ejecutado por la Democracia Cristiana, el Social Cristianismo y la Izquierda Democrática en su orden; donde el Modelo de Desarrollo Nacional acelere el progreso del País sobre la base de la integración de las mayorías postergadas al sistema productivo nacional; donde el Plan de Gobierno conciba al hombre ecuatoriano como sujeto y meta del Desarrollo del país y de la acción gubernamental.

El mensaje electoral político—doctrinario del Roldosismo al Pueblo Ecuatoriano, que justifica nuestro triunfo ascendente electoral, se expresa así:

### **6.1. Defensa de la Democracia Participativa.**

El escritor mexicano Carlos Fuentes en una descripción extraordinaria de la democracia dice que la democracia es el espacio en el que cada ciudadano tenga un poco de poder, que el obrero tenga poder en la fábrica, el campesino tenga poder en las tierras, el profesional poder en su tarea social, el periodista poder en su mesa de redacción, el científico poder en su laboratorio, el artista poder en su canto, el maestro poder en su escuela, el estudiante poder en sus libros, poder para todos menos para los explotadores; poder para todo menos para oprimir a los más débiles.

Esta es la democracia en la que creemos, la democracia participativa en la cual se recogen las virtualidades democráticas del Pueblo.

En el Ecuador y en América Latina la democracia muchas veces terminó siendo una diversión de salas oficiales. Esa democracia hipócrita no nos interesa, es la democracia de los gobiernos que la utilizan como escaparate para ocultar sus propias desviaciones.

Esa es la democracia de gendarmes pseudoconstitucionales en la cual no hay fronteras claras que las separen de las dictaduras, democracias de papel que se incendian con el primer fuego de las bayonetas.

El Presidente Roldós creyó y defendió la democracia a pesar de las escabrosas contingencias políticas que tuvo que vivir. En su mensaje el 10 de Agosto de 1979 ante la conciencia del mundo, el Presidente Roldós dijo al Ecuador: "Buscamos una democracia integral y pluralista. Que nadie sea perseguido por sus creencias políticas o favorecido ilegítimamente por su adhesión. Nuestras personas no estarán por encima del Gobierno. No sacrificaremos la democracia constitucional por el poder". Extraordinario pensamiento.

Esa es la democracia del Presidente Roldós. Después de la muerte del Presidente Roldós, el Ecuador ha vivido una década grosera y mal oliente que no puede ocultar la desazón y la miseria de los organizadores de la podredumbre nacional. Una democracia que ha sido un juego floral, mientras el pueblo ha sufrido la intemperie, el hambre y la frustración. Gobiernos que con las gigantes cas piolas de la corrupción, la inmoralidad y el engaño, amarraron al pueblo a la incertidumbre.

El Partido Roldosista Ecuatoriano es la convicción popular por una nueva historia, por una nueva patria, que termine el engorde de las billeteras de los privilegiados. El Gobierno popular del PRE quemará, como quema un cautín que se acerca al oro. Esta patria es oro. Necesita la fragua, el crisol, la limpieza. Claro que temerán los de cola de paja porque el fuego incendia sin remedio todo lo comburente y comburente es por sucio y por ambiguo el juego de las plutocracias, la comedia de gobernantes gobernados por la oligarquía.



Nosotros entendemos como el espacio en el que el pueblo ha de ser la única fuente de autoridad política y ha de actuar a través de sus Representantes Legítimos.

Nuestra democracia ha de ser entendida como fundamento de nuestra cultura y civilización y, cualquier acto que atente contra su vigencia y estabilidad ha de ser considerado como violación a nuestra cultura, a nuestros valores nacionales.

La vigencia de la democracia exige que haya seguridad económica para los ecuatorianos, lo cual sólo se alcanzará brindando a todos iguales oportunidades en la participación de la riqueza nacional; así mismo, exige que se cree un ambiente de libertad individual y de justicia social, de respeto a la dignidad e integridad de las personas, de solidaridad con los principios morales, éticos y religiosos de los ecuatorianos.

## **6.2. El poder y el gobierno al servicio de la liberación nacional.**

La visión, la misión y la ideología del PRE es la liberación Nacional. El sueño de Bolívar fue la liberación de la Patria Latinoamericana. El sueño de Roldós fue hacer realidad el sueño de Bolívar.

Los Roldosistas no participamos de nacionalismos aberrantes o aferrados pero tampoco nos dejamos arrastrar por "Internacionalismos apátridas".

Vivimos en una sociedad en la cual la violencia se ha institucionalizado. Una sociedad en la cual se han frustrado sus aspiraciones más hondas. Donde no existe el derecho al trabajo, a la educación, a la salud, a la vivienda y hasta a la recreación. Vivimos en una sociedad regida por un sistema de opresión y de inseguridad social, económica y política.

Vivimos en una sociedad apática y resignada ante los problemas nacionales, pues, los gobiernos cuando no están descaradamente defendiendo los intereses de la oligarquía y del capital extranjero, se convierten en árbitros entre poderosos y miserables, y al fin terminan por ser un aliado de los opresores. Cuánta necesidad hay de un gobierno valiente, que defienda los derechos del pueblo.

### **6.3. Desarrollo económico pero con justicia social.**

Nosotros creemos en el Desarrollo pero con justicia social que se expresa en la satisfacción colectiva de las necesidades básicas: alimentación, vivienda, educación y salud.

Hay que impulsar el desarrollo pero no en nombre del capital, sino en nombre del hombre; más importante que las divisas, es la vida de los niños, más importante que obras fastuosas es la atención a los enfermos en hospitales.

Pero el desarrollo económico y la justicia social no se los alcanza en la resignación enajenada ni en el optimismo apocalíptico.

Desarrollo y justicia sólo se podrá conseguir con trabajo, con perseverancia, con disciplina, con la conquista diaria de los hechos y derechos para el pueblo.

Un desarrollo con nuestra propia identidad, a pesar de nuestras derrotas y de nuestras victorias.

### **6.4. Independencia internacional**

El Presidente Roldós en su mensaje el 10 de Agosto de 1979 manifestó: "La historia de los pueblos de América Latina es historia de libertad. Es la búsqueda angustiosa pero consciente de formas democráticas de existir donde la dignidad humana no sea pasto del totalitarismo, ni nuestras riquezas naturales alimento para la voracidad del saqueo de propios y extraños".

Roldós pensaba que el Pacto Andino debía dejar de ser un minusválido comercial y transformarse en un actor político, que se pronuncie y decida sobre toda la problemática internacional.

Los países integrantes del Acuerdo de Cartagena ya no serían objeto de criminales presiones bilaterales, ni de los constantes abusos de las grandes potencias, y Roldós convocó a los 5 países para que asuman una sola posición política que se traduzca en decisiones económicas respecto a la deuda externa, los términos del intercambio comercial, el FMI, el narcotráfico, etc. Era la vivencia histórica de tener la certeza de no estar solos, de que no somos pequeños patios en la hegemonía de nadie, de que nuestros hijos sepan que no somos fragmentos de un sueño colectivo, sino que la unidad comenzaba en el proceso de la integración bolivariana.



Era la Carta de Conducta del Presidente Roldós.

Pero este planteamiento de politizar el Pacto Andino, hizo temblar al Imperio Norteamericano; la Doctrina Roldós fue calificada como peligrosa y subversiva; y Jaime Roldós murió soñando, su sueño fue hacer realidad el sueño de Bolívar, y "mientras ambos duermen el sueño eterno, nosotros soñamos sus sueños".

A lo largo de los siglos hemos creado una estructura social discriminatoria e injusta, que margina a las mayorías nacionales; sin que se haya registrado una movilización significativa que reivindique al pueblo ecuatoriano.

Las fuerzas de dominación internas y externas han determinado nuestro atraso en lo económico, cultural, tecnológico y científico; nos hemos constituido en un país que no ha logrado destruir la desigualdad económica, social y cultural, ni la opresión política, ni la violencia institucionalizada.

Fuimos una colonia que se articuló al mercado mundial capitalista bajo un modelo de agro-exportación, cuyas consecuencias fueron el saqueo de nuestros recursos naturales y la inmisericorde explotación bajo el signo de la dependencia para el enriquecimiento de otras naciones. Bien podría decirse, que hemos sido un pueblo explotado que no ha existido para sí, sino para contribuir a la prosperidad ajena. Hoy, somos apenas una débil nación, en cuyo proceso se cierne la creciente amenaza de acentuarse aún más nuestra dependencia bajo el modelo de enclave petrolero multinacional.

## **VII. LA SOLIDARIDAD COMO OPCION POPULAR.**

La riqueza generada por nuestros recursos naturales y la bonanza petrolera han traído mayor pobreza y miseria a los ecuatorianos; las divisas ecuatorianas a través de las importaciones y el flujo bancario están destinados a los países industrializados. Por tal razón, urge la transformación global de las estructuras económicas del país.

El tópico de "populismo" aplicado peyorativamente a los partidos de oposición triunfantes en las últimas elecciones fue un recurso manido, buscando una explicación posible a lo que fue una

realidad palpable en todo el país.

Para el Partido Roldosista Ecuatoriano esa realidad se hizo más cierta en las provincias de la sierra que conocieron algunas por primera vez su doctrina y sus realizaciones. Doctrinas y realizaciones volcadas como respuesta a su propia idiosincrasia, a sus afanes diarios y a sus necesidades seculares no satisfechas.

En nuestras serranías se "sintió" la solidaridad de un pueblo en lucha para alcanzar una libertad solidaria predicada por el PRE como espíritu y como tendencias, expresada por la propuesta de leyes morales, reglas económicas encuadradas en la "opción" popular y materializadas con sinceras aspiraciones políticas.

Nuestras clases populares aprendieron en esa campaña política lo que significa "ser en intensidad" para luego "ser en extensión". Lo que significaba que necesitamos por ejemplo, producir, pero no cabe producción abundante sin propiedad privada, sin libertad, sin orden. Porque se volvió a concientizar que la propiedad es un deber social, un interés colectivo.

Que era urgente la identidad con los pueblos indígenas, con nuestros campesinos, cuya única ocupación rentable y actual es matar el hambre.

Se identificó al PRE por todos los que trabajan, por todos los que sufren, por todos los que no han renunciado a la esperanza.

Nuestra campaña de oposición al gobierno buscó educar, regenerar políticamente a las clases populares, abandonadas por siglos y por todos los gobiernos, hasta levantarlas en un movimiento fervoroso que copó a la nación entera, conquistando su libertad al hablarles con la verdad.

Un Partido Político de oposición compendia una valoración de descomposiciones: es un complejo de energía, desarrollándose en continuas elaboraciones. El PRE fortificó la semilla que se engrandece con la presencia del agua: la doctrina del Presidente Jaime Roldós, y avanza firme en la conquista del poder con la conducción del Abogado Abdalá Bucaram Ortiz, único líder popular del Ecuador Contemporáneo.



## **EL POPULISMO EN LA ULTIMA DECADA DEL XX**

**Alfredo Castillo (\*)**

"Los esclavos y los oprimidos se dieron cuenta de que eran impotentes ante los poderosos, ya fueran los ricos de su región o los conquistadores. Por ello, empezaron a confiar que las fuerzas divinas intervendrían para hacer caer el régimen que los empobrecía y los oprimía".

L. Varcl. De la historia del cristianismo.

### **I. INVOCACION A LAS ALMAS MUERTAS**

De todas las ciencias, la Historia es quizá la que menos conoce las determinaciones de sus desgarramientos, determinaciones ocultas tras el azar y la libertad, la subjetividad y la arbitrariedad. Al fin de una época, el camino se presenta entrelazándose al borde de un abismo. Entonces la política, sus momentos, la guerra y la paz generan desechos inevitables.

---

(\*) Director del Partido Liberación Nacional

Entre las épocas se traman puentes: cuando una fenece, el puente se vuelve ostentosamente visible y se viste de infamia, ropaje de la era que nace y rompe el cascarón del tiempo para aparecer sin memoria de la envoltura y sin preocupación por sus antecedentes. Esa apariencia en las relaciones políticas entre sus múltiples nombres tiene uno peyorativo, brutal, supuestamente correspondiente al temperamento y carácter de las individualidades en que se expresa: populismo, su nombre más difundido en el siglo XX, siglo en el que caben muchas épocas, a diferencia de épocas pasadas en las que cupieron muchos siglos.

El XX nace con el nombre populismo y va a extinguirse conservándolo, aunque en cada momento y en cada región del planeta, el populismo haya aludido y aluda a movimientos contradictorios que han concluido en la desilusión, dejando apenas un resquicio de esperanza como *anuncio de otra realidad*.

En todos los casos, el populismo se alista a la destrucción ficticia de lo sacralizado. Induce a una impotente rebelión, propia de la disminución de las muchedumbres que congrega. A ratos su sola presencia atenta contra ciertas relaciones de propiedad, como un reclame para ejercer su guardianía. El caudillo iconoclasta, sustituto del gentío, actúa como espíritu de la masa, y desde esa disposición infunde un terror fantasmal a la intelectualidad de las capas medias, de los propietarios medios, de las casi clases medias, del espíritu medio. Esta intelectualidad se siente afectada por esa *imitación del pueblo*. Y ya no podrá ver qué hay detrás de esas configuraciones que las sociedades exhiben con tanta frecuencia en este siglo.

El populismo va de una clase a otra, de una frontera a otra en sus nociones. Parecería que deambula de un tiempo a otro, recorre el espacio nacional sin verlo, festeja el destino de los adeptos y va configurando en una oscilación pendular aristas, lados, vértices que circundan supuestos escrúpulos. No obstante bastaría seguir el hilo del que pende esa figura para encontrar el Poder.

En los países que tantearon el desarrollo o que lo conocieron, el populismo se adosó a una reflexión económica, activó el romanticismo, proyectó una economía para sectores agrícolas y agropecuarios. Fue la expresión política, aunque lejana en siglos, de la fi-



siocracia; sintió la fuerza y el destino que la producción imponía a los pueblos, previó en ella —en la que se daba en el campo— la raíz de un árbol que crecería y fructificaría en las ciudades.

Ese populismo fue el que floreció a finales del siglo XIX y murió a comienzos de este. Después, el mundo desarrollado conoció otras presentaciones: el culto a la organización monopólica, el militarismo como condición de una prolifera disciplina, el nacionalismo racista, la discriminación étnica como nociones de organización y jerarquías sociales.

Hay otro populismo, el del subdesarrollo, que se ocasiona no en los orígenes del capitalismo, sino en esta fase en la que en sus entrañas palpitan relaciones inéditas. Su pensamiento económico no rebasa la etapa mercantil; lo guía el principio que *nadie gana más de lo que otro pierde* y es imperioso ganar, ganar mucho. Entonces, la política es un arma decisiva para el negocio. Por esto el apoyo de los centros especulativo—financieros, sin importarles la premonición de la presencia populista, en fin, los negocios y “las ganancias son para ahora”, “la Historia es para mañana”, sobre todo en los premeditados productos de las empresas electorales, que hacen del populismo una carnada y del electorado, un pez cautivo.

El populismo es un testigo de sí mismo, de su propia superficie, en la que solo ve lo que convoca. De esta manera, en el Ecuador ha organizado una alegre procesión de esclavos, no únicamente de pobres, porque en el subdesarrollo los esclavos pueden ser ricos y el espíritu de la esclavitud se arraiga en las capas más poderosas de la sociedad sumidas en la riqueza.

Así se realiza la unidad de la miseria y la opulencia. Cuidar la integridad de esta pacífica fusión clama por la inconsciencia que va al paso de un discurso encantador, que condena el presente por los precios altos respecto del pasado, que convierte a la política en tribunal del crimen, que hace de la exposición penalista un suplantador del discurso de los intereses reales y que denuncia la historia del mal en sus adversarios, autores de tantas víctimas.

Ahora *las víctimas son almas muertas*, pobres y ricos, las que pensaron así o de otra manera y las que no alcanzaron a pensar; las que pudieron sentir la adversidad, todas las que, por culpa de sus antepasados, se quedaron en el campo, las que salieron a la



ciudad, las que fueron echadas de la ciudad. Todas, las que no recuerdan, están, en ese instante, marchando, realizando su libertad. Es una marcha de la alegría, ya que el presente les pertenece por premonición y promoción publicitarias, como les pertenece el primer día del éxito electoral.

Al paso de esta procesión, el piso del "sentido común" se estremece. Este sentido común teme y cree ver fuerzas ciegas y violentas en esa marcha, en la que no descubre el colonialismo, la dominación, el subdesarrollo y el alejamiento de la producción, que convirtieron a todo el país en un mutilado, de cuyas perspectivas tampoco el sentido común puede dar cuenta

En este rincón del subdesarrollo, esa procesión de la alegría que organiza el populismo proclama, con alguna razón, que aquí se ha creado un pequeño mundo de sobrevivientes de todas las miserias.

## **II. Y COMENZO EL PUEBLO DEL ECUADOR**

El Ecuador no nació espontáneamente: se fundó o, mejor, fue fundado después de gloriosas batallas, con una población que apenas rebasaba el medio millón de personas en regiones ubicadas bajo cuatro grandes nombres, Sierra, Costa, Oriente y Galápagos (en ese tiempo no se nombraban las aguas territoriales ni el cielo ni el subsuelo y se apuntaba con el dedo, aún sin sustantivos, el espacio cósmico adyacente y la órbita geoestacionaria), que van a ser escenario de lo que bien podría llamarse un pueblo errante en un pequeño territorio. El drama migratorio de la población recorre las hoyas, los páramos andinos y las selvas del Oriente. De las cumbres andinas se irán desprendiendo y multiplicando millares de hombres hacia la Costa que entonces aventajaba levemente el 12% de la población total, mientras en la Sierra se concentraba el resto.

El Estado surgió como una planta de un Poder enraizado en la tierra, que volvía prisionero, a campo abierto, al pueblo con el que se constituyó este principiante país. Se cultivaron y permanecieron las adivinanzas, los amuletos, las charlatanerías, los trucos, las supersticiones, los talismanes, los decires de buen y mal



augurio, una especie de acusado quehacer errante como borrador de la existencia política que contribuyó a fundar esta Patria y que soñó de golpe su destino, en un espacio cada vez más reducido, desde 1830 hasta esta última década del XX, donde la demografía ecuatoriana aún exhibe un pueblo que busca, que divaga en magnitudes y porcentajes de difícil equiparación relativa en el Continente.

En cada sitio la población se incrementó en porcentajes distintos. Al extremo de que para 1990, la población en la Costa rebasó el 50% del total; la de la Sierra giró descendiendo hacia el 45% el Oriente ya cuenta su participación en un dígito y Galápagos, con el 0.1% de la población total, tolera la desproporción entre la población imprescindible para conservar ese memorioso rincón del planeta y su real perspectiva de crecimiento demográfico.

El recién llegado subsiste como tal mucho tiempo, mientras no exhiba alguna propiedad, el tiempo no pasa. Haber arribado ayer da lo mismo que si son 20 años ha ó 10 ó 5. El poblador es solo un inmigrante en su propia tierra a la que no termina de llegar. La propiedad que lo enraíza es minúscula, siempre puede ser arrancado otra vez.

Las contingencias de la evolución demográfica ecuatoriana se acentuaron y se acentúan más, si consideramos las mutaciones de las relaciones económicas. Migrar y transitar en el territorio ha sido menos visible que el paso de una a otra ocupación: de sembrar y cosechar, migrar a cardar, a tejer, a la manufactura, a la artesanía, frecuentemente a la desocupación y a la informalidad, hacia ese antro del intercambio donde el que ingresa no regresa nunca más. Los pobladores transitaron por el miedo, fugitivos de terribles condiciones sociales de discriminación, de miseria.

Aún cabría definir estos 160 años como la gestación de un sujeto más de la Historia universal que se llama el pueblo del Ecuador.

### **III. IRRACIONALIDAD NECESARIA**

Los pueblos y las naciones se sorprenden a sí mismos periódicamente, se expanden o contraen, conocen la esclavitud, el

colonialismo, la derrota, la independencia y la paz. En nombre de la libertad, van cambiando y, en el paso de una a otra cualidad, se apodera de ellos una naturaleza indefinida, de escasa iluminación: se desvanece un contenido en cuyas entrañas se prepara otro. Entonces la espontaneidad rebasa la conciencia y la subjetividad aparece como lo único objetivo, intermedio en el que un actor social indefinido se disfraza y ofrece el espectáculo de la nada en la historia. Entonces junto a sus contendientes escenifican lo reservado al teatro y todos sus géneros.

El populismo tiene muchos rostros según los años, los pueblos, las culturas. Alude a un hecho concreto, con significado universal. Esta universalidad se va convirtiendo en una categoría en la que se reflejan las transiciones ocurridas en la formación de los sujetos políticos. A pesar de toda la riqueza de matices previsibles o previstos, los "modelos populistas" tienen, hasta ahora, un elemento común: su incesante metamorfosis político—existencial. En el Estado, si se opera alguna distorsión en la administración del Poder, sólo queda el rastro del pasado, la solución es una: el golpe de Estado, el derrocamiento, la muerte, la crisis de una razón o la guerra. La causa nunca está en el populismo, pero éste hace las veces de ella.

El populismo esporádicamente desgasta una minúscula imitación de los procesos revolucionarios, va con los ascensos y ceremonias de los golpes de Estado y de los golpes electorales; se mece del fascismo a las aproximaciones reformistas y, no obstante, aún podría ser un elemento en la modificación del Poder en América Latina hoy, cuando *los intereses continentales*, bajo la hegemonía de Estados Unidos, tienden a *reordenar el antiguo Poder oligárquico* en su disputa por el mercado mundial. Este factor reconstituye las relaciones de Estados y naciones del Continente y ajusta la función del populismo. Tal ajuste se orienta hacia un Poder menos ajeno a la producción en unos casos y, en otros, simplemente más cercano a los requerimientos técnicos de la economía.

Cada versión del populismo subdesarrollado está referida a una intuición política cuyo destino es una nación concreta. Sus caracteres los fija la composición social y la renovación a que está



sometida.

En países subdesarrollados, *los exponentes sociales que sufren mutaciones permanentes* poseen rasgos populistas. Estos rasgos se han desprendido de esquemas doctrinarios, fervores jurídicos, fiscalías de la fe, fijaciones institucionales y se han juntado como una basura asignada a la industrialización. El *carácter ilustrado o lumpesco* de esta representación depende de factores secundarios, pero la causa principal del fenómeno populista está en la transición.

Las vicisitudes de la transición aportan a los partidos el atributo del mimetismo, que no es únicamente adaptación a cada circunstancia, cuanto —y sobre todo— autoprotección de ella.

El populismo ha pospuesto la racionalidad reque-teconocida de los intereses para acogerse a la irracionalidad. Ofrece lo contrario de aquello que ofrecían las viejas políticas, cuya desgastada razón agoniza junto con su estupefacta lógica ante el aparecimiento de la irracionalidad.

Una peculiaridad del populismo es su múltiple moral, no la inmoralidad, sino la ausencia de una constante desde la cual se comprenda la inestabilidad social y sus diferencias para destacarlo que justifica el quehacer de cada instante. La moral contemplada sólo reviste la inmediatez sin antecedentes. Para el populista lo cotidiano sin historia es el ámbito de la política, son suficientes los convencionalismos, la devoción por las virtudes de los vencidos y la comedia de la existencia política. Se diría que tal muchedumbre es un pueblo novato, sin serlo, desecho de pueblos viejos que huyen y que no saben con precisión dónde están, de dónde vienen ni a dónde van, porque no tienen posibilidad de imaginar una memoria más allá de cada una de las memorias individuales, del escape individual, medio en el cual todos terminan orgullosos de la supervivencia. Cada vida es un tiempo excedente de una población excedente, un desperdicio lanzado a la economía informal que experimenta una vendetta redistributiva sin haberse disciplinado jamás por el trabajo productivo, que se ocupa en el toma y daca de un submercado de ilusiones, limosnas y migajas, como si el intercambio de chuchería por chuchería fuese la justicia misma y cambiar la vida por la muerte, la igualdad.

#### IV. PREDICA DE CORTE

El populismo recorre una geografía donde se imbrican la ansiedad y la miseria de un sector de la población prematuramente envejecido, de multitudes que deploran la caducidad de sí mismas, que reclaman vivir un día más.

En esa desesperación se cultiva mejor el soborno, en el pueblo no. A un pueblo le corresponden la utopía, la esperanza y el interés, independientemente de si se dan o no las condiciones para su realización; a una masa social en formación le corresponde una concepción distinta de la supervivencia, la de la inmediatez que admite cualquier cualidad en pos de la existencia instantánea.

Las versión más contratista del populismo incuba el delirio de crear un territorio propio, suyo y de nadie más, donde no medie el pueblo, un territorio y masas federales, un paraíso.

Este federalismo, como negocio, alucina a la oligarquía, que codicia un Estado exclusivo, donde vivan ellos y los trabajadores, un pueblo—muchedumbre que aplauda, observe, pague, tribute, trabaje y consuma, que pida a Dios, que no cuestione, que obre en las demandas y las ofertas, una oleada grande que divague en ruidos—no en palabras—, sin voz, solo oídos, sin voluntad, aturdida por causas inmediatas y, lo mejor de todo, sin memoria. Son los desvelos del Poder especulativo.

Esa muchedumbre no tiene derechos, ruega por la gracia, el perdón y un caudillo que se encargue de hacer obras, obras que le pertenecen. Son milagros, el caudillo solo las hizo, las financió, las premeditó, las construyó. La masa no existe para su política, concurre para su discurso, y, desde el Estado, se la ve deleznable, que no es base de apoyo ni objeto de entrega, sino parcela del mercado de ilusiones, de la informalidad, del manejo tributario, de los precios de la tierra y la administración de justicia. La expectativa, que negocia el populismo, es siempre figurada ni siquiera se trata de una esperanza sino de una ilusión.

La exhortación populista que precede a su victoria se hace desde lo que el auditorio impone. Luego esta victoria se liga al Poder y no a él. Pero antes, la inconsciencia y los premeditados de- cires publicitarios la concentran para escuchar lo que quiere:



cambios de fortuna, sufrimientos de los dirigentes, la adusta seriedad de un mando moralista, disciplinado e inequívoco. La multitud arrebañada es convocada a depositar su voto por una fábula que deberá ser sustituida por los signos reales de los intereses reales, del ejercicio real, de la administración real del Poder.

Cualquier llamado al pueblo pretende educar a la masa en su identificación con el caudillo. Preparada así, carece de confianza en sí misma, actúa desde el fetichismo, su fuerza emana del individuo que hará el milagro, al que impulsa y enaltece. Frecuentemente lugares comunes —que son medias verdades— avisan que al electorado no le interesan los partidos sino los individuos y que estos no tienen otro atractivo que los atributos de su individualidad.

El individualismo que reproduce el caudillo, referido a la masa conservadora, invoca los prejuicios y los mandamientos dominantes en lo cotidiano. Es forzoso que la masa divulgue que él debe asumir la orientación del Estado, que su voluntad será el derecho, que la religión verdadera se identifica con él y que las esferas de la vida responden a su palabra, a la que dice frente al pueblo, no a las que escucha, obedece y acata de espaldas al pueblo, palabras inefables para el guía, que se acunan en otro templo y pertenecen a un dios distinto del que se venera electoralmente.

La imagen del líder esboza algo providencial y precipita la degradación política, si se trata de una premeditada imitación para instar a los votantes a una búsqueda mística de salida. En todo caso, el libreto de ese calvario y su papel principal se escriben exaltando las fantasías del electorado, multiplicando la candidez en la masa. Este avasallamiento asimila el electorado a un rebaño que nutre el matadero de los esfuerzos inútiles, de la inflación, desocupación, estancamiento, economía informal, subdesarrollo, mitología política.

Un discurso populista es heterogéneo, se adapta a cada región, a cada sector social. Esto acarrea fogosidades políticas que alimentan demandas regionales y anteceden a los agudos enfrentamientos interpartidarios.

*La ideología del populismo se mueve en los márgenes estrictos de la ideología dominante y destaca los extremos de esta ideol-*



ogía. En el firmamento de la irracionalidad, el péndulo de sus momentos va desde el pensamiento mágico supersticioso hasta el prejuicio de una supuesta racionalidad sostenida por la lógica de lo solo aparente. Detenta un remedo de la liturgia religiosa, gime por santones y apariciones: lo que es dinero y acumulado, capital y bien usado, finanzas. Sus acciones especulativas son Poder y el Poder lo es casi todo, sólo falta repetirlo todo otra vez. En este contexto, las culpas se purgan y desaparecen, por eso los enemigos dejan de ser enemigos y los puros se hacen pecadores, los amigos se vuelven enemigos y luego el sufrimiento enmienda lo que la conciencia no admite.

Las condiciones de percepción de la naturaleza consagran la racionalidad y la irracionalidad. Transfieren a las ciencias naturales un cierto rigor lógico y la certeza de que por el camino descubierto continúa el movimiento de todas las cosas. Mientras a la Historia abruma con un exceso de irracionalidad, de insinuaciones ilógicas, de absurdos. Todas cualidades que pertenecen al proceso del conocimiento en esa fase de percepción donde se recrea la ideología.

La naturaleza política comporta la racionalidad, la apariencia de indeterminación y la irracionalidad. La irracionalidad aflora generalmente en un intervalo histórico y es una pausa en la razón de cada época, porque la lógica en la política se circunscribe al Poder en que se sustenta, Poder que es su condición de existencia. Y la irracionalidad es la ruptura de esta condición que abre paso a otro Poder que la negará en nombre de su propia y superior lógica en un tiempo que, a veces, suma el de muchas generaciones.

La valoración sobre el populismo adviene de la lógica que fenece o de la que la historia gesta, porque el populismo es la irracionalidad ilustrada o bárbara en la que se consume el tiempo final del viejo Poder y es también la irracionalidad que usualmente remedia y pospone la necesidad del nuevo Poder. Siendo su atmósfera la totalidad, invade todos los intereses sociales manchándolos o adornándolos, inevitablemente, de populismo.

El populismo no es singular, es pluralidad que integra y asocia alicientes variados, que en la superficie exhibe la locura o la vileza en actores contradictorios, armoniosos o maléficos, oposicio-



nistas o aliados. Es un remolino y una inclemencia en las palabras, es una ansiedad concentrada, es el tiempo de la incertidumbre en todas las direcciones.

Siempre habrá una oportunidad para afirmar que el populismo no existe, que sólo es el drama de un grupo al que hay que liquidar electoralmente para circunscribirlo a la unilateralidad de una organización o tendencia. Así la transición y sus consecuencias políticas tampoco existen.

El populismo como miedo al futuro es una resistencia a leer nuestro presente y el inmediato pasado. En el Ecuador, el odio obcecado al populismo es la huella de una experiencia populista no criticada, que impide conocer sus funciones y cualidad sociales.

## **V. UNIVERSALIDAD DE LA TRANSICION**

Es poco verosímil un país que, en los siglos del capitalismo, no haya conocido la aristocracia, el dinastismo y la vulgaridad populistas. Es inverosímil, más aún, un ámbito político donde la tardía aparición populista no haya precipitado reformas, donde las culturas y las agrupaciones no hayan cumplido una función populista en la maduración y el desate de una renovación del sistema. Los actores sociales en transición susurran al oído de distintas clases, pertrechan sus relaciones, imaginan convulsiones nacionales, exhiben la aptitud o estrechez del populismo sumándole adjetivos como democrático, fascista u otro cualquiera que lo acompañe en cada circunstancia. De aquí que el populismo no se reduzca a una condición subjetiva: su condición objetiva se desenvuelve en ausencia de una figura colectiva que defina sujeto histórico alguno, viene y se va como síntoma y no como hacedor de la transformación.

Cuando acaece una transición, una de sus manifestaciones es populista. Así fue en los grandes momentos del capitalismo, de la libre empresa al capitalismo monopólico. Y en los países subdesarrollados, de la colonización a la independencia y las obligaciones neocoloniales. Así fue en la Europa en los años 30, lo fue al terminar el siglo XIX en Rusia, el primer movimiento político "antinegocios" en los Estados Unidos, en los años 80 del siglo XIX, con su

exigencia de control gubernamental de Wall Street, de los precios de la agricultura, de las horas de trabajo y de los jornales. Asia ha tenido muchos ejemplos de esa tipicidad y en Africa han habido manifestaciones similares, tanto en los movimientos anticoloniales cuanto en la superación de las guerras tribales y los enfrentamientos interétnicos.

La relación de la Segunda Guerra Mundial con la continuidad del populismo es importante. Tuvo líderes populistas que encarnaban intereses excluyentes de cada nación, en los bandos diversos que estuvieron en disputa; ocurrieron transiciones entre las dos Guerras en la Unión Soviética, en Alemania, en Italia, en el conjunto de Europa. Esto influyó decisivamente en América Latina.

Los símbolos populistas han tenido en el desarrollo del capitalismo caracteres que fueron perdiendo el nexo con sus antecedentes y amontonándose en cada transición.

Las revoluciones de los siglos XIX y XX interiorizaron ciertas particularidades populistas, una variabilidad ideológica en la simbolización de los procesos de transición. Los lideratos irrestrictos, la perpetua representación individual son expresión de estas inacabadas apariencias en la historia. La abundancia de sus perfiles no suprime la regularidad de su función.

A más de ser un anuncio de la transición, el populismo es un fenómeno exterior y, a veces, fugaz en los procesos revolucionarios del siglo XIX y XX, exterior a los contenidos ideológicos y exterior a la naturaleza social de esos procesos, fenómeno configurado en calidad de síntoma del cambio de la totalidad.

La transición, que germina a partir de 1989, sumerge a la escena internacional en una bóveda con caracteres populistas. La guerra del Golfo Pérsico muestra a sus contendientes con signos contrarios o convergentes, con simulaciones de alianza o con atemorizadas declaraciones, en la imposibilidad de aquilatar un conflicto que no sucedió, como se dijo, entre Irak y las Naciones Unidas ni por la liberación de Kuwait, ni siquiera entre Irak y todos los aliados, ni su conclusión se reduce a la flemática gestión diplomática de algunos miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

Esta guerra transparente una fase del nuevo orden interna-



cional en el *control militar del petróleo* por parte de Estados Unidos. Se esfumaron en ella los espejismos de una *Comunidad Europea independiente*. Se trazó el destino de la política internacional para los próximos años. Se fijó un curso de dispersión para las naciones del agonizante Tercer Mundo. Japón redescubrió que no basta saber ni solo producir. Esas batallas fueron hostilidades anticipadas entre los aliados.

La ONU, la Comunidad Europea, la esperanza de un equilibrio han sido embalsamados para la negociación internacional y la ideología mundial; sirvieron para una arenga de extraña similitud con la afirmación de que la verdad histórica sólo es la prédica de la fuerza y la propaganda de los vencedores.

Irak fue destruido, las bombas no sólo llegaron a Bagdad o Basora: extinguieron su tiempo y dejaron gran parte de su futuro, desolado. Esta guerra sumerge en la penumbra las relaciones internacionales, penumbra propia de toda transición, transición que comenzó en 1989.

## VI. HISTORIA SIN TIEMPO

La historia de nuestro país ha estado plagada de connotaciones evolucionistas, impregnadas de rasgos populistas bajo estilos matizados por el protagonismo de individualidades civiles y militares. El populismo creció y se extendió entre el pequeño propietario y la economía informal, apareció de los bajos fondos en el campesinado y se sumaron la volubilidad de las capas medias y las mafias que hicieron fortuna.

La tierra que fue un instrumento feudal se transforma en las urbes y en los sectores suburbanos en un instrumento desclasado. Los poderes locales, especialmente los municipios, se atrofian por asumir una *labor almáciga de proposiciones populistas*. Las cuasi organizaciones por la tierra o en defensa de la tierra y los servicios alrededor de su conquista son un motor para lograr la mansedumbre de los desesperanzados.

El populismo de fines del XX en el Ecuador tiene una de sus fuentes en la desintegración del agro y la disolución de una corriente étnico—nacional en los centros a donde migran los indíge-

nas y donde se estancan como poblaciones suburbanas y se avencindan como nuevos indios. La transición se cataliza, el mestizaje que surge en esas zonas es un indicio de las limitaciones para la emergencia de un sujeto social y de otros modos de vida de la sociedad; a la par, el populismo paradójicamente constituye el prototipo de la imposibilidad de construir una representación política propia de esos sectores de la población.

En un sector de los asentamientos suburbanos se restablecen relaciones interétnicas, puerta adentro se habla quichua. La lengua materna es distinta al idioma de la calle donde se mezcla con otras relaciones étnico—culturales. A veces en la ciudad se oculta la cultura quichua, el idioma, la pertenencia étnica y, por lo tanto, la política y el interés que realmente protegen. Los indios inmigrantes en su tierra, refugiados en el mestizaje, se vuelven clandestinos entre sí. Entonces se acude al populismo para vestir un antifaz, fenómeno propio de las etnias discriminadas, reprimidas y desconocidas.

Algunas tendencias populistas enfrentan la ambigüedad de su identidad social y se proveen ideológicamente de todo lo que encuentran. Quisieran hallar la superación en los actores sociales nacientes, de los cuales alguno ha florecido con un discurso propio, el discurso indio, testimonio que enriquece la evolución de la nación ecuatoriana. Pero este tipo de populismo de fines del XX está muy cerca, casi adherido al viejo Poder y se reduce a ver en los pueblos indios un mercado más, otro espacio de inversiones, otra contraparte de contratación y, en esta opacidad se hace más perceptible su carencia de identidad.

El pronunciamiento electoral por posiciones populistas es una manifestación contra la política gobernante, intuición que desde las propias masas podría reorientar el Poder bajo las actuales condiciones internacionales, en las que es imprescindible contar con el renacimiento de los pueblos indios dispuestos a decir en coro: "existimos a pesar de todo".

*La razón populista* solo considera el presente y ese presente posee un sitio, un lugar que no ingresa en la cadena del tiempo. El tiempo político compete a una memoria, en la que realiza su racionalidad, pues el populismo hace del tiempo una sombra que tu-



tela la existencia inmediata. El populismo posee aisladamente la razón de cada instante. Su ser se realiza en una amnesia contagiosa: pocos recuerdan alguna relación con él y, simultáneamente, borra la memoria de quienes lo vivieron. El populismo en el Ecuador, a más de insinuarse en todos los partidos, ha sido un espacio de alianza de todos los partidos, espacio que nadie recuerda ni quiere recordar. Sus huellas son apenas ruinas. Su novedad es posible gracias al olvido de hoy. Así, la intelectualidad media encauza una visión proteica y reductora del populismo, por sus temores y aversiones a lo que atenta contra la "racionalidad del sentido común" —no el de todos, que no existe, sino el sentido común de quienes están habituados a armonizar, como teoría, todo lo obvio—. El mundo —su mundo— debe unirse para enfrentar esta "peste suburbana" de especímenes incapaces de pensar, de obedecer, de tener buenas costumbres. Para ese sector, lo peor del populismo radica en la perniciosidad que concentra, cuyo paradigma mayor es el caudillo y sus sin razones.

Para los intelectuales del Poder la irracionalidad es casi natural y posee suficiente distancia respecto a sus intereses reales, o suficiente contacto y control como para afectar la comprensión de su necesidad. La irracionalidad en el movimiento social ha sido, durante la evolución del hombre y hasta lo que vislumbramos, un medio y una ideología del ejercicio del Poder como lo ha sido también de la impotencia de las masas y las individualidades subyugadas.

## VII. LA ATMOSFERA POPULISTA Y SUS ASPIRANTES

Los partidos políticos ecuatorianos poseen rasgos que los enlazan con el populismo. Las variadas comprensiones acerca del populismo, la relación premeditada o espontánea con esa evolución, la aprobación o la impugnación a ese fenómeno acopla diferencias y aproximaciones de los partidos. Las insinuaciones populistas están en el quehacer de las organizaciones políticas del Ecuador. Por esto *adherir o repudiar inconscientemente* al populismo son dos recursos de una misma afirmación, en tanto su negación es el único destino de la transición, que significa la presencia



política de otros intereses sociales y la conciencia de su posible organización en un nuevo Poder.

Los sistemas políticos del Ecuador, superpuestos y envejecidos por la agonía de los procesos que los han procurado, se aferran al pasado, presienten, igual que el decadente Estado, en la condición populista externa y en las tendencias internas su propia agonía, dejan de argumentar para especular diciendo *lo que no puede ser*, casi de manera ritual.

Las coberturas del Poder se han encarecido por la inflación y la transición y también por la elevación del precio impuesto por los sectores que amenazan al Poder con las ficciones reivindicativas con que atrapan al electorado, ficciones que cumplen un doble espejismo: encantan al tropel de "los pobres" y, por otro lado, preservan los intereses reales que no se anticipan en los anuncios electorales, pero que han de satisfacerse en el ejercicio de cualquier instancia del Estado. Así lo hicieron todos los gobiernos de la penúltima década del siglo XX: la DP, la ID, el PSC y sus acompañantes.

Ahora, las inversiones destinadas a producir exponentes políticos resultan de altos costos y de limitada eficacia económica inmediata. Su ventaja radica en la posibilidad especulativa, en la que el Poder realiza su naturaleza y ejerce una especialidad. De ahí que sea imprescindible en la estructuración del Estado, en la elección de sus dirigentes presupuestar el riesgo en el populismo; la certeza de la fidelidad inamovible del mandatario y la función protectora del discurso populista. Por todo esto, sus símbolos complacen tanto tiempo en vitrina y es tan lento su acceso al sillón presidencial.

En los países atrasados se diferencian, contraponen y separan el rol de los partidos, del papel de sus mandatarios en la dirección del Estado. El Poder se muestra indeciso ante el debut de siluetas de la política que enumeran lo que reitera la vehemente o apacible agrupación de colores atribuibles al populismo. Luego distingue que el populismo cambia y el Poder está con el cambio, allí encuentra sus mejores candidatos y jefes políticos y en su movimiento, la catarsis de la desesperación que tanto reclama todo callejón sin salida.



La práctica real de los partidos Izquierda Democrática y Social Cristiano confirman este fenómeno, en particular el segundo, cuyo abandono de cualquier vínculo doctrinario y su incorporación a la política mercantil hacen de la empresa electoral una gestión de incuestionable rentabilidad, más aún a partir del 17 de junio del 90, que acredita el éxito, argumento supremo ante los inversionistas.

El PSC fue siempre un partido del *stablishment*, creció supeditado a un férreo apoyo populista como el de Velasco Ibarra a Ponce Enríquez. Doctrinario y con profundas raíces en demandas terratenientes, desde sus inicios fue subordinado por sectores de la exportación que en los años 50 disfrutaban del velasquismo, el liberalismo y el conservadorismo. El populismo no fue la naturaleza del Socialcristianismo, pero en su gestión gubernamental, liderando el Frente de Reconstrucción Nacional, ya se presentó populista. Hoy el Socialcristianismo opta por una alegoría populista, elemento de atracción del electorado y en favor de "los más pobres", su control de grandes medios de comunicación hace que la *opinión publicada* en un electorado cautivo subrogue a la opinión pública, de ahí la importancia de algunos medios de comunicación como substitutos de toda reflexión. La muchedumbre y el individuo disperso se convierten en pared blanca sobre la que se proyecta lo que a bien tienen esos medios. Lo proyectado se define como propio de la muchedumbre y la opinión publicada como opinión pública.

El Partido Conservador, primordialmente por su pasado, tiene un nexo con la posición populista. Lo mismo podría decirse del Partido Liberal, cuya descomposición parece irreversible a pesar de su significación histórica.

Poseen en su origen rasgos de causalidad populista los partidos Pueblo Cambio y Democracia, el Partido Pueblo y el Partido Roldosista Ecuatoriano, que se formaron ante la descomposición de la alianza del CFP con la Democracia Cristiana y el mesurado apoyo del FRA.

Del resquebrajamiento interno de Concentración de Fuerzas Populares, retoñará uno de los referentes importantes de las dos últimas décadas, Jaime Roldós Aguilera, quien no alcanzó a hacer

lo que de él se demandaba, pero en quien se imaginó la respuesta que la muerte le impidió ofrecer. La Democracia Popular alcanzó el pináculo gracias a que anidó electoralmente en el seno de esta tendencia del movimiento populista del Ecuador.

El APRE como signo legal se ha rehabilitado con la presencia de un liderato inmerso en una mutación propia de la transición política.

Hay una presencia populista en la conducción partidaria y, sobre todo, gubernamental de Izquierda Democrática. Incluso la tradición velasquista en el ejercicio del Poder se ha reeditado en los gobiernos de la última década, señal de una condición social, cuya impronta, como cicatriz o señuelo, marca la práctica política en todos sus niveles.

El Partido Liberación Nacional —quizá la organización más alejada de políticas populistas y, al mismo tiempo, dispuesta a admitir las consecuencias de sus determinaciones— reconoce, como una de las condiciones exteriores de su origen, su relación con un proceso que figuró encarnar la transición.

El Partido Socialista Ecuatoriano, en una de sus tendencias y en la percepción de un sector de su electorado, incorpora una conducta populista.

Todos los partidos y movimientos políticos, al igual que la mayoría de las organizaciones e instituciones sociales y el Estado han experimentado en su seno el populismo. Alguna vez, al ser preguntado por las corrientes políticas en el Ecuador, Velasco Ibarra dijo: "aquí, señor, sólo existe el velasquismo, se es velasquista o enemigo de Velasco Ibarra, pero todo es velasquismo, lo único que cambia es el signo".

## **VIII. SE ELIGE A LOS ELEGIDOS**

Las elecciones de 1990 revelaron elementos desusados del despliegue del populismo. El 17 de junio demostró que el populismo en el Ecuador es la atmósfera de la política que, junto al envejecimiento de las clases y sus organizaciones, marcha hacia una impredecible tempestad.

Los actores de la política ecuatoriana fueron violentamente



conmovidos por la adhesión a un alegato populista que tuvo una base regional extendida a todo el país, y que en las elecciones de junio del 90 sobrepasó el 50% del total de los votos válidos.

Establecer la suma de los votos que ratifican posiciones populistas implica la imprecisión propia de los eventos electorales. Esta suma no sólo se integraría con las votaciones de los partidos que a priori son identificados como populistas: el CFP a base de su tradicional control regional, el PSC con su actual embelecamiento desde una dirección que no descifra nada de la doctrina del partido, el PRE y su providencial jefatura podría llegar a ser la más depurada faz del populismo cuyas promesas arrebatan a una porción del electorado. A ese subtotal se agregaría la votación del FRA y habría que añadir a ella, a pesar de la ideología del elegido, la votación del PSE en la provincia del Guayas. En esa suma caben, además, los votos de otros partidos. Quizás algunos podrían eludir circunstancialmente caracteres populistas, pero, en general, estos han estado presentes en todos.

La estructura de la población económicamente activa (y sus causas) en la Costa y el origen demográfico de su conformación, han hecho de esa región la fuente de influencia y lujuria electoral de las políticas más acentuadamente populistas. De ahí que en la Costa la votación por los enunciados populistas haya obtenido el 66% de la votación válida de la región, mientras en la Sierra la votación que adhirió a esas posiciones alcanzó el 29%. Bajo la condición populista estos porcentajes integran posiciones políticas distintas.

El amontonamiento electoral en el Guayas, que inicialmente podía ufanarse de aportar al populismo el 80% de los pronunciamientos disminuyó, esta vez, relativamente. La fuerza del voto populista desbarató los linderos provinciales, respondiendo a los partidos o las políticas que llaman desde un conjunto de comunicación y un lenguaje fascinante para la masa. En la Sierra ecuatoriana el crecimiento del populismo se ve favorecido por la 'conversión' de millones de desesperados hacia esta fe electoral.

El discurso populista pasa por contrario a la conminación al sacrificio. Ofrece un paraíso sin fronteras ni árboles frutales, ni serpientes, con adanes, evas, abeles y caínes y con un elegido al



que hay que elegir. En cierta forma, el populismo momentáneamente suprime la actuación política del pueblo para conservarlo exclusivamente en el escenario electoral.

En junio del 90 se probó la seducción electoral del populismo, su cualidad bautismal en la política ecuatoriana, en las decisiones y posiciones ideológicas, en las alianzas y todas las prácticas de la sociedad y el Estado.

Ese 17 de junio mostró la expansión del populismo y una dilatación de esta esfera ante los ojos del individuo, aislado en el intento de salir de la desventura por la magia contemporánea que ejerce la democracia electoral en el mundo subdesarrollado.

## **IX. MULTIPLICAR LOS PANES O MORIR**

La industrialización durante la primera mitad del siglo XX concibe diferencias abismales en América Latina. A partir de la Segunda Guerra Mundial se inicia un incipiente movimiento de homogenización y, para los años 90, es común la tendencia a la incorporación de todos en una media que corresponda a la participación del producto industrial en el PIB total.

En los avances tempranos de la industrialización latinoamericana el fenómeno del populismo se presentó en las organizaciones burguesas o nacionales e incluso en los partidos que se reclamaron obreros y que optaron por una significación excluyente de otros intereses nacionales, fenómeno espontáneo, pero catalizador, en algunos países, México, Brasil, Argentina y Chile, de un populismo basado en las masas trabajadoras, fundamentalmente obreros, ejecutantes del inicial vértigo industrial.

El anquilosado sometimiento de los Estados latinoamericanos ante Estados Unidos ha sido cuestionado y en este instante, la misma nación del Norte, uno de los tres polos de la economía mundial, requiere para continuar "asociado" un mayor nexo con la tecnología en América Latina, capaz de armar el desarrollo económico de la región, nexos con la jerarquía y la dominación concernientes a los intereses nacionales norteamericanos y al desarrollo desigual colectivo imprescindible para que Estados Unidos enfrente la tripolaridad del mercado y la economía mundiales



desde este continente.

El atraso y las limitadas demandas del mercado que ha supuesto la estructuración empresarial en el Ecuador estaban trabados en una protección de doble función: buscaba, por un lado, mantener al sector industrial debilitado y, por otro, inmovilizar la subordinación a los requerimientos de auxilio a productos de baja capacidad competitiva, de alta absorción de fuerza de trabajo barata, de casi ninguna modernización técnica que convierta a la amortización en mecanismo de incremento de beneficios en desmedro tecnológico—estratégico de la empresa y, al mismo tiempo, que debilite históricamente a la economía ecuatoriana.

Para el sector especulativo—exportador, el proteccionismo fue un amparo de su hegemonía, vinculada a las finanzas a nivel mundial que imponen parcialmente su progreso tecnológico, hoy electrónico, y la funcionalidad con el sistema monetario internacional. Coincidentemente los sectores de la producción, a cambio de posponer su presencia alternativa en el Poder, obtienen excedentes bajo un proteccionismo que acuna el fracaso, que cultiva una explotación sin riesgos inmediatos, que arraiga la irresponsabilidad histórica del empresario. Tal alternativa de Poder, bajo condiciones de superación científico—técnica en la producción, es una necesidad que posee viabilidad práctica en el Ecuador bajo los actuales reagrupamientos de la economía mundial.

Las ideologías de esos dos sectores se corresponden en un juego curioso. El sector financiero clama por el libre cambio, por el libre flujo de capitales. El sector de la producción rememora el proteccionismo y suspira por la intervención del Estado que eleve su competitividad mediante la reducción de la capacidad de los productos importados.

Los industriales mantuvieron mucho tiempo silencio ante este empantanamiento del Estado, pero hoy, cada vez más, pretenden transitar de la protección al financiamiento de la renovación empresarial. Esta renovación no se logró ni tampoco devino en factor que cuestionase la participación del Estado, sino a partir de la tirantez de las tensiones de la economía mundial que van evidenciando la vetustez de los procedimientos productivos en el Ecuador y políticamente, la responsabilidad del sector especulati-



vo—exportador por su retraso. Es decir, el cuestionamiento se revela no sólo por la obsolescencia tecnológica sino por una representación política no correspondiente con la transición que reflejan la economía y el mercado mundiales. El Poder especulativo quisiera ser una cárcel para el tiempo sin barrotes ni paredes, que de allí no salga ni un minuto que lo niegue.

En el Ecuador, el tránsito de un Poder a otro está desbordado por fenómenos y mutaciones de las nuevas agrupaciones de Poder, por configuraciones marchitas del viciado Poder especulativo. Ideológicamente este tránsito se realiza en imputaciones, falsos optimismos, falsos pesimismos, uso descompuesto de la estrechez social que se fustiga con el nombre de populismo, recipiente en el que cabe lo peyorativo con que ciertas fantasías resuenan en los lamentos de la última década del siglo.

El proceso de mayor contenido que vive el Ecuador en este último decenio del XX es el tránsito de este Poder especulativo hacia un Poder ligado a la producción, al desarrollo económico y la disputa por su control; esta es una de las consecuencias y la lectura más cercana a la realidad social de las elecciones de junio del 90.

La producción como proceso de subordinación de todas las reivindicaciones a las demandas de su desarrollo, espontáneamente busca la ampliación y renovación de las estructuras sociales y, naturalmente, una ideología con más vínculos universales. Esta transición mundial proyecta claramente la tempestad social periódica y trasluce fenómenos políticos, para uno de los cuales el populismo es la denominación de lo que se esfumará después del espectáculo.

En la transición entre el pasado y su destino, hay un armazón que no es cualquier presente y que junta esos materiales tan desgastados, tan versátiles, tan dispuestos al mimetismo de la ilustración y la barbarie, tan sin obstáculos éticos, tan apropiados para ser el desecho del cruento nacimiento de una fuerza que dote al Estado ecuatoriano de otra estructura y funciones para empujar la economía nacional, cuyas fronteras sienten cada vez más su agonía, impuesta por las fuerzas motrices internacionales, por la hoy visible *unidad militar de la economía mundial*.



En una época cuyo verdadero nombre no ha sido pronunciado aún, no es posible escapar a la atmósfera de la transición. Hacia el XXI, la política ecuatoriana contará, más que hoy, con el ambiente populista en sus partidos políticos, en la divulgación de los intereses sociales, con la moral transitoria y las relaciones que impone el desalojo del viejo Poder.





## **LOS CONTENIDOS SOCIOLOGICOS DEL POPULISMO**

**Iván Fernández Espinosa (•)**

### **I. QUE ES EL POPULISMO?**

Es indispensable que partamos de una definición del populismo para poder adentrarnos en el análisis de uno de sus rasgos más difíciles de precisar: el contenido sociológico del populismo.

Reconociendo que elaborar un concepto de un fenómeno político tan complejo es prácticamente una tarea imposible, no solo por las limitaciones que todo concepto supone, sino por el amplio debate que existe en el Ecuador y América Latina por definir este fenómeno político, sin embargo de ello, para efectos de lograr sistematizar por lo menos los rasgos más comunes del populismo, se tratará de hacer un esfuerzo de síntesis y acercarnos a una definición que sirva de base para desarrollar el tema de este artículo <sup>(1)</sup>

La experiencia histórica latinoamericana demuestra que los

(•) Sociólogo y analista político

(1) Para un análisis más profundo del concepto del populismo véase: Fernández Iván y Ortiz Gonzalo; *La Agonia del Populismo?*, Editorial Plaza Grande, Quito, 1988.

tres populismos clásicos más conocidos (Juan Domingo Perón en la Argentina, Getulio Vargas en Brasil y el de Lázaro Cárdenas en México), compartieron al menos los siguientes rasgos comunes:

- Fueron movimientos políticos que rebasaron el sistema tradicional de representación política partidaria.
- Expresaron alianzas de intereses pluriclasistas de corte antioligárquico.
- Sus bases sociales y espacios de movilización fueron fundamentalmente urbanos.
- La "ideología populista" se constituyó en una serie de enunciados antioligárquicos, pero políticamente ambiguos con ciertos elementos de un nacionalismo burgués y un anticomunismo.
- Fueron movimientos políticos comandados por un liderazgo popular—caudillista, donde la preminencia del líder o los rasgos de su personalidad fueron muy importantes para movilizar a las masas <sup>(2)</sup>.

Si se compara estos elementos o rasgos comunes del populismo latinoamericano con los populismos ecuatorianos (Velasco Ibarra, Asaad Bucaram y Abdalá Bucaram), bien se puede afirmar que también son características que se asimilan a estos casos, con excepción del segundo aspecto arriba citado (alianzas pluriclasistas de corte antioligárquico), que en el caso ecuatoriano, dadas las características específicas de su matriz económico—social, no se han dado, y este es, como se verá más adelante, precisamente un elemento central a tomar en cuenta para definir los contenidos sociológicos del populismo.

En síntesis, se puede definir al populismo como un fenómeno político ligado a determinado momento del desarrollo económico y social de los países latinoamericanos y que presenta al menos dos rasgos sobresalientes :

- a.—La presencia activa pero inorgánica de las masas en el escenario político.
- b.—Una modalidad ideológico—política específica de tal presencia <sup>(3)</sup>

---

(2) *Ibid.*, pág. 17

(3) Cueva Agustín: *El Populismo como Problema Teórico—Político*. En, *Las Democracias Restringidas en América Latina*. Ed. Planeta—Letraviva, Quito, 1988. Pág. 109.



La primera característica hace referencia al hecho de que el populismo no se sustenta en partidos políticos estructurados al estilo clásico, de "cuadros", con una militancia orgánica y lealtad a principios de organización social (proyecto político); sino que más bien constituyen movimientos inorgánicos de masas de tipo caudillista.

El segundo rasgo tiene que ver con la ambigüedad del discurso ideológico populista, pero dentro de esta ambigüedad en la que nunca se define con claridad el tipo de cambio social propuesto, hay la presencia de ciertos elementos o más bien consignas antioligárquicas y de un tibio nacionalismo.

Entendido así, "grosso modo", este particular fenómeno político, establezcamos las especificidades con que se presenta en el caso ecuatoriano.

## II. EL POPULISMO EN EL ECUADOR

### 2.1 Antecedentes

Para el caso ecuatoriano partamos en primer lugar de una consideración: la forma histórica de dominación política más común ha sido el caudillismo. Desde Juan José Flores, pasando por García Moreno, Eloy Alfaro, Velasco Ibarra o caudillos "más pequeños" o coyunturales, en general no fueron sino la expresión personalizada de una forma de **denominación política con exclusión social**. Dominación por delegación, a partir de mecanismos ideológicos o clientelares, el caudillismo ecuatoriano siempre se ha dado en una realidad social profundamente marginalizante, se ha excluido a las masas populares de una participación real en los procesos políticos y en la gestión del Estado en sus diferentes niveles.

Así pues "en la historia del País los caudillos —civiles o militares— asumieron un papel providencial, considerándose hombres indispensables, capaces de imponer autoridad incluso por encima de la constitución y las leyes. El caudillo se revistió de republicano y demócrata, en una sociedad que conservó inalterada la condición indígena y que sistemáticamente excluyó a las mayorías nacionales de la ciudadanía y que, por tanto, afincó el ejercicio

político directo en una minoría dominante, identificada con la cultura de los 'blancos'" (4).

Si se entiende que la "ciudadanía" es un proceso por el cual las personas adquieren todos los derechos políticos y sociales en una sociedad determinada (el derecho a saber leer y escribir, elegir y ser elegidos y en general todos los derechos que permitan la participación en la vida social en condiciones de igualdad ante la Ley), de hecho en el Ecuador este ha sido un proceso lento, difícil, tortuoso, que ha impedido o, mejor dicho, que ha mantenido históricamente marginados de este derecho a gran parte de nuestra población.

Basta recordar que entre los requisitos para ser ciudadano, la Primera Constitución de 1830 exigió, "Tener una propiedad raíz, valor libre de 300 pesos, o ejercer alguna profesión o industria útil, sin sujeción a otro, como sirviente doméstico o jornalero" y "saber leer y escribir". Para ser Presidente se requería tener una propiedad raíz "valor de treinta mil pesos" y para Diputado una de cuatro mil pesos "o una renta de quinientos, como producto de una profesión científica, de un empleo, o de una industria particular". En la situación socio—económica de ese entonces, caracterizada por la vigencia de un sistema de hacienda de carácter semifeudal y con el 70% de la población rural, ya es de suponerse la absoluta minoría que podía ser considerada como "ciudadanos".

Las condiciones económicas para ser ciudadanos son suprimidas en la constitución de 1861, aunque subsisten para ser Senador o Diputado hasta 1883. El requisito de "saber leer y escribir" recién fue suprimido por la constitución de 1978, aprobada mediante referéndum, en una época en que cerca del 30% de la población era todavía analfabeta (5).

En estas condiciones de exclusión social, la dominación oligárquica a través de caudillos mesiánicos fue una constante histórica prácticamente hasta mediados del siglo actual. Las masas

(4) Paz y Miño Juan: Una aproximación histórica al Populismo en el Ecuador. Ponencia al V Encuentro de Historiadores Latinoamericanos. ADHILAC. Sao Paulo, Octubre 1990. Pág. 7

(5) *ibid.* pág. 17



populares presionaban por un rol protagónico en el escenario político nacional, siendo el 28 de mayo de 1944, quizá el momento más alto de la movilización social que buscaba romper con una estructura de poder palaciega.

Será precisamente Velasco Ibarra el que irrumpa en el escenario político nacional movilizand o a los sectores populares excluidos (su "chusma" les dirá en sus discursos), pero dicha movilización no pasará de la Plaza de San Francisco o de la Plaza de la Independencia, quedándose puertas afuera del Palacio Presidencial; de todas maneras, a esta altura del proceso político nacional, el populismo ya tenía en las masas urbanas movilizadas la semilla para su futuro desarrollo.

## **2.2 Urbanización, Pobreza y Populismo**

Si alguna base social y material, en términos de contexto histórico, tiene el populismo, estará dada por dos procesos simultáneos y complementarios que se desatan con ritmo ascendente a partir de los años 50 y con mayor fuerza en la década de los setenta: la "modernización" capitalista de la estructura productiva nacional y el acelerado proceso de urbanización.

Entendemos por proceso de "modernización" el desigual desarrollo capitalista que vive el Ecuador entre 1960 y 1980. Se trata de un proceso que se inicia transformando las relaciones precapitalistas del agro y el viejo sistema de hacienda, sentando las bases para un importante crecimiento industrial, acompañando de un desarrollo significativo del sector servicios y del aparato financiero. La población, con altos índices de crecimiento vegetativo (3.1%) más que se duplica pasando de 3'202.757 habitantes en 1950 a 8'050.630 en 1982 <sup>(6)</sup>.

La década del 70 fue de profundas transformaciones para la sociedad ecuatoriana: acelerada urbanización, modernización agrícola, industrialización protegida, aumento de intervencionismo estatal, crecientes presupuestos fiscales producto de los ingre-

---

(6) CONADE—UNFPA: Población y Cambios Sociales; Corporación Editora Nacional, Quito, 1989. Pág.16

tos petroleros e importantes inversiones en infraestructura vial, hidro—electricidad y de salud. El PIB se incrementó a tasas promedio del 9.2 por ciento.

Desde luego que dicho proceso de crecimiento económico no fue homogéneo, todo lo contrario, fue profundamente concentrador en lo económico y excluyente en lo social. A pesar de los esfuerzos que se hicieron por ampliar la infraestructura social, esta se concentró básicamente en los dos polos urbanos del país —Quito y Guayaquil—, quedando el resto del país, en particular la población rural, marginada de esos beneficios.

El auge económico de los años 70 terminó generando islotes de modernidad y graves desequilibrios sectoriales que, como se verá más adelante, salieron a flote en toda su magnitud durante el período de la crisis económica.

El modelo industrializador—proteccionista que se aplicó, consolidó una estructura industrial altamente dependiente de tecnología, materias primas y bienes de capital. Se descuidó el sector agrícola, el cual fue reduciendo paulatinamente su participación en el PIB y se amplió la economía campesina minifundista de subsistencia con graves problemas sociales a su interior.

El Sector financiero creció desmesuradamente, lo mismo que el sector servicios y la economía informal. El Estado pasó a depender en alto grado (70 por ciento) de los ingresos petroleros y, al finalizar la década, se cayó en un "endeudamiento externo agresivo", que luego será uno de los detonantes de la crisis actual.

Simultáneamente el Ecuador vive un significativo proceso de urbanización y de cambios demográficos, tanto espaciales como en relación con la estructura de la población. La población urbana pasa del 28.5% en 1950 al 49% en 1982 y a cerca del 53% en 1990 (provisional). Los índices más elevados de urbanización se dan en las provincias de la costa, donde se halla ubicada más del 50% de la población, mientras que en la sierra, de donde han migrado hacia la costa, todavía la población es predominantemente rural, a excepción de Pichincha.

Por otro lado se ha producido una tendencia concentradora en tres provincias (Guayas, Pichincha y Manabí), en donde se asienta más de la mitad de los habitantes (53 % en 1982). Además,



si en 1950 sólo existían 5 ciudades de más de 20.000 habitantes (Quito y Guayaquil incluidas), 1 en la costa y 4 en la sierra, las que juntas albergaban al 19.4 por ciento de la población total, en 1982, ese número de ciudades ascendió a 24; 15 de ellas localizadas en la costa, como testimonio del mayor desarrollo capitalista que en la sierra, constituyendo a su vez el 42.5% de la población total.

Finalmente hay un importante cambio en la estructura poblacional, al acentuarse una tendencia creciente del estrato de población joven (menores de 15 años) entre 1950 y 1974, así como un incremento significativo de la PEA (15 a 64 años) que pasa del 51.5 al 54.4 por ciento entre los años antes indicados. Este dato es importante si se toma en consideración el incremento en la demanda de servicios que ello supone (educación, salud, vivienda, equipamiento urbano, etc.), así como la significativa oferta de fuerza de trabajo en demanda del empleo.

Ahora bien, el proceso de desarrollo capitalista de las últimas décadas y los cambios socio—demográficos experimentados constituyen un nuevo escenario sobre el cual, en términos políticos, entran en crisis las formas tradicionales de dominación (caciquismos, caudillismos) y se abren paso nuevas formas de expresión política, básicamente el populismo.

Cómo se produce esta transición? En primer término, porque al transformarse la base material de la dominación política tradicional (lo que aquí hemos denominado proceso de modernización capitalista), se rompen los lazos de la dependencia personal (en términos políticos e ideológicos) y se abre paso la relación impersonal del capital. De pronto, una masa urbana de población "nueva" busca mecanismos, o presiona por medios que le permitan ampliar su ciudadanía, conquistar aquellos derechos que le habían sido negados, buscar espacios que le permitan ser sujetos o actores de los procesos políticos de toma de decisiones.

En segundo lugar, en este contexto, si el sistema de partidos políticos tradicionales no ofrece posibilidades o alternativas para canalizar las demandas de esta nueva población urbana, ésta se convierte en una "masa disponible" para ser sujetos de nuevas formas de accionar político que le permitan no sólo expresar sus aspiraciones inmediatas (fundamentalmente servicios), sino que le

hagan sentir sujeto y actor (ciudadano) de las decisiones políticas<sup>(7)</sup>.

Aquí, en este espacio, escenario socio—político, o “caldo de cultivo” como dirían algunos, surge un tipo de liderazgo político que hoy se identifica como **POPULISMO**. Se trata de un encuentro casi mágico entre una masa popular en proceso de transición entre el mundo rural y el mundo urbano, dispuesta a movilizarse por sus reivindicaciones más sentidas, y un liderazgo mesiánico de nuevo tipo, un líder con algún carisma peculiar que les habla en su lenguaje y que estructurará una ideología ambigua que, antes que un proyecto político definido más bien es un discurso político contestatario al orden tradicional (antioligárquico) y que ofrece soluciones concretas a necesidades concretas (agua potable, relleno, alcantarillado, luz eléctrica, servicios gratuitos de educación, salud, recreación, etc).

Se han dado entonces las condiciones para el populismo: masa disponible, liderazgo carismático y el discurso político (clientelar). Pronto estos elementos amalgamados entre sí serán la base para formar el movimiento político y luego el Partido Populista. Puede nacer como movimiento local o regional (C.F.P.) o puede convertirse en una fuerza política nacional (P.R.E.).

### III. LOS CONTENIDOS SOCIOLOGICOS DEL POPULISMO

Entremos pues a definir los contenidos sociológicos del populismo, aclarando que por ello entendemos la posibilidad de caracterizar las fuerzas sociales que articulan el movimiento populista ecuatoriano, sus principales rasgos ideológicos, políticos y culturales. En síntesis, se trata de identificar la base social del populismo, en sus distintos niveles.

(7) “La participación popular es explicada con el concepto de masas disponibles, refiriéndose a actores sociales desarraigados y anómicos al pasar bruscamente de una forma de vida tradicional a una moderna todavía no se integran a la sociedad. No han tenido tiempo de “aprender” a ser ciudadanos ni proletarios. La acción colectiva de las “masas disponibles” heterónoma; es decir, no actúan en beneficio a sus intereses y son fácilmente manipulables por líderes carismáticos”. ILDIS, El Populismo en el Ecuador, Quito, 1989. pág. 18



La dificultad inicial con que nos topamos es que el populismo por definición es un fenómeno político PLURICLASISTA, es decir, estamos en presencia de un fenómeno político que supone la participación de diferentes clases sociales, cada una de ellas con un peso específico particular y características propias, pero con algunos intereses políticos comunes de corto y mediano plazo, que posibilitan la alianza.

En los modelos populistas más clásicos de América Latina, la alianza pluriclasista estuvo integrada por amplios sectores del proletariado industrial, capas medias modernizantes y la burguesía industrial que jugaba el papel dirigente, pues estaba interesada en desarrollar un proceso de acumulación capitalista local con ciertos niveles de redistribución del ingreso. El Estado, desde luego, jugaría un rol preponderante como "motor del desarrollo", acompañado de una política social asistencialista de amplia cobertura.

En el caso ecuatoriano, el fenómeno populista (cualquiera sea su liderazgo), articula un movimiento pluriclasista diferente al modelo clásico de la región, porque distinta es la matriz económico—social sobre la que se funda. Anotemos que en el caso del Ecuador, dado el débil capitalismo industrial existente y los fuertes rezagos precapitalistas, especialmente en el agro, difícilmente vamos a identificar a una "burguesía industrial" con capacidad de dirigir y comandar un proceso político; pero aún la participación de un proletariado industrial mínimamente constituido o de capas medias progresistas.

Precisamente estas diferenciaciones hacen que los contenidos sociológicos del populismo ecuatoriano sean propios o particulares, en correspondencia a las clases y grupos que se generan en nuestra estructura económico—social.

Ahora bien, si uno observa las movilizaciones sociales populistas, especialmente las que se produjeron en la primera y segunda vuelta electorales de 1988, tras el liderazgo de Abdalá Bucaram, de hecho observa la presencia de grandes masas populares empobrecidas que se presentan enfervorizadas en los escenarios políticos a los que se les convoca. Fue célebre la concentración que recibió a Abdalá a su retorno de uno de sus auto—exilios en Pana-



má, en la explanada del suburbio y su descenso en helicóptero, cual verdadero "Batman"...

Es necesario entonces clarificar el concepto de "masas populares" con que se denomina comúnmente a la base social del populismo. Como es sabido, el "pueblo" es una categoría que se usa generalmente, para referirse al conjunto de los sectores sociales o clases denominadas, pobres o desposeídas. Sin embargo, el "pueblo" no es un conjunto homogéneo de individuos: el pueblo lo conforman los trabajadores industriales, los asalariados del comercio y los servicios, los jornaleros rurales, los campesinos sin tierras, los campesinos minifundistas, los artesanos, los desempleados, y en el caso del Ecuador, fundamentalmente los subempleados, más propiamente denominado el subproletariado urbano, dentro del cual se ubican los habitantes de los sectores periféricos de las ciudades (suburbios, o barrios marginales), o de las zonas de hacinamiento o tugurio, los cuales desempeñan una gama de actividades "por cuenta propia", es decir que no tienen patrono ni son asalariados; por lo general son actividades marginales (productivas o de servicio), perciben bajos ingresos y se realizan con aportes de trabajo familiar no remunerado.

Como se ve, el "pueblo" se halla compuesto por una diversidad de grupos y/o clases sociales subalternas; por ello, cuando se emplea el término "masas populares" o "masa disponible", se hace referencia precisamente a aquel conjunto de diversos sectores populares que se movilizan, que se unen temporalmente, convocados por el líder populista. En la medida en que dichas "masas" provienen de una diversidad de sectores sociales, no puede darse una cohesión de intereses comunes, una conciencia de clase y, más bien, actúan a partir de una serie de reivindicaciones particulares, inmediatistas, siendo "clientes" aptos para liderazgos que, a través de un discurso populista, logran captarlos y convertirlos en base social activa.

Pero, desde el punto de vista de esta amalgama social, qué sector en particular le otorga contenidos sociológico específicos al populismo?. Por la importancia numérica o cuantitativa, por su naturaleza generacional reciente, por su origen histórico nuevo y por sus rasgos sociológicos propios, es el **SUBPROLETARIADO**



**URBANO** la base social principal del populismo, y por tanto la que le otorga su contenido sociológico esencial o principal.

El subproletariado urbano por esa posición o situación particular que ocupa en la estructura socio—ocupacional, no es ni mucho menos un sector homogéneo. Si bien presenta un conjunto de características que son propias a la mayor parte de sus integrantes, a su interior hay una compleja diferenciación social que está dada por los diferentes tipos o formas de acceso al mercado de trabajo (vendedores ambulantes, estibadores, cargadores, albañiles, lustrabotas, “minadores” de desperdicios, artesanos, etc.), por el nivel de educación y por el monto de sus ingresos, lo que le convierte en un sector social sumamente heterogéneo, con empleo intermitente y con un nivel de ingresos muy bajo <sup>(8)</sup>.

Recientes investigaciones han demostrado que como “estrategia de supervivencia” para su reproducción, las unidades familiares de este amplio sector social combinan diferentes formas de obtener ingresos, de manera que uno o varios de sus integrantes (padre, madre, hijos y otros parientes que comparten el precario techo familiar y los recursos) reciben salarios por un trabajo eventual o estable en el sector moderno de la economía mientras ellos mismos u otros miembros de la familia complementan sus ingresos con diversas actividades de autoempleo. Es decir, el subproletariado viene a ser un sector que se mueve fluidamente entre el mercado de trabajo asalariado y el subempleo.

Algunas interpretaciones subjetivas o dualistas, como la del sociólogo peruano Hernando de Soto en su libro “El otro sendero”, han identificado al subproletariado como “sector informal urbano” y a los trabajadores estables bajo remuneración y con los beneficios de ley como “trabajadores formales”. Estos últimos serían, supuestamente, parte de la economía “moderna”, y los primeros estarían articulados a una economía “tradicional”, “informal” o “subterránea”. Incluso se ha llegado a sostener que los “informales” son

---

(8) En este punto, tomamos los contenidos básicos, con varias modificaciones, de los planteamientos expuestos en el trabajo ya citado: I. Fernández, G. Ortiz; *La Agonía del Populismo?*. Ed. Plaza Grande, Quito, 1986.



verdaderos "micro—empresarios" y que una salida a la crisis actual y al problema del desempleo sería que el Estado les reconozca legalidad y les brinde una ayuda financiera.

Lo cierto es que no hay en realidad una supuesta división entre una economía "moderna" y otra "informal". La estructura productiva capitalista es una sola; que exista un desarrollo desigual, contradictorio, desequilibrado que genera desempleo y expulsa mano de obra a la desocupación o subocupación, es precisamente consustancial al sistema capitalista dependiente. La existencia de ese llamado sector "informal" es una condición necesaria para el "formal" y esto se lo hace bastante formalmente a través de la explotación directa y con el aprovechamiento del gigantesco mercado de consumo que, a pesar de su marginalidad, representa el subproletariado.

Ello da pie, precisamente, para reflexionar sobre el conjunto de características en el ámbito social, cultural y político que posee el subproletariado, que explicarán mejor por qué dicho sector es la base social del populismo ecuatoriano.

Desde el punto de vista social es fácilmente perceptible el hecho de que los sectores marginales o subproletariados tienen un bajo nivel de organización estable. Ello es lógico pues, por su propia heterogeneidad, es muy difícil que conformen organizaciones clasistas o gremiales o que articulen una conciencia social propia, al estilo de los trabajadores fabriles, que por la forma en que participan en el proceso productivo, la reflexión y la práctica les permite reconocer más fácilmente la explotación de que son objeto y el sistema que hay que cambiar. De allí que los obreros se organicen en sindicatos, y que estos se unan a escala nacional y por ramas de actividad (por ejemplo: textiles, eléctricos, madereros, etc.) ya que defienden intereses comunes. Por ello, en el subproletariado la principal organización en que sus miembros pueden participar es en la barrial o vecinal, la cual generalmente es muy inestable; y en el caso de que la unidad familiar todavía no tenga una vivienda que pueda llamar propia, la organización en la participan es en una de las conocidas "cooperativas de vivienda", las cuales, una vez lograda su reivindicación principal (el terreno), se diluyen o terminan divididas precisamente por la acción política populista



(como, por ejemplo, aconteció con el Comité del Pueblo en Quito).

Por estas circunstancias la conciencia social de los sectores subproletarios es muy primitiva. Es decir, no alcanzan a descubrir o comprender el papel histórico que pueden desempeñar en la sociedad como grupo o como clase, no distinguen quiénes son sus aliados o sus enemigos de clase, no son portadores de ningún proyecto político y caen fácilmente en la manipulación política. Es justamente aquí que entra el líder que ofrece una vía de solución a sus necesidades más sentidas y más inmediatas: es justamente el inicio de una red clientelar que llega a reducirse a la fórmula "ofertas por votos" que se traduce finalmente en un caudal electoral tras un líder populista.

De nuevo en este aspecto hay que señalar una precaución: no se podrá entender el populismo en su plenitud si es que no se comprende que los mecanismos clientelares que pone en movimiento un exitoso candidato populista tienen, como condición esencial su credibilidad, sea por experiencias pasadas, sea por confianza en el futuro, y que ello, a su vez, se debe, básica y decisivamente, a la calidad de los intermediarios en cada una de las barriadas suburbanas, es decir, al conocimiento y experiencia demostrada por ese intermediario en la obtención de pequeñas conquistas parciales para su zona.

Por otro lado, en la medida en que la mayoría del subproletariado es de origen rural, o mantiene fuertes vínculos familiares con las zonas campesinas —dado el continuo flujo de migraciones campo—ciudad acaecidas en el Ecuador moderno—, el proceso de adaptación social a la ciudad sufre una suerte de "catarsis", de transculturación, de redefinición de sus normas de conducta, de sus pautas culturales del mundo rural en el mundo urbano. Este difícil y complejo proceso de socialización en conflicto produce como resultado final una subcultura de la pobreza urbana, una mezcla del pasado rural con el presente urbano, que lo rechaza, que lo margina. Una consciencia mágico—religiosa que lo lleva ser presa fácil del nuevo "mesías" que apareció en el suburbio a ofrecerle el paraíso terrenal, sea como "profeta", como "capitán de pueblo", como "patán de noble corazón" o por qué no, en esta nueva cultura de revistas "comics" y de dibujos animados por televisión, como



"Batman", contra los representantes del mal.

Es decir que en el populismo no sólo podemos encontrar o sondear sus contenidos sociológicos, sino también ciertos determinantes culturales o mítico—religiosos, propios de estos sectores sociales en proceso de transición que aspiran a ser ciudadanos urbanos, pero que por la propia estructura social, política y económica, por el estilo de desarrollo que históricamente ha seguido el país, no ven posibilidades de lograr sus expectativas y viven procesos sociales truncos, en los cuales permanecen vigentes con gran fuerza estas estructuras ideológicas de un mundo rural precapitalista, que fueron el sustento de procesos de dominación pasados bajo el sistema de hacienda, pero que permanecen como estructuras latentes en ese mundo entre la ciudad y el campo en que hacen su vida social.

Y es que, la cultura rural, la cultura campesina, la cultura de los pueblos indígenas esta cruzada y abigarrada de mitos, supersticiones, tradiciones, leyendas. El momento en que se produce "el salto" al mundo urbano, se produce una ruptura, un proceso de adaptación por el cual se va redefiniendo el pasado a las nuevas condiciones del capitalismo urbano, pero los "fetiches" quedan enraizados, los viejos ídolos y mitos deben ser sustituidos por los que se crean en estos nuevos espacios sociales de la periferia citadina, el resultado es una cultura suburbana, mezcla y mixtura de lo viejo y lo nuevo, pero de lo nuevo marginalizado, en la cual hasta los elementos religiosos, las imágenes y las formas de acercamiento a Dios serán transformados.

En esta sicología social del desarraigo, el discurso populista jugará un papel catalizador, dinamizador de expectativas y movilizador de masas que, de pronto, en las calles, en las plazas, en "las cuatro esquinas", los convierten en actores sociales verdaderos, bajo la racionalidad y la lógica de un típico mecanismo populista: el clientelismo.

Valga la oportunidad para aclarar que, planteado este proceso social en los términos presentes, se ha dicho que es una "visión teleológica de la sociedad" <sup>(9)</sup>, como si se tratara de un enfoque

(9) Burbano de Lara Felipe y De la Torre Carlos: El Populismo en el Ecuador, varios autores, ILDIS, Quito, 1989, Págs. 53 y 54.



por el cual la realidad aquí analizada no se "adapta" a modelos ideales de sociedades modernas, con sistemas políticos clásicos (partidos, ideologías, instituciones, etc.); cuestión que está absolutamente fuera de lo que se está interpretando y que no es sino, la dinámica social, política y cultural, tal como esta se presenta en la realidad concreta y que, por tanto está más allá de cualquier voluntarismo, pero que es necesario sistematizarla, ordenarla, correlacionar las distintas dimensiones e interpretar la complejidad de un fenómeno social, como el que se trata en el presente artículo.

En esta mixtura, el carisma del líder es un ingrediente básico. Pero carisma no en el sentido de que en realidad se posea cualidades extraordinarias y únicas, sino en el sentido de que se posee las cualidades y las técnicas para convencer al pueblo de que se tiene dichas condiciones extraordinarias y únicas. Así, el candidato populista sabrá aprovechar adecuadamente el confuso mundo de la conciencia del suburbano, utilizar los recursos más precisos y comunicarse con la masa, sea a través de la utilización de brillantes imágenes y un diálogo con la masa como del profesor en clase, como era el caso de Velasco Ibarra o de Roldós; sea a través de un discurso fogoso y el despliegue de símbolos, afiches, carteles, colores y consignas, como era el caso de Guevara Moreno, sea, como en el caso de los Bucaram, a través del lenguaje populachero<sup>(10)</sup> de la representación de la indignación, la ira, el odio, el llanto. Desde luego, todo esto se adoba con el recurso de la conciencia mágico—religiosa del subproletariado para lo que es necesario nombrar y jurar por Dios a cada instante, inclusive ofreciéndole milagros para terminar destruyendo al "enviado del diablo" como Abdalá identificaba a su oponente.

La crisis económica actual ha agravado el problema de la marginalidad urbana, ha generado una masiva pobreza urbana que ha devenido, sin solución de continuidad en el escenario social del populismo. Las masas urbanas desorientadas, explotadas, marginadas, excluidas del sistema político tradicional han conti-

---

(10) Populachería: Popularidad alcanzada entre el vulgo halagando sus pastones. Halagar al populacho con el discurso. Diccionario de la Lengua Española.



nuado encontrando en líderes populistas de distintas pelambres, válvulas de escape a su desesperanza, mientras que la incapacidad de los partidos políticos tradicionales de ser verdaderos medios de expresión democrática, han reabierto el camino al populismo como fenómeno político. Así el populismo viene a ser una nueva forma de dominación política, en la medida que absorbe las contradicciones más visibles de la crisis y termina siendo un elemento de conservación del sistema que lo generó.

Pero no solo el subproletariado urbano es la base social del populismo. Ya se ha visto que el populismo tiene entre una de sus características el ser un movimiento político pluriclasista, es decir, que en él no se expresa una sola clase o sector social a través del líder populista, sino más bien un conjunto diverso de clases sociales o fracciones de clase que, amalgamados, cohesionados por la ideología y el líder populista, articulan el movimiento social en cada coyuntura concreta en que éste se manifiesta. Por lo tanto, existen otros "actores sociales" al interior de los movimientos populistas, que también le otorgan contenidos sociológicos particulares. A los diversos sectores populares que son su base social fundamental y dentro de los cuales el subproletariado urbano es el de mayor magnitud e importancia (esto quiere decir que también integran el movimiento populista sectores del campesinado, pequeña burguesía urbana y rural, trabajadores fabriles y artesanos), hay que agregar a los sectores medios o capas medias de la sociedad y, desde luego, a determinados representantes del capital en sus diversas formas (industrial, comercial o financiero).

En cuanto a las clases o capas medias de la sociedad, por su propia situación intermedia en la estructura de clases, asumen posiciones ideológicas diversas. Dependiendo de su situación social, status, ingresos, estabilidad, etc. pueden desplazarse de la izquierda a la derecha con facilidad, pero en situaciones de crisis económica son precisamente los sectores medios los más afectados, por que se les presenta la posibilidad real de proletarizarse y eso les produce gran inseguridad o, como bien se ha dicho, "incongruencia de status"; en esas condiciones pueden buscar refugio en la derecha política o en los movimientos populistas, más aún cuando estos presentan ciertos rasgos de autoritarismo que les



confiere seguridad a la pequeña burguesía en crisis. Ciertos cuadros dirigentes del populismo generalmente provienen de estos sectores medios pauperizados o en potencial peligro de serlo.

En cuanto a los sectores de la clase dominante que se integran al proyecto populista, depende de cada situación concreta y de los momentos históricos en que se produce el fenómeno. Ya se vio cómo, en el caso del velasquismo, alternativamente participaron en sus gobiernos sectores de la oligarquía agroexportadora de la Costa o terratenientes serranos. Sin embargo, su participación y presencia en los populismos es no solo cierta, sino imprescindible, pues el líder, por más carismático que sea, no actúa en un vacío social y el contenido económico del populismo debe sustentarse, y de hecho se sustenta, en poderosos intereses económicos que deben financiar el movimiento social, la propaganda, las imágenes, las concentraciones, el "show", etc. y, en términos de la acumulación capitalista, como hemos dicho, ésta no está en discusión. Por lo tanto, de parte y parte (líderes populistas y representantes del capital) entran en las negociaciones pertinentes para ser más o menos beneficiarios del proyecto populista. A través de una compleja red de mediaciones, en la mayoría de los movimientos populistas, las clases dominantes logran hegemonía en su dirección política, particularmente los representantes del capital especulativo, legal o ilegal.

Finalmente, dados los particulares contenidos sociológicos del populismo, por los propios grupos y/o clases sociales que lo integran, hasta aquí analizados, no está por demás señalar que por lo general su accionar lleva a procesos de "lumpenización" de la política, y si se llegara al poder de hecho se produciría, lo que bien se ha llamado, la "guameñización" del Estado.





## **EL POPULISMO EN EL ECUADOR. TIENE SENTIDO SEGUIRLO "DESCUBRIENDO"?**

**Amparo Menéndez—Carrión (•)**

### **I. INTRODUCCION <sup>(1)</sup>**

Hace algún tiempo —al pasar revista a los temas de confrontación pendiente en la agenda de reflexión sobre el proceso político ecuatoriano— hice referencia al llamado "populismo" como fenómeno vigente y de abordaje obligado para indagar acerca de la producción y reproducción de los mecanismos de legitimación de la desigualdad (Menéndez—Carrión, 1988/89). En el mismo texto, aludí al problema del uso recurrente de nociones tales como "po-

---

(•) Directora de la Sede Ecuador de FLACSO y Coordinadora del Área de Ciencias Políticas.

1) Este texto no constituye, en modo alguno, un ejercicio de revisión crítica de la literatura sobre populismo. Las consideraciones que plantea se basan, en todo caso, en análisis previos de la autora sobre dicha literatura. Menciono aquí las fuentes revisadas que no figuran en la bibliografía de este artículo por no tratarse de referencias expresamente citadas en el mismo. Desde luego, Torcuato Di Tella "*Populism and Reform in Latin America*", en Claudio Véliz (comp.) *Obstacles to Change in Latin America*. Londres. Oxford University Press, 1965; Gino Germani, *Política y Sociedad en una época de transición*, Buenos Aires: Paidós, 1965. También, Louis Fallers, "*Populism and Nationalism*", en *Comparative Stu-*

pulismo" y "liderazgo carismático" y de la escasa presencia en la literatura de referencias analíticas al conocimiento acumulado sobre el tema y a los cuestionamientos existentes acerca de la validez explicativa de dichas nociones —a efectos de apropiarlos, profundizarlos, ampliarlos o refutarlos.

Encuentro pertinente, hoy, revisar lo dicho, en dos sentidos. Primero, porque si bien en los márgenes de la reflexión académica sobre el llamado "populismo" la discusión en el Ecuador continúa sin remitirse al conocimiento acumulado —o lo hace de manera errática y fragmentada— desde la reflexión académica se han producido aportes que marcan un claro avance en la trayectoria del tema. La publicación de un texto como el de Burbano y De La Torre (1989) demuestra que es posible, hoy, construir una antología analíticamente rica sobre los trabajos existentes en torno al populismo ecuatoriano —proyecto impensable de no existir una producción previa capaz de sustentarlo. La aparición de ese texto sugiere la posibilidad de "cerrar" un ciclo. Al mismo tiempo, la creciente complejidad del proceso político ecuatoriano sugiere la conveniencia de abrir nuevos campos de indagación temática.

El segundo sentido en el que considero conveniente revisar lo dicho constituye el tema del presente texto. Me parece pertinente proponer, hoy, que insistir en el debate sobre el "populismo" tiene poco sentido si de avanzar sustantivamente la frontera del conocimiento sobre el proceso político ecuatoriano se trata. Baso esta propuesta en tres consideraciones. La primera es que las reflexiones producidas sobre el tema del populismo en América Latina en más de tres décadas de indagación han aportado todo lo que po-

---

dies in Society and History, No. 4, 1964; David L. Raby, "Populism: a marxist analysis", McGill Studies in International Development, No. 32, 1983; Emilio del Ipola, *Ideología y Discurso Populista*, México: Folios, 1982; Ruth Berins Collier y David Collier, "Shaping the Political Arena: Critical Juntures, the labor movement and regime dynamics in Latin America", 1988, mimeo; Paul Drake, *Socialism and Populism in Chile, 1932—1952*, Urbana: University of Illinois Press, 1978; Lawrence Whitehead, "The Perils of Populism", en *Hemisfile* vol. 2 No. 1, Enero 1991; Serie "Aportes", 1988. Además, las consideraciones planteadas se basan en la revisión de todas las fuentes sobre el tema que se analizan en los capítulos pertinentes de *La Conquista del Voto* (Menéndez—Carrión, 1986) y en el texto introductorio a la antología sobre populismo ecuatoriano de Felipe Burbano y Carlos de la Torre (199b).



dían aportar. Los alcances de la noción han sido suficientemente explotados; y sus límites analíticos suficientemente explorados. La segunda consideración es que para el caso del Ecuador, los principales aportes existentes en torno al tema trazan un itinerario de indagación futura que para avanzar requiere trascender los límites de ese debate.

En tercer lugar, la literatura existente sobre el populismo ecuatoriano partió de preguntas que más allá de las especificidades históricas concretas de los fenómenos abordados (tales como el llamado "velasquismo", claramente) se indagan, hoy, más promisoriamente, desde otros enfoques y puntos de entrada. Sin duda, el tema del "populismo" ha dado lugar a indagaciones fructíferas que permitieron elucidar fenómenos históricos concretos y configurar un campo discursivo capaz de ofrecer no pocas premisas para la indagación futura sobre el proceso político ecuatoriano, en múltiples dimensiones. Más allá de ello, sin embargo, la trayectoria analítica de la noción ha llegado a sus límites posibles, propongo. Y dimensiones poco indagadas acerca del llamado "populismo" — el "populismo" como gestión gubernamental, por ejemplo — son vacíos que pueden enfocarse más fructíferamente desde puntos de entrada alternativos <sup>(2)</sup>.

No se trata de plantear que el "populismo" carezca de importancia o vigencia en el Ecuador, como fenómeno. Se trata, más bien, de sugerir que seguir intentando "descubrir" su "esencia" y sus escenificaciones para entender mejor nuestros dilemas, prácticas y culturas políticas concretas no reviste, hoy, mayor relevancia. Es poco lo que puede esclarecer (más allá de descripciones predecibles de expresiones concretas del "populismo") o lo nuevo que pueda aportar a la comprensión de la naturaleza del proceso político ecuatoriano —en términos teóricamente relevantes.

No se trata de negar que el llamado "populismo" informe estilos de quehacer político de larga data y arraigo en un contexto societal como el ecuatoriano, en el que los procesos de legitimación

---

(2) En este sentido es ilustrativo el excelente estudio de Catherine Conaghan, *Restructuring Domination, Industrialists and the State in Ecuador*, Pittsburg: University of Pittsburg Press, 1988.



de la desigualdad así lo requieren, permiten, inducen o incentivan. Es indudable, además, que la cuestión del populismo informa el pensamiento de no pocos observadores y actores políticos acerca de los obstáculos para la "consolidación democrática" y, por ende, está presente en el discurso político de muchos como representación de las "perversidades" a "superar" en el sistema político. Es claro, además, que a 1991, el tema continúa suscitando reflexiones de las ciencias sociales contenidas en artículos, tesis de grado y compilaciones cuya intención de aportar a un debate no cabe cuestionar. Si se trata, a inicios de los noventa, de examinar la relevancia de temas tales como el "populismo" y sugerir, a efectos de reflexión colectiva, que quizás requerimos despojarnos de viejas obsesiones temáticas para concentrar nuestra atención en el planteamiento de nuevas preguntas o en el esfuerzo por replantear las viejas preguntas —que originaron la indagación sobre el llamado "populismo"— desde nuevos enfoques capaces de orientar la indagación presente por caminos teóricamente más fructíferos.

El debate sobre populismo se encuentra, hoy, conceptualmente agotado. Y el esfuerzo de teorización que demandaría rescatarlo no se condice con los resultados (previsibles) que arrojaría. Al mismo tiempo, el debate sobre el populismo como fenómeno político en el Ecuador se encuentra rebasado por los hallazgos que su indagación misma generó —hallazgos cuya profundización demanda la formulación de preguntas nuevas cuya elucidación está más allá de los contornos del debate en cuestión <sup>(3)</sup>.

Qué más podemos pedirle al debate sobre el populismo en América Latina y en el Ecuador, hoy? Propongo que se trata de un itinerario de indagación ya suficientemente explotado, que carece de sentido continuar re—editando. Sugiero la pertinencia, más bien, de darlo por concluido y apropiarlo como escalón para incursionar en nuevas perspectivas, nuevos enfoques y nuevas preguntas potencialmente capaces de aportar algo más que intermina-

---

(3) Mi visión acerca de la naturaleza de la noción de "populismo" y su relevancia se diferencia claramente de la de autores como Quintero —que rechazan la utilidad misma de la noción. Véase Quintero (1980).



bles descubrimientos y redescubrimientos de elementos, rasgos o interpolaciones populistas en nuestros procesos políticos.

Cabe la pregunta, además, vinculada a lo anterior, acerca del sentido que tenga en América Latina, hoy, seguir probando y comprobando la presencia y efectos de los mecanismos de dominación y control sociopolítico. Propongo que muy poco. Cabe enfocar, más bien, el tema de cómo pensar la resistencia a las inercias del presente, suficientemente diagnosticadas, descritas y descubiertas en, por lo menos, cuatro décadas de reflexión acerca de la naturaleza del poder, la dominación y la exclusión en la región. Acerca de ello, plantearé algunas observaciones en las conclusiones del presente texto.

## **II. LA CUESTION DEL POPULISMO. HACIA ADONDE PUEDE IR?**

El tema del populismo y cómo definir, entender, operacionalizar, redefinir, remozar —y también descartar— la noción, ha ocupado innumerables escritos <sup>(4)</sup>.

Con la noción "populismo" se ha buscado describir y explicar en la literatura sobre América Latina tres dimensiones del proceso político: estilos de movilización; conformación de coaliciones; y contenidos, naturaleza y efectos de programas y lineamientos de política (gestión gubernamental). Así, se ha empleado la noción para designar tanto movimientos y partidos cuanto modalidades de gestión del poder político y estilos de liderazgo. Y se han identificado o intentado identificar periodizaciones nacionales o subregionales, a partir de sus momentos de constitución (décadas del 30, 40 y 50) y en términos del momento en que "irrumpen" en escena aquellos actores cuya presencia habría "demandado" la escenificación populista.

En todo caso, la noción en sí no es sino un recurso discursi-

(4) La literatura es quasi interminable. Alguna de las fuentes más representativas se mencionan en el pie de página (1). Ver, además, mi análisis de la Literatura en *La Conquista del Voto* y el excelente aporte crítico de Burbano y De La Torre (1989) acerca de la literatura sobre populismo latinoamericano.

vo, una invención nuestra para intentar designar/ordenar/ dar coherencia a un cúmulo de "datos de la experiencia" —parafraseando a Laclau— que de otra manera carecerían de sentido. Prefiero, así, entender la noción "populismo" fundamentalmente como recurso para (intentar) otorgar sentido a aquellos datos. No hay nada, en sí, en esos datos que los ate o articule a "la realidad" más allá de la intención organizadora/sistematizadora del observador<sup>(5)</sup>. Lo que intento plantear aquí es que el ciclo del populismo, como recurso discursivo para el quehacer de las ciencias sociales, ha desplegado ya —en cuatro décadas de reflexión sobre el tema— sus alcances posibles. Se requiere, hoy, avanzar en la construcción de nuevos ejes discursivos para aprehender la naturaleza del proceso político, en sus distintas dimensiones y rasgos de complejidad.

La trayectoria de la discusión sobre el tema del populismo en el Ecuador es importante. Para bien o para mal, el tema se constituye, se afina y se transforma en génesis y pauta de la trayectoria misma de la sociología política ecuatoriana.

Aparece a inicios de los '70 bajo influencia de lo que entonces se escribe sobre los países del Cono Sur —con todos los problemas de comparabilidad que ello implica, afortunados en retrospectiva. También en retrospectiva, es innegable que en el Ecuador de entonces era posible percibir una serie de "datos de la experiencia" que podían otorgar sentido a plantear la existencia de un populismo ecuatoriano —ello, en el contexto de unas ciencias sociales aún incipientes en las que el ensayo era prácticamente la única modalidad de reflexión. La noción aparece hacia los '70 como campo discursivo capaz de dotar de una mínima coherencia explicativa a una serie de "datos de la experiencia" (presencia preeminente de Velasco Ibarra en la escena política a lo largo de tres décadas, migración creciente a las ciudades, creciente presencia de los entonces llamados "sectores marginales" en las urbes, etc.) Aparecerá a comienzos de los 70 un trabajo de Ojeda (1971) y la edición del tex-

---

(5) Mi comentario se inscribe, en este sentido, en una perspectiva foucaultiana. Véase Michel Foucault. *El discurso del Poder*, México: Siglo XXI, 1983.



to de Agustín Cueva (1973). Les siguen una serie de ensayos que han sido mejor analizados en otra parte <sup>(6)</sup>.

Es a partir de los años '60 que comienza a discutirse el fenómeno del populismo latinoamericano. Se intentan explicaciones sobre un fenómeno que enfocan primero las ciencias sociales del Cono Sur —modalidad ciertamente no ajena a prácticamente todas las temáticas de las ciencias sociales latinoamericanas en la época—. En los setenta la discusión continúa y se amplía el debate. A partir de mediados de los '70, comienzan a producirse indagaciones empíricas sobre el tema en el Ecuador. A partir de los '80 comienza a cuestionarse su pertinencia conceptual. En Ecuador, lo hace Quintero (1980). Otros autores lo hacen comparativamente (Drake, 1982). A fines de los '70 aparece el planteamiento de Laclau (1977) —ya clásico— que se presenta como el texto de consulta de mayor interés teórico sobre el tema en los '80, década en que concita enorme interés y entusiasmo por el potencial analítico que, en un primer momento, se le atribuye. En los '80 aparecen, también, estudios de gran interés para la comprensión de la trayectoria histórica del populismo latinoamericano. Destaco, entre ellos, el excelente texto de Stein (1980) sobre el Aprismo y el "Sanchezcarrismo" en el Perú. A partir de mediados de los '80, otros autores escogen centrar su atención en fenómenos vinculados al llamado populismo desde enfoques diferentes. Es el caso de Menéndez—Carrión (1986) para el Ecuador. La significación de estos aportes ha sido mejor analizada en otra parte <sup>(7)</sup>.

En los 90, transcurridas tres décadas de indagación y debate qué podemos decir acerca del populismo como noción y como "dato de la experiencia" en el contexto latinoamericano en general y e-

(6) Remito al lector mi análisis de la literatura ecuatoriana en *La Conquista del Voto* y, nuevamente al ensayo introductorio de Burbano y De La Torre (1989).

(7) Cabe anotar que las tesis de Laclau han sido analizadas exhaustivamente. Ver, por ejemplo, *"Populism and Popular Ideologies"*. York University: Toronto, LARU Studies Vol. III No. 5 2—3 (Enero), texto que contiene las actas editadas de un seminario centrado en el trabajo de Laclau. Véase, además, el comentario crítico de Burbano y de La Torre. En general, se han levantado críticas recientes importantes a las tesis de Laclau: de reduccionismo "ideologista"; de la carencia de distinción en su planteamiento entre movimientos, partidos y regímenes populistas; y del empleo acrítico de la noción de "interpelación", (con respecto a esto último véase Emilio de Ipola, *Ideología y discurso populista*, México: Folios, 1982).

cuatoriano en particular?

Con todas la confusión teórica que pueda implicar, con todas las contradicciones que encierre como noción de estatuto teórico precario y también como práctica política, los "datos de la experiencia" que lo evocan son de profunda vigencia, como lo son las condiciones sociales que lo enmarcan. Es un fenómeno que, quiérase o no, constituye ciertamente un dato de la experiencia del cual la literatura ha tratado de hacerse cargo por más de tres décadas, produciendo todo un itinerario discursivo de indudable importancia.

Sin intentar pasar revista sistemáticamente a los alcances de dicho itinerario discursivo, quiero señalar algunos de sus aportes. Primero, nos ha permitido tipificar la presencia de coaliciones electorales socialmente heterogéneas: interpelaciones de la clase media y alta a los sectores populares, su naturaleza, dinámica e implicaciones. Nos ha permitido debatir acerca del liderazgo carismático y sus implicaciones teóricas, y avanzar en la mejor comprensión de la cultura política de los sectores populares. Nos ha permitido entender cómo opera el control del Estado dentro de estilos paternalistas y clientelares sin contemplar reordenamientos significativos de la sociedad. Nos ha permitido explorar el estilo patrimonial y corporativo de gestión estatal, su naturaleza e implicaciones. Ha sido génesis de conceptualizaciones nuevas acerca de las relaciones cívico—militares de indudable importancia para las ciencias sociales latinoamericanas, como la de "regímenes burocrático—autoritarios" (O'Donnell, 1973). Y ha sido génesis, además, de controversias fructíferas para avanzar el conocimiento acerca de dimensiones históricas y políticas importantes del contexto societal ecuatoriano. El populismo es una noción en torno a la cual se ha tratado de organizar un campo discursivo —con múltiples variantes y contradicciones. En ello quizás radique su riqueza, aún cuando se le atribuya un estatuto teórico precario <sup>(8)</sup>.

Cómo pensar, hoy, el populismo, en base a lo que el itinerario de indagación transcurrido sugiere? En términos analíticos, pode-

(8) Es un comentario recurrente en los párrafos introductorios de los principales estudios sobre populismo.



mos decir que el llamado "populismo" es un fenómeno multidimensional y complejo. Implica la aglutinación de coaliciones electorales altamente heterogéneas y su movilización. Implica determinados estilos de conquista y ejercicio del poder. Implica determinadas formas de articulación e interpelación en determinados momentos y coyunturas. Las diversas dimensiones del proceso político que la noción designa, se entrelazan y articulan en una trama de prácticas, discursos, rituales, símbolos y efectos que desafían interpretaciones reduccionistas—que "demanden" total transparencia y nitidez en los fenómenos que se observan. De allí que la acusación de "confusión conceptual" en torno a la noción, sea quizás más producto de intentos del observador de imponer "orden" en una "realidad" altamente compleja, que de las limitaciones inherentes al fenómeno en sí. No elaboraré más el punto, más allá de plantear que el fenómeno del populismo no constituye uno sino muchos datos de la experiencia complejamente imbricados <sup>(9)</sup>.

En ese sentido, la noción designa, en términos generales, prácticas societales cuyo fuerte arraigo y adaptabilidad puede superar aún las arremetidas neoliberales, las crisis del Estado benefactor, y persistir en su modalidad de articulación patrimonial típica a nivel local, regional y nacional —aún más allá del colapso del papel tutelar del estado <sup>(10)</sup>. No se trata de un fenómeno del pasado o ligado a determinadas fases del proceso de modernización (Collier, 1979). El llamado populismo ha pasado por diferentes fases que han implicado el ordenamiento y reordenamiento de coaliciones con distintos segmentos del sector popular urbano (Kaufman, 1979). No es patrimonio de región alguna. Ha sido tipificado tanto como estilo de liderazgo político cuanto como mecanismo de

(9) Refiero al lector a mis comentarios sobre el trabajo de Burbano y De La Torre (1989). Véase Menéndez—Carrión (1991b).

(10) Se ha planteado con el desmantelamiento creciente del Estado tutelar, el populismo desaparece. Considero este punto altamente negativo. No me detendré a examinar el punto. En todo caso, el populismo como estilo de liderazgo político, como práctica discursiva, y como rasgo de la cultura no puede ser impugnado tan fácilmente, hoy, en el caso de no pocos países de la región. Sobre estos temas, puede consultarse el interesante Conversatorio entre Carlos Franco, Julio Cotler y Guillermo Rochabrún, "Populismo y modernidad", publicado en *Pretextos*, Lima: Desco, 1990.

articulación de apoyo político cuanto como forma de régimen. Y es, además, un estilo de hacer política que refuerza a y se alimenta de aquellos dispositivos de institucionalización de articulaciones políticas informales, patrimonialista, personalista y descolectivizador que tipifican el clientelismo <sup>(11)</sup>.

Como estilo de liderazgo, como dispositivo de poder, es estructuralmente opuesto al cambio libertario y perpetuador de estilos de gestión del poder particularistas y prebendatarias. Hay condiciones que lo inducen (presencia de nuevos actores en la escena y necesidad de incorporarlos sin alterar las coordenadas del poder a favor de los de abajo) y liderazgos ausentes (libertarios) que los perpetúan. Cruza todas las banderías políticas —derecha, centro, izquierda. Es civil y militar, y como movimiento depende de un liderazgo capaz de aglutinar verticalmente la diversidad de intereses que lo sustentan por lo menos temporalmente —lo cual no quiere decir que dependa del presunto “carisma” de determinados liderazgos <sup>(12)</sup>.

Exhibe, además, formas benignas y formas extremas. Constituye un dispositivo de procesamiento del conflicto político sin recurrir a cambios estructurales sustantivos, sin tener que hacerse cargo de la implementación de políticas redistributivas en beneficio de los sectores populares que dice representar. Puede entenderse, por lo tanto, como estilo político perpetuador de la desigualdad, solapado con frecuencia en un discurso político capaz de adaptarse a los distintos grupos, fracciones de clase, sectores a los que apela, lo cual le confiere un alto grado de complejidad e inestabilidad potencial al ejercicio del poder, cuando logra acceder a él, y que exhibe muchas veces tintes marcadamente autoritarios <sup>(13)</sup>.

---

(11) Sobre la relación entre populismo y clientelismo, véase *La Conquista del Voto*, consultar, además, el excelente estudio de Stein (1983).

(12) Mi visión acerca de la pertinencia de la noción de carisma, la he planteado en *La Conquista del Voto* (1986); también en Menéndez—Carrión (1991b), entre otros trabajos. Ver así mismo, Quintero (1980).

(13) Rabi (1983), por ejemplo, enfatiza aspectos benignos del populismo en algunas de las versiones que tipifica. Por las razones que expongo en el cuerpo del texto —y más allá de que el populismo asuma formas más o menos benignas— considero que los efectos del populismo son altamente costosos para el sistema político desde la perspectiva de la producción de democracia. Al respecto, ver Menéndez—Carrión (1991b).



El populismo —respuesta endógena a las frustraciones de ese crisol de diversidades que se conjuga en sociedades donde la modernización fue tardía o quedó trunca o fue incompleta y excluyente y que arroja un conjunto de actores políticos cuya heterogeneidad y diversidad de intereses no ha encontrado otras opciones de “resolución”— introduce costos muy altos en el sistema político. Un costo que implica la resolución del conflicto político potencial por el lado del inmediateismo y de la respuesta personalista a intereses coyunturales.

Qué más puede dar la discusión, sin embargo? Dónde más nos puede llevar el interpelar al proceso político contemporáneo desde el populismo qua noción. Admitiendo que el populismo designa un estilo de liderazgo, reclutamiento, conducción, interpelación y contenidos de política. A dónde vamos teóricamente desde allí? Qué hacemos para construir conocimientos nuevos y relevantes desde allí?

En el caso del Ecuador, la pregunta básica que ha inquietado a los analistas del tema no se absolverá enmarcando los estudios dentro del “populismo” como marco de referencia. La pregunta que en el Ecuador ha hecho surgir la literatura sobre el populismo —fuertemente ligada al velasquismo— es la naturaleza de la relación entre liderazgo y base, en un contexto de relaciones verticalizadas y exentas de discursos “ideológicos” como nexo. De allí que las “respuestas” hayan tenido que ver con esta relación más que con el populismo qua fenómeno multidimensional y complejo —en Cueva (1973), Ojeda (1971) y otros, la “respuesta” es “el discurso”; en Martz (1972) y Hurtado (1980) el “carisma”; su negación en Quintero (1980), el clientelismo en Menéndez—Carrión (1986). La pregunta pueden continuar vigente para presuntas versiones más contemporáneas del fenómeno, pero si de analizarlas se trata, conviene recurrir a marcos analíticos que no asuman la noción—populismo como punto partida ni como rasgo a continuar “descubriendo”.

La pregunta que ha inquietado a la mayoría de autores que han analizado el populismo ecuatoriano (v.g. las prácticas políticas de los sectores populares, la naturaleza de su cultura política) es una pregunta que cabe liberar del tema del populismo a efectos

analíticos. Lo que es importante indagar es el fenómeno en sí, que no tiene que estar necesariamente ligado al llamado populismo. Burbano y De la Torre (1989), reflejando lo que ha sido una tendencia de la literatura sobre el populismo ecuatoriano plantean, en su ensayo introductorio, una pregunta correcta pero le otorgan de entrada un nombre equivocado. "Mecanismos de articulación entre liderazgo y base popular" no es sinónimo, necesariamente, de populismo. En todo caso, el tema que realmente interesa a la mayoría de autores que Burbano y De la Torre antologan, y a ellos mismos, es la cultura política de los sectores populares. La inquietud subyacente al planteamiento de los autores en dicho ensayo no es el populismo sino las bases, y los movimientos sociales; es encontrar, vía discusión del populismo pautas para explicar el comportamiento político de los sectores populares. En su indagación, sin embargo, el populismo no es ni debe ser necesariamente el objeto de análisis ni el punto de partida. El gran tema aquí es el de las articulaciones entre liderazgo y base. Y la indagación existente acerca de las articulaciones, qué arroja? No arroja populismo necesariamente. En este sentido, y si de mecanismos de articulación política se trata, la noción de clientelismo nos abre posibilidades más fructíferas <sup>(14)</sup>.

Una de las dimensiones poco indagadas acerca del fenómeno del populismo en el Ecuador es el de la configuración misma del liderazgo populista, no únicamente en términos del nexo vertical con la base de apoyo sino a nivel de las articulaciones que establece con sectores elitarios de la sociedad. Cuáles son los mecanismos a través de los cuales el llamado populismo conjuga o no los intereses de las cúpulas económicas que logra aglutinar en determinado momento? A través de qué dispositivos interpela, no únicamente a la cultura política popular sino a las élites empresariales, financieras, comerciales y qué significa todo esto en términos de la cultura política de las elites ecuatorianas a nivel local, regional y nacional? Si queremos entender el proceso político ecuatoriano son varias las culturas políticas que cabe analizar. La de los sec-

---

[14] Al respecto, véase *La Conquista del Voto* y Menéndez—Carrión (1991b).



tores populares desde luego. Pero también la de las élites —tema que rebasa los límites del “populismo” como marco de referencia y que si de echar luz sobre los mecanismos de articulación de los sectores elitarios asociados con estilos populistas de gestión del poder se trata, pueden analizarse sin apelar a la noción o al debate, para dialogar con él —desde fuera— posteriormente. Nuestra comprensión acerca de este aspecto —descuidado— del estudio del populismo ecuatoriano, no necesariamente se obtendrá enmarcando la reflexión sobre la naturaleza de las articulaciones políticas entre las élites dentro del populismo como marco de referencia. Más bien, enfocando el tema de las élites y su cultura política en sí, podremos analizar también su vinculación con el “populismo”.

### III. COMENTARIOS FINALES.

Superadas en las ciencias sociales de hoy las visiones etapistas, teleológicas, lineales, mecánicas, deterministas, sobreideologizadas y simplistas de los fenómenos sociales, acaso no ofrece la literatura suficientes opciones como para cerrar un itinerario teórico tan fuertemente vinculado desde su génesis a tales visiones?<sup>(15)</sup> Existiendo, además, toda una trayectoria de aportes que nos permiten tipificar la naturaleza de fenómenos (“populistas”) específicos, qué más podemos decir, para teorizar, acerca de modalidades de interpelación? Acerca de la naturaleza del discurso político? Acerca de los mecanismos de dominación? Qué tipo de elemento novedoso puede “descubrirse” acerca del estilo de liderazgo populista, o de la modalidad de configuración de coaliciones políticas, o de la gestión del poder populista, más allá de lo que en tres décadas de insistencia en el tema se ha podido lograr? Qué de nuevo podemos decir acerca de las modalidades de reclutamiento político vinculadas al populismo en la medida en que las condiciones societales (contexto y estructura) no revelen modificaciones significativas en las modalidades y posibilidades de inserción so-

---

(15) Sobre este punto, véase el comentario de Burbano y De La Torre (1989) y más comentarios acerca de la noción de participación política en *La Conquista del Voto*.



cial, económica y política de vastos contingentes de sectores poblacionales cuyas prácticas políticas concretas han sido abordadas en profundidad en cuanto a naturaleza, dinámica e implicaciones? Las interpelaciones pasan de un movimiento, régimen o liderazgo a otro de manera altamente predecible (en cuanto a estilo, discurso y modalidad de articulación). Qué interés teórico reviste, hoy, analizar los mecanismos de articulación entre liderazgo y base en el caso de los llamados "populismos" que operan en Guayaquil, por ejemplo? Muy poco —a menos que sea el caso en sí, y sus dinámicas específicas lo que interese (lo cual es otro tema). Propongo que más interés reviste analizar las prácticas políticas concretas de los sectores populares en el Ecuador desde una pregunta relevante no a la exploración de los mecanismos de dominación, sino a la reflexión acerca de las posibilidades de resistencia —como por ejemplo, enfocar su estudio desde la óptica de las prácticas políticas que inducen la ausencia de liderazgos libertarios (ya que tenemos en la literatura existente elementos suficientes para entender por qué y cómo surgen los fenómenos populistas y las las implicaciones que revisten).

En cuanto al tema que originó el debate sobre el populismo ecuatoriano —la naturaleza de la articulación asimétrica entre liderazgo y base política— interesa hoy? Desde luego que sí. Pero, por una parte, los fenómenos más recientes pueden ser analizados apelando al conocimiento acumulado sobre el tema sin necesidad de tener que intentar descubrir o inventar nuevamente la naturaleza de las interpelaciones (analíticamente) posibles.

Por otra, también interesa superar los límites del discurso sobre dominación y control social. Interesa la exploración de nuevas perspectivas sobre cómo construir opciones y elementos que ayuden a comprender el tema de las estrategias para la construcción de opciones — más allá del (superado) voluntarismo ingenuo del pasado, por un lado, y de la óptica del determinismo teleológico por otra— que en la actual etapa (post—crisis) de las ciencias sociales constituye un campo de posibilidades teóricas a asumir como reto a configurar: Visiones, enfoques y perspectivas que permitan pensar la construcción de opciones.

Enfocar el tema de las modalidades de articulación política



entre liderazgo y base? Por cierto. Pero no para seguir descubriendo clientelismo —lo cual debe a estas alturas constituir una premisa, en base al conocimiento acumulado sobre el tema— sino para pensar las opciones, insisto. Enfocar el tema de las articulaciones horizontales y verticales en el contexto urbano en el Ecuador? Por cierto. Pero no para continuar constatando y reconstatando las múltiples presencias del poder y la exclusión sino para pensar el tema de cómo producir poderes alternativos.

Qué sentido tiene hoy embarcarse en disquisiciones acerca de las variaciones de estilo entre unos y otros líderes populistas; o si un actor político determinado es o no populista? No muy alto. Interesa sí embarcarse en el análisis de los procesos en torno a la configuración de liderazgos alternativos, desde la perspectiva de pensar la resistencia y de ese gran tema (de interés básico para pensar la resistencia) que es el tema de la producción de procesos de ciudadanización <sup>(16)</sup>

Y el tema de la cultura política? Cómo enfocarlo? Los análisis existentes nos permiten sugerir la presencia de modalidades de relacionamiento y articulación política de corte autoritario, profundamente arraigadas en nuestro sistema político. Sabemos lo suficiente como para plantearnos la necesidad de pensarla desde la resistencia. La gran pregunta en este sentido, más allá de la tipificación de las características concretas que puede asumir la articulación autoritaria a lo interno de nuestro sistema política es reflexionar el tema de la cultura política desde preguntas vinculadas, precisamente, a cómo pensar la ruptura —que pasa por repensar los procesos de socialización política—.

Persistencia de estilos populistas en las modalidades de articulación política y en la gestión misma del poder? Probablemente sí. En todo caso, más que re—constatar dicha posibilidad, interesa pensar las condiciones de ruptura.

Elites de poder coaligadas en redes informales de corte clientelar? Tenemos suficientes indicios como para sospechar que sí,

---

(16) Este tema, que centra mi reflexión actual, lo abordo más definidamente en Menéndez—Carrión (1991a).

como mecanismos importante de producción y reproducción del poder político en el ápice de la pirámide social. Cuáles serían las condiciones de ruptura? Esa es la pregunta que interesa indagar.

El diagnóstico de la exclusión y la dominación está planteado. No tiene sentido seguirlo descubriendo. El populismo hace parte de aquel diagnóstico. También el clientelismo. No tiene sentido seguirlo descubriendo.

El gran tema para las ciencias políticas ecuatorianas, hoy, es cómo pensar la resistencia a las inercias del presente. Y con ello, la responsabilidad de inventar las nuevas preguntas desde las estrategias de producción de nuevos mecanismos de socialización política se torna central.

La literatura acerca de los mecanismos de dominación ofrece hoy una serie de opciones analíticas que carece de sentido intentar "redescubrir" o "reinventar". Hemos descuidado el estudio de las elites políticas y las modalidades de articulación intra—elite; y de la gente común y la naturaleza de su cultura política desde la óptica de pensar las resistencias a las inercias del presente. Es importante, propongo, asumir los nuevos desafíos analíticos —dejando atrás las viejas obsesiones temáticas. El aporte de más de tres décadas de indagación sobre el tema del populismo está allí, para ser explotado como base referencial. No se trata de que el debate se haya tornado obsoleto. Por el contrario. El itinerario cumplido nos permite asumir su relevancia. Más que abandonarlo como tema, propongo se asuma de manera distinta para trascenderlo. Sin concentrar nuestros esfuerzos de reflexión para pensar las nuevas preguntas, pertinentes a nuestras crecientes complejidades sociales —que se dan, fundamentalmente, en el plano político— nuestros esfuerzos de reflexión —en el ámbito de las ciencias políticas por lo pronto— carecerán de sentido.

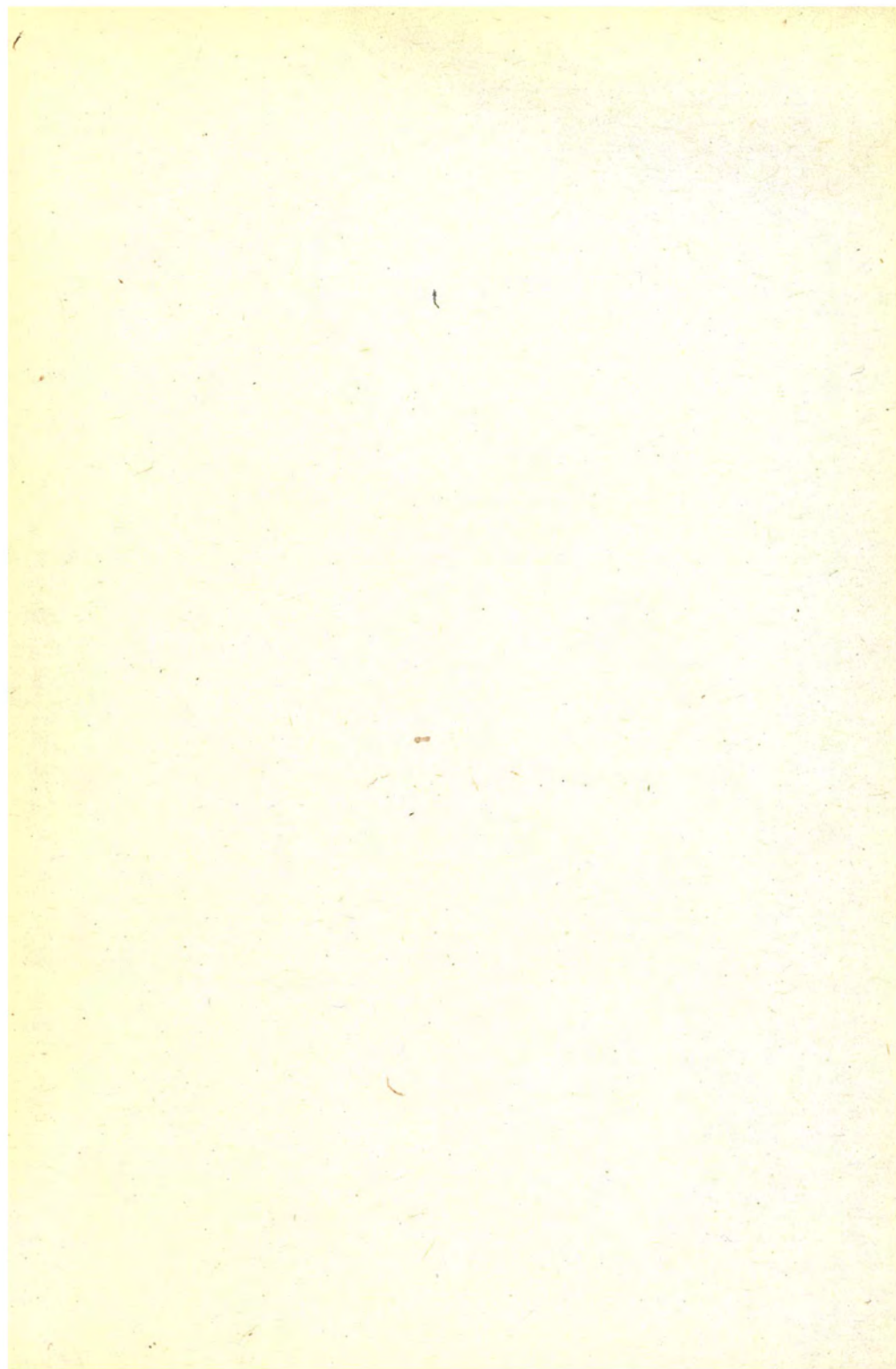


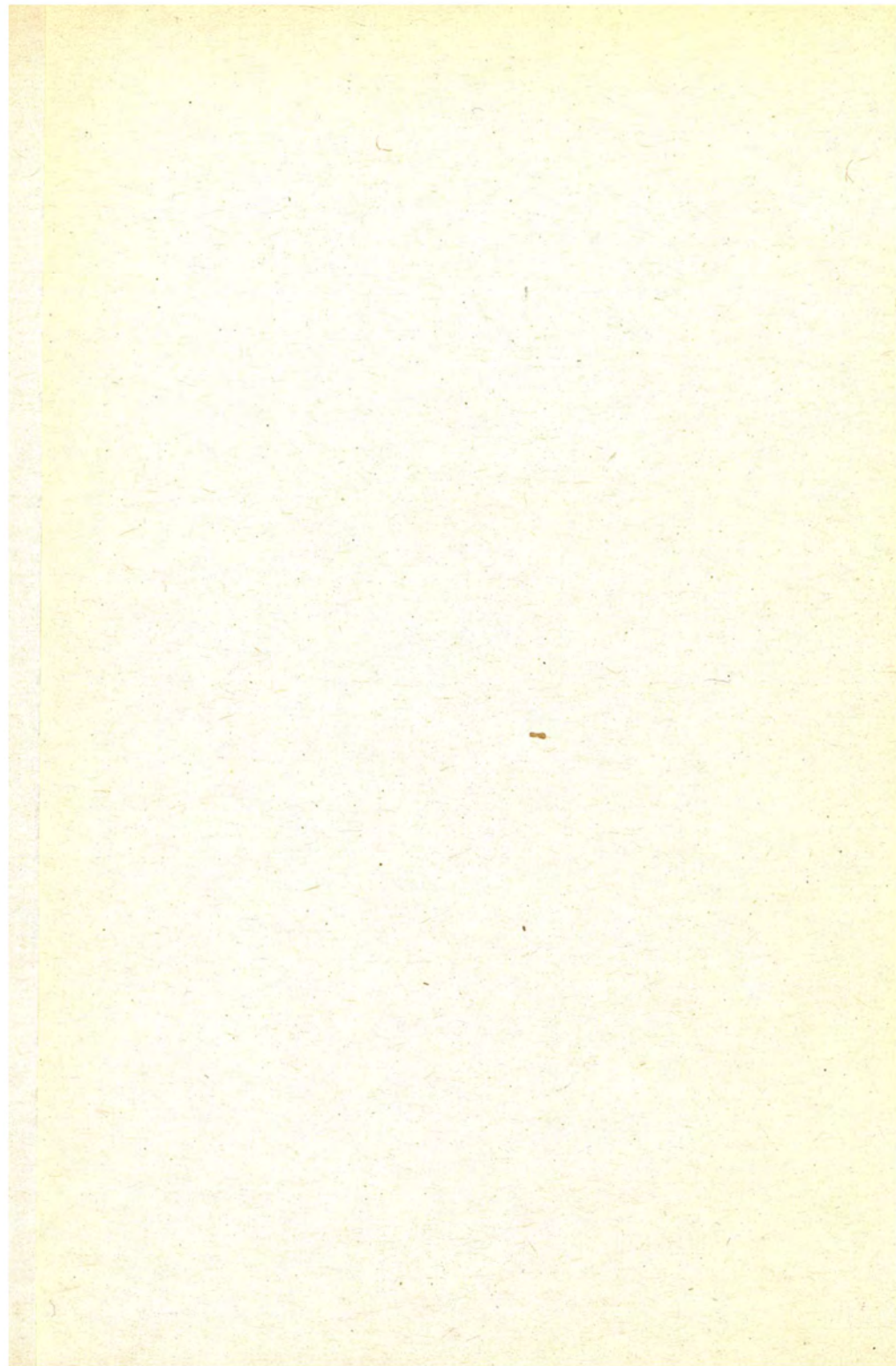
## BIBLIOGRAFIA DE FUENTES CITADAS

- BURBANO, Felipe y DE LA TORRE Carlos, 1989, **El Populismo en el Ecuador**, Quito: ILDIS.
- COLLIER, David, 1979, "The Bureaucratic—Authoritarian Model: Synthesis and Priorities for Future Research"; en Collier (ed.) **The New Authoritarianism in Latin America**. Princeton University Press.
- CUEVA, Agustín, 1973, **El proceso de Dominación Política en Ecuador**, Quito: Ediciones Crítica.
- DRAKE, Paul, 1982, "Populismo en South America". *Latin American Research Review*. XVII—1.
- HURTADO, Osvaldo, 1977, **El poder Político en el Ecuador**. Quito, Ediciones Universidad Católica.
- KAUFMAN, Robert R., 1974, "The Patron—Client Concept and Macro—Politics: Prospects and Problems". *Comparative Studies in Social History*. No. 16. Junio.
- LACLAU, Ernesto, 1977, **Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism**. Thetford, Norfolk: Lowe and Brydone.
- MARTZ, John D., 1972, **Ecuador, Conflicting Political Power and the Quest for Progress**. Boston: Allyn and Bacon.
- MENENDEZ—CARRION, Amparo, 1986, **La Conquista del Voto en el Ecuador. De Velasco a Roldós**. Quito: FLACSO—CEN.
- 1988/89 "Reflexiones acerca de los estudios políticos en el Ecuador". Parte I y II. en *Nariz del Diablo*. 2a época. Vol 1 Nos.11 y 12. Quito: CIESE.
- 1991a "Para repensar la cuestión de la gobernabilidad desde la ciudadanía. Dilemas, opciones y apuntes para un proyecto". *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*. II Época. Vol 1 No. 1. Quito: FLACSO.
- 1991b "El Populismo en el Ecuador". en *Nariz del Diablo*. 2a época No. 17. Quito:CEISE.
- O'DONNELL, Guillermo, 1973, **Modernization and Bureaucratic Authoritarianism: Studies in South American Politics**. Berkeley: University of California Press.
- QUINTERO, Rafael, 1980, **El Mito del Populismo en el Ecuador**. Quito: FLACSO.
- STEIN, Steve, 1980, **Populism in Peru: The Emergence of the Masses and the Politics of Social Control**. Madison: The University of Wisconsin Press.













El fenómeno del populismo en el Ecuador constituye el tema central de este libro colectivo y pluralista que incorpora solventes y agudos análisis tanto de conocidos dirigentes políticos como de destacados investigadores sociales.

El tema -conforme es dominio de nuestros lectores- no es nuevo en la literatura sociológica ecuatoriana; más aún, podría decirse que comporta uno de los ámbitos de mayor recurrencia y debate en las dos últimas décadas.

Condición que a nuestro juicio, se mantendrá en un futuro previsible.

¿A dónde localizar el encanto académico del populismo?

La lectura de este volumen seguramente aportará algunas claves para responder a esta crucial pregunta.

